

Una conspiración mortal.

Una antigua profecía.

Una carrera para salvar a la civilización.



La
PROFECÍA
del DÍA del
JUICIO FINAL
SCOTT MARIANI

LA PROFECÍA DEL DÍA DEL JUICIO FINAL

**Ben Hope está
harto de su
frenética vida
como rescatador
de víctimas de
secuestros y decide
retomar sus
estudios de
Teología. Pero,
conociéndose,**

tendría que haber
sabido que el
destino lo
conduciría por un
camino menos
tranquilo. Para Ben,
la búsqueda de la
desaparecida
arqueóloga bíblica
Zoë Bradbury
pronto se convierte
en la misión más
peligrosa en la que
se ha visto
involucrado jamás.
¿Qué antiguo
secreto ha

**descubierto Zoë?
En el transcurso de
su investigación, de
Grecia al sudeste
de Estados Unidos
pasando por la
ciudad santa de
Jerusalén,
descubre que no
son únicamente su
vida y la de Zoë las
que están en
peligro. Debe
luchar por impedir
un desastre que
podría provocar
nada menos que el**

**fin del mundo, tal y
como se predice en
el Apocalipsis...**

Autor: Scott Marianni

ISBN: 9788498007602

Scott Mariani

**La profecía del
día del
Juicio Final**

**Traducción de Virginia Sanmartín
López**

Título original: *The Doomsday Prophecy*

Primera edición

© Scott Mariani, 2009

Ilustración de portada: © Opalworks

Derechos exclusivos de la edición

en español:

© 2012, La Factoría de Ideas.
C/Pico Mulhacén, 24 - 26. Pol.
Industrial «El Alquitón».

28500 Arganda del Rey. Madrid.

ISBN: 978 - 84 - 9800 - 760 - 2

Agradecimientos

OTRA ronda de agradecimientos a mi increíble equipo editorial y de producción, los héroes olvidados que logran tender un puente entre la solitaria fase del trabajo de un escritor y el momento mágico en que el libro llega a tus manos.

Gracias a mi agente Broo Doherty: eres una estrella. También a Diana Davey, Tim y Dawn Boswell, y a todos aquellos que de alguna forma se han implicado en el desarrollo de esta obra.

Para Malcom e Isabelle

«**B**IENAVENTURADO el que lee y los que escuchan las palabras de esta profecía y guardan lo escrito en ella, pues el tiempo está cerca.»

APOCALIPSIS 1, 3

1

ISLA de Corfú, Grecia

Junio de 2008

Primer día

La cogieron por la noche.

Habían descubierto que residía en la lujosa isla y la vigilaron a pleno sol durante tres días antes de idear el plan. Se alojaba en una villa de alquiler, aislada y protegida por la sombra de los olivos, situada en lo alto de un

acantilado sobre el cristalino mar.

Vivía sola y eso tendría que haber facilitado el secuestro. Sin embargo, la casa siempre estaba repleta de invitados a alguna fiesta. Baile y bebida prácticamente las veinticuatro horas del día. La vigilaban, pero no podían acercarse.

De modo que el equipo urdió un plan. De principio a fin, hasta el último detalle: entrada, consecución y extracción. Tenían que ser sutiles y discretos. Eran cuatro: tres hombres y una mujer. Sabían que aquel era el último día de ella en la isla. Había reservado un vuelo en el aeropuerto de Corfú a la mañana siguiente, iba a

regresar a casa y allí sería muchísimo más difícil atraparla.

Tenía que ser esa noche o nunca. Desde el punto de vista estratégico, era el momento perfecto para que desapareciera. Nadie la buscaría por la mañana.

Esperaron a que anocheciera, hasta que la fiesta de despedida estuviera bastante avanzada. Habían alquilado un turismo en una agencia local, un coche anodino, poco llamativo, y habían pagado al contado. Condujeron en silencio y aparcaron algo apartados de la carretera, para ocultarse en el olivar a unos cien metros de la villa.

Y desde allí vigilaron con sigilo.

Como era de esperar, el lugar estaba iluminado y el sonido de la música y las risas flotaba sobre los árboles y la cala. La espléndida e imponente casa de piedra blanca tenía tres balcones. En ellos bailaban parejas rodeadas de invitados que bebían asomados a las barandillas y disfrutaban de la belleza de la noche.

Más abajo, el mar brillaba bajo la luna. Era una noche cálida y la delicada brisa que llegaba de la orilla estaba impregnada de un aroma floral. De vez en cuando, un coche con más invitados se paraba frente a la casa.

Cerca de las once, el grupo puso su plan en marcha. Los dos hombres

sentados en la parte delantera se quedaron en el coche y se acomodaron para lo que podría convertirse en una larga espera. Ya estaban acostumbrados. El hombre y la mujer de la parte trasera se miraron e hicieron un gesto de asentimiento casi imperceptible. Ella se echó la brillante y negra melena hacia atrás con los dedos y se la recogió con una goma. Se miró en el espejo retrovisor para comprobar que su maquillaje seguía perfecto.

Abrieron las puertas y salieron del coche. No miraron hacia atrás. El hombre llevaba una botella de vino; un producto de la zona, caro. Aparecieron de entre las sombras y se dirigieron a la

villa, cruzaron la verja y subieron la escalera que conducía a la terraza y a las puertas de entrada. Los otros dos los observaban desde el coche.

Al entrar en la casa, la pareja tuvo que adaptarse al ruido y a la iluminación. No se dijeron nada, se movieron entre los invitados con aire despreocupado, pero hábilmente. Sabían cómo mezclarse. De todas formas, la mayoría ya estaba fuera de juego y no se fijaba en ellos, lo cual les resultaba perfecto. Había botellas vacías por todas partes y mucho humo que no era de tabaco.

La pareja recorrió las frescas y blancas habitaciones observando la

lujosa decoración. Localizaron rápidamente a su presa y no la perdieron de vista en ningún momento.

Ella no sospechaba nada.

Era el centro de atención y parecía encantada. Sabían que había estado gastando dinero a manos llenas, despreocupadamente, como lo hace alguien que espera conseguir mucho más. El champán abundaba. Los invitados se apiñaban en la barra libre situada en un rincón de la sala principal para servirse tanto como pudiesen beber.

La pareja la observaba del mismo modo que un científico observa una rata en una jaula, sabiendo exactamente lo

que va a ocurrirle. Era joven y atractiva, como en las fotografías. Ahora llevaba la melena rubia más larga y el intenso bronceado realzaba el brillante y llamativo azul de sus ojos. Llevaba unos pantalones de hilo blancos y una blusa de seda amarilla que atraían la mirada de los hombres.

La chica se llamaba Zoë Bradbury. Sabían mucho sobre ella. Tenía veintiséis años y, para su edad, se había labrado una extraordinaria carrera como autora, especialista, historiadora y arqueóloga bíblica y gozaba de muy buena reputación entre sus colegas. Estaba soltera, aunque siempre la rodeaba una multitud de hombres cuya

compañía le agradaba. La pareja lo pudo comprobar por el modo en que coqueteaba y bailaba con todos los tipos guapos de la fiesta. Era inglesa, había nacido y crecido en la ciudad de Oxford. Sabían cómo se llamaban sus padres. Habían reunido gran cantidad de información sobre ella. Habían indagado y eran buenos investigadores. Para eso les pagaban.

El plan era sencillo. En unos minutos, la mujer se apartaría un poco y el hombre se acercaría al objetivo. Le ofrecería una copa, quizá flirtearía. Tenía poco más de treinta años, era guapo, estaba bronceado y tenía la certeza de que podría acercarse lo

suficiente como para poder echarle la droga en la bebida.

Era una sustancia química de efecto retardado que provocaba exactamente lo mismo que tomar demasiado vino, además de que la víctima durmiera durante horas. Se estaba bebiendo las copas de un trago, así que nadie le daría demasiada importancia cuando la embriaguez la obligara a retirarse a su dormitorio. La fiesta tocaría a su fin, la gente se iría y entonces la llevarían al coche. La lancha motora ya los estaba esperando en el punto de encuentro.

Tal y como habían previsto, no resultó difícil aproximarse a ella. El chico se presentó como Rick. Charló,

sonrió y coqueteó. Después le ofreció un Martini. No lo iba a rechazar. Se acercó a la barra, sirvió la bebida y rápidamente añadió el contenido del frasco. Todo muy profesional. Regresó con la copa, sonriendo, y se la dio.

—Salud —dijo ella, riendo tontamente. Levantó el vaso en un brindis burlón y la pulsera de oro que llevaba en la muñeca se deslizó hasta su bronceado antebrazo.

Y entonces fue cuando el plan empezó a ir mal.

No se habían percatado del hombre que se encontraba en un rincón de la habitación hasta que, de pronto, empezó a avanzar a grandes zancadas y cogió a

Zoë del brazo. Le preguntó si quería bailar. Conocían su cara. Lo habían visto varias veces cuando vigilaban la villa. Tenía unos cuarenta y cinco años y las sienes algo canosas, era delgado e iba bien vestido. Era bastante más mayor que sus otros amigos. No le habían hecho mucho caso, hasta ese momento.

Ella aceptó y dejó la copa sin probar en la mesa. Entonces el tipo hizo algo extraño, teniendo en cuenta que parecía bastante sobrio. Dio un golpe a la mesa con la rodilla, una especie de movimiento torpe, que pareció hecho a propósito. El vaso se volcó y la bebida se derramó en el suelo.

Solo tenían un frasco de aquella sustancia. Observaron cómo se la llevaba a la terraza, donde todos bailaban al son de un lento jazz bajo las estrellas.

Así que la pareja hizo lo que le habían enseñado: improvisar. Su comunicación se limitó a miradas e insignificantes gestos, imperceptibles para aquellos que no sabían por qué estaban allí. En unos segundos, tenían un nuevo plan: continuar esperando y mezclarse con la gente; entrar sigilosamente en alguna de las habitaciones y permanecer escondidos en la casa hasta que todos los invitados se marcharan y ella se quedara sola. Era

fácil. No tenían prisa. Salieron tranquilamente a la concurrida terraza, se apoyaron en la pared y bebieron de sus copas.

Observaron que entre el objetivo y el hombre mayor había una especie de tensión. Los dos bailaron durante un rato y parecía que él trataba de convencerla de algo. Le susurraba al oído, parecía preocupado pero intentaba disimularlo.

Nadie se daba cuenta, excepto la pareja. Fuera lo que fuera lo que le estaba diciendo, ella se negó. Durante un segundo, dio la impresión de que habría una discusión. Entonces, él se apartó. Le acarició el brazo con una especie de gesto conciliador, la besó en la mejilla y

abandonó la fiesta. La pareja observó cómo iba hacia su Mercedes y se marchaba.

Eran las once y treinta y dos.

A las doce menos cuarto, la vieron mirar el reloj. Y entonces, de pronto, empezó a hacer gestos para que los invitados salieran de la villa. Apagó la música y el silencio fue instantáneo. Les pidió disculpas a todos. Tenía que coger un vuelo por la mañana. Gracias a todos por venir. Que paséis una buena noche. Ya nos veremos.

Todos estaban un poco sorprendidos, pero nadie se molestó demasiado. Seguro que, en una cálida noche de verano, se estarían celebrando

muchas más fiestas por toda la isla.

A la pareja no le quedaba más opción que marcharse con los demás. No había oportunidad de escabullirse y ocultarse, aunque sí disimularon su frustración. Solo era un fallo técnico, nada por lo que preocuparse. Volvieron en silencio al punto donde el coche se ocultaba bajo los olivos y entraron.

—¿Y ahora qué? —dijo el conductor.

—Esperaremos —contestó la mujer desde el asiento de atrás.

El rubio frunció el ceño.

—Basta ya de gilipolleces. Dame la pistola. Iré yo y cogeré a esa zorra. Ahora mismo.

Estiró el brazo y chasqueó los dedos. El conductor se encogió de hombros y desenfundó la 9 mm que llevaba bajo la chaqueta. El rubio la cogió y se dispuso a bajar del coche.

La mujer lo detuvo.

—Discreción, ¿recuerdas? No nos podemos pasar.

—A la mierda con eso. Yo digo que...

—Esperaremos —repitió ella, y le lanzó una mirada de advertencia que lo calló.

Fue entonces cuando oyeron la moto. Eran las doce en punto de la noche.

CERCA de la bahía de Galway, costa oeste de Irlanda

Dos minutos más tarde, 22.02 p. m. (hora británica)

Ben Hope llevaba mucho tiempo en la oscura habitación, lo suficiente como para que el hielo del whisky se hubiera derretido hasta desaparecer mientras miraba por la ventana. El sol se ocultaba tras el horizonte atlántico, el cielo estaba veteado de dorado y carmesí y las nubes llegaban del oeste conforme

caía la noche.

Miraba fijamente cómo las olas azotaban las negras rocas, salpicando con cada latigazo. Tenía el rostro sereno, pero su mente iba a toda velocidad y se encontraba inundada por un dolor que el whisky no podía calmar. Imágenes y recuerdos que era incapaz de apartar y que, en realidad, no quería borrar. Pensó en su vida. En las cosas que lamentaba haber hecho en el pasado; en las cosas que no podría volver a hacer, algo que lamentaba todavía más. Pensó en el vacío del único futuro que se imaginaba que tenía por delante; en el modo en que los días solitarios se alargaban en noches solitarias.

Quizá no tenga por qué ser así.

La botella estaba detrás de él, encima de la mesita. El whisky era un escocés de malta excelente, de diez años. Por la tarde, la botella aún estaba llena. Ahora, tan solo quedaba un par de dedos.

Junto a la botella había una Biblia. Era vieja, con encuadernación de cuero y desgastada por el uso. Era un libro que conocía muy bien.

Al lado descansaba una pistola. Una Browning High Power de 9 mm, bastante usada, limpia y lubricada, con trece cartuchos brillantes en el cargador y uno en la recámara. Llevaba allí horas,

amartillada y asegurada, con la punta de lustroso cobre de la bala alineada con el cañón y la parte posterior expuesta al percutor; lista y a la espera de que él tomara una decisión.

Esa bala era lo único que hacía falta.

En algún lugar de la oscura habitación, sonó el teléfono. Ben no se movió. Dejó que sonara hasta que quienquiera que llamara se dio por vencido.

El tiempo pasó. El sol se hundió en el mar. Las olas se oscurecieron cuando la noche invadió sigilosamente el cielo y lo único que podía ver era su reflejo en la ventana, devolviéndole la mirada.

Otra vez el timbre del teléfono.

Aun así, no se movió. A los treinta segundos, dejó de sonar y lo único que se escuchaba en la habitación era el lejano bramido del Atlántico.

Se apartó de la ventana y se dirigió a la mesita. Dejó el vaso vacío y alargó la mano hacia la pistola. La cogió y sopesó el sólido metal. Se quedó mirando fijamente el arma durante un buen rato, observando el trémulo reflejo de la luna en toda su longitud. Quitó el seguro.

Muy lentamente, giró la pistola hacia sí mismo hasta mirar el cañón de frente, sujetándola por detrás y con el pulgar en el gatillo. Se la acercó. Sintió el frío roce de la boca en la frente. Cerró los ojos. Veía perfectamente su rostro, tal y

como le gustaba recordarla, sonriendo, llena de vida y belleza y felicidad, llena de amor.

Te echo tanto de menos.

Luego suspiró.

Hoy no, pensó. Hoy no es el día.

Bajó la pistola y se quedó allí de pie durante un rato, con el arma colgando de la mano. Luego volvió a poner el seguro. Dejó la pistola en la mesita y salió de la habitación.

CORFÚ

00.03 a. m. (hora griega)

Zoë Bradbury sentía el viento frío en el pelo mientras recorría el sinuoso camino rural en el escúter Suzuki Burgman.

Mientras conducía, se percató de que unos potentes faros de un coche que iba detrás de ella iluminaban el tramo

que tenía delante. El vehículo le hacía señales con las luces. Se preguntó quién podría ser. Quizá fuera el último rezagado en marcharse de la fiesta.

Sin embargo, era extraño. No había visto que saliera ningún coche cuando cerró los postigos y echó la llave al irse.

Siguió conduciendo, acelerando un poco más. Los árboles pasaban a ambos lados a toda velocidad. El viento sacudía su pelo y su ropa, las luces quedaron atrás y desaparecieron del espejo.

Sonrió para sí misma. Se alegraba de que Nikos se hubiera llevado todas sus cosas, porque eran demasiadas como para cargarlas en el Burgman y, además,

así podía disfrutar de su última vuelta antes de regresar a Oxford por la mañana. El escúter de 400 cc era lo bastante rápido como para dar algo de miedo; y la emoción y el riesgo eran dos cosas que le encantaban. Aceleró a fondo y su sonrisa se agrandó.

Pero entonces, volvieron a aparecer las luces en el espejo. El coche se había aproximado sigilosamente, ahora estaba incluso más cerca y tenía puestas las luces largas, que la deslumbraban. Redujo un poco la velocidad y se echó a un lado para dejarlo pasar.

Pero no pasó. Se colocó justo detrás, a su misma velocidad. Enfadada, hizo un gesto para que la adelantara. Continuó

ahí, detrás de ella. Escuchaba el motor por encima del zumbido del escúter.

Bueno, era un gilipollas que tenía ganas de echar una carrera. Por ella no había problema. Abrió a tope el acelerador y empezó a tomar las curvas a toda velocidad, inclinando la moto a un lado y al otro. El coche la seguía. Aceleró más y aumentó la distancia entre ambos. Pero no por mucho tiempo. El coche volvió a aparecer justo detrás y, durante un aterrador instante, pensó que iba a embestir contra ella.

Ahora Zoë sentía que el corazón le latía muy rápido y, de pronto, la idea de correr por la oscura y solitaria carretera, con los árboles sucediéndose

a ambos lados a toda velocidad, no le parecía tan divertida.

A la derecha, un poco más adelante, apareció un camino agrícola. Se acordó de adónde conducía. Había paseado por allí un par de veces. Al final del camino había una verja que siempre estaba cerrada con candado, impidiendo el tránsito, pero entre el poste y la pared de piedra desmoronada había un hueco lo suficientemente grande como para que pasara una moto.

El escúter recorrió a trompicones el camino agrícola, apenas podía controlarlo. El suelo no era más que tierra blanda, poco consistente bajo las ruedas. Patinó y recuperó el control. En

el espejo, las luces volvían a acercarse.
¿Qué querrán?

La verja se aproximaba a toda velocidad. Treinta metros. Veinte. Apretó los frenos, vaciló, pero atravesó el hueco. El escúter pasó por los pelos, arañando el plástico. El coche patinó, se paró detrás de ella y, de repente, las luces se quedaron nuevamente atrás.

Gritó de alegría. Lo había conseguido.

Pero entonces miró por el espejo y vio las siluetas iluminadas por los faros del coche parado. Siluetas corriendo. Siluetas con pistolas.

Escuchó un fuerte estallido detrás de

ella. Notó que la máquina vibraba bruscamente. La rueda de atrás había reventado.

Perdió el control de la moto y, de repente, se le escapó de entre las piernas. Notó que se caía. Vio que el suelo se acercaba rápidamente, hasta que chocó contra él.

Eso fue todo lo que Zoë Bradbury pudo recordar durante mucho tiempo.

*THAMES Ditton, Surrey (Inglaterra)**Segundo día*

Las altas verjas doradas estaban abiertas y Ben Hope pasó con el coche por el arco de la entrada. El camino privado transcurría por un largo túnel arbolado, fresco y verde en el calor vespertino. Al salir de una curva pudo ver, a través de los árboles, la finca de estilo georgiano a lo lejos, más allá del césped esculpido de aspecto aterciopelado. La gravilla crujió bajo

las ruedas del Audi Quattro alquilado al aparcarlo junto a los Bentley, Rolls y Jaguar.

Al salir del coche, Ben se arregló la corbata y se puso la chaqueta del traje que había comprado para la ocasión, en el que se había gastado mucho dinero y que probablemente no se pondría nunca más. Se escuchaba el sonido de una *big band* flotando en la brisa. Siguiendo la música, atajó por el césped hacia la parte de atrás de la casa. El extenso terreno de la hacienda apareció ante sus ojos.

Los invitados se apiñaban alrededor de una carpa a rayas situada en la hierba. Charlas y risas. Largas mesas

con canapés, camareros con bandejas. Las mujeres llevaban vestidos veraniegos y grandes sombreros floreados. El banquete de boda era mucho más opulento de lo que Ben había esperado.

A Charlie le ha ido bien, pensó. No estaba mal para un londinense con los pies en el suelo y práctico que había empezado conduciendo camiones de abastecimiento en el Cuerpo de Ingenieros. Había servido desde que dejó la escuela. En el regimiento 22 del Servicio Especial Aéreo británico se había quedado en el rango de soldado. Nunca quiso ascender. Su única ambición era ser el mejor. Resultaba

extraño imaginarlo casándose entre tanta riqueza. Ben se preguntó si sería feliz rodeado de todo aquello.

Charlie y su flamante esposa estaban entre las parejas que bailaban sobre el césped. Ben sonrió al reconocerlo. No parecía haber cambiado demasiado, excepto por el esmoquin. La banda había empezado a tocar un viejo tema de jazz que recordaba vagamente, Glenn Miller o Benny Goodman. Los trombones y los saxos relucían bajo el sol.

Ben se mantuvo apartado, se quedó de pie escuchando la música y observando a la gente, asimilando la escena. Volvieron a su mente los recuerdos del día de su boda, hacía tan

solo unos meses. Con un gesto instintivo, se llevó la mano a la alianza de oro que llevaba colgada al cuello en una cinta de cuero. La tocó a través de la camisa, tratando de contener los demás recuerdos que bullían en su interior, los malos, los del día en que todo terminó

Por un instante, volvió a estar allí y a presenciar la escena. Parpadeó para borrar esas imágenes, luchó por arrinconarlas en la oscuridad. Sabía que volverían.

El baile acabó. Hubo aplausos y más risas. Charlie reconoció a Ben y lo saludó con la mano. Besó a su esposa y ella se marchó charlando con un grupo de amigos hacia la carpa mientras la

banda empezaba a tocar otra pieza. Charlie se acercó rápidamente a Ben, se mostraba muy emocionado, incapaz de reprimir la amplia sonrisa de su rostro.

—Estás diferente con ese traje —dijo Ben.

—No pensé que vendría, señor. Me alegro de que haya podido. Lo he estado llamando durante días.

—Recibí tu mensaje —dijo Ben—. Y soy Ben, no «señor».

—Me alegro de verte, Ben.

—Yo también me alegro. —Le dio unas cariñosas palmaditas en el hombro.

—Bueno, ¿cómo te ha ido? —preguntó Charlie—. ¿Cómo te van las cosas?

—Ha pasado mucho tiempo —
contestó Ben evadiendo la pregunta.

—Cinco años, más o menos.

—Enhorabuena por la boda. Me
alegro por ti.

—Gracias. Somos muy felices.

—Menudo sitio. Tenéis una casa
preciosa.

—¿Esto? —Charlie recorrió el
horizonte con la mano, la casa y el
terreno tan bien cuidado—. Estarás de
broma. Pertenece a los padres de
Rhonda. Ellos son los que pagan todo
esto. Es hija única, ya sabes. Un poco
excesivo, pero que quede entre nosotros.
Todo por alardear de su dinero. Si fuera
por Rhonda y por mí, la habríamos

celebrado en el registro civil municipal y después en el bar más cercano. — Sonrió afectuosamente—. ¿Y tú qué, Ben? ¿Diste el paso?

—¿El paso?

—Ya sabes, una vida normal, matrimonio, hijos, esas cosas.

—Ah. —Ben dudó. *Qué más da*. No tenía sentido fingir—. Me casé —dijo en voz baja.

A Charlie se le iluminaron los ojos.

—Genial, fantástico, hombre. ¿Y cuándo fue?

Ben volvió a hacer una pausa.

—En enero.

El recién casado echó un vistazo alrededor.

—¿Ha venido contigo?

—Ya no está aquí —dijo Ben.

—Pues es una pena —dijo Charlie decepcionado—. Me habría encantado conocerla.

—Se ha ido —dijo Ben.

Charlie frunció el ceño, extrañado.

—¿Quieres decir que ha estado aquí y se ha ido?

—No. Quiero decir que ha muerto.

—Salió más bruscamente de lo que Ben había pretendido. Todavía resultaba difícil de decir.

Charlie palideció. Bajó la mirada y se quedó callado unos segundos.

—¿Cuándo? —dijo en voz baja.

—Hace cinco meses. Poco después

de casarnos.

—Por Dios, no sé qué decir.

—No tienes que decir nada.

—¿Cómo estás? —dijo Charlie con torpeza—. Me refiero a cómo lo llevas.

Ben se encogió de hombros.

—Tengo días buenos y días malos.

—El frío tacto de la boca de la Browning en la frente seguía reciente en su memoria.

—¿Qué pasó? —preguntó Charlie tras otro largo silencio.

—La verdad es que no quiero hablar de eso.

Charlie parecía apenado.

—Te traeré algo de beber. Joder, qué mierda, porque iba a pedirte una

cosa, pero ahora no sé...

—Está bien. Pide. ¿Qué es?

—Hablemos en privado. A ver si encontramos un sitio tranquilo.

Ben lo siguió por el césped hasta la carpa, entre la multitud que hablaba y bebía champán.

—Cuántos invitados —comentó.

—La mayoría son por parte de Rhonda —dijo Charlie—. Yo no conozco a mucha gente, fuera del regimiento. Y Rhonda no quiere a gente del ejército aquí. —Puso los ojos en blanco.

—Ese de ahí es tu hermano, ¿verdad?

Charlie lo miró asombrado.

—Deben de haber pasado unos siete años desde que viste a Vince por última vez. Y no se parece en nada a mí. ¿Cómo demonios lo has reconocido?

—Nunca olvido una cara —dijo Ben sonriendo.

—De eso no hay duda.

Junto a la carpa, un camarero estaba sirviendo bebidas de una bandeja de plata que había en una mesa. Les ofreció una copa de champán a cada uno.

Ben negó con la cabeza y señaló.

—La botella.

El camarero se quedó mirándolo durante un segundo, luego dejó las copas, sacó una botella fría de la cubitera y se la dio. Ben la cogió con

una mano y con la otra, un par de copas de champán de cristal. Se alejaron de la multitud y el alboroto. Ben notó que Charlie no quería que nadie escuchara lo que tenía que decirle.

Se sentaron en los escalones de un cenador, no muy lejos del banquete. Ben descorchó la botella y llenó las dos copas.

—¿De verdad que no te importa? —preguntó Charlie, nervioso—. Lo digo porque dadas las circunstancias...

Ben le pasó una copa y le dio un largo trago a la suya.

—Te escucho —dijo—. Empieza.

Charlie asintió. Respiró hondo y lo soltó sin rodeos.

—Tengo problemas, Ben.

—¿Qué tipo de problemas?

—No pienses mal —dijo Charlie, captando su mirada—. Como ya te he dicho, Rhonda y yo somos felices juntos. Por esa parte, todo es genial.

—Entonces, ¿se trata de dinero?

A lo lejos, la banda empezó a tocar una versión de *String of Pearls*.

Charlie hizo un gesto de resignación.

—¿Y qué otra cosa podría ser? Estoy en paro.

—¿Has dejado el regimiento?

—Hace un año, más o menos. Catorce meses. Rhonda quería que lo dejara. Tenía miedo de que me mataran en Afganistán o en cualquier otro sitio.

—No tiene mucho sentido.

—Bueno, casi ocurre. Más de una vez. Así que, mira por dónde, ahora tengo una vida civil. El problema es que no soy útil. No sé desempeñar ningún trabajo. He tenido cuatro desde que lo dejé.

—Suele ocurrir —dijo Ben—. Resulta difícil adaptarse después de todo lo que hemos visto y hecho.

Charlie bebió un buen trago de champán. Ben cogió la botella y llenó la copa hasta arriba.

—Nos compramos una casa hace un tiempo —continuó Charlie—. Una casa pequeña, pero ya sabes cómo están los precios de los inmuebles, y esta no es

precisamente la zona más barata del país. Incluso una casita de mierda en el campo vale medio millón hoy en día. Los padres de Rhonda pagaron la entrada de la casa como regalo de compromiso, pero aun así, casi siempre nos retrasamos en los pagos de la hipoteca. Está acabando conmigo. Estoy hasta el cuello. No sé qué hacer.

—¿Y qué pasa con Rhonda? ¿No trabaja?

—En una organización benéfica. No pagan mucho.

—Hay muchos trabajos de oficina en el ejército. ¿Por qué no solicitas alguno?
Charlie negó con la cabeza.

—Les daría algo si me vuelvo a

acercar a ese mundo. Les da miedo que me sienta tentado de volver al servicio activo. Y sabe Dios que seguramente volvería. El padre de Rhonda ganó todo su dinero vendiendo tonos de llamada para móviles. Quiere que trabaje con él. Me está presionando mucho. Toda la familia. Joder, tonos de llamada. ¿Te haces una idea?

Ben sonrió.

—A lo mejor tendrías que hacerlo. Parece un chollo... y lucrativo. Y es seguro, comparado con que te disparen.

—No duraría nada —dijo Charlie—. Crearía tensión en el matrimonio. — Le dio otro buen trago al champán.

—No te he traído ningún regalo de

boda —dijo Ben—. Si sirve de ayuda, te puedo dar dinero. Te puedo hacer un cheque hoy mismo.

—Ni hablar. Eso no es lo que quiero.

—Pues considéralo un préstamo. Hasta que levantes cabeza.

—No, quiero pedirte otra cosa.

Ben asintió con la cabeza.

—Creo que sé lo que es. Quieres pedirme que trabajemos juntos.

Charlie dio un largo suspiro.

—Vale, seré sincero contigo. ¿Cómo está el negocio del secuestro y rescate ahora mismo?

—Mejor que nunca —contestó Ben—. Secuestrar gente y retenerla por un

rescate es un sector en crecimiento.

—Hablo de lo que tú hacías, finalizar el asunto.

—Siempre hay demanda de gente como yo —dijo Ben—. Involucrar a la policía suele ser una mala decisión. Los agentes de seguros de secuestro y rescate y la mayoría de negociadores oficiales son imbéciles trajeados. La gente que está en apuros necesita otra opción.

—Y tú eres esa opción.

—¿Y quieres formar parte de eso?

—Sabes que sería bueno —dijo Charlie—. Pero no puedo establecerme por mi cuenta. No sé nada de eso. Necesitaría que alguien me enseñara. Tú

eres el mejor maestro que he tenido. Si me metiera en algo así, me gustaría trabajar contigo.

—Por lo que me has dicho, no creo que tu nueva familia lo aprobara.

—Les diría que soy asesor de seguridad. No creo que sea tan peligroso como lo que hemos visto en el ejército, ¿verdad?

Ben no dijo nada. Las dos copas estaban vacías, y el sol caía a plomo. Sirvió lo que quedaba de champán y dejó la botella en el suelo, provocando un fuerte sonido por el choque del cristal contra el hormigón.

—El problema es que no te puedo ayudar —dijo—. Si pudiera, lo haría.

Pero estoy fuera. Retirado. Lo siento.

—¿Retirado? ¿En serio?

Ben asintió. Se lo había prometido a ella el día que aceptó casarse con él.

—Desde finales del año pasado. Se acabó para mí.

Charlie se acomodó en los escalones del cenador, desanimado.

—¿Tienes algún contacto?

Ben negó con la cabeza.

—Nunca los he tenido. Siempre trabajé solo. Todo era estrictamente de palabra. —Se acabó la copa—. Ya te lo he dicho. Si se trata de dinero, puedo ayudarte.

—No puedo aceptar tu dinero —dijo Charlie—. Rhonda puede pedir a sus

padres que nos echen un cable en cualquier momento, y seguramente lo harían. Pero para nosotros es nuestra responsabilidad. Nuestro problema. Necesitamos solucionarlo por nuestra cuenta. Yo solo esperaba que...

—Lo siento. De verdad que no hay manera.

Charlie hizo una mueca de decepción.

—Pero si te enteras de algo, ¿me lo dirás?

—Lo haría, pero no creo que ocurra. Ya te lo he dicho, estoy fuera.

Charlie volvió a suspirar.

—Siento haber sacado este tema. —

Hizo una larga pausa, mientras

observaba a la gente bailando y divirtiéndose a lo lejos—. Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

—Vuelvo a Oxford. Me voy para allá en cuanto acabe esto. Ya he alquilado un piso.

—¿Y qué hay en Oxford?

—La universidad —contestó Ben—. Me voy allí a estudiar.

—¿Tú? ¿Un estudiante? ¿Y qué vas a hacer?

—Voy a acabar lo que empecé antes de volverme loco y meterme en el ejército hace casi veinte años. Teología.

Charlie se quedó perplejo.

—¿Teología? ¿Quieres ser sacerdote?

Ben sonrió.

—Pastor. Hubo un tiempo en que eso era lo único que quería ser. Parecía la vida perfecta.

—Y en su lugar te fuiste a la guerra. Tiene sentido.

—A veces las cosas no salen como piensas —dijo Ben—. Simplemente ocurrió así. Ahora he vuelto al punto de partida. Ahora es el momento. Me permiten volver para acabar mis estudios. Un año para acabar y después puedo empezar a pensar en entrar en la Iglesia, tal y como lo había planeado hace años. —Se dio una palmada en las rodillas—. Y eso es todo.

Charlie lo miraba fijamente,

incrédulo.

—Es una broma. Me estás tomando el pelo.

—Lo digo en serio.

—Es que no pareces tú. Todavía tengo tu imagen de aquella vez con el tanque, en el desierto. Estábamos atrapados bajo fuego enemigo, solo te quedaban tres cartuchos. Nunca he visto algo así. Los tíos del ejército, tíos que no te conocen, siguen comentándolo.

—Bueno, no quiero hablar de eso — le cortó Ben—. Lo que hice en el pasado, lo que fui o quise ser ha terminado. Estoy cansado, Charlie. Tengo treinta y ocho años y lo único que he conocido es la violencia y el

asesinato. Quiero una vida pacífica.

—Un alzacuello, una casita en el campo y una Biblia en la mano.

Ben asintió.

—Eso es. Tan lejos del pasado como pueda.

—Pues no lo veo.

—Puede que te sorprenda.

—Tendría que haber esperado un poco —dijo Charlie. Se rió—. Nos podrías haber casado tú.

No se habían dado cuenta de que Rhonda se acercaba rápidamente por el césped. Se levantaron al verla. Era alta y esbelta, con el pelo rojizo, como si se lo tiñera con henna. Llevaba un pendiente en la nariz. Un aspecto

bohemio que contrastaba con los tacones altos y el vestido caro que lucía. Era guapa, pero Ben creyó ver una mirada endurecida en sus ojos, llenos de desconfianza cuando Charlie se la presentó.

—Lo sé todo sobre usted —dijo mirándolo de arriba a abajo—. El comandante Benedict Hope. El salvaje. Conozco todas las historias. Estoy muy impresionada.

—No soy el comandante Hope. Soy solo Ben. Olvida esas historias.

—Bueno, Ben, supongo que has venido para convencer a mi marido de que se una a algún...

—Yo lo invité —dijo Charlie—.

¿Te acuerdas?

Miró a Charlie con vehemencia.

—No quiero que se meta en nada peligroso.

—Soy la última persona que lo metería en algo peligroso —dijo Ben—. Puedes confiar en eso.

—Sí, claro —dijo resoplando—. Y ahora, ¿te importa que me lleve a mi marido? Por cierto, hay alguien allí que quiere conocerte.

Ben siguió la dirección que indicaba su dedo y su mirada fue a parar a una mujer de un atractivo increíble que estaba de pie junto a la carpa. Los saludaba con coquetería, sonriéndoles.

—Es Mandy Latham —dijo Rhonda

—. Sus padres son dueños de la mitad de Shropshire. Una exquisitez de nueva rica, incluso peor que yo. Pasa los inviernos en Verbier, conduce un Lamborghini. Me ha estado preguntado quién era el tipo de ojos azules, alto, rubio y guapísimo que estaba con Charlie.

—Va a ser sacerdote —dijo Charlie.

—¿Por qué no vas y la sacas a bailar? —le dijo Rhonda bruscamente a Ben.

—Rhonda... —empezó a decir Charlie.

—Yo no bailo —dijo Ben. Sonrió a Charlie—. Bonita fiesta. Ya nos veremos. —Y se marchó.

—Entonces, ¿me llamarás? —le gritó Charlie a la espalda.

Ben no contestó. Continuó caminando por el césped, dejó la copa vacía en la mesa de la carpa. Miró la hora en su reloj. Mandy Latham se acercó a él, con un sensual vestido ajustado de seda azul reluciente que combinaba con sus brillantes ojos.

—Hola —dijo tímidamente—. Soy Mandy. ¿De verdad fuiste el comandante de Charlie en el SAS?¹

—No deberías creer todo lo que oyes —dijo Ben—. Encantado de conocerte, Mandy. Tengo que irme.

La dejó atrás, mirando cómo se marchaba.

*SUMMERTOWN, Oxford**Aquella tarde*

El catedrático Tom Bradbury cerró tras él la puerta de la entrada, dejó su viejo maletín y colgó las llaves del coche en el gancho de roble al lado del jarrón en el recibidor.

La casa estaba en silencio. No esperaba que lo estuviera. Zoë regresaba aquel día y su presencia siempre se hacía notar por la banda

sonora de rock duro que se empeñaba en poner a todo volumen en el equipo de música de la sala de estar.

Bradbury se paseó por la amplia cocina. Las ventanas que daban al patio estaban abiertas y el aroma del jardín inundaba la habitación. Se acordó de la botella medio vacía de Pinot Grigio de la noche anterior y abrió el frigorífico. Dentro había una *mousse* de chocolate recién hecha, el postre favorito de Zoë que su madre siempre le preparaba cuando venía a casa.

Chasqueó la lengua en señal de desaprobación y se sirvió un vaso de vino frío. Entre sorbo y sorbo, salió al jardín y vio a su mujer, Jane, arrodillada

en el arriate, con una cesta de plantas anuales de colores vivos detrás de ella.

—Has venido temprano —le dijo mirando hacia arriba y sonriendo.

—¿Dónde está?

—Aún no ha llegado.

—Ya decía yo que había mucho silencio. Esperaba que ya estuviera aquí.

Jane Bradbury clavó el desplantador en el suelo, se levantó resoplando y se limpió la tierra.

—Eso parece estar muy rico —dijo al ver el vaso.

Se lo pasó y ella le dio un sorbo y se relamió.

—Yo no me preocuparía —le dijo

— Ya sabes cómo es. Seguramente habrá hecho una parada para visitar a algún amigo en Londres.

—¿Y por qué no puede venir directamente aquí? Siempre está con algún amigo. Casi no la vemos.

—Ya no es una niña, Tom. Tienes veintiséis años.

—Entonces, ¿por qué se comporta como si lo fuera?

—Llamará. Seguramente volverá mañana y la tendremos hasta en la sopa.

—La consientes demasiado —le dijo malhumorado—. Incluso le has preparado su postre favorito.

Su mujer sonrió.

—Tú la consientes tanto como yo.

Bradbury se dio la vuelta y se dirigió a la casa.

—Por lo menos podría decirnos dónde está, coño.

*ISLA de Paxos, Grecia**Tercer día*

Zoë Bradbury se despertó con un grito ahogado. Lo primero que percibió fue la intensa y cegadora luz del sol en la cara. Trató de enfocar, pero veía borroso. ¿Dónde estaba?

Al cabo de un minuto, la neblina se dispersó y lo vio todo más claro. Estaba en una habitación. ¿Era la suya? No se acordaba, y eso era lo que le resultaba

más extraño.

Estaba tumbada en un colchón sin funda, cubierta con una sábana arrugada. Se incorporó en la cama y, de repente, sintió un dolor agudo que le pinchaba en el costado. Hizo una mueca de dolor y se apretó las costillas. Parecía como si tuviera alguna rota. La cabeza estaba a punto de estallarle y tenía la boca seca. Se miró las palmas de las manos. Le dolían y las tenía llenas de arañazos, como si hubiera sufrido una fuerte caída y hubiera puesto las manos para protegerse.

Destellos. Luces brillantes. Ruidos. Lugares y gente. Todo estaba en su cabeza, pero mezclado y borroso, eran

sombras y ecos. Recordaba vagamente la sensación de caer. Luego el impacto en la cabeza. Se la frotó y notó la herida. Se esforzó por aclarar las ideas, pero no le venía nada. Parpadeó y sacudió la cabeza. Nada.

El pánico empezó a apoderarse de ella. No podía recordar nada. No sabía por qué estaba allí y se dio cuenta, horrorizada, de que ni siquiera sabía quién era. Algo le había pasado. Una mala caída. Algún tipo de lesión en la cabeza. Rezó para que fuera solo temporal.

Lo único que sabía era que estaba en peligro. Era el conocimiento instintivo de un animal atrapado frente a su

depredador.

Ese instinto la ayudó a centrarse. Lo primero, sal de aquí. Ya te preocuparás del resto después.

No había nadie en la habitación. Pero cuando la brisa movió las cortinas, vio al hombre que había sentado fuera, en el balcón.

De lo primero que se dio cuenta fue de la pistola. Colgaba relajada de su mano, un gran objeto cuadrado que la apuntaba directamente. Estaba sentado de cara a ella, recostado bocarriba en una tumbona al sol y, en un principio, pensó que la estaba mirando fijamente a través de las oscuras gafas. Pero su pecho subía y bajaba lentamente y, al

ver que no había reaccionado cuando se despertó, supuso que estaba dormido. A sus pies había una botella de ouzo y un vaso vacío. La brisa del mar movía ligeramente su pelo rubio.

Zoë logró salir de la cama, apretando los dientes por el dolor que le atravesaba el costado. Puso un pie en el suelo, después el otro. Sintió el frescor de las baldosas.

El hombre no se movió.

Se levantó lentamente y se apartó de la cama. La cabeza le daba vueltas y se la cogió para mantener el equilibrio. Vio que iba vestida con unos pantalones blancos y una blusa amarilla. Notaba la ropa mugrienta, como si hubiera

dormido con ella durante un par de días. La rodilla derecha de los pantalones estaba rasgada, y tenía una mancha en la parte derecha de la blusa, donde le dolía. Supuso que era de la caída.

Todavía tambaleándose, cogió unas sandalias de tacón que había junto a la cama. Hacían juego con la blusa amarilla. ¿Serían suyas? No lo sabía. Las cogió por las tiras y se dirigió sigilosamente hacia la puerta, rezando para que el hombre de la tumbona no se despertara.

Cuando agarró el pomo de la puerta y notó que al principio se resistía, pensó que seguramente la puerta estaría cerrada con llave. Pero cuando vio que

giraba, el corazón le dio un vuelco. La puerta se abrió sin hacer ruido. Afuera había un pasillo y un tramo de escalera que conducía al piso de abajo. Cruzó el pasillo de puntillas y echó un vistazo por el hueco de la escalera desde la barandilla metálica. Voces, en algún lugar lejano de la casa. Escuchó a una mujer hablando y la risa de un hombre.

Ahora el corazón le iba a cien por hora. Empezó a descender por la escalera, estremeciéndose por el dolor a cada paso, descalza y silenciosa sobre las baldosas de cerámica. El miedo agudizaba su mente. No tenía ni idea de dónde estaba, pero sabía que tenía que escapar.

Consiguió bajar la escalera sin que la oyeran. Nadie había salido corriendo de la habitación. Estaba a salvo, por el momento.

Al pie de la escalera había otra puerta. Estaba abierta y del exterior entraba una luz brillante. Salió cojeando, con los zapatos en una mano y apretándose las costillas con la otra, y se dio cuenta de que estaba en una pequeña terraza llena de macetas y flores. Tres escalones más abajo, había una playa de guijarros blancos. Las piedras le pinchaban los pies y quemaban. Se puso los zapatos. Le estaban perfectos, aunque parecían los de una extraña.

Bajó sigilosamente a la playa y miró hacia atrás, a la casa. Era un bloque de piedra blanca picada con ventanas con postigos y el techo de tejas rojas. A través de la barandilla del balcón del primer piso, vio el respaldo de la tumbona. Detrás de la casa, una empinada cuesta arbolada subía hacia el acantilado. Era imposible subir por ahí. Desesperada, echó un vistazo alrededor. La playa estaba vacía. Había un largo embarcadero de madera destartalada con una pequeña lancha motora amarrada que se mecía suavemente por las olas.

Se dirigió hacia allí, acelerando el paso. Dio un traspié por los finos

tacones de siete centímetros. Volvió a mirar hacia atrás. Nadie. Estaba consiguiendo escapar.

Logró llegar al embarcadero. Los tablones eran sólidos y podía correr mejor que sobre las piedras sueltas y la arena. Continuó rápidamente, ya se había olvidado del dolor en el costado.

Y entonces fue cuando oyó el grito. Venía de la casa. Una voz masculina, fuerte y furiosa. Se sobresaltó y se giró. El corazón le dio un vuelco. Era él, el hombre rubio del balcón. Llevaba la pistola en la mano. Bajó la escalera a saltos y se dirigió corriendo hacia ella, gritando.

Después salieron más personas de la

casa. Una mujer y dos hombres. La mujer la señaló. Todos empezaron a correr. Más gritos.

Estaba en medio del embarcadero, podía llegar hasta la lancha. ¿Conseguiría arrancar el motor? ¿Le dispararían? ¿Qué quería esa gente de ella? Las piernas le temblaban, haciendo que se tropezara mientras corría.

Y entonces se cayó. Se derrumbó sobre la rugosa madera y notó que se había torcido el tobillo. Se le había encajado el tacón en un hueco entre las tablas. Tiró bruscamente y forcejeó. Estaba muy atascado. Estiró los brazos para intentar quitarse el zapato.

Se estaban acercando. Los pasos

tronaban sobre el embarcadero y, de pronto, notó la presión de la pistola en la nuca y una fuerte respiración en la oreja. Levantó la mirada y vio la cara del hombre, con el gesto retorcido por la ira y enseñándole los dientes.

Llegaron los demás.

—¿Qué coño ha pasado? —dijo una VOZ.

—La zorra ha vuelto en sí — contestó bruscamente el hombre de la pistola por encima de su hombro.

—¿Y tú qué coño estabas haciendo? —preguntó la voz femenina—. ¿Durmiendo?

El hombre la ignoró y levantó a Zoë de un tirón. Los cuatro la llevaron a

tirones por el embarcadero. La chica daba patadas y gritaba como una histérica. Ellos no decían nada. La arrastraron a trompicones hasta la casa, la volvieron a meter en la habitación y la echaron en la cama de un empujón. Le ataron los tobillos y las rodillas bruscamente con cinta de embalar. El rubio se metió la pistola en la parte de atrás del cinturón y la cogió de la muñeca derecha. La apretaba con una fuerza demoledora. Le subió el brazo de un tirón y se oyó un ruido metálico al esposarla al armazón de la cama. Después el brazo izquierdo.

Zoë se encaró.

—¿Qué queréis de mí? ¡Soltadme!

¿Qué queréis de mí?

Después le pegaron un trozo de cinta en la boca, para ahogar los gritos. Las incontrolladas lágrimas le caían por las mejillas.

El hombre sacó la pistola del cinturón y le puso la boca del arma en la sien. Zoë trató de apartarse del frío metal, con los ojos apretados.

Luego el hombre sonrió y retiró la pistola. Todos se alejaron y la observaron. Estaba demasiado cansada para seguir luchando. Le costaba respirar y sintió que iba a desmayarse.

La mujer tenía las manos apoyadas en las caderas, la cabeza inclinada hacia un lado y una ligera sonrisa en los

labios.

—Dejadla un rato —dijo—. Tengo que hacer una llamada. Después podemos volver a ponernos manos a la obra con ella.

—¿Qué queréis? —intentó volver a gritar Zoë a través de la mordaza.

Nadie le contestó mientras, uno a uno, salían de la habitación.

El rubio fue el último en marcharse.

—Estoy deseando empezar —dijo sonriéndole.

*O*XFORD

El mismo día

Ben emergió lentamente de un tenebroso sueño repleto de pesadillas y, poco a poco, consiguió centrarse. Ya se acordaba. Estaba en su nuevo piso. Oxford no le resultaba una ciudad extraña. En realidad, lo extraño era volver a vivir allí después de tantos años. No regresaría a Irlanda hasta diciembre.

Luchando por deshacerse de ese letargo paralizador que le invitaba a arrastrarse bajo la colcha, sacó las piernas de la cama de una patada. Se puso la parte de arriba del chándal, cruzó la sala de estar pasando por encima del equipaje a medio deshacer que estaba esparcido por todas partes y se dirigió a la cocina. El piso estaba en un apartado bloque de apartamentos en la tranquila zona norte de la ciudad. Parecía moderno y compacto, muy diferente de la laberíntica y vieja casa junto al mar que tenía en Irlanda, con el suelo de piedra y chimeneas con mucha corriente de aire.

Escuchó el canto de los pájaros y el

lejano sonido del tráfico mientras se preparaba el café. No tenía leche, ni azúcar, ni nada para comer. No encendió la radio. No le interesaba nada que pudiera estar pasando en el mundo. Se sentó un rato en la mesita de la cocina, con el café entre las manos y la mente en blanco, tratando de no pensar en nada. Sobre todo, tratando de no pensar en las dos botellas de Laphroaig de diez años que tenía en la maleta. Sería muy fácil ir hasta allí y abrir una. Demasiado fácil. Sabía perfectamente que acudiría en un instante de debilidad, cuando volvieran los demonios. Pero no era el momento.

A las ocho menos tres, volvió a la sala de estar y encontró la bolsa de tela

de Tesco que había dejado en uno de los sillones la noche anterior. Cogió la bolsa, cruzó la habitación transportando la pesada carga y vació el contenido encima de su escritorio. Los libros se esparcieron por su superficie.

Había unos veinte libros de teología en aquel montón, y se había propuesto leerlos todos en los próximos días. Una pila de hebreo y latín que estudiar minuciosamente. Miles de páginas de filosofía abstrusa. Aristóteles. Spinoza. Wittgenstein. Un arsenal de ensayos e interpretaciones de la Sagrada Escritura. Suponía un montón de trabajo, y saboreó tal perspectiva. Aquello le mantendría la mente ocupada y lo pondría a punto para

cuando empezaran las clases en octubre. Diecinueve años eran muchos que recuperar.

Trabajó durante seis horas seguidas, se estiró, se levantó y se dirigió al pequeño cuarto de baño. Después de una ducha rápida, se puso unos pantalones vaqueros y una camisa de algodón blanca y se comió un bocadillo de atún rancio que había comprado en una gasolinera de la M40 el día anterior. En algún momento después de las dos, salió del piso y recorrió la media hora de camino hasta el centro de la ciudad en veinte minutos. Se dirigió directamente a la Bodleian, la biblioteca más imponente y antigua de la universidad,

justo al lado del centro.

El sol pegaba fuerte. Mientras andaba, se quitó la chaqueta y se la echó al hombro.

Fue en ese momento, paseando por la antigua ciudad bajo el cielo despejado, cuando se dio cuenta.

¿Qué sensación es esta?

Se paró. Era algo muy extraño.

Soy una persona normal. Soy un estudiante que va a empezar sus clases en la universidad y se dirige a la biblioteca. Eso es todo lo que soy.

De pronto, durante un único y maravilloso segundo, todo parecía

posible. Que pudiera vivir la vida sencilla con la que había soñado, lejos de la violencia y la monstruosidad que lo había rodeado durante lo que parecía una eternidad. Que pudiera volver a ser feliz algún día, que el dolor llegara a su fin.

Era solo una muestra de esa felicidad, una simple muestra de normalidad y libertad y la promesa de volver a tener una especie de vida. Sabía que le quedaban más días malos por delante, días en los que ni siquiera querría seguir viviendo. Pero allí, en ese momento, por primera vez en meses, sentía el sol en la cara y agradecía estar vivo. Quizá lo peor de la pena ya había

pasado. Quizá lo estuviera superando. Quizá se fuera a poner bien.

Es lo que ella querría, pensó. Recordó su rostro y sintió la punzada de la pérdida y la culpabilidad. Quería alargar el brazo y tocarla. Entonces ella le sonrió, provocándole que quisiera llorar, pero él también sonrió.

Ay, Leigh. Siento muchísimo lo que pasó.

Ya lo sé, le escuchó contestar a lo lejos.

Continuó sonriendo con tristeza para sí mismo mientras recorría los pasillos abovedados de la Bodleian. Las salas de lectura principales olían a cuero viejo y madera bruñida. Se acercó al mostrador y le mostró el carné a la bibliotecaria.

Veinte años antes, en ese mostrador había mujeres con fama de sargentos y miradas intimidantes que asustaban a la mayoría de los estudiantes. Y se había estado preguntando, por diversión, si se las volvería a encontrar allí, más canosas, más gordas e incluso más temibles.

La bibliotecaria le dirigió una sonrisa. Tenía unos veintiocho o veintinueve años y la melena rubia y rizada recogida en una cola de caballo, con algunos mechones sueltos que le caían enmarcándole el rostro. Su cara, bonita, sencilla y natural. Miró dos veces su nombre en el carné y volvió a sonreír. Ben le pidió el libro que estaba

buscando y ella le dijo en voz baja que habría que sacarlo de las entrañas de la biblioteca.

Ben le dio las gracias y se pasó la siguiente media hora hojeando revistas en una cabina de la sala de lectura que estaba enfrente del mostrador. Se dio cuenta de que, de vez en cuando, la bibliotecaria lo miraba. Y entonces otro de los empleados le trajo el libro que había ido a leer y no la volvió a ver.

Ya era casi de noche cuando salió de la biblioteca. El calor y el sudor de las animadas calles del centro contrastaban con el frío silencio de las salas de lectura de la Bodleian. Aspiró profundamente el aroma de la antigua

ciudad.

«Bueno, ya he vuelto», se dijo en voz baja.

GRECIA

Cuarto día

—¿Esta línea es segura? Tengo que hablar contigo.

—Es segura. ¿Por qué no has informado antes, Kaplan?

—Hemos tenido un problema.

Una pausa.

—¿La chica?

—Eso me temo.

—La habéis matado, ¿verdad?

Teníais órdenes estrictas de cogerla viva.

—Está viva.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Está viva, pero no nos sirve.

—Me estás diciendo que la habéis cagado.

—La teníamos, ¿vale? La teníamos a tiro de piedra, pero fue complicado atraparla. Iba en moto. La perseguimos unos cinco kilómetros, desde la villa hasta la montaña. Esas carreteras están llenas de curvas y vegetación. Tratamos de interceptarla, pero le entró pánico. Salió de la carretera, por donde no podíamos seguirla. Dejé a Ross y a Parker en el coche y me llevé a Hudson

conmigo. Fuimos tras ella a pie.

—Y se escapó.

—No, la cogimos. No llegó muy lejos antes de caerse de la moto.

—¿Qué daños ha sufrido?

—No ha habido daños externos graves. Algunos cortes y arañazos. Pero sufrió un traumatismo en la cabeza, y ese es el problema. Estuvo inconsciente durante un tiempo, casi treinta horas. Volvió en sí ayer. Pero tiene algún tipo de amnesia postraumática. No puede responder a nuestro interrogatorio porque su memoria se ha borrado.

—¿Estás segura de que tenéis a la persona correcta?

—Cien por cien.

—¿Cuál es el nivel de gravedad?

—No se puede saber. La amnesia podría ser a corto plazo.

—Será mejor que tengas razón. ¿Tú sabes lo serio que es esto?

—Está controlado.

—Dicho así no lo parece, Kaplan. Si no recupera la memoria pronto, tendrás que traerla, aquí tenemos el equipo adecuado.

—Hay otro pequeño problema.

—¿Quieres decir que aún hay más?

—Todas sus cosas han desaparecido de la villa. Fuimos para recogerlo todo. Ya no hay nada. Ni equipaje, ni papeles. Nada. No pensaba marcharse hasta por la mañana. Eso significa que tenemos

que cambiar el plan. Ya no puede parecer un accidente.

—Buen trabajo, Kaplan.

—Una cosa más. Había alguien en la fiesta, un amigo, creo. Ya lo habíamos visto por allí y no nos llamó la atención. Pero en la fiesta derramó la bebida justo después de que Hudson echara la droga. Pareció deliberado.

—Entonces sabía algo. ¿Quién es?

—Un tipo de la zona, por lo que sabemos. Uno de sus muchos amigos. Seguramente casado, así que fue muy discreto. La villa tiene un garaje anexo y siempre aparcaba allí su Mercedes, donde no podíamos verlo. Ahora creemos que él se llevó las cosas en el

coche, más temprano. Y estamos bastante seguros de que iba a reunirse con él cuando la cogimos.

—Entonces él podría saberlo todo.

—Probablemente. Pero no podíamos haberlo sabido.

—¿Tenéis alguna información sobre él?

—Estamos en ello.

—Debéis solucionar esta situación rápidamente. Vamos justos de tiempo. La gente empezará a echarla de menos.

—Lo encontraremos.

—Más os vale. Y cuando lo hagáis, conteneos. Puede que todavía quede una oportunidad de arreglar este desastre. Si se queda en agua de borrajas, estáis

muertos, ¿entendido?

*OXFORD**Sexto día*

Después de dos días de estudio ininterrumpidos, Ben se sintió preparado para volver a tomar el aire. La luz del sol entraba por la ventana y notó la llamada del exterior. En Irlanda, se esforzaba por correr quince kilómetros cada día.

Se puso una camiseta y unos pantalones de deporte y se dirigió con

brío al centro, donde se abrió paso entre los clientes de Cornmarket de camino a su antigua facultad, Christ Church. Al cruzar la entrada principal, no pudo evitar quedarse mirando el enorme patio principal. Respiró profundamente.

Cruzó el patio, observando a su alrededor los antiguos y majestuosos edificios de arenisca que atrapaban el color dorado del sol. Los viejos recuerdos lo inundaron. En el centro del patio, rodeada de un césped muy bien cuidado y encaramada en una ornamentada fuente de piedra, estaba la conocida estatua de Mercurio, el mensajero alado. Pasó a su lado, subió al trote algunos escalones hasta el lado

opuesto del patio y se dirigió a una entrada abovedada. Oculta tras la entrada, estaba la catedral más pequeña de Inglaterra, que hacía las veces de capilla de la facultad. Ben no tenía previsto entrar, pero en ese momento se sintió atraído por aquel lugar. Cruzó rápidamente la puerta.

Al fondo de la nave se estaba celebrando una misa matinal. Ben no reconocía al sacerdote, pero estaba seguro de que tarde o temprano, durante el curso, lo conocería. Leía el Evangelio de san Mateo con voz dulce y solemne. El eco de sus palabras recorría las paredes y columnas del siglo XIII y se elevaba hasta el techo, magníficamente

ornamentado. La pequeña congregación se agrupaba en la parte de delante, escuchando atentamente.

Ben anduvo en silencio por el brillante suelo de mosaico, se sentó cerca de la entrada y observó y escuchó desde lejos. Trató de imaginarse allí, de pie en el púlpito, con el alzacuello y el gesto serio, celebrando la misa. Ese era el futuro que había planeado allí. Se suponía que se iba a preparar para eso, para algo que había formado parte de su vida, a intervalos, desde que podía recordar.

En aquel momento, allí sentado, parecía difícil de imaginar. Lo había deseado con todas sus fuerzas; había

soñado con aquello tantas veces. Pero ¿estaba realmente a su alcance conseguir que ocurriera?

Se quedó unos minutos más en la catedral, bañado por la tenue y coloreada luz que se filtraba por las vidrieras, con la cabeza inclinada, dejando que la serenidad de aquella atmósfera penetrara en lo más profundo de él. Luego, se levantó con mucho cuidado, procurando no hacer ruido, y salió al patio iluminado por el sol.

Giró a la izquierda y se dirigió al prado en crecimiento que había detrás de Christ Church. Corrió durante media hora por el camino de sirga que había junto al río, sintiendo cómo le quemaban

los músculos de las pantorrillas. Después, satisfecho de no haber dejado que su forma física se deteriorara demasiado, corrió de vuelta al colegio.

Estaba tan inmerso en sus pensamientos mientras cruzaba de regreso al patio principal, que no advirtió que alguien se acercaba.

—Esperaba encontrarme contigo — dijo una voz.

Ben se dio la vuelta y comprobó que se aproximaba la figura alta y canosa con traje de *tweed* del catedrático Tom Bradbury. No había visto a aquel hombre desde su entrevista seis semanas antes con el comité de admisiones de la facultad.

—Profesor Bradbury, ¿cómo está?

Este sonrió.

—Llámame Tom. Creo que ya nos conocemos lo suficiente.

Tom Bradbury y el padre de Ben, Alistair Hope, habían estudiado juntos en Cambridge. La amistad entre un ferviente alumno de teología y un estudiante de derecho podría resultar extraña, pero había durado muchos años y acabó cuando el padre de Ben murió. Ocurrió el año que Ben dejó sus estudios e ingresó en el ejército. Guardaba muy pocos recuerdos de aquella época, pero siempre había recordado a Tom Bradbury, aunque perdiera el contacto con él tantos años

atrás. En su época de estudiante adolescente, lo consideraba su tío. Su presencia siempre había sido agradable y tranquilizadora, perfumada con el aroma a tabaco de pipa impregnado en su ropa. Sus seminarios habían sido los más animados de todas las clases que Ben recordaba. Su especialidad era el Antiguo Testamento, una escritura tan antigua, densa y complicada que resultaba difícil darle vida. Pero el catedrático Bradbury era capaz de hacerlo, y los estudiantes lo adoraban.

—Quiero hablar contigo —dijo el catedrático—. ¿Estás libre mañana a la hora de comer?

—Tengo una cita con Descartes —

dijo Ben sonriendo—. Pero comer contigo suena mucho más apetecible.

—Sabia elección —dijo Bradbury—. No es precisamente mi filósofo favorito, todo sea dicho. Había pensado que podrías venir a casa.

—¿Sigues viviendo en Summertown?

Bradbury asintió. Concretaron la hora, el catedrático sonrió débilmente y se marchó hacia el patio de Canterbury. Ben lo observó mientras se alejaba. Bradbury era un hombre íntegro y enérgico de sesenta y tres años. Normalmente, era jovial y estaba lleno de vida. Pero aquel día lo notaba diferente. Le faltaba algo. Parecía mayor

y cansado, apagado. ¿Estaría enfermo?
De ser así, ¿por qué invitar a alguien a
comer al día siguiente?

Algo no iba bien.

GRECIA

Era una navaja Buck, y al hombre rubio le encantaba afilarla. Mientras permanecía sentado en el balcón, sin nada más que hacer que absorber el sol, beber ouzo y vigilar a la zorra, se pasaba el rato pasando la piedra de aceite por el filo. Tenía la navaja tan afilada que si la hubiera dejado con el filo hacia arriba y un billete encima toda una noche, al volver por la mañana, el billete estaría cortado por la mitad

únicamente debido a su propio peso.

Sacó la navaja del bolsillo y la abrió con una mano mientras se acercaba lentamente a la cama. Zoë volvió la mirada y, al verlo, emitió un grito de terror ahogado por la mordaza. Tenía los brazos atados al colchón, que agarraba y arañaba luchando por liberarse.

Él se apoyó en el borde de la cama, inclinado sobre ella y mostrándole el filo muy de cerca. Podía oler el miedo que desprendía.

—Parece afilada, ¿verdad?

Pasó el pulgar suavemente por la hoja, cortándose la primera capa de piel.

—Ni te imaginas lo afilada que está. Aunque quizá lo compruebes muy pronto.

Apretó la cara de la hoja contra su mejilla, y ella se giró gimiendo. La garganta le palpitaba.

—Ahora voy a quitarte la mordaza, y no vas a volver a gritar. Vas a hablar conmigo. Me lo vas a contar todo. Porque si no lo haces, te voy a sacar un ojo. Saldrá disparado, así.

La mujer morena estaba observando desde el otro lado de la habitación. Tenía los brazos cruzados y el rostro tenso. Quería intervenir, pero se contuvo.

El hombre le quitó la mordaza de un

tirón y Zoë respiró con rápidas boqueadas. Tragó fuerte y gimió de miedo cuando le acarició la sien con el frío acero del filo y trazó una línea alrededor del ojo.

—No me acuerdo —dijo lastimosamente.

—Sí, sí que te acuerdas. No nos mientas.

—Lo juro, no me acuerdo.

—Un empujoncito con el filo —dijo él—. Es lo único que tengo que hacer para ver cómo sale disparado este precioso ojito azul. ¿Has visto alguna vez un globo ocular reventado? Es como un huevo crudo. —Sonrió, dejó que sintiera un poco más el tacto de la

navaja sobre su piel y después la apartó.

Zoë estaba temblando de miedo.

—No sé qué deciros —dijo sollozando—. No lo sé.

—Cleaver —dijo él—. Te acuerdas del señor Cleaver, ¿verdad? ¿Te acuerdas de lo que le hiciste?

La chica negó violentamente con la cabeza.

—¿Dónde está? —dijo él.

—¿Dónde está qué?

—¿Dónde está? —le gritó a la cara.

—No lo sé, joder —contestó gritando—. ¡No sé qué coño queréis de mí! —La desesperación se reflejaba en su mirada y tenía el pelo pegado a las mejillas por las lágrimas—. ¡Tenéis que

creerme! ¡No sé nada! ¡Habéis cogido a la persona equivocada! —Empezó a gritar más fuerte—. ¡Soltadme! —suplicó—. Soltadme, no se lo contaré a nadie. Lo prometo.

La mujer se acercó y cogió al hombre por el hombro.

—Tenemos que hablar.

Él se puso tenso, sin dejar de mirar a la chica de la cama. Después suspiró, se giró y siguió a la mujer fuera de la habitación.

Salieron al pasillo. La mujer cerró la puerta, así que Zoë Bradbury no pudo escuchar nada.

—Esto no funciona.

—Está fingiendo, Kaplan —susurró

furioso.

—No creo que tú puedas saberlo.

—Dame media hora a solas con esa zorra. Se lo sacaré todo.

—¿Cómo? ¿Arrancándole los ojos?

—Tú déjame.

—No hemos sido precisamente agradables con ella. ¿Por qué crees que tú puedes conseguir que hable?

—Lo haré. Dame más tiempo.

La mujer se mordió el labio, negó con la cabeza.

—No se puede quedar aquí. No disponemos del equipo necesario.

—Antes de llevártela, dame diez minutos con ella.

—Negativo.

—Cinco minutos. Haré que hable, créeme.

—Estás disfrutando demasiado con esto, Hudson.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—¿Y si la matas? Estaríamos todos muertos.

—No la mataré. Sé lo que tengo que hacer, Kaplan.

Ella resopló.

—¿De verdad? Escúchame. Quiero que guardes esa navaja. Si la vuelvo a ver, te meteré una bala en la cabeza. ¿Te ha quedado claro?

El hombre se quedó callado, mirándola fija y hoscamente.

—Ellos harán que hable —dijo ella

— Tienen otros métodos.

HOLYWELL Music Room, Oxford

Aquella noche

Ben se recostó en el duro asiento y observó el goteo de público entrando en la sala. La acústica amplificaba cualquier sonido y la gente procuraba hablar en voz baja. Se había sentado en la última fila y el lugar se estaba llenando poco a poco, pero no esperaba que el concierto fuera a atraer a una gran multitud.

Le había echado un vistazo al folleto unos días antes y se alegraba de haberlo. No era muy aficionado a los conciertos, pero la idea de pasar una hora escuchando cuartetos para cuerda de Bartók le atraía. Era el tipo de música crispante que incomodaba e inquietaba a la gente, pero que a él le gustaba. Era temperamental y siniestra, introspectiva, un poco disonante, colmada de una tensión que, de algún modo, lo relajaba.

La Holywell Music Room estaba oculta en una tortuosa calle lateral no muy lejos de la biblioteca Bodleian. No era un lugar grande ni opulento, sino una sencilla sala blanca con un humilde

escenario al fondo y una capacidad para unas cien personas. La iluminación era austera y daba la impresión de que las hileras escalonadas de asientos se habían diseñado para la mayor incomodidad posible. En el programa se decía que era la sala de conciertos más antigua de Europa y que Händel había tocado allí en su época. También ofrecía un poco de información sobre el compositor y la música, y dedicaba un breve párrafo a cada miembro del cuarteto. Todos eran estudiantes de música de posgrado que daban clase y actuaban para abrirse camino en la universidad.

En el sencillo escenario había cuatro

sillas de plástico y cuatro atriles. Estaba previsto que los músicos salieran en unos segundos, aunque quizá tardaran un poco, esperando que llegara más gente. Pero la cosa no prometía.

Más que verla, Ben sintió que entraba en la sala. Se dio la vuelta y lo primero que percibió fue su sonrisa al reconocerlo. La bibliotecaria de la Bodleian. La melena rubia le caía sobre los hombros y llevaba una chaqueta fina que abrazaba su figura. Dejó el programa sobre sus rodillas cuando vio que se acercaba.

—¿Estás solo? —dijo en voz baja —. ¿Te importa que me siente aquí?

Ben había dejado su chaqueta

doblada sobre el respaldo del asiento de al lado. La cogió y la puso en el suelo.

—No hay problema.

Ella se sentó, sin dejar de sonreír. Llevaba un bolso pequeño que dejó a su lado.

—No esperaba verte aquí —susurró—. Me llamo Lucy, por cierto.

—Ben.

—En tu carné de la biblioteca pone Benedict.

—Simplemente Ben.

Se quitó la chaqueta y Ben se dio cuenta de que llevaba la misma blusa blanca y almidonada que cuando la vio por primera vez.

—¿Trabajando hasta última hora?

Ella puso los ojos en blanco.

—Para qué hablar.

Ben estaba a punto de contestar cuando los músicos salieron al escenario con los instrumentos. Se escuchó una especie de aplauso por parte del reducido público cuando los dos violinistas, el violonchelista y el intérprete de viola se acomodaron en sus asientos. Levantaron los arcos y asintieron. A continuación, empezaron a tocar.

En el momento en que la música crispada inundó la sala, Ben se percató del perfume de Lucy. De vez en cuando, ella se movía en el asiento y Ben notaba el suave roce de la rodilla de Lucy en la

suya. Se preguntó distraído por qué había querido sentarse a su lado cuando la sala estaba medio vacía. Parecía bastante agradable. A él no le importaba la compañía.

Estaba atardeciendo cuando salieron de la Holywell y comenzaron a caminar por la estrecha calle.

—Me ha gustado —dijo Lucy.

—Ha sido relajante —contestó él.

—¿Eso crees? Es bastante intenso.

—Por eso lo encuentro relajante.

—¿Te apetece tomar algo? —dijo ella.

—¿Por qué no?

El Turf estaba justo al lado, un pub que Ben recordaba de hacía años.

Cruzaron la carretera y se dirigieron hacia el sonido de la música y las risas. El interior era tradicional, con techos bajos, vigas al descubierto y una barra de madera picada que parecía tener unos dos siglos de antigüedad. El local estaba repleto de gente. Un contingente de turistas italianos ocupaba varias mesas y hacía demasiado ruido. Ben pidió un escocés doble y una copa de vino blanco, y los dos se llevaron las bebidas a un tranquilo rincón de la terraza rodeado de viejas paredes de piedra y plantas trepadoras. El ambiente estaba cargado del aroma a madreSelva.

Ben sacó sus cigarrillos.

—¿Te importa?

—Yo también fumaré —dijo ella.

Ben le ofreció fuego y brindaron. Le parecía un poco extraño encontrarse allí con ella, pero al mismo tiempo era una persona con la que resultaba cómodo estar.

—Un concierto genial —dijo ella—. Una pena lo del público.

—Creo que Bartók es un gusto adquirido.

—Si hubiera sido los grandes éxitos de Chopin, o algo barroco con muchos adornos, la sala se habría llenado hasta los topes. —Sonrió—. Así que, Ben, ¿eres un posgraduado o qué?

—Estudiante universitario. Esperando para empezar mi último año

en Christ Church.

Ella pareció sorprendida.

—Ya lo sé —dijo él al observar su mirada—. Soy viejo.

—No eres viejo.

Me siento viejo, pensó. Y cansado.

—Me tomé un descanso —le explicó—. Hice dos años de la licenciatura de teología, hace tiempo. Hace demasiado tiempo. Ahora me dejan volver para acabarla.

—¿Un cambio en tu carrera profesional?

—Sin duda.

—¿A qué te dedicabas antes?

Se quedó pensando durante un

momento. Incluso pensó en decirle la verdad. Después decidió que no.

—Era profesional independiente, una especie de asesor por cuenta propia. Mediador. Cosas de especialista. Viajaba mucho.

No tenía ningún sentido, era la contestación más imprecisa que podía pensar, pero ella pareció satisfecha con la respuesta.

—A mí también me vendría bien un cambio —dijo ella.

—¿No te gusta trabajar en la biblioteca?

—Está bien, pero yo quiero pintar. Soy artista. Solo trabajo en la Bodleian unas pocas horas a la semana, para

pagar las facturas. Yo me dedicaría al arte a tiempo completo si pudiera vivir de eso. Pero la cosa está difícil.

—Un negocio complicado —dijo él—. Espero que lo consigas. ¿Qué clase de arte haces?

Lucy soltó una risilla.

—Bueno, no te interesaría.

—Sí, me interesa.

Metió la mano en el bolso y sacó una tarjeta de visita. En una cara ponía «Lucy Wilde, pintora», un número de teléfono y la dirección de una página web. Ben le dio la vuelta. En la parte de atrás de la tarjeta había impreso un diseño abstracto, geométrico y bien definido, un estilo que le recordaba a

Kandinsky.

—¿Es tuyo?

Ella asintió.

—Me gusta. Eres muy buena. Espero que te vaya bien. —Hizo el gesto de devolverle la tarjeta.

—Quédatela —le dijo. Él sonrió y guardó la tarjeta en un bolsillo.

Se hizo un silencio entre los dos durante unos segundos. Ben le dio vueltas al vaso encima de la mesa, luego echó un vistazo al reloj.

—Creo que tendría que irme. —Se bebió el último trago.

—¿Dónde vives? —le preguntó ella.

—En la zona norte, en la calle Woodstock. ¿Y tú?

—En Jericho.

—Me ofrecería a llevarte —dijo él—, pero voy andando.

—Yo también. Pero vas por el mismo camino que yo hasta Saint Giles. ¿Vienes conmigo?

Él asintió. Ella sonrió y se fueron juntos. No hablaron mucho mientras recorrían la estrecha calle. El eco de sus pasos retumbaba en las viejas paredes picadas de los edificios universitarios mientras caminaban hacia el centro de la ciudad. La gente había salido en avalancha del New Theatre y los puestos de kebab estaban atareadísimos, perfumando el cálido aire nocturno con el aroma de la carne asada. Pasada la

facultad de Saint John, venía la amplia Saint Giles. Las calles allí estaban más tranquilas y las farolas arrojaban una tenue luz color ámbar.

Lucy se paró.

—Yo sigo por ahí —dijo señalando a una calle lateral—. Ya nos veremos. En la biblioteca.

—Supongo. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Ben.

—¿Qué?

Lucy habló con voz vacilante.

—Estaba pensando si te gustaría venir conmigo a ver una película mañana por la noche.

Él no dijo nada.

—Es una película sobre Goya —
dijo ella con voz nerviosa—. El artista.

—Ya sé quién es Goya. —Lamentó
la brusquedad con que lo soltó.

—No sé si es buena, pero pensé que
quizá te gustaría... —Su voz se fue
apagando. Se movió de un lado a otro,
bajó la mirada, rebuscó en el bolso.

Él dudó.

—Lo siento, Lucy. No creo que
pueda. Tengo cosas que hacer.

—¿Y otra noche? ¿A tomar algo?

—No creo —dijo él.

Lucy parecía confusa.

—Vale, lo entiendo. Entonces ya nos
veremos.

Se dio la vuelta y Ben observó cómo

se marchaba. Lucy no miró atrás. Él continuó subiendo la calle.

A unos cien metros, redujo el paso. Se paró. Se quedó de pie bajo la luz color ámbar y negó con la cabeza. *Menudo gilipollas*, le dijo su voz interior. Había manejado muy mal la situación. Estúpido, torpe e insensible. Resultaba obvio que ella no era el tipo de mujer que le pide una cita a un hombre todos los días. Le había supuesto un esfuerzo pedírselo y él la había pisoteado como a un insecto. Lucy se merecía algo mejor. Tenía que volver y explicarle la situación. Que a él le gustaba, pero no la vería mucho. Que seguramente no volvería a sentirse

atraído por nadie nunca, al menos durante mucho tiempo, quizá nunca más. Que no era nada personal, que simplemente se trataba de él y sus problemas. Que lo sentía.

Se dio la vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia la calle empedrada por donde había visto alejarse a Lucy. Era estrecha y estaba muy poco iluminada; los altos edificios a ambos lados proyectaban largas sombras negras en los adoquines. Poco más que un largo callejón. No había nadie.

Solo Lucy y tres tipos.

Estaban a treinta metros. La tenían aprisionada contra la pared. Uno

enfrente sujetándola por el cuello. Los otros dos, situados uno a cada lado para que no escapara. Ella forcejeaba y daba patadas. Uno de ellos tenía el bolso agarrado y Lucy tiraba de la correa para que no se lo quitara. Al final lo soltó y Ben oyó una risa por encima del débil grito de ella.

Se aproximó con sigilo, fundido con la oscuridad. Los tres estaban demasiado ocupados con Lucy como para darse cuenta de que se estaba acercando, aunque ni siquiera un soldado profesional lo habría oído. Dos de ellos eran blancos y el tercero, el que le había arrancado el bolso, era asiático. El que la retenía del cuello parecía el

más competente. Llevaba la cabeza afeitada y un pendiente de aro en la nariz, transmitía seguridad. Sin duda era el jefe. El otro blanco era de menor estatura, fornido, más bien gordo. Eran solo unos críos, tendrían entre diecisiete y veinte años, los tres con el mismo tipo de ropa deportiva.

Solo unos críos, pero críos peligrosos. Algo brilló bajo la pálida luz ámbar. El jefe se había metido la mano en la chaqueta y había sacado un cuchillo. Un cuchillo de cocina, con el mango de plástico negro, de unos veinte centímetros de acero serrado. Lo blandió frente al rostro de Lucy. Ella dejó escapar un grito ahogado y él le

gruñó que se estuviera quieta y cerrara la puta boca.

Ben apretó los puños al ver el cuchillo. Se arrimó un poco más, sin hacer el más mínimo ruido. Seguían sin verlo.

El asiático estaba revolviendo el bolso, buscando el monedero, mientras su amigo el gordo intentaba quitarle el reloj a Lucy asiéndola del brazo. Ella los miraba aterrorizada.

Ben salió de la oscuridad. Se quedaron de piedra, mirándolo fijamente. Lucy exclamó su nombre.

En su cabeza bullían cientos de maneras de deshacerse de ellos. Tres segundos y los tendría a los tres

destrozados en el suelo. En cuanto al cuchillo, era grande y amenazador en comparación con la víctima, pero el jefe no tenía ni idea de cómo usarlo. Al menos contra alguien que había sido entrenado para arrebatárselo y clavárselo en el cráneo antes de que pudiera siquiera abrir la boca.

Eran críos peligrosos, pero no dejaban de ser unos críos.

—Abre el monedero —le dijo al asiático. El chico miró el monedero y después a Ben. Parpadeó.

—Venga, ábrelo —dijo Ben, sin dejar de mirar al jefe. Su voz sonaba firme y suave.

El chico del cuchillo tenía el ceño

fruncido y Ben observó su gesto de confusión. Sabía lo que estaba pensando. Tres contra uno, pero algo iba muy mal en el equilibrio de fuerzas. Su confianza se estaba consumiendo rápidamente y el desafío en su mirada se estaba transformando en miedo al luchar por encontrar las palabras. El cuchillo vacilaba en una de sus manos, aflojó un poco la otra y Lucy se libró de él.

El asiático hizo lo que le habían dicho. El monedero era de piel marrón, bastante gastado. Desenganchó el cierre y lo abrió.

—¿Cuánto dinero hay? —preguntó Ben.

El chico metió los dedos en el

monedero y sacó un billete de veinte.

—No es un gran botín, chicos —dijo Ben—. Tocáis a menos de siete libras. Luego os daréis cuenta de que la tarjeta de débito no sirve porque la cuenta ya está en números rojos. Y el crédito de la otra se ha agotado. Así que os iréis a casa con siete libras. Es duro, chicos. Una gran noche de trabajo, algo de lo que podréis presumir delante de vuestros amigos.

El chico del cuchillo consiguió sacar la voz.

—Que te jodan —dijo. Pero no pudo disimular el temblor en la garganta.

Ben no le hizo caso.

—Vale, hagamos un trato.

Se metió la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros, sacó su cartera y la abrió. Dentro había un fajo de billetes de cincuenta, recién sacados del cajero automático. Los contó con calma, tomándose su tiempo, notando sus miradas. Cogió seis billetes y volvió a guardarse la cartera.

—Trescientos. Cien para cada uno. Es mejor que siete. Y mucho más de lo que os merecéis. —Se los ofreció—. Son vuestros.

El chico del cuchillo dio un paso para cogerlos.

Ben retiró el dinero.

—Es un trato. Eso significa que quiero algo de vosotros a cambio.

Cuatro cosas. Una, dejad que ella se vaya. Dos, devolvedle el bolso. Tres, pon el cuchillo en el suelo. Cuatro, os iréis y no quiero volver a veros nunca más.

Se quedaron pensativos.

—Si no aceptáis el trato, por mí bien —dijo Ben—. Lo único es que estaréis muertos en treinta segundos porque no se me ocurre otra opción. Vosotros diréis.

El asiático estaba empezando a temblar violentamente. Al chico del cuchillo se le salían los ojos de las órbitas. Intercambiaron miradas nerviosas.

—Os estoy ofreciendo una manera de salir de aquí —dijo Ben—. Os estoy

dando dinero por vuestras vidas, para no tener que mataros.

El jefe se agachó y soltó el cuchillo. La hoja tintineó al chocar con los adoquines. El asiático devolvió el bolso a Lucy y, a continuación, los tres se apartaron rápidamente de ella, que estaba temblando, pálida. Corrió al lado de Ben, que le pasó un brazo por los hombros.

Dio una patada al cuchillo y lo mandó a la otra punta del callejón.

—Buena elección. Un gran momento. No sabéis la suerte que habéis tenido esta noche. —Les ofreció el dinero. Al jefe le temblaba la mano cuando fue a cogerlo. Y entonces, los tres pusieron

distancia de por medio, echando a correr como demonios.

—¿Estás bien? —le preguntó Ben a Lucy.

Ella lo miró, con los ojos humedecidos.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo lo has hecho?

—Te acompañaré a casa —dijo.

SÉPTIMO día

Los Bradbury vivían en una gran casa adosada de estilo victoriano a las afueras de la arbolada zona residencial de Summertown. Ben llegó a las doce y media con una botella de vino y unas flores para Jane Bradbury. Hacía mucho tiempo que no la veía. No había cambiado mucho físicamente, ahora tenía alguna que otra mecha gris entre el cabello moreno, pero Ben pudo ver una especie de fragilidad en su delgado

cuerpo que no había visto antes. Recordaba que era una mujer tranquila, un poco a la sombra de su entusiasta marido. Pero aquel día estaba incluso más callada de como la recordaba.

Comieron en el patio trasero de la casa. El jardín tampoco era muy diferente al de hace casi veinte años. Los rosales de Tom Bradbury eran más grandes y coloridos de lo que Ben recordaba, y los altos muros de piedra del fondo del jardín ahora estaban cubiertos de hiedra.

Después de la comida, se sentaron a charlar y a beber vino durante un rato, mientras el westie de los Bradbury, un pequeño y robusto terrier blanco, todo

músculo y pelo, corría de allá para acá por el césped, oliendo la hierba para seguir el rastro de algo.

—Este perro es igual al que teníais la última vez que vine —dijo Ben—, pero no es el mismo, ¿verdad?

—Aquel era Sherry —dijo Jane Bradbury—. Este es Whisky, el hijo de Sherry.

Al oír su nombre, el perro dejó lo que estaba haciendo y echó a correr hacia ellos. Llegó hasta Ben, se sentó sobre las patas traseras y le ofreció la pata.

—Nuestra hija Zoë le enseñó a hacer eso —dijo Bradbury—. En realidad el perro es suyo, pero nosotros lo

cuidamos casi siempre, porque no suele venir mucho.

—¿Cómo está Zoë? —preguntó Ben.

Era una simple pregunta, pero pareció provocar un extraño efecto. El catedrático se removió incómodo en su silla y se miró las manos. Su mujer palideció perceptiblemente, su rostro se tensó y se puso rígida. Buscó la mirada de su marido, una mirada intencionada, como si le estuviera animando a que dijera algo.

—¿Qué sucede? —preguntó Ben.

Bradbury le acarició la mano a su mujer. Ella se recostó en la silla. El catedrático se volvió hacia Ben. Por un momento, pareció que iba a hablar, pero

estiró el brazo para coger la botella que había en la mesa y rellenoó los tres vasos. Dejó la botella, cogió su vaso y dio un trago.

—Me da la impresión de que esto no es una simple reunión social —dijo Ben—. Queréis hablarme de algo en concreto.

Bradbury se llevó la servilleta a la comisura de los labios. Su mujer se levantó nerviosa.

—Traeré más vino.

Bradbury metió la mano en el bolsillo de atrás de su chaqueta de *tweed*, sacó una vieja pipa de brezo y empezó a llenarla con tabaco de una petaca de plástico.

Ben esperó pacientemente a que hablara.

Bradbury frunció el ceño mientras encendía la pipa.

—Estamos muy contentos de volverte a ver —dijo envuelto en una aromática nube de humo—. Jane y yo te habríamos invitado a comer incluso en circunstancias normales.

—Entonces me habéis invitado por una razón concreta —dijo Ben—. Pasa algo.

Jane Bradbury regresó con otra botella de vino, que colocó en la mesa. Por sus caras, parecía que tenían mucho que contarle y que la tarde iba a ser larga.

El catedrático y su mujer intercambiaron una mirada.

—Ya sé que hace mucho tiempo que no estamos en contacto —dijo Bradbury—. Pero tu padre y yo éramos buenos amigos. Muy buenos amigos. Y consideramos que tú también lo eres.

—Os lo agradezco —dijo Ben.

—Así que sentimos que podemos confiar en ti —continuó Bradbury—. Y confiamos en ti.

—Por supuesto. —Ben se inclinó hacia delante.

—Necesitamos tu ayuda. —Bradbury dudó, luego continuó—. Se trata de lo siguiente. Cuando te marchaste de Oxford, hace tantos años,

nos llegaron rumores. Decían que habías estado dando tumbos durante una temporada y que luego te uniste al ejército. Por lo visto te iba bien. Eran solo rumores, nada en particular. Y entonces, hace seis semanas, cuando mis colegas y yo te entrevistamos como estudiante que retoma sus estudios, nos contaste un poco sobre tu carrera profesional durante ese intervalo de tiempo. Ya sé que no quisiste entrar en detalles, pero dijiste lo suficiente como para que me hiciera una idea. Entendí que eres un hombre con una serie de habilidades muy específicas y mucha experiencia. Buscas a gente desaparecida.

—Era asesor de respuesta ante situaciones críticas —dijo Ben—. Trabajaba por cuenta propia ayudando a localizar víctimas de secuestro. En especial, niños. Pero eso es todo. Como ya os dije en la entrevista, estoy retirado.

—En especial, niños —repitió Bradbury con tristeza.

Jane Bradbury se volvió a levantar. Entró en la casa por la puerta acristalada y volvió al cabo de unos segundos con una foto enmarcada. Dejó el marco de plata en la mesa y lo empujó hacia Ben.

—¿Te acuerdas de ella? Era solo una niña la última vez que la viste.

Ben rememoró aquellos días. Parecían muy lejanos. Habían pasado muchas cosas desde entonces. Se acordaba de una chispita que correteaba por el césped perseguida por un alegre perro, de la luz del sol en su pelo y de todo un mundo de felicidad en su sonrisilla mellada.

—Tenía unos cinco o seis años.

—Casi siete —dijo Bradbury.

—Así que ahora tiene unos veinticinco o veintiséis. —Ben cogió la foto. El marco de plata estaba frío al tacto. Lo volvió hacia él. La chica de la foto era extraordinariamente guapa, tenía una larga melena rubia y una amplia sonrisa. Era una sencilla y alegre foto de

ella abrazando a su perrito.

Bradbury asintió.

—Cumple veintiséis en marzo.

Ben dejó la fotografía.

—¿Qué ocurre? ¿Zoë tiene algún problema? ¿Dónde está?

—Ese es el problema. Se supone que tendría que estar aquí. Pero no está.

—Ya he tomado demasiado vino — dijo Jane Bradbury de repente—. Voy a hacer café.

Ben observó cómo se marchaba. Sus movimientos eran muy rígidos, como si estuviera bajo una enorme tensión. Frunció el ceño.

—¿Cuál es el problema?

Bradbury jugueteó incómodamente

con la pipa. Miró por encima de su hombro. Lo que fuera a decir, obviamente prefería decirlo sin que su mujer estuviera presente.

—Siempre la hemos querido muchísimo, ya lo sabes.

—De eso no me cabe duda —dijo Ben, sin estar muy seguro de adónde quería llegar.

—Me resulta muy difícil hablar de esto. Son cosas personales.

—Somos amigos —dijo Ben mirándolo a los ojos.

Bradbury sonrió levemente.

—Cuando Jane y yo nos casamos, nos costó mucho tener un hijo. No era culpa de nadie. —Hizo una mueca—.

Fue por mi culpa. Esto es muy embarazoso. Los detalles son...

—Los detalles no importan. Continúa.

—Después de seis años intentándolo, Jane por fin se quedó embarazada. Fue un niño.

Ben frunció el ceño. Los Bradbury no tenían ningún hijo.

—Ya te puedes imaginar qué ocurrió —continuó Bradbury—. Se llamaba Tristan. No llegó a su primer cumpleaños. Muerte súbita del lactante. Cosas que pasan, como se suele decir. Fue devastador.

—Lo siento —dijo Ben sinceramente—. Tuvo que ser muy duro.

—Ya ha pasado mucho tiempo — dijo Bradbury—. Pero todavía sigue presente. Así que intentamos tener otro, pero volvió a ser difícil. Ya estábamos a punto de abandonar y considerando la opción de adoptar, cuando Jane se quedó embarazada. Fue como un milagro. Nueve meses después, tuvimos a la niñita perfecta.

—Lo recuerdo muy bien —dijo Ben—. Era preciosa y alegre.

—Y lo sigue siendo —contestó Bradbury—. Pero durante muchos años, estuvimos aterrorizados por la idea de perderla. Era algo irracional, sin duda. Su salud siempre ha sido excelente. Pero ese tipo de cosas deja huella. Admito

que la mimamos. Y me temo que, quizá, no la educamos del todo bien.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Empezó siendo una estudiante brillante. No tuvo que poner mucho empeño. Aprobó sus estudios sin problema. Arqueología. Matrícula de honor en el Magdalenense. Estaba preparada para una carrera profesional brillante. La arqueología bíblica es un campo de estudio muy importante. Se trata de una ciencia relativamente nueva y Zoë ha sido una de sus pioneras. Formó parte del equipo que encontró esos ostraca en Túnez el año pasado.

Ben asintió. *Ostrakon*, término griego que significa «concha». En su

forma plural, era el nombre que daban los arqueólogos a los fragmentos de barro que una vez se utilizaron como material de escritura barato. Los ostraca fueron de uso generalizado en la época antigua para dejar constancia de contratos, cuentas, registros de ventas, así como manuscritos y escrituras religiosas.

—He leído mucho sobre ese hallazgo —dijo—. No tenía ni idea de que conociera a la persona responsable.

—Fue un momento maravilloso para ella —contestó Bradbury—. De hecho, lo que descubrió su equipo fue el mayor alijo de ostraca intactos desde la excavación de 1910 en Israel. Estaban

enterrados bajo las ruinas de un antiguo templo. Un hallazgo extraordinario.

—Es una chica inteligente —dijo Ben.

—Es excepcional. Pero eso no es lo único que ha hecho. Ha escrito artículos y es coautora de un libro sobre la vida del sabio griego Papías. Incluso la han entrevistado en televisión un par de veces, en un canal de arqueología.

—Se te ve muy orgulloso de ella.

El catedrático sonrió. A continuación, su rostro volvió a oscurecerse. Hundió la barbilla en el pecho. Toqueteó la pipa. Se había apagado.

—Profesionalmente,

intelectualmente, es maravillosa. Pero su vida privada, y nuestra relación personal con ella, es un desastre. — Bradbury levantó las manos y las dejó caer sobre los muslos. Un gesto de impotencia—. ¿Qué puedo decir? Es una inconsciente. Lo ha sido desde los quince años. No la podíamos controlar. Ha cometido delitos menores un par de veces. Robos en tiendas, alguna cartera. Encontramos las cosas robadas en su habitación. Para ella se trataba solo de un juego. Teníamos la esperanza de que algún día dejara esa locura, pero no lo hizo. Bebida. Fiestas. Todo tipo de comportamientos imprudentes. Han sido todo peleas y dificultades. Le gusta discutir, es agresiva, tremendamente

testaruda, siempre tiene que hacer las cosas a su manera. Lo más mínimo provoca una pelea. —Miró a Ben con los ojos enrojecidos—. Y sé que es culpa nuestra. Se lo hemos consentido todo, porque nos sentíamos muy afortunados por haber tenido una segunda oportunidad de ser padres.

Ben no había dejado de beber vino mientras Bradbury hablaba. Volvió a llenar su vaso.

—Hablemos claro, Tom. Me has dicho que estabas preocupado porque no estaba aquí. ¿Ha desaparecido?

Bradbury asintió.

—Hace casi una semana.

—¿Y creéis que se ha metido en

problemas?

—No sabemos qué pensar.

—Una semana no es mucho tiempo, dadas las circunstancias. Tú mismo lo has dicho, es una inconsciente. Aparecerá.

—Ojalá pudiera creerlo.

—Me estás contando esto por mi anterior ocupación.

—Sí.

—Entonces, escucharás mi opinión profesional.

Bradbury se encogió de hombros.

—Sí.

—La gente deserta de vez en cuando —dijo Ben—. Ahora bien, si alguien desaparece y hay pruebas evidentes de

que le ha ocurrido algo, hay métodos para traerlos de vuelta. Pero tienes que distinguir entre un caso justificado de alguien desaparecido y alguien que no es más que un poco rebelde, se pelea con sus padres, le gusta pasárselo bien y ha desaparecido del mapa durante un breve periodo de tiempo.

—Ya lo había hecho antes, lo de desaparecer del mapa, como tú dices —dijo Bradbury—. Somos realistas. Podemos aceptar muchas cosas. Aceptamos que es libre y que le gusta divertirse. Sexualmente, me refiero. —Se sonrojó avergonzado—. Pero esta vez es diferente. Esta vez es muy raro y tenemos un horrible presentimiento.

—¿Y qué hace que esta vez sea diferente?

—El dinero. Es decir, ¿de dónde viene ese dinero?

—¿Qué dinero?

—Lo siento. Volveré atrás. Zoë estaba trabajando en una campaña de excavación en Turquía. Se suponía que iba a durar hasta finales de agosto. Pero entonces, lo siguiente que supimos fue que se había marchado antes de lo previsto y que estaba en Corfú. Allí tenemos algunos amigos. Se quedó con ellos durante un tiempo. —Bradbury hizo una pausa—. Y luego, de repente, resulta que tiene todo ese dinero. Es una estudiante de doctorado. No tiene

dinero, al menos no más del que necesita. Según nuestros amigos, de repente tenía un montón. A miles. Y por el modo en que lo gastaba, era como si nunca se fuera a acabar. Empezó a ir a fiestas todo el tiempo y llegaba a casa borracha, con un hombre diferente cada noche.

—Comprendo que eso te escandalice, pero...

Bradbury negó con la cabeza.

—La cuestión no es esa. Se peleó con nuestros amigos y luego se mudó. Se registró en el hotel más caro de la isla. Hasta que la echaron de allí por provocar incidentes. Entonces alquiló una villa en la costa. Un lugar grande,

lujoso, caro. Las fiestas allí eran continuas, día y noche, según han oído nuestros amigos.

—Sigue.

—Y luego desapareció, simplemente. Nos dejó un mensaje en el contestador borracha, de madrugada, hace una semana. Decía que volvía a Inglaterra y que estaría aquí a la mañana siguiente. Eso fue todo. Todavía seguimos esperando. Al parecer, nadie sabe adónde fue. Hemos llamado a todos los números que se nos han ocurrido. Ya no está en la villa. Ni en ningún hotel. En el aeropuerto de Corfú nos dicen que no cogió el avión. Parece haberse esfumado. —Miró a Ben suplicante—.

Bueno, ¿qué te parece?

Ben se quedó pensando durante un momento.

—Repasemos. Dices que el tema del dinero te desconcierta. Vale. Pero también me has dicho que ha estado con muchos hombres. A lo mejor ha pescado a un millonario. La prueba es sencillamente que no se ha ido de Corfú. Es una chica muy guapa. Allí hay un montón de tíos jóvenes y ricos a los que les gusta disfrutar de la buena vida. Ahora mismo puede estar sentada en la cubierta de un yate en algún lugar, más a salvo que cualquiera de nosotros.

—Eso es verdad —asintió Bradbury.

—También están las tarjetas de crédito. Gastas unos cientos de la Barclaycard y lo siguiente es recibir una carta ofreciéndote un préstamo, y además te suben el límite de crédito un par de miles. Eso explicaría fácilmente de dónde ha sacado tanto dinero.

—Eso también tiene sentido —admitió el catedrático.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que algo va mal?

—Es difícil de explicar —dijo Bradbury—. Es solo una sensación. No se trata simplemente de nuestra actitud protectora. Esta vez es diferente. —Se recostó en la silla y miró a Ben a los ojos—. Te estaríamos tan agradecidos,

Ben. Lo único que te pedimos es que vayas allí y la encuentres. Que te asegures de que está bien, que no se ha metido en asuntos de drogas o en algo horrible, como pornografía... —Su voz reflejaba tortura.

—Vamos —dijo Ben—. ¿Por qué tendría que estar metida en algo de eso?

Bradbury lo miró fijamente. Se agarró al borde de la mesa.

—¿Nos vas a ayudar? Confiamos en ti.

Ben se quedó callado.

—Estamos desesperados, Ben. No queremos que la convenzas de que vuelva a casa ni nada parecido. Solo encuéntrala, asegúrate de que está bien y

a salvo. Y pídele que, por favor, por favor, se ponga en contacto con nosotros. Dile que nos perdone por todas las peleas y por todo lo que podamos haber dicho. Y que la queremos.

Ben no contestó.

—Hemos pensado en ir nosotros a buscarla —dijo Bradbury—. Pero aunque la encontráramos, no querría hablar con nosotros. Tendría uno de sus arranques, empezaría a acusarnos de intromisión paternal o cosas así y saldría pitando. La conozco, y eso solo empeoraría las cosas. —Bradbury hizo una mueca—. Necesitamos a alguien ajeno al asunto, alguien que sea amigo

de la familia, pero más objetivo. Alguien que pueda acercarse a ella, que sepa cómo manejar el asunto.

Ben vació el vaso de un trago y lo dejó encima de la mesa.

—Siento mucho lo que está pasando en tu familia, Tom. De verdad que sí.

Bradbury se mordió el labio.

—Pero no puedo ayudarte —dijo Ben.

—Evidentemente, te pagaremos —dijo Bradbury inquieto—. Debería haberlo mencionado antes. Tenemos ahorros. Te puedo pagar diez mil libras. Eso cubriría todos los gastos y sobraría mucho. Puedo hacer una transferencia bancaria por internet. El dinero estaría

en tu cuenta al momento. Siento no poder pagar más.

Ben sonrió.

—No es por el dinero. Lo haría gratis. Pero estoy retirado. Por eso estoy aquí. He terminado con todo eso. Intento dejar esa vida atrás.

—Pero esto es diferente —dijo Bradbury—. Esto no es nada comparado con las cosas en las que has estado involucrado. Por favor. Te lo suplico.

—Lo siento, no puedo. —Ben hizo una pausa—. Pero te diré lo que haré. Si quieres a alguien en quien confiar para que vaya a buscar a Zoë, te puedo recomendar a un tipo.

Cuando se marchó de casa de

Bradbury, Ben fue directamente a su piso. Descolgó el teléfono y marcó un número en el dial. Charlie contestó.

—Sobre aquello que me pediste —dijo Ben—. Si te dijera que ha surgido una oportunidad, ¿te interesaría?

Charlie no necesitó ni un segundo para decidirse.

—Me interesaría.

—Bien. Ahora escucha. —Ben le contó con todo detalle lo que Bradbury ofrecía.

—Eso cubriría la hipoteca durante un año —dijo Charlie—. Pero ya sé lo que va a decir Rhonda.

—Lo único que tienes que hacer es encontrar a Zoë. No tienes que intentar

traerla de vuelta. Por lo que sabemos, no será tan complicado seguirle el rastro. Solo hay que seguir el sonido de la música festiva y el reguero de botellas vacías. Lo único que quieren saber sus padres es que está bien. Lo máximo que tienes que hacer es convencerla de que se ponga en contacto con ellos.

—Suená fácil.

—Porque es fácil —dijo Ben—. Allí es temporada baja, así que no gastarás mucho de las diez mil. Le puedes decir a Rhonda que lo único que vas a hacer es entregar un mensaje, no creo que eso le suponga un problema. Son las islas griegas, no Afganistán. Y estarás de vuelta en cinco días como

máximo.

—Me interesa —repitió Charlie.

—Tengo que llamar a los Bradbury ahora mismo y decirles sí o no. Tú decides.

—Cuenta conmigo —dijo Charlie.

EN ese mismo momento, a dos mil quinientos kilómetros, en la diminuta isla griega de Paxos, a Zoë Bradbury la estaban llevando violentamente y a empujones a la playa, de vuelta al embarcadero por donde había intentado escapar cuatro días antes.

Era la primera vez que veía la luz del sol desde entonces. Durante cuatro días, había estado atada a la cama, y solo la soltaban cuando pedía a gritos que la dejaran ir al baño. Durante cuatro días, la habían interrogado día y noche.

Durante todo ese tiempo se había devanado los sesos intentando recordar. ¿Quién era? A veces, no había nada, simplemente un gran vacío. Pero de vez en cuando, era como si algo se moviera en su cabeza, como si los borrosos fragmentos de recuerdos quisieran ordenarse y encajar. Caras, voces, lugares. Todo rondaba de un modo tentador en su cabeza. Pero justo cuando parecía tenerlos cerca e intentaba atraparlos, volvían a disolverse repentinamente en la niebla.

Durante horas, había mirado fijamente la pequeña cicatriz que tenía en el dedo. Una herida de la infancia, quizá. Pero ¿cómo se la había hecho?

No tenía ni idea. Miles de preguntas más se amontonaban a empujones en su cabeza. ¿De dónde era? ¿Quiénes eran sus amigos y su familia? ¿Cómo era su vida?

Y luego estaba la pregunta más aterradora de todas: ¿Qué quería esa gente de ella?

Mientras su intenso terror inicial se desvanecía para convertirse en un nuevo tipo de horror pertinaz y escalofriante, observaba y escuchaba a sus captores. Dos de los hombres nunca le hablaban, por lo que sabía poco de ellos. Era con la mujer y con el tipo rubio con quienes tenía más contacto. La mujer era quien la miraba peor, pero había veces que

parecía ablandarse un poco y le hablaba de un modo más amable.

El tipo rubio era un psicópata. Zoë lo odiaba profundamente y lo único que la ayudaba a soportar aquellas horas infinitas había sido la fantasía de que se liberaría, cogería la pistola o el cuchillo y los utilizaría contra él.

Pero no importaba cómo trataran de sacarle información, ya fuera con amenazas implícitas o chillándole insultos violentos a la cara, nada funcionaba. Notaba que se estaban desesperando cada vez más.

Entonces le vino un nuevo pensamiento. ¿Y si recobrara la memoria? ¿Qué le harían cuando

obtuvieran lo que querían?

Sabía perfectamente lo que deseaba el tipo rubio, si la mujer le dejaba. Quizá la amnesia era lo único que la mantenía viva.

Y ahora la llevaban a otro sitio. Pero ¿adónde? ¿Se habrían rendido por fin? Al pensarlo, se le aceleró el corazón. A lo mejor la estaban dejando marchar, quizá la llevaban a casa.

O quizá había llegado un punto en el que se habían dado cuenta de que era inútil e iban a acabar con todo. Acabar con su vida. Allí, en ese momento, ese mismo día. Le empezaron a temblar las manos.

El tipo rubio le estaba clavando la

pistola en la columna y la empujaba por la playa.

—Muévete —murmuraba.

Intentó andar más deprisa, pero le costaba caminar por la arena blanda con los pies descalzos, y sus piernas parecían de gelatina. Se tropezó. Una mano callosa la agarró del brazo y la levantó de un tirón. La pistola se le clavó, haciéndole daño.

Se arriesgó a mirar hacia atrás por encima del hombro. El hombre la miró con el ceño fruncido. Detrás de él, la mujer los seguía con gesto pensativo, mirando la hora y al cielo. Los otros dos hombres iban detrás en silencio y con las miradas vacías. Uno de ellos llevaba

una pistola a un lado.

Zoë tembló violentamente. Iban a matarla. Lo sabía.

—Sé lo que estás pensando —dijo la voz grave tras ella—. Quieres correr. —Se rió entre dientes—. Pues corre. Quiero que corras, así podré dispararte.

—Cierra la boca —le soltó la mujer.

Llegaron al final de la arena. Empujaron a Zoë hacia el embarcadero de madera. Subió y notó los duros tablones con sal incrustada en las plantas desnudas de los pies. Los demás la siguieron. ¿Iban a ahogarla?

Y entonces lo escuchó. El lejano zumbido de un avión acercándose. Se protegió los ojos con la mano, miró

hacia arriba y distinguió un punto blanco en el cielo. Continuó observándolo mientras recorría despacio el embarcadero.

El punto blanco fue creciendo hasta que pudo ver su verdadera forma. Era un pequeño hidroavión.

Llegaron al final del embarcadero. El estruendo de los motores del hidroavión la ensordecía conforme iba descendiendo. La parte inferior rozó las olas, rebotó y, finalmente, aterrizó salpicando. Se posó en el agua y giró en un amplio arco, con una blanca estela de espuma. Se puso a la altura del embarcadero y se quedó allí meciéndose sobre el agua. Las hélices dejaron de

girar poco a poco. El ruido de los motores era muy intenso y Zoë se tapó los oídos con las manos. La pistola seguía presionándole la espalda.

Se abrió una puerta en el delgado fuselaje, por donde se asomó un hombre. Miró fijamente a Zoë, con frialdad, y después asintió a los demás. Él y otro hombre amarraron el avión al embarcadero y extendieron una pasarela, a modo de estrecho puente sobre el agua. Zoë notó que la empujaban para que pasara. Recorrió tambaleándose la vacilante pasarela hasta el avión. El interior era estrecho y hacía calor. Un extraño la sentó de un empujón.

—¿Adónde me lleváis? —dijo

aterrorizada.

El tipo rubio apareció en la puerta y, por un momento, le paralizó la idea de que él también los acompañara. Entonces, la mujer lo sujetó por el hombro y negó con la cabeza. Él pareció quejarse, pero cedió. Se apartó y fueron los otros dos hombres, los que no hablaban, quienes subieron al avión y se sentaron a ambos lados de Zoë. La ignoraron por completo. Después cerraron la ventanilla, y Zoë notó cómo aumentaban las vibraciones cuando los dos motores del avión comenzaron a girar para despegar.

Hudson y Kaplan se quedaron allí observando cómo se alejaba el avión

rozando el agua. Ascendió hasta el cielo azul y se convirtió en un borroso punto blanco. Luego, desapareció.

—Fuera de nuestro control —dijo Kaplan.

Hudson le echó una mirada arisca. Él había contado con subir al avión y estar allí cuando se encargaran de la chica. Después de tantos días en aquel pedazo de roca, lo habían timado.

—Entonces ya nos podemos ir de aquí —murmuró.

—Todavía no —dijo ella—. Tenemos algo más que hacer.

*OXFORD**Décimo día*

Para Ben, el tiempo que había pasado encorvado sobre el escritorio de su piso, enfrascado en el estudio, completamente inmerso en los libros de texto y los diccionarios y los montones de anotaciones, parando solo para comer y dormir, era incierto. No había recibido llamadas ni visitas. Un lapso de concentración total, que le beneficiaba mentalmente.

Al tercer día, por la tarde, los ojos le ardían. Los folios esparcidos por la mesa ya empezaban a formar una montaña. El café que tenía junto a su codo se había enfriado hacía horas, lo había olvidado mientras trataba de descifrar páginas y páginas de intrincado hebreo. Se estaba volviendo loco, pero conforme volvían a su mente las clases de hace veinte años, las cosas iban tomando forma.

Por primera vez en días, lo llamaron. Notó la vibración en el bolsillo, sacó el teléfono y contestó. Se extrañó al volver a oír su propia voz.

Era Charlie. Se le oía muy lejos, preocupado e inquieto.

—Ben, necesito tu ayuda.

El estudiante se recostó en la silla giratoria y se frotó los ojos, mareado de tanta concentración. Se esforzó por volver a la realidad.

—¿Dónde estás?

—Sigo en Corfú —contestó Charlie rápidamente—. Las cosas se están complicando más de lo que dijiste. Me estoy encontrando con muchos problemas.

—¿En qué puedo ayudarte?

Charlie dijo algo que Ben no logró oír.

—Te pierdo.

—He dicho que necesito que vengas aquí lo antes posible.

—No puedo. ¿No puedes contarme lo que ocurre?

—Sé que suena raro, pero te lo tengo que explicar en persona. No puedo hablar de esto por teléfono. Aquí está pasando algo.

—Es un trabajo fácil, Charlie.

—Eso es lo que tú me dijiste. Pero créeme, las cosas no han salido como esperábamos.

Ben suspiró y se quedó callado unos segundos.

—Ben, por favor. Esto es grave.

—¿Cómo de grave?

—Grave.

Ben cerró los ojos. *Mierda.*

—¿Estás completamente seguro de

que no puedes encargarte tú solo?

—Lo siento. Necesito apoyo. Tú sabes de esto más que yo.

Ben volvió a suspirar. Sacudió la cabeza. Estiró el brazo para descubrir el reloj de la muñeca y miró la hora. Hizo un cálculo rápido. Podía coger el Oxford Tube hasta Londres y estar en Heathrow en unas horas. Coger un vuelo a Atenas y de allí a Corfú.

—Vale, recibido. Dime un punto de encuentro y me reuniré contigo mañana a mediodía.

Estaba allí a la hora del desayuno.

Era una isla en la que Ben no había estado nunca. Había esperado encontrar un paisaje árido, pero desde las alturas

Corfú era sorprendentemente verde, un paraíso de bosques y prados de flores silvestres, montañas y un océano azul. A lo lejos, pudo distinguir ruinas laberínticas y pueblos tranquilos que anidaban en bosques de pinos. Mientras tanto, el avión descendía en círculos hacia al aeropuerto de Kérkyra, en la ciudad de Corfú.

Pero no disponía de mucho tiempo para disfrutar de la belleza de aquel lugar. Estaba cansado y se esforzaba por dominar su enfado. No podía entender por qué tenía que ir allí, por qué Charlie no podía solucionar aquello solo. ¿Se había equivocado con él? Había sido un buen soldado. Fuerte, resuelto, decidido.

Quizá había perdido su perspicacia. Sin embargo, Ben ya había visto aquello en otros.

Al salir del avión, lo recibió el calor del sol. En el pequeño aeropuerto, alquiló una taquilla y dejó en ella su pasaporte, los billetes de vuelta y el grueso libro de filosofía de tapa dura que había comprado para leer en el avión. No pensaba quedarse mucho tiempo y quería viajar ligero de equipaje. Lo único que no dejó fue la cartera, el teléfono y una petaca con whisky.

Se preguntó qué hacer con la Biblia. Últimamente, la llevaba consigo a todas partes y se había acostumbrado a tenerla

a mano para hojearla. Era compacta y no pesaba mucho. Decidió llevársela. Se colgó la ligera bolsa de lona al hombro, cerró bien la taquilla y se guardó la llave y la cartera en el bolsillo de los vaqueros.

Tomó un taxi en la entrada del aeropuerto. Se recostó en el ruidoso Fiat y observó el panorama. El conductor hablaba sin parar en un inglés tan rápido y chapurreado que Ben no entendía ni una palabra. Lo ignoró, y el tipo no tardó en callarse. Solo había dos kilómetros hasta Corfú, pero empezaba a aumentar el tráfico y cuando entraron en la ciudad, ya había atasco en las calles. Ben pagó al conductor con euros

nuevecitos, sacó la bolsa de lona de la parte de atrás y decidió continuar andando.

Caminó rápido, impaciente por escuchar lo que Charlie le iba a contar. El punto de encuentro era la pensión donde se alojaba su amigo. Ben tenía la dirección y utilizó un mapa barato que había comprado en el aeropuerto para orientarse por la vieja ciudad.

Recorrió calles estrechas, donde la colada pendía en cuerdas entre las casas y las prendas ondeaban como banderas. Aquel lugar rebosaba vida y bullicio: galerías comerciales, tabernas, bares de comida caliente y cafeterías. Atravesó una gran plaza del mercado, perfumada

con el olor salobre de las langostas y los calamares. Puestos y más puestos de relucientes aceitunas frescas. En medio del agitado rumor de la plaza de San Rocco, la gente disfrutaba en las terrazas de su café matutino. El tráfico retumbaba por las viejas y sinuosas calles.

Llegó a la pensión de Charlie un poco antes de las nueve. Era un edificio de piedra descolorida situado en el borde de una concurrida calle, justo en el centro de la ciudad. Fuera había una terraza, con las mesas alineadas en la acera bajo la sombra de grandes sombrillas y docenas de árboles plantados en grandes urnas de piedra.

Su amigo estaba sentado en una de las mesas, con un periódico y una cafetera delante. Vio a Ben al otro lado de la calle y lo saludó con la mano. Parecía aliviado más que contento, y no sonreía.

Ben se abrió paso por el intenso tráfico y entre las mesas hasta donde estaba sentado Charlie. El lugar ya se encontraba lleno de familias desayunando, los primeros turistas de la temporada con sus cámaras y sus guías y gente tomando un bocado de camino al trabajo. Había un hombre menudo, con una chaqueta fina de algodón, sentado solo en la mesa de al lado de Charlie, trabajando con su ordenador portátil.

Ben puso la chaqueta en el respaldo de la silla de mimbre vacía de la mesa de Charlie, dejó la bolsa de lona en el suelo y se sentó. Se apoyó en el respaldo, estiró las piernas y cruzó los brazos.

—Gracias por venir —dijo Charlie.

—Espero que valga la pena. Estoy cansado y no tendría que estar aquí.

—¿Quieres un café?

—Limítate a hablar —dijo Ben.

Charlie tenía el ceño fruncido. Parecía incluso más inquieto que por teléfono. Dobló el periódico y lo dejó a su lado, encima de la mesa, bebió un sorbo de café y miró a Ben con gesto serio.

—Tengo un mal presentimiento —
dijo— sobre Zoë Bradbury.

—VINE como mensajero y he acabado de detective —dijo Charlie—. Me dijiste que no estaría en la villa, pero de todas formas lo comprobé. Ni rastro. Los dueños no saben adónde se fue. Tampoco cogió el avión. Después fui a ver a los amigos de la familia con los que se había quedado al principio. Un par de expatriados. Unos mojigatos un tanto remilgados de clase media. Ya sé por qué no se quedó con ellos. Me dijeron lo mismo que a sus padres, que se había peleado con ellos y se había

marchado a un hotel, que allí la habían puesto de patitas en la calle y que había alquilado una villa. Nada nuevo. Así que empecé a buscar por la isla. He estado en todos los bares y cafeterías, enseñando la foto y preguntando si alguien la había visto, diciendo que era un amigo de la familia que trataba de ponerse en contacto con ella por un asunto legal urgente. He hablado con todo el mundo. Con la policía, con taxistas y con personal del aeropuerto, hoteles, hospitales y ferris. Todo lo que se te ocurra. He dejado tarjetas con mi número, por si alguien sabía algo. Habré dado unas cincuenta o sesenta. Y nada. Simplemente no está aquí.

—¿Y qué te hace pensar que le ha pasado algo? —preguntó Ben—. Hay muchas maneras de irse de una isla sin dejar pruebas físicas. Puede que esté navegando por ahí en el yate de alguien. Mientras nosotros estamos aquí hablando, ella podría estar a un kilómetro de la costa bebiendo un refresco en la cubierta.

Charlie lo escuchó. Negó con la cabeza.

—Siempre hay un rastro que seguir —continuó Ben, dejando que la irritación se reflejara en su tono de voz—. No tienes que apretar el botón de alarma tan pronto.

—Hay mucho más. Cuando lo oigas,

entenderás por qué te he llamado. — Charlie hablaba rápido, parecía nervioso.

—Te escucho.

—Fue entonces cuando recibí la llamada de un tipo. Dijo que se llamaba Nikos Karapiperis y que alguien le había dicho que estaba buscando a Zoë. Parecía preocupado. Dijo que la conocía y que tenía algo que contarme, pero no quería hablar por teléfono. Prefería que nos viéramos en algún sitio.

—Entonces está casado —dijo Ben—. Un vecino respetable. Su mujer está fuera y ha tenido una aventura amorosa con nuestra chica.

—Eso es. Tiene unos cuarenta y

cinco años, es empresario y muy conocido en el club de golf. Un pilar de la comunidad. Tiene una casa de lujo aquí, en Corfú, y también un pequeño escondite en el campo, en una cima, un lugar ideal para relajarse y llevar mujeres. No quería que habláramos en su casa porque su mujer y sus hijos acababan de volver de vacaciones. Me propuso ir a la otra casita, y allí fui. Parecía muy nervioso. Me contó un montón de cosas.

Los distrajo un niño que estaba corriendo entre las mesas de la terraza. Tenía unos siete u ocho años, el típico niño griego, moreno, con ojos oscuros y muy bronceado. Llevaba una camiseta a

rayas y unos pantalones cortos rojos. Estaba jugando con una pelota de fútbol, la botaba hábilmente como si fuera un jugador de baloncesto, golpeando la goma rítmicamente contra la acera. Corría rodeando las mesas, riéndose alegremente y botando la pelota. Las dos mujeres de la mesa de al lado sonrieron cuando pasó junto a ellas.

Cuando Charlie estiró el brazo para coger la cafetera y llenarse la taza, Ben se volvió en la silla, admirando la habilidad del niño con la pelota. El crío estaba demasiado concentrado en seguir el ritmo como para darse cuenta de que alguien lo miraba. Pero entonces falló un bote, la pelota se fue para un lado y

golpeó la pata de la mesa donde estaba sentado un hombre menudo con un ordenador. El hombre insultó al niño en un idioma que Ben no reconoció, superando el ruido del tráfico. Tenía la cara delgada y angulosa y, durante un segundo, saltaron chispas de sus ojos. El niño cogió su pelota y se fue.

—A ver si ese maldito mocoso se va a jugar a otra parte —dijo Charlie.

Ben se giró hacia él.

—Dime lo que te contó Nikos Karapiperis.

Charlie continuó.

—Se habían estado viendo discretamente, durante un tiempo. Empezó como un ligue de una noche. Por

lo visto, ella tenía unos cuantos. Pero pasó a ser algo más serio, y se vieron otra vez, y otra vez. Fue bastante sincero conmigo. Ya había tenido aventuras con otras mujeres, pero esto era diferente. Le estaba empezando a interesar de verdad. Le gustaba comprarle cosas, según me dijo. Pero entonces, de repente, ella ya no necesitaba más dinero. Tenía un montón.

—¿Descubriste de dónde lo sacaba?
Charlie asintió.

—Venía de los Estados Unidos. Alguien le envió un giro postal internacional por valor de veinte mil dólares. No le dijo a Nikos quién se lo había enviado, pero le contó que muy

pronto le llegaría más dinero.

—¿Más?

—Mucho más. Según dijo, la cantidad suficiente para despreocuparse el resto de su vida. Al parecer hablaba de volver aquí, comprar una gran casa e instalarse. Le dijo que nunca más tendría que trabajar. Así que, de ser verdad, estamos hablando de millones. — Charlie hizo una pausa—. Pero ahora viene lo realmente extraño.

Ben parpadeó.

—¿Qué?

—Nunca le aclaró quién se lo enviaba, pero le dijo que era por una especie de profecía.

—¿Qué profecía?

—Eso era lo único que sabía Nikos, no le ofreció más detalles. Solo que la profecía tenía algo que ver con el dinero. No tengo ni idea de lo que significa. ¿Alguien predijo que le iba a tocar la lotería?

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó Ben.

—En la fiesta que dio la última noche que estuvo aquí, la noche antes de cuando se suponía que iba a tomar el avión a Inglaterra. Él no quería que lo vieran en sus fiestas, pero fue y estuvo un rato, tratando de pasar desapercibido lo mejor que pudo. Estuvo allí hasta las once y media más o menos. Quedaron en verse después, ella subiría a la casita en

su moto. Iban a pasar una última noche allí. Se suponía que él tenía que esperarla en su casa. —Charlie volvió a coger la cafetera y rellenó la taza.

—Pero ella nunca llegó —dijo Ben. Charlie negó con la cabeza.

—Ahí es cuando le perdemos la pista. En algún momento entre las once y media, cuando Nikos se va de la fiesta, y la hora en que tendría que haber llegado a la casa, desapareció.

—¿Has dicho que tenía una moto?

—Uno de esos escúteres grandes y lujosos. Era de alquiler. Nunca lo devolvió. También ha desaparecido.

—Entonces, quizá tengamos que buscar un accidente de tráfico. Iba un

poco borracha después de la fiesta. Puede que esté tirada en alguna cuneta.

—Quizá —dijo Charlie—. Pero aún hay más. Nikos dijo que creía que en la fiesta pasó algo extraño. Sabía que a ella le gustaban los hombres y en la fiesta había muchos que eran más jóvenes y estaban en mejor forma que él. Así que no la perdió de vista. Un tipo celoso.

—Continúa —dijo Ben.

—Por lo visto, había un tío que iba detrás de ella. Nikos lo describió como un chico joven, treinta y pocos años, guapo, rubio. Llegó con una mujer, pero poco después empezó a ligar con Zoë. Dijo que se llamaba Rick. A Nikos le

pareció que tenía acento americano.

—¿Y qué hay de la mujer?

—Podía haber sido griega, según Nikos, pero no la oyó hablar y no le prestó mucha atención. Estaba más preocupado por ese tal Rick, porque al parecer Zoë le hacía bastante caso. Entonces Nikos dijo que Rick se acercó a la barra y le preparó una copa a Zoë. No estaba seguro, pero dijo que había algo sospechoso en el modo en que la preparó. Lo hizo de espaldas a la sala. Nikos pensó que quizá le estaba echando algo en la bebida.

Mierda, pensó Ben. Sabía de lo que hablaba. En el mejor de los casos, se trataba de un tío que estaba cargando los

dados poniéndole a una mujer un afrodisíaco. Un poco peor, el hombre planeaba una violación. Y lo peor de todo era el secuestro. Y esa era la opción que parecía encajar más.

—Eso no es bueno —dijo.

—Nikos no estaba totalmente seguro de aquello —dijo Charlie—. Pero se acercó a ellos y los interrumpió. Le pidió a Zoë que bailara con él. Mientras se lo preguntaba, derramó la bebida, como por accidente, por si llevaba algo. Bailaron y la advirtió sobre Rick. Le dijo que diera por terminada la fiesta y que se marchara lo antes posible. Ella se puso a discutir y él temió que fuera a armar una escena y llamar la atención.

Volvió a advertirla de que se apartara de ese Rick y que no bebiera nada que él le ofreciera. Luego se marchó, fue a la casita y la esperó allí.

—¿Y cómo podemos saber que ella tenía la intención de ir a la casa? Quizá le dio falsas esperanzas.

—No creo —dijo Charlie—. Porque entonces no habría metido su equipaje en el Mercedes de él un poco antes, aquel mismo día, para que se lo llevara a la casita. Una mochila con todas sus cosas y su ropa. Y una bolsa de viaje con su pasaporte, dinero, billetes de avión, sus trabajos. Ella hablaba en serio cuando dijo que se verían allí.

—Entonces parece como si ese tal

Rick no se hubiera rendido tan fácilmente —dijo Ben—. ¿Qué ocurrió después?

—Aquella noche, al ver que Zoë no llegaba, Nikos llamó a la villa, pero no hubo respuesta. Luego bajó hasta allí. Estaba todo cerrado, vacío. El escúter no estaba. Zoë había desaparecido. Ahí es cuando empezó a preocuparse.

—Y no podía informar a la policía de la desaparición —dijo Ben—. Habrían sabido lo de su relación y temía que si volvía en un par de días, se hubiera puesto en un compromiso por nada.

Charlie asintió.

—Estaba en un aprieto. Cuando

escuchó que estaba preguntando por ella y le dije que me había contratado la familia, se alegró mucho de poder entregarme sus pertenencias.

—¿Dónde están?

Charlie señaló hacia una de las ventanas de arriba.

—La mochila está en mi habitación. La bolsa está aquí. —Estiró el brazo y cogió una bolsa de plástico de la silla de al lado.

Ben sacó la bolsa de viaje y la examinó cuidadosamente. Contenía los artículos habituales que llevaría cualquier viajero. Pasaporte, teléfono móvil, un monedero de tela con billetes de euro, todos de quinientos. Los contó

rápidamente y se detuvo en seis mil.

—Hay más dinero en la mochila, debajo de la ropa —dijo Charlie—. Se ha pulido buena parte de los veinte mil, pero todavía le queda bastante.

—Creo que tienes razón —dijo Ben—. Creo que sí que pretendía ir a ver a Nikos. Nadie se desprende así como así de tanto dinero.

Hurgó más a fondo en la bolsa. Los billetes de avión iban en una funda de papel brillante de una agencia de viajes. Los sacó. El destino era Heathrow vía Atenas, con fecha del día que desapareció. Debajo de los billetes, había un librito, encuadernado en piel de buena calidad. Una agenda de

direcciones. Estaba nueva, así que dedujo que la había comprado recientemente. La sacó y la hojeó, buscando a Rick. Él era lo que más le preocupaba.

Pero era esperar demasiado. Tal y como suponía, no había nada. Pasó las hojas y tomó nota de los nombres que aparecían. Había unos cuantos. Un puñado de números con el código de Oxford 01865. Uno de esos números era el de sus padres. Alguien llamado Augusta Vale. Otro llamado Cleaver. Podía ser un apodo o un apellido. O quizá el nombre de una empresa. No había direcciones, solo números de teléfono. Los números de Vale y de

Cleaver llevaban el prefijo internacional de los Estados Unidos.

—¿Qué o quién es Cleaver? — preguntó Ben. Charlie se limitó a negar con la cabeza. Ben pasó algunas hojas más y una tarjeta de visita cayó sobre la mesa. La cogió. En la tarjeta ponía: «Steve McClusky, abogado». La dirección que había impresa debajo del nombre era de Savannah, Georgia, en Estados Unidos. Se la guardó en el bolsillo.

—Además del dinero y la ropa, ¿hay algo más en la mochila?

—Nada más —contestó Charlie—. Lo he registrado todo.

—Entonces, esto es todo lo que

tenemos. —Ben pensó en el dinero de América. Y en Rick, el americano de la fiesta—. Demasiadas conexiones americanas. ¿Mencionó algo Nikos sobre eso?

—Aparte del hecho de que el dinero viniera de allí, no.

—Entonces creo que me gustaría conocerlo y hablar con él, por si sabe algo. ¿Puedes arreglarlo?

—Imposible, Ben.

—Entiendo que para él sea algo delicado. Dile que será todo muy discreto. Lo único que queremos es hacerle algunas preguntas más.

—No me refiero a eso —dijo Charlie—. No puedes hablar con él.

—¿Por qué no?

—¿Crees que te he pedido que vengas para nada? —Charlie cogió el periódico que había doblado, lo abrió y se lo pasó a Ben—. Las noticias de primera página, de ayer. No tienes que saber griego para captar la idea.

Ben pasó los ojos por la página y se detuvo en una foto granulada en blanco y negro. La foto mostraba un par de coches de policía y un grupo de agentes en el exterior de lo que parecía una pequeña villa rodeada de árboles. Junto a esa foto había otra, de la cara de un hombre. El hombre parecía tener cuarenta y tantos años. Piel aceitunada, rasgos marcados, bigote, las sienes

canosas. Había un pequeño titular debajo de la foto.

—No me lo digas —dijo Ben.

Charlie asintió.

—Ya te dije que era grave, ¿no? En cuanto me enteré de que había muerto, te llamé. La casa que aparece en la foto es su pequeño escondite. Lo encontraron allí. Toda la isla habla del asunto.

—¿Quién lo encontró?

—Alguien dio el soplo a la poli. Ya llevaba un tiempo muerto cuando llegaron. Sobredosis de heroína, y encontraron drogas por toda la casa. Al parecer estaba metido hasta el cuello. O fue sobredosis por accidente, o suicidio o asesinato. No se sabe. La policía está

por todas partes. Ya se está convirtiendo en el mayor escándalo que han visto aquí en años. Nunca había pasado algo así en Corfú.

Ben no paraba de darle vueltas. Nada tenía sentido. Las drogas y la repentina aparición del dinero estaban relacionadas. Heroína, dinero y muerte. Una combinación clásica. Pero si Nikos y Zoë estaban implicados en algún tipo de negocio de drogas, la historia que le había contado a Charlie era extraña. No se habría acercado a Charlie. No habría centrado la atención en él de ese modo. A no ser que se les estuviera pasando algo por alto.

¿Y lo de la profecía? No tenía ni la

más remota idea de qué se podía tratar.

—Y hay otra cosa —dijo Charlie—. Alguien me está siguiendo.

—¿Desde cuándo?

—Desde muy poco después de llegar aquí. Después de que empezara a preguntar sobre Zoë Bradbury.

—¿Estás seguro?

Charlie asintió.

—Segurísimo. Son buenos, pero no tanto como para que no me haya dado cuenta. Trabajan en equipo.

—¿Cuántos son?

—Tres seguro, quizá haya un cuarto. Una mujer.

Ben frunció el ceño. Si un exsoldado del SAS decía que le seguían, es que era

verdad.

—¿Y ahora?

Charlie negó con la cabeza.

—Estoy bastante seguro de que los he despistado. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Le contamos a la poli lo que sabemos? ¿Dejamos que se encarguen ellos?

—No me gusta tratar con la policía —contestó Ben—, a no ser que sea totalmente necesario.

—Entonces no veo otro camino —dijo Charlie—. Por lo menos para mí. Se suponía que esto iba a ser un trabajo sencillo. Eso es lo que le dije a Rhonda.

El niño estaba pasando otra vez por las mesas, botando la pelota mientras andaba. Pasó corriendo por la mesa

donde había estado el hombre con el ordenador portátil. Ahora estaba vacía. El tipo se había ido. El niño tropezó de repente y se le escapó la pelota, que se alejó botando. Corrió tras ella, hacia el bordillo de la acera. La pelota rodó hasta la carretera.

Por el rabillo del ojo, Ben captó de repente lo que estaba pasando. Una furgoneta se acercaba calle abajo. Era verde y estaba abollada, una especie de camioneta de reparto, e iba rápido, como con prisa por llegar a algún sitio. Y el niño estaba persiguiendo la pelota justo en su trayectoria.

Charlie estaba hablando, pero Ben no lo escuchaba. Se dio la vuelta y vio

que la furgoneta se aproximaba. El conductor hablaba con el otro pasajero, sin mirar la carretera. No había visto al niño.

La pelota dejó de rodar. El niño se agachó para cogerla, vio la furgoneta y se quedó inmóvil, con los ojos como platos. La furgoneta no reducía la marcha, y Ben sintió un escalofrío de terror al darse cuenta de que no podría frenar a tiempo para esquivarlo.

Cuando el cerebro funciona a una velocidad extrema, parece que todo se mueve de una manera ultralenta. Ben se levantó de un salto y salió disparado hacia la carretera. Recorrió los cinco metros que lo separaban del niño.

Mientras corría, se fue agachando, cogió al niño por la cintura y lo apartó de la carretera. Escuchó el gruñido que se escapaba de los pulmones del niño por el impacto.

La furgoneta ya estaba casi encima de ellos. Ben se lanzó en picado, cruzándose en su trayectoria, cayó al suelo y se deslizó utilizando su cuerpo a modo de escudo para proteger al niño del asfalto. El niño gritaba.

Los frenos de la furgoneta chirriaron y las ruedas pararon en seco, dejando serpenteantes marcas de neumático en la carretera. Giró y se paró de lado de un modo peligroso entre Ben y la terraza del café, balanceándose en suspensión.

El tiempo se reanudó. Ben pudo escuchar los gritos y chillidos en las mesas de la gente que había visto lo ocurrido. Sintió que en la zona del hombro que se había raspado contra el asfalto, el dolor empezaba a aparecer. Por encima del capó de la furgoneta, podía ver a Charlie de pie en la terraza del café, con cara de espanto, con la mano apoyada en el respaldo de su silla.

Y entonces, el mundo explotó.

UN instante: la terraza de un café, familias y amigos desayunando. Un segundo después: una explosión se lo traga todo, hace que todo salte por los aires. La onda expansiva recorrió la acera y llegó a la carretera, derribando cuanto encontraba a su paso. Trozos de mesas, sillas y sombrillas lanzados al aire giraban y caían envueltos en llamas por todas partes. Los fragmentos de vidrio volaban a lo largo de la calle como una enorme tempestad. El impacto elevó la furgoneta y la volcó; las

ventanillas reventaron.

Ben trataba de ponerse de pie, sin soltar al niño, cuando la tremenda fuerza de la explosión lo derribó. Rodó instintivamente encima de él para protegerlo. Llovían escombros.

Igual de repentino, y durante un momento sobrecogedor, fue el silencio absoluto. Después comenzaron los gritos.

A Ben le pitaban los oídos y la cabeza le daba vueltas. En lo primero que pensó fue en el niño. Se levantó despacio, arrodillándose sobre los trozos de vidrio. Se encontró con su mirada horrorizada, tenía los ojos como platos. Ben comprobó que no estuviera

herido. No había sangre. El niño resultó ileso. Solo se ha quedado paralizado por el susto.

Después pensó en Charlie. Se levantó tambaleándose, y de repente notó un horrible dolor en el cuello y en el hombro. Se tocó el cuello con la mano y notó con los dedos que había algo que no debía estar ahí. Pero lo ignoró. Salió de detrás de la furgoneta en llamas y vio la total devastación que había provocado la explosión.

Aquello era una carnicería. Había cadáveres salpicados de sangre y partes de cuerpos ardiendo esparcidos donde antes estaba la terraza del café. La gente gritaba aterrorizada, otros gemían

pidiendo ayuda, otros morían. Algunos de los heridos ya se habían puesto de pie y se tambaleaban mareados entre los escombros. El aire estaba impregnado de humo negro y el olor acre a quemado. La calle se encontraba repleta de pequeños incendios.

Ben llamó a Charlie a gritos. Entonces lo vio.

La mano de Charlie seguía asida al respaldo de la silla. La mano acababa en la muñeca. El resto de él estaba esparcido por la acera. Ben apartó la mirada y cerró los ojos.

No pasó mucho tiempo hasta que los aullidos de las sirenas empezaron a ahogar los gritos de los supervivientes y

los insistentes chillidos de la gente que acudía en tropel para ayudarlos. A continuación, la actividad fue frenética. Los paramédicos se movían con rapidez y decisión, como soldados entre los escombros. En unos minutos, la calle estaba repleta de coches y equipos de emergencia. No dejaban de llegar policías, que se desgañitaban por las radios y trabajaban rápidamente para acordonar el lugar, alejando así a los cientos de espectadores que llegaban de las calles cercanas y se amontonaban para observar. La gente vociferaba y se abrazaba, con los rostros retorcidos por la angustia.

Mientras tanto, las ambulancias y el

equipo del juzgado de instrucción se encargaban del trabajo sucio. Los muertos eran cubiertos con sábanas donde yacían, a la espera de que los metieran en una bolsa y se los llevaran. Los médicos hacían lo que podían para curar a los heridos antes de que se fueran en ambulancia. Uno a uno, los vehículos se iban marchando chirriando calle arriba mientras iban llegando los nuevos en un flujo constante.

Ben observaba lo que ocurría desde el otro lado de la calle. Junto a él, en el bordillo de la acera, el niño estaba sentado en silencio, con la pelota entre los pies, mirando fijamente la escena que tenía delante. Levantó la cabeza y

miró a Ben con ojos interrogantes. Tenía un corte del que salía sangre sobre la ceja izquierda. Ben se pasó la mano por el hombro.

Entonces pareció que el chico veía algo. Se irguió, se levantó de un salto y echó a correr antes de que Ben pudiera detenerlo. Desapareció entre la multitud y luego lo perdió de vista entre el caos acordonado.

Al cabo de un minuto, un paramédico señaló a Ben para indicarle a su equipo que se acercara. Fueron corriendo hacia él y se acordó de que llevaba la camisa empapada de sangre por un lado. Ya casi no sentía el dolor. Tenía todo el cuerpo entumecido, y no

podía oír bien. Intentó protestar cuando le pusieron una manta sobre los hombros y le curaron la herida. No entendía lo que le estaban diciendo, pero al parecer creían que la herida era grave. No tuvo fuerzas para resistirse cuando lo llevaron a una ambulancia.

Echó un vistazo a la terraza. Lo que quedaba de Charlie estaba tendido bajo una sábana ensangrentada. Habían quitado la mano del respaldo de la silla. Aturdido, Ben se preguntó dónde habrían puesto la mano, y si habrían encontrado todas sus partes. Luego los paramédicos lo metieron en la ambulancia y lo tumbaron en una camilla. Las puertas se cerraron de

golpe, un motor giró y la sirena comenzó a sonar.

Notó que la ambulancia aceleraba calle arriba. Miró a su alrededor. Vio el equipo médico, tubos que colgaban y chocaban tintineando por el movimiento del vehículo. Un gotero colgado en un soporte oscilaba sobre él.

No estaba solo. Varias manos se movían por encima de su cuerpo, había caras que lo miraban desde arriba, escuchaba el sonido de unas voces mezclado con el constante zumbido de sus oídos. Las lejanas imágenes comenzaron a emborronarse. Y a continuación se dejó llevar, girando ingrávido hacia un espacio oscuro. Soñó

con incendios y explosiones, vio la cara de Charlie sonriéndole. Luego la cara de su amigo se convirtió en la del niño, que lo miraba por última vez antes de salir corriendo hacia la multitud. Y luego se convirtió en la nada más absoluta.

*D*UODÉCIMO día

Ben se despertó sobresaltado y se incorporó de golpe. Parpadeó y miró a su alrededor, desorientado por un instante. Estaba solo en la habitación. Todo era blanco y frío. Le impactó el olor, una empalagosa combinación de desinfectante y comida de hospital. Vio pasar una ruidosa camilla por la puerta abierta, empujada por un celador con una bata azul.

Al cambiar de posición en la dura

cama, Ben hizo una mueca por el intenso dolor que sintió en el cuello y en el hombro. Levantó la mano y notó el gran vendaje. Ya se acordaba. El momento de la explosión. Los fragmentos de vidrio clavándose en su cuello. Los paramédicos llevándoselo.

Luego recordó algo más.

Charlie estaba muerto.

Su reloj de buceo y la alianza con la cinta de cuero estaban en la mesilla de noche. Estiró el brazo para cogerlos con cuidado, notando el tirón de los puntos de sutura. Se quedó mirando el día y la hora. Casi veintidós horas desde la explosión. Había dormido todo el día y toda la noche.

Salió muy despacio de la cama y anduvo por la habitación mientras se ponía el reloj y se colgaba la alianza. Encontró un pequeño cuarto de baño privado y deambuló hasta allí para inspeccionar el vendaje en el espejo. Despegó el borde y miró la herida.

Las había tenido peores. No podía permitir que un par de esquirlas de vidrio lo detuvieran. Se quitó la bata de hospital por la cabeza, se lavó rápidamente en el lavabo y volvió a la habitación para vestirse. Lo que quedaba de su ropa estaba doblado sobre una silla al lado de la cama. La camisa rasgada y manchada de sangre no estaba. Se puso los vaqueros y los

zapatos.

Una enfermera entró en la habitación, se quedó mirándolo y empezó a hablar en un griego muy rápido.

—Lo siento —dijo—. No la entiendo.

Hizo un gesto señalando la cama, tratando de que volviera a tumbarse.

Él negó con la cabeza.

—Me voy de aquí. Pero necesito una camisa.

—Usted no ir —dijo ella señalándole el cuello—. Usted herido.

—Estoy bien —contestó—. Me quiero ir ya.

—Yo llamar doctor. —Se dio la

vuelta y se fue, moviendo la cabeza y murmurando para sí misma. Cerró la puerta de golpe al salir.

Ben se desplomó en el borde de la cama, se revolvió el pelo con la mano y esperó. Pasados unos minutos, llamaron con fuerza a la puerta. Durante un segundo, Ben pensó que sería el doctor que venía a regañarlo por querer salir tan pronto y que le iba a soltar todo el rollo sobre las complicaciones y las infecciones.

Pero no era el doctor. La puerta se abrió de golpe y entró un hombre enorme, del tamaño de un oso. Era unos centímetros más alto que Ben y tuvo que agachar la cabeza al pasar por la puerta.

No dejó de mirar a Ben con los ojos brillantes y una amplia sonrisa mientras cruzaba a grandes zancadas la habitación y lo cogía con fuerza de la muñeca. Una mujer pequeña de piel oscura lo seguía, sonriendo con orgullo a Ben.

El grandullón movió la mano de Ben enérgicamente, agarrándola como si nunca la fuera a soltar. Las lágrimas manaban de sus ojos.

—Es usted un héroe —retumbó en un inglés con un acento marcadísimo.

Durante un segundo, Ben estuvo confuso. Pero entonces vio a un niño que aparecía por la puerta. Llevaba una tirita en la ceja izquierda y tenía un par de

arañazos en la mejilla. Ben lo reconoció inmediatamente. El niño de la pelota.

—Es usted un héroe —repitió el grandullón, que seguía apretando la mano de Ben—. Usted salvó a nuestro hijo.

—No fue para tanto —contestó Ben—. Él me salvó a mí tanto como yo a él. Si él no hubiera corrido hacia la carretera, yo habría volado por los aires.

—Pero si usted no hubiera actuado, Aris habría muerto. —Una lágrima rodó por su mejilla, sorbió y se la secó—. Me llamo Spiro Thanatos. Esta es mi mujer Christina. Somos los dueños de la pensión donde estalló la bomba. —Su

mirada se posó en el cuello y el hombro desnudo de Ben—. Está herido.

—No es nada —dijo Ben—. Solo unas esquirlas de vidrio. Me iré pronto. Lo único que necesito es algo que ponerme.

Spiro sonrió. Inmediatamente, comenzó a desabrocharse la camisa, mostrando la camiseta del hotel Thanatos que llevaba debajo.

—Coja la mía. No, por favor. Insisto.

Ben se lo agradeció y se la puso, torciendo un poco el gesto por el tirón de los puntos. La camisa era de algodón azul claro, le quedaba un poco ancha, pero se notaba que estaba limpia y

almidonada.

Spiro habló y habló. Él y Christina estaban en la cocina cuando escucharon la explosión. Pensaron que su hijo seguramente habría muerto. Fue horrible. Gente muerta, mutilada, edificios destrozados. Asesinatos por tráfico de drogas en su pacífica isla. El mundo se estaba yendo a la mierda. Su negocio había quedado destrozado, pero a ellos no les importaba mientras Aris estuviera ileso. Harían cualquier cosa, cualquier cosa por pagarle la deuda que tenían con él. Lo que quisiera, cualquier cosa que pudieran hacer. Nunca lo olvidarían.

—Cualquiera habría hecho lo mismo

—protestó Ben tras escucharlo.

—¿En qué hotel está? —quiso saber Spiro.

—En ninguno —contestó Ben—. Acababa de llegar. No pensaba quedarme.

—Pero tendrá que quedarse durante un tiempo, y tiene que ser nuestro invitado.

—Todavía no he pensado qué voy a hacer.

—Por favor —continuó Spiro—. Si se queda, no vaya a ningún hotel. —Rebuscó en el bolsillo y sacó una llave—. Tenemos una casa en la playa, en las afueras de la ciudad. Es humilde, pero es suya hasta que se vaya de Corfú.

—Ni pensarlo —dijo Ben.

Spiro lo agarró de la muñeca con la mano fuerte y fría y le puso la llave en la palma. De ella pendía una etiqueta de plástico con la dirección.

—Insisto. Es lo menos que podemos hacer por usted.

Spiro y Christina se fueron a regañadientes, con más sonrisas y agradecimientos. Ben se estaba metiendo la camisa por dentro de los pantalones cuando la puerta volvió a abrirse de golpe.

Se giró, esperando esta vez al enfadado doctor. Pero era otra visita.

Rhonda Palmer tenía el rostro pálido, hinchado y vetado de lágrimas

cuando entró en la habitación. Un hombre y una mujer mayores entraron detrás ella, observándolo gravemente. Los conocía de la boda. Eran sus padres.

—Quería verte —dijo Rhonda.

Ben no contestó. No sabía qué decirle.

—Quería ver al hombre que ha matado a mi marido y decirle cómo me siento. —Le temblaba la voz. Levantó la mano y se secó una lágrima.

De pronto, Ben notó que le fallaban las rodillas. Quería decirle que él no había matado a Charlie. Que él nunca lo habría involucrado en algo así si lo hubiera sabido.

Pero sonaba tan pobre, tan inútil, decirle aquellas cosas. Y se quedó callado.

Rhonda tenía el gesto retorcido por la rabia y el dolor.

—Cuando apareciste en la boda supe que, de un modo u otro, nos traerías problemas. El comandante Hope, atrayendo a mi marido hacia la muerte.

—Ya no soy el comandante Hope —dijo Ben en voz baja.

—No me importa cómo te llamas —le contestó gritando—. Has arruinado mi vida y la de mi familia. Te has llevado al padre de mi hijo.

Ben la miró fijamente.

—Me enteré hace tan solo dos días

—dijo sollozando—. Se lo iba a contar a Charlie cuando volviera. Pero ahora está muerto. Mi hijo nunca conocerá a su padre. Gracias a ti.

Después se derrumbó, llorando a lágrima viva y balanceándose. Su padre la abrazó para sujetarla. Se apartó de él. Miró a Ben con odio y repugnancia.

—¡Eres un puto asesino! —le gritó. Le escupió en la cara. Le dio una bofetada en la mejilla.

Ben se apartó. Le picaba la mejilla. Bajó la vista. Sentía sus miradas. Dos enfermeras llegaron corriendo al escuchar las voces exaltadas. Se quedaron mirando, inmóviles por el sobresalto.

Rhonda estaba inclinada hacia delante, temblando por los sollozos, con los hombros caídos. Su madre la abrazó.

—Vamos, cariño. Vamos.

Se dieron la vuelta para irse. El padre de Rhonda le lanzó una última mirada envenenada a Ben al pasar junto a las enfermeras.

Su madre se detuvo en la puerta, agarrando firmemente a su hija. Se volvió y miró a Ben a los ojos.

—Que Dios te maldiga si puedes seguir viviendo con esto en tu conciencia.

*P*AXOS*El mismo día, 8 a. m.*

A unos cincuenta kilómetros de la isla de Paxos, el hombre rubio llamado Hudson estaba sentado en una mesa de la casa vacía junto a la playa. La mujer, Kaplan, estaba de pie detrás de él, mirando por encima de su hombro. Ambos observaban atentamente la pantalla del portátil que tenían delante.

La imagen de vídeo digital se veía

tan nítida como a través del objetivo cuando habían filmado la escena desde la ventana del apartamento el día anterior. La cámara enfocaba con el zoom a los dos hombres sentados en la mesa cerca del borde de la terraza. Por ahora, los llamaban «Número Uno» y «Número Dos». Número Uno era el hombre que habían seguido después de que empezara a hacer preguntas sobre Zoë Bradbury. Número Dos era el hombre que había llegado inesperadamente para encontrarse con él. Del segundo sabían menos, y eso les preocupaba.

Lo que más les inquietaba, después de la explosión, era que seguía vivo.

Eso era lo que les retenía allí, cuando deberían estar recogiendo sus cosas y de camino a casa.

En la pantalla, se veía que la conversación era intensa. Luego apareció el niño con la pelota. Acto seguido, uno de los dos hombres se levantaba de un salto de la silla y salía corriendo hacia la carretera. Unos segundos después, la terraza del café era engullida por las llamas.

—Páralo —dijo Kaplan.

Hudson pulsó una tecla. En la pantalla, la bola de fuego desplegada y los escombros voladores se quedaron congelados, el repentino terror petrificado en las caras de las víctimas

atrapadas en la explosión.

—Desplaza la imagen a la izquierda —dijo ella.

Hudson pulsó otra tecla y la imagen se movió. La furgoneta de reparto verde aparecía inclinada en la carretera. Al otro lado, el hombre que había salido corriendo de la terraza estaba tirado en el suelo, protegiendo al niño.

Kaplan lo observó con aire pensativo, apretándose el labio con el dedo para concentrarse.

—¿Sabía algo? —dijo—. ¿Lo vio venir?

—Yo creo que no —dijo Hudson—. Salió corriendo para salvar al crío. Un segundo después, y también lo habría

cogido la explosión.

—¿Y si vio a Herzog? ¿Y si lo recuerda? Es un testigo.

—Qué va. Fue casualidad. No tenía ni idea de lo que iba a pasar.

Ella frunció el ceño.

—Quizá. Vuelve atrás. Vale, para. Vuelve a ponerlo.

—Lo hemos visto unas cien veces — dijo Hudson.

—Quiero saber quién es ese tipo. Tengo un mal presentimiento sobre él.

Volvieron a observar y a escuchar. El sonido era irregular y había mucho ruido de fondo, conversaciones mezcladas de las otras mesas y los transeúntes, el tráfico, ruido blanco

general.

—El sonido es una mierda —
murmuró Kaplan.

—Sí, bueno, no hemos tenido mucho tiempo que digamos para prepararlo — dijo Hudson—. Si no hubiera pensado en llevarme las cosas por si acaso, ni siquiera estaríamos escuchando esta conversación.

—Cierra la boca y pon el maldito vídeo.

Hudson se calló. Kaplan estaba al mando y él sabía lo mala que podía ser si se pasaba de la raya.

—Para —dijo ella—, ¿has oído eso? Ha vuelto a decir el nombre de ella. Vuelve atrás.

Hudson rebobinó unos cuantos fotogramas.

—Es difícil estar seguro.

—Estoy segura. Sube el volumen — dijo ella—. ¿No puedes limpiarlo un poco más?

—He hecho todo lo que he podido —contestó Hudson malhumorado. Se había pasado casi toda la noche despierto trabajando en aquello, concienzudamente, eliminando tantas frecuencias superfluas como pudo aislar—. Necesitaré unas horas más para conseguir un resultado mejor.

—Si pudieras sacar al puto crío — dijo ella—, me daría por satisfecha. — La percusión del bote de la pelota cada

vez que el niño entraba en el campo de alcance del micrófono tapaba una gran parte de valiosa conversación, y la estaba volviendo loca.

Hudson volvió a poner el vídeo y a escuchar atentamente.

—Ahí está —dijo ella—. Bradbury. Ahora se escucha mejor.

—Sí. Sin duda, Bradbury.

—Mierda. Vale, sigamos. —El vídeo continuó un par de segundos. Kaplan se concentró en el sonido, cerrando los ojos. Luego los abrió y apretó la mandíbula—. Para. Cleaver. Ha dicho: «Cleaver».

A Hudson le fastidió no haberlo pillado antes.

—Entendido. ¿Qué ha dicho de él?

—Vuelve atrás. Pásalo lentamente.

Volvieron a escuchar la siseante y apagada conversación.

—Creo que está diciendo: «¿dónde está Cleaver?» —dijo ella—. Eso es lo que yo oigo.

—Pero ¿de qué conoce a Cleaver?

—Significa que ha estado hablando con Bradbury. Significa que está metido en todo esto.

—O que simplemente lo vio en la agenda.

—De todas formas —dijo ella—, no es algo que queramos que sepa.

Siguieron viendo la grabación. En la pantalla, Número Uno desdobló el

periódico y se inclinó sobre la mesa del café para mostrárselo a Número Dos.

Kaplan cogió de la mesa un ejemplar del mismo periódico. Hizo lo mismo que Número Dos y miró la primera página. Kaplan asintió. Sin duda estaba mirando la noticia sobre la muerte de Nikos Karapiperis.

Luego el niño apareció en pantalla, la pelota se fue hacia la carretera, y volvieron a ver a Número Dos salir corriendo para salvarlo. A continuación, otra vez la explosión en la terraza.

—Ya puedes apagarlo. He visto suficiente —dijo Kaplan.

—Puto héroe salvador de niños —murmuró Hudson.

Kaplan comenzó a caminar de un lado a otro.

—Ata cabos. Lo sabían todo. Bradbury, el dinero, Cleaver, Nikos Karapiperis. Y Número Uno sabía que lo estábamos siguiendo.

Hudson se giró en la silla para mirarla de frente.

—¿Cómo lo sabía? —La pantalla ennegreció al apagarse el portátil.

Kaplan sacudió la cabeza.

—No era simplemente un amigo de la familia. Esto es un trabajo profesional. De otro modo, no nos habría pillado.

—Entonces, ¿quiénes son? ¿Para quién trabajan?

—No lo sé.

—¿Crees que saben dónde lo ha puesto Bradbury?

—Voy a tener que consultar —dijo ella—. No me gustan ninguno de los dos. Y no me gusta que Número Dos siga por aquí.

Se fue a otra habitación, donde podía hablar en privado, y marcó el número. Era una llamada de larga distancia. La misma voz masculina contestó.

—Puede que tengamos otro problema —dijo. Kaplan le explicó la situación rápidamente.

—¿Cuánto sabe? —preguntó el hombre.

—Lo suficiente. Sobre el dinero y sobre Cleaver. Y sobre nosotros. Y puede que más.

Se hizo un largo silencio.

—Esto se está complicando.

—Lo solucionaremos.

—Más os vale. Dame nombres. Averiguad todo lo que sabe. Luego ocupaos de él. Hacedlo bien y con discreción. No me obliguéis a tener que volver a pedirle ayuda a Herzog. Ese cabrón es muy caro.

Al acabar la llamada, Kaplan volvió a la otra habitación.

—Vamos —dijo.

AL salir del hospital, Ben todavía se sentía cansado y entumecido. Salió por las puertas de cristal arrastrando los pies y lo recibió el ardiente sol matinal, aunque apenas notaba el calor en la cara. Se quedó de pie en la acera, en blanco, sin saber qué hacer a continuación.

Unos pasos acercándose hicieron que se girara: dos hombres. Uno llevaba una cámara; el otro, una libreta. Reporteros. Lo estaban buscando a él.

—Usted es el hombre que salvó al

niño —dijo el de la libreta—. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Ahora no —contestó Ben en voz baja.

—¿Y más tarde? Aquí tiene mi tarjeta. —El reportero se la puso directamente en la mano y él se limitó a asentir. Estaba demasiado cansado como para decir nada más. El fotógrafo levantó la cámara e hizo unas cuantas fotos. Ben ni siquiera intentó impedirsele.

Cuando los reporteros ya se estaban dando media vuelta para irse, un coche de policía con tracción en las cuatro ruedas se detuvo invadiendo el borde de la acera con un chirrido de ruedas. Las

puertas se abrieron y salieron dos hombres, uno con uniforme y otro de civil. El agente de civil era bajo y rechoncho, calvo y con la barba recortada.

Se acercaron a él.

—¿El señor Hope? —dijo en inglés el agente de civil. Se metió la mano en la chaqueta y sacó un carné de identificación—. Soy el comisario Stephanides, de la policía de Corfú. ¿Sería tan amable de acompañarme, por favor?

Ben no contestó. Dejó que lo llevaran hasta la parte de atrás del coche. Stephanides se subió después de él, le dijo algo en griego al conductor y

el coche se alejó a toda velocidad. Después, se giró para mirar a Ben.

—¿No es pronto para que salga del hospital? Esperaba encontrarle en la cama.

—Estoy bien —contestó Ben.

—La última vez que lo vi estaba tumbado en una camilla cubierto de sangre.

—Son solo un par de rasguños. Otros corrieron peor suerte.

Stephanides asintió gravemente.

En menos de diez minutos, ya habían pasado por la zona de seguridad de la policía y estaban aparcando en la parte de atrás de la gran comisaría. El comisario salió con dificultad del coche

e indicó a Ben que lo siguiera. Entraron en el edificio con aire acondicionado y llegaron a un cómodo despacho.

—Siéntese, por favor —dijo Stephanides.

—¿En qué puedo ayudarle, comisario?

—Solo se trata de un par de preguntas. —Stephanides apoyó todo su peso en el borde de la mesa, con una pierna rechoncha colgando. Sonrió—. La gente dice que es usted un héroe.

—No fue nada —dijo Ben.

—Antes de que actuara para salvar al pequeño Aris Thanatos, estaba con una de las víctimas en la terraza del establecimiento.

Ben asintió.

—Tengo que preguntarle si notó algo extraño o sospechoso.

—Nada en absoluto —dijo Ben.

Stephanides asintió, cogió una libreta que había junto a él encima de la mesa.

—La víctima en cuestión, Charles Palmer, ¿era amigo suyo?

—Estuvimos juntos en el ejército —contestó Ben—. Ahora estoy retirado.

—¿Y cuál es la naturaleza y el propósito de su visita a Corfú?

Ben había tratado con hombres como Stephanides durante mucho tiempo. Estaba sonriendo y se esforzaba por resultar amable y poco amenazador,

pero tenía un semblante absolutamente serio. El interrogatorio era peligroso y Ben tenía que concentrarse mucho para evitar decir algo incorrecto.

—Vine por Charlie. Necesitaba que le aconsejara sobre algo, pero no llegué a saber sobre qué. La explosión ocurrió antes.

Stephanides volvió a asentir y tomó nota en la libreta.

—¿Y por qué no podía darle ese consejo por teléfono o por correo electrónico?

—Prefiero hablar cara a cara —dijo Ben.

El poli gruñó.

—Entonces, ¿recorrió tantos

kilómetros para tener una conversación, sin saber siquiera de lo que iba?

—Correcto.

—Pues me choca, me parece un poco extravagante.

—Me gusta viajar —dijo Ben.

—¿A qué se dedica, señor Hope?

—Soy estudiante. De teología. En Christ Church, Oxford. Puede comprobarlo.

Stephanides levantó las cejas y volvió a tomar nota en su libreta.

—Supongo que eso explica por qué llevaba una Biblia encima. —Levantó la mirada—. Hay cosas sobre su amigo que me preocupan. Estaba haciendo preguntas sobre una mujer inglesa.

—Yo no sé nada de eso —dijo Ben.

El comisario volvió a levantar las cejas y le lanzó un «te pillé» con la mirada.

—Eso no es lo que me dijo anoche la mujer de él, la señora Palmer. Me contó que el señor Palmer estaba trabajando para usted y que estaba buscando a una tal señorita Bradbury.

Ben cerró los ojos y se frotó las sienes. Había caído.

—Tengo siete cadáveres en el depósito —dijo Stephanides—. Y otras once personas heridas. Una de ellas no volverá a ver. Otra no volverá a andar. Alguien colocó una bomba en medio de mi ciudad y yo averiguaré quién ha sido

y por qué lo hizo.

Ben no contestó.

Stephanides sonrió, pero fue una sonrisa hostil.

—Ha pasado por una explosión. Quizá no tendría que haber salido tan pronto del hospital. Puede que necesite un par de días para recuperarse y aclarar las ideas. Cuando se sienta mejor para hablar, me gustaría repasar estas preguntas. Mientras tanto, quiero que se quede aquí, en Corfú. Debo pedirle que me entregue su pasaporte, por favor. Lo retendremos hasta que ya no necesitemos su ayuda.

—No lo tengo —dijo Ben.

—¿Dónde está?

—Lo llevaba en el bolsillo de la chaqueta cuando explotó la bomba. Y los billetes también. Mi chaqueta estaba en el respaldo de la silla. Se quemó todo.

Stephanides se quedó mirándolo fijamente, muy serio.

—Me he dado cuenta de que lleva la cartera en el bolsillo de atrás de los pantalones. ¿Puedo verla, por favor?

Ben se la dio y el comisario la examinó bruscamente. Escudriñó el carné de conducir de Ben, lo volvió a meter en la cartera y hojeó el grueso fajo de billetes.

—Es mucho dinero para llevar encima —apuntó—. Sobre todo para ser

un estudiante.

—No utilizo tarjetas de crédito — dijo Ben—. Y tampoco guardo ahí el pasaporte.

—Es usted un hombre poco común. Alguien que prefiere viajar miles de kilómetros antes que hablar por teléfono. Alguien que lleva miles de euros encima y no utiliza tarjetas de crédito. Y se marcha del hospital por su cuenta antes de que las heridas hayan empezado a cicatrizar. Mi trabajo es fijarme en ese tipo de cosas. Y es inevitable que me pregunte por qué tenía usted tanta prisa.

—¿Cree que estoy implicado?

—Creo que no me lo está contando todo —dijo Stephanides—. Y creo que

debería reflexionar sobre qué le gustaría contarme. Volveremos a hablar. Ahora, puede irse.

Ben ya se dirigía hacia la puerta cuando el policía lo llamó. Le entregó una bolsa de basura de plástico negro.

—Sus pertenencias —le dijo en tono irónico—. Las que no se quemaron.

Ben la cogió y se marchó.

Salió de la comisaría aturdido, aferrado a la bolsa de plástico. Apenas asimilaba su entorno. Solo andaba, un pie delante del otro, mirando al suelo. Los pensamientos chillaban en su cabeza. No estaba pensando en la conversación con Stephanides, ni en que había dejado que aquel poli lo pillara

con sus preguntas, ni en que estaba de mierda hasta el cuello, ni en que no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

«Mi hijo nunca conocerá a su padre.»

«Eres un puto asesino.»

«Que Dios te maldiga si puedes seguir viviendo con esto en tu conciencia.»

Aquellas palabras eran como cuchillos apuñalándole el cerebro. Siguió andando, intentando con todas sus fuerzas acallarlas. Se alejó deambulando de la ciudad y acabó en un muelle, donde había algunos botes de pesca amarrados meciéndose lentamente sobre el agua. Bajó un quebradizo tramo

de escalera hasta la blanda arena. La cala desierta se curvaba formando un arco, la orilla rocosa subía en pendiente por detrás y un frondoso pinar bordeaba la línea de costa hasta el horizonte.

Se desplomó apoyado en una roca y dejó la bolsa de basura entre sus pies. Cerró los ojos. Era como si ya no le quedaran fuerzas para nada. Se abandonó a la desesperación. Vio la cara de Charlie delante de él. La voz de Rhonda seguía gritándole en la cabeza. Ella tenía razón. Charlie estaba muerto por su culpa. Él lo había metido en todo aquello, diciéndole lo fácil que sería.

¿A cuento de qué supusiste que sería así? ¿Cuándo resultó algo tan fácil?

Precisamente tú deberías saberlo. Y ahora Charlie está muerto.

Notó que el sudor le picaba en la cara. Necesitaba beber algo, desesperadamente. Alargó la mano y desató el nudo de la bolsa de basura. Entre los restos carbonizados de su bolsa de lona, encontró el móvil hecho polvo. Siguió tanteando en busca de la petaca. Sus dedos se acercaron a algo sólido y lo sacó.

No era la petaca, sino su vieja Biblia, con los bordes de la cubierta de piel quemados. Se quedó mirándola durante un momento, luego la tiró a la arena y volvió a coger la bolsa. Esta vez sí que encontró la vieja petaca abollada,

desenroscó el tapón y echó un largo trago de whisky caliente. Le quemó la lengua y sintió el trago de inmediato. Aquello lo mitigaría un poco. Pero no lo suficiente. Volvió a cerrar los ojos y suspiró.

Al abrirlos, lo primero que vio a su lado fue la Biblia sobre la arena. La cogió y la apoyó en el regazo, mirándola fijamente. Se puso de pie, notó el tirón de la herida del cuello y los músculos doloridos. Con la Biblia aún en las manos, se dirigió despacio hacia la orilla.

Volvió a mirar el libro, y pensó en la dirección que había tomado su vida. En las opciones y los caminos que ahora

se abrían ante él. Había intentado con todas sus fuerzas alejarse de los problemas y encontrar la paz. Era lo único que quería, ser una persona normal, alejarse de todo aquello, llevar una vida sencilla y feliz. Eso era lo que la Biblia significaba para él.

Pero los problemas lo habían seguido, como siempre, como un demonio pisándole los talones, persiguiéndole adondequiera que fuera.

¿Acabaría todo aquello alguna vez? ¿Es que no había escapatoria? En aquel momento comprendió que no la había. Por alguna razón, aquel parecía ser su destino.

Las olas entraron silbando en la

arena, le acariciaron los dedos de los pies y volvieron a alejarse.

¿Dónde está Dios?, pensó.

Miró hacia el cielo.

—¿Dónde estás? —gritó.

El eco de su voz resonó por las rocas del acantilado.

No hubo respuesta. *Claro que no.* Nunca la habría. Estaba solo.

La rabia y la frustración entraron en erupción. Echó el brazo hacia atrás y arrojó la Biblia al mar. Formó un gran arco hacia el cielo. Durante un segundo, pareció suspendida en el aire, como si fuera a quedarse allí para siempre. Luego empezó a bajar en picado, batiendo las páginas, y cayó en las olas

a veinte metros de él con un chapoteo sordo.

Ben se alejó y echó otro largo trago de whisky. Caminó sin rumbo por la orilla, sintiendo cómo la emoción le subía por el pecho. A lo lejos, en la orilla, había un conjunto de casas y una escalera que comunicaba las suaves laderas del acantilado con la playa. Oyó voces en la brisa. Un pequeño grupo de gente que bajaba tranquilamente la montaña en su dirección. Estaban a unos doscientos metros, pero si continuaba andando, se encontraría con ellos. No quería tener cerca a nadie. Se dio la vuelta y volvió a recorrer lentamente el camino que había hecho, hacia el

acogedor refugio que proporcionaban los pinos. Las olas continuaban acercándose y alejándose suavemente, silbando, como si el mar estuviera respirando. La marea bañaba sus zapatos y sintió la fría humedad en los pies. Algo le golpeó suavemente un pie y miró hacia abajo.

Era la Biblia. Había regresado a él. La miró durante un momento, se agachó y la recogió. Se quedó de pie con el libro chorreando en las manos. Volvió a echar el brazo hacia atrás para devolverla al agua, esta vez más lejos, para que las olas no la trajeran de vuelta a la orilla.

Pero algo lo detuvo. Se quedó sin

fuerza en el brazo. Volvió a mirar fijamente el libro. Un alga colgaba de la cubierta. La quitó. Luego siguió andando, aferrado a la Biblia empapada.

ZOË supo que era de noche al mirar por las grietas de las ventanas tapiadas. Se recostó en la cama y se quedó mirando el techo.

Habían pasado cinco días desde que se habían ido de la isla. No tenía ni idea de dónde estaba, pero hacía mucho más frío. Sus captores le habían dado un jersey grueso, unos pantalones de lana y unos calcetines gordos. Se pasaba la mayor parte del tiempo allí sentada, indefensa y resignada, intentado recuperar la memoria con todas sus

fuerzas.

Poco a poco, iban llegando. Conforme pasaban los días lentamente, iban volviendo fragmentos de imágenes, como sueños olvidados que paulatinamente se filtraban de nuevo en su mente consciente. Lo que había estado fuera de su alcance por completo volvía a estar ahí, islitas flotantes de recuerdos se fusionaban y adquirían coherencia. No dejaba de ver los rostros sonrientes de un hombre y una mujer. Pensaba que serían sus padres. Cuando se esforzaba por mirar más allá, entre la neblina, veía un perrito blanco. Era suyo. ¿Cómo se llamaba?

Evocar aquellos recuerdos

olvidados era como intentar atrapar un rayo de sol con las manos. En ocasiones, una impresión a medio formar entraba como una flecha en su cabeza y Zoë trataba de concentrarse en ella, pero desaparecía. Sin embargo, a veces las impresiones eran nítidas y claras. La villa, por ejemplo. Era capaz de dibujarla sin problemas. Pero el nombre de la isla lo había perdido. ¿Y qué había estado haciendo allí?

En flashes aleatorios, se veía en un escúter. Recordaba el viento en el pelo, las luces en el espejo y la sensación de miedo. Intentó unir todas las piezas. La habían perseguido. Luego tuvo un vago recuerdo del horrible momento de la

caída. Seguramente se había caído del vehículo y se había golpeado la cabeza contra el suelo. Se frotó el chichón. Ya casi no le dolía.

Intentó reconstruir lo que había ocurrido a continuación. Se acordaba de la casa en la que la habían retenido cuando la cogieron la primera vez y de la que había intentado escapar. Se estremeció al recordar al tipo rubio. Se preguntó dónde estaría ahora. La idea de que volviera, de que entrara en aquella habitación, la aterrorizaba.

Volvió a pensar en el viaje hasta allí, dondequiera que estuviera. Había sobrevolado las islas y había cruzado el mar azul en el hidroavión antes del

agitado aterrizaje en algún lugar a la vista en tierra firme. No había dejado de preguntar adónde la llevaban, pero nadie le había respondido. Una lancha motora los había recogido, a ella y a dos de los hombres, y los había llevado hasta la orilla. La habían arrastrado de la playa rocosa a una desierta carretera secundaria donde les estaba esperando una camioneta. Los hombres la habían metido en la parte de atrás a empujones. Se acordaba de lo mucho que había gritado y pataleado cuando la bajaron del vehículo, convencida de que estaban a punto de violarla en grupo y matarla. Pero en lugar de eso, la habían agarrado de los brazos mientras un tercer hombre sacaba una jeringuilla de un estuche de

piel negro y, tras inclinarse, le clavaba la aguja. Zoë recordaba el grito que había dado.

Lo siguiente que recordaba era que se había despertado sobre una cama dura en una habitación fría sin ventanas. Paredes desnudas de hormigón y una simple bombilla colgando del techo. La habían tenido allí durante cuatro días; cuatro días más volviéndose cada vez más loca de frustración y terror.

Durante ese tiempo había recibido varias visitas en la celda. Uno de los visitantes era un hombre que le traía comida y agua. Zoë se bebía el agua, pero dejaba casi toda la comida. Un par de veces al día, la dejaba salir y la

acompañaba a un austero cuarto de baño sin ventanas al final de un pasillo de hormigón. El hombre nunca hablaba, nunca sonreía.

Luego estaba el hombre con traje oscuro. Había ido a verla ya tres veces, y tenía pavor a sus visitas. Era alto y delgado, de unos cincuenta años, con el pelo impecablemente peinado hacia atrás. Tenía los rasgos muy marcados y cuando sonreía, mostraba una dentadura desigual y puntiaguda. Parecía un lobo.

El hombre lobo solo preguntaba una cosa: «¿Dónde está?».

Zoë solo podía responder una cosa: «No lo sé, no lo sé, no lo sé». Se estaba convirtiendo en un mantra. No lo sé, no

lo sé, no lo sé.

Obviamente, el hombre lobo odiaba escuchar aquello, incluso más de lo que ella odiaba decirlo. La primera vez que vio el frío destello de rabia en su mirada, Zoë pensó que iba a empezar a gritarle y a zarandearle, como hacía el rubio. Pero el hombre lobo tenía más dominio de sí mismo. Él simplemente sonreía y continuaba con la misma línea de preguntas: dónde estaba y qué había hecho con él. Solo tenía que contarle lo que sabía para que todo volviera a la normalidad. La dejarían marchar. La llevarían a casa y se asegurarían de que regresaba sana y salva.

Pero no importaba lo mucho que

esforzara, no se acordaba de nada, no podía darle lo que quería. Tras varias horas así, acabó derrumbándose y echándose a llorar, y él se había quedado allí sentado durante un rato, mirándola fijamente y sin inmutarse, para luego marcharse sin decir ni una palabra, cerrando la puerta al salir.

El tercer visitante habitual era el médico con bata blanca. Parecía rondar los cincuenta, era gordo, medio calvo y con barba. En su primera visita, había sido amable con ella, aunque se percibía cierto nerviosismo en su sonrisa. Le tomó la temperatura y la tensión arterial, le escuchó el corazón y examinó el moretón de la cabeza, que ya iba

desapareciendo. Parecía compasivo y realmente preocupado por que recuperara la memoria. También pasó mucho tiempo haciéndole preguntas, pero él era amable. Algunas podía responderlas y otras no. Él anotaba sus respuestas en un cuaderno.

—¿Cómo te llamas?

—Zoë Bradbury.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—¿En qué mes estamos?

—En junio, creo.

—¿De dónde eres?

—No lo sé.

—¿Por qué estás aquí?

—No lo sé.

—¿Qué te ha pasado?

—No lo sé.

Nunca pasaba de ahí y nunca mencionaba lo que el hombre lobo seguía preguntándole. Ella quería abrirse a él.

—Estoy asustada —le había repetido una y otra vez—. ¿Dónde estoy? ¿Qué me va a pasar?

Él nunca contestaba sus preguntas. Se limitaba a sonreír y a decirle que todo iría bien. Que conseguiría recuperar la memoria.

Pero ella veía que su sonrisa escondía algo y que su mirada le decía que no estaba seguro de que todo fuera a salir bien.

En la segunda visita del médico, dos días antes, fue consciente de una especie de tensión entre él y el hombre lobo. Había escuchado susurros alterados tras la puerta y, en una ocasión, había habido una discusión en algún lugar al final del pasillo, que se esforzó por escuchar, pero que no entendió.

Y entonces, el día siguiente a eso, el médico había vuelto a verla. Esta vez lo acompañaba una mujer, pero no era la de antes. Esta tenía el pelo de un pelirrojo oscuro, no era morena. Sonreía, pero cuando se apoyó en la pared, Zoë vio la culata de la pistola que sobresalía de su funda bajo la chaqueta.

El médico se había sentado al lado de la cama.

—Tengo buenas noticias para ti, Zoë —le había dicho en voz baja.

—¿Me voy a casa?

Él le había sonreído con tristeza y le había dado unas palmaditas en el brazo.

—Todavía no. Pero te vamos a trasladar a una habitación mejor, donde estarás más cómoda. Creo que te gustará.

—¡Lo que quiero es salir de aquí! —había gritado Zoë.

A continuación, ambos se marcharon y ella se quedó todo el día esperando que volvieran, y acabó durmiéndose pensando que aquello debía de ser algún

tipo de broma cruel.

Al fin, aquella mañana, habían vuelto acompañados de dos hombres más que no conocía. Los hombres se comportaron como guardias y no dijeron nada. Zoë agradeció que el hombre lobo no estuviera allí.

El médico iba delante. La mujer andaba junto a ella y los guardias los seguían en silencio. En lugar de girar a la izquierda hacia el baño, giraron a la derecha y recorrieron todo el monótono pasillo hasta llegar a una puerta que daba a otro pasillo. La cruzaron y luego entraron en un ascensor. La mujer pulsó el botón del último piso.

A salir, estaban en un lugar muy

diferente. Las paredes eran blancas y la luz entraba a raudales por grandes tragaluces. Al final de otro pasillo estaba la habitación donde se instalaría Zoë. Era dos veces más grande que la anterior, con su propio cuarto de baño. La cama era cómoda, y a los pies había ropa limpia que habían dejado allí para ella. En uno de los rincones había una mesa con algunas revistas y un pequeño reproductor de devedés y un montón de películas para que viera. Se acordaba de qué era una película, pero no recordaba haber visto ninguna. Era una sensación extraña.

—Descansa un poco —le había dicho el médico al marcharse—.

Mañana empezaremos con las sesiones de terapia. Conseguiremos que recuperes la memoria. —Luego le guiñó un ojo y cerró la puerta con llave.

En aquel momento, mientras esperaba tumbada a que llegara el día siguiente, pensó en lo que le aguardaba. El médico parecía amable, y su instinto le indicaba que podía confiar en él. Pero otra voz interior le decía que él no tenía ningún poder allí.

No podía dormir. Los latidos no se calmaban. Se incorporó en la cama, se pasó las manos por el pelo y por la frente. En algún lugar de su interior, enterrada en lo más profundo de su mente, estaba la información que esa

gente quería.

¿Y si recupero la memoria? ¿Qué pasará entonces?

CORFÚ

Ben se marchó de la cala y volvió a Corfú caminando, sin prisa, sumido en sus pensamientos. Tiró la bolsa de basura con los restos de su bolsa de lona y el teléfono a una papelera. Al llegar al centro de la ciudad, se paró a comprar un par de camisas nuevas, unos pantalones vaqueros y una bandolera de estilo militar. Metió la ropa en la bolsa, se la colgó y se perdió entre la multitud. Después de la explosión, se respiraba un

ambiente apagado, un estremecimiento de temor, sorpresa y furia. Las calles se habían vaciado y la gente estaba tensa. La matanza aparecía en todas las portadas de los periódicos. La policía se encontraba por todas partes.

Ben se compró un teléfono móvil de prepago en un puesto del mercado. Tenía que hacer una llamada. Se sentó en un muro bajo en la plaza de san Rocco y marcó el número de los Bradbury. No le apetecía en absoluto hablar con ellos, pero tarde o temprano se enterarían de la explosión y de que Charlie había muerto. No podía dejar que se volvieran locos por su culpa.

En cuanto Jane Bradbury contestó,

supo que ya era demasiado tarde. Escuchó un silencioso sollozo, y luego un susurro al pasarle el auricular a su marido.

—¿Sí? —dijo Bradbury con un tono cansando y tenso—. Ben, ¿dónde estás? Te he buscado por todas partes, en la universidad y en la biblioteca. Incluso fui a tu piso al ver que no cogías el teléfono.

—Estoy en Corfú —dijo Ben—. Entonces... sabéis lo que ha ocurrido.

—¿Está herida? ¿Se vio envuelta en la explosión? —preguntó el catedrático con tono de urgencia.

—No estaba allí —contestó Ben.
Bradbury pareció aliviado.

—Gracias a Dios. Pero tu amigo...
Es horrible. Lo siento mucho. ¿Qué está pasando?

—No lo sé.

Bradbury se quedó callado durante un segundo.

—Perdóname por lo que voy a decir. Sé que suena terrible, pero antes de que lo mataran, tu amigo...

—¿Si encontró a Zoë? No, no sé dónde está.

—Pero ¿la encontrarás?

—¿Alguna vez mencionó algún tipo de relación con América? —preguntó Ben.

Bradbury pareció sorprendido.

—Sí, conoce a alguien de allí.

—¿A un abogado llamado McClusky?

—No, no me suena ese nombre. Su amiga es una mujer mayor que conoció cuando impartió un curso de verano aquí hace dos años. Se llama Vale, la señorita Augusta Vale. En una ocasión cenamos con ella y Zoë ha ido a visitarla un par de veces.

—¿A Georgia?

—Sí, a Savannah. ¿De qué va todo esto, Ben? —Bradbury estaba cada vez más nervioso y confuso—. ¿Le ha pasado algo horrible a nuestra hija?

—¿Y qué me dices del nombre de Cleaver?

—No lo he oído nunca.

—¿Y alguien llamado Rick?

—Tampoco.

—Una última pregunta —dijo Ben

—. ¿Alguna vez os habló Zoë de una profecía?

Bradbury se quedó callado durante un momento.

—¿Qué?

—Una profecía que pudiera hacerla rica.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Bradbury. La furia se hacía cada vez más evidente—. Lo que necesito saber es si le ha pasado algo a mi hija. Voy a llamar al consulado británico en Atenas. Y a la policía. Esto puede ser un secuestro y lo único que

estás haciendo es preguntarme sobre profecías.

—Sé que parece una locura —dijo Ben—. Pero tengo razones para preguntarlo. Si se trata de un secuestro y empiezas a dar la voz de alarma, aumentarás el riesgo y la pondrás en peligro.

La ira en la voz de Bradbury se fue apagando.

—¿Y qué hago? —preguntó afligido.

—Quedarte sentado y esperar. Déjame hacer las cosas a mi manera. Seguiré en contacto. En cuanto sepa lo que está pasando, os diré algo.

—¿Y si piden un rescate? No nos queda dinero. ¿Qué le harán si no

podemos pagar?

Ben ya sabía que no pedirían un rescate. Ya era demasiado tarde para eso.

—Ya tomaremos medidas en su momento, ¿de acuerdo? Me dijiste que confiabais en mí.

—Confiamos en ti —dijo el catedrático débilmente.

Al finalizar la llamada, Ben cerró el teléfono y suspiró. Delante de Bradbury había tenido que fingir que dominaba la situación, pero deseó que aquella seguridad fuera real.

Echó un vistazo a la plaza y observó el panorama. Tenía la boca seca. Se dirigió a una cafetería cercana y se

bebió un par de whiskys dobles con hielo. El ambiente del local era sombrío, una mezcla de tristeza e ira mientras la gente veía las noticias sobre la explosión en la televisión del rincón. Después de una hora y media o así, Ben se marchó a dar un paseo, como cualquier turista. Se compró un kebab en un puesto ambulante.

Se lo comió mientras se dirigía hacia la esquina oeste de la plaza y paseaba por un pasaje abovedado, mirando los escaparates. Luego fue a otro bar, se sentó en la terraza, se bebió un par de cervezas frías acompañadas con aceitunas.

Se pasó unas cuantas horas así,

paseando sin rumbo por el centro de la ciudad, pensando en Charlie y en Zoë y en todo lo que estaba ocurriendo en su vida. Cuando ya empezaba a caer el sol, encontró una parada llena de taxis libres y le enseñó al taxista la dirección que colgaba de la llave que le había dado Spiro.

Quince minutos después, estaba entrando en la casa de la playa de la familia Thanatos, a unos pocos kilómetros al sur de la ciudad de Corfú. Era pequeña y sencilla pero acogedora, con paredes blancas y frías baldosas. Seguramente la pareja había esperado que fuera. Había un jarrón con flores en la mesa, y seis botellas de vino blanco

de la zona enfriándose en la nevera junto a unos fiambres fríos especiados, una fuente llena de hojas de parra rellenas, una montaña de aceitunas verdes frescas y un cuenco con fruta.

Tomó una de las botellas de vino escarchadas, la descorchó y salió a la playa. El sonido de la música llegaba flotando en la brisa, y miró para comprobar de dónde venía. A unos trescientos metros, al final de la arena blanca, divisó una taberna al aire libre bajo un gran toldo de lona. Echó a andar por la arena.

Para cuando llegó a la taberna, la botella ya estaba vacía. Se la mostró al camarero.

—Otra de estas —le dijo, y el chico asintió.

Ben acercó un taburete a la barra y se desplomó en él. El camarero le dejó una botella fría y un vaso y volvió a su tarea. Ben se volvió en el taburete, bebiendo vino, y miró hacia el mar. El sol se sumergía en el horizonte, arrojando un rojo resplandor sobre el agua.

En las mesas que lo rodeaban había gente bebiendo, charlando, riendo. Era como si casi todo el mundo estuviera esforzándose por olvidar el horror del día anterior. Uno o dos rostros reflejaban la tensión. En un rincón, un quinteto punteaba animosamente

guitarras y bouzoukis, produciendo música de baile tradicional sin pausa y a buen ritmo. Tres o cuatro parejas estaban de pie siguiendo el rápido compás.

En otra mesa había dos chicas guapas. Una de ellas no paraba de mirar a Ben. Se inclinó hacia delante y le susurró algo a su amiga al oído, y ambas le sonrieron.

Las ignoró y observó la espectacular puesta de sol.

Al cabo de unos minutos, una mujer entró en la taberna. Se puso junto a él en la barra y dejó el bolso en el taburete que había entre ellos. Rondaba la treintena y llevaba un escotado vestido

de lino color crema. Tenía el pelo negro y brillante, los rizos le caían sobre los hombros desnudos. Se dirigió al camarero en inglés, con un agradable acento español. Le sirvió un vaso de agua y ella se sentó mientras se lo bebía; parecía preocupada. Ben la observó durante un momento y luego volvió a la puesta de sol.

El teléfono de la mujer sonó. Chasqueó la lengua y lo sacó del bolso. Contestó en español. Ben sabía el idioma bastante bien y no pudo evitar escuchar. Le estaba diciendo a una tal Isabella que no, que no se lo estaba pasando bien, y que no, que no se iba a quedar más tiempo. Que volvía a

Madrid al día siguiente.

La mujer colgó y miró a Ben como pidiendo disculpas.

—A mí me pasa todo el tiempo —dijo él—. La gente te llama cuando lo único que quieres es alejarte de todo.

Ella sonrió.

—¿Eres inglés?

—Más o menos.

—¿Turista?

—No exactamente.

Ella volvió a sonreír.

—¿Tú eres de España? —dijo él.

Ella asintió.

—Me has escuchado. Perdona. Odio a la gente que habla por teléfono en lugares públicos. Era mi hermana. Está

preocupada por mí.

—¿No te lo estás pasando bien aquí?
Ella frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes? ¿Entiendes el español?

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó él en español.

Ella se rió.

—Hablas muy bien. Pero ya he pedido algo de beber, gracias.

—Eso no es bebida —dijo Ben señalando el agua—. Tómate un vino conmigo.

Ella aceptó y Ben le pidió al camarero otro vaso de vino. La mujer se acercó a él, quitó el bolso y se sentó en el taburete que había entre ambos. Dejó

el bolso en el suelo, a sus pies.

—Me llamo Esmeralda —dijo ofreciéndole la mano. Él la estrechó. Era suave y cálida.

—Yo soy Ben —dijo. Señaló una mesa vacía que había en el rincón con vistas a la orilla—. ¿Nos sentamos allí?

Ella asintió.

—No te olvides del bolso. —Ben lo recogió y se lo dio.

Llevaron las bebidas a la mesa. Él se tropezó con una silla y derramó un poco de vino en el suelo.

—¡Epa! Demasiada bebida.

Se sentaron uno enfrente del otro y hablaron hasta que salieron las estrellas y la luna brilló sobre el mar.

—¿Por qué te quieres ir de aquí? —
le preguntó—. Es un lugar precioso.

—Estoy alucinando por lo de la
bomba —contestó ella—. Ha sido
horrible. Toda esa gente inocente.

Él asintió. No dijo nada.

—Y por otras razones también.

—¿Como cuáles? —preguntó él.

—¿De verdad quieres saberlo? Mi
prometido me dejó por mi mejor amiga.
Mi hermana pensó que me vendría bien
irme durante un tiempo. Pero no está
funcionando. —Sonrió débilmente,
luego bajó la mirada.

—No me explico cómo pudo dejarte.
—Ben alargó la mano y le acarició
dulcemente el brazo con los dedos.

Ella se sonrojó.

—Eres muy amable. Bueno, Ben. ¿Y tú que estás haciendo en Corfú? ¿Vacaciones? ¿Negocios?

—Emborracharme. —Vació de un trago el vaso de vino. El quinteto había pasado a un repertorio melancólico de canciones tradicionales griegas, acompañado de una cantante.

—¿En qué trabajas? —preguntó Esmeralda.

—Soy estudiante.

—¿Qué te ha pasado en el cuello?

—Haces muchas preguntas.

Ella sonrió.

—Me gustaría llegar a conocerte mejor, eso es todo.

—¿Quieres bailar? —le preguntó Ben tomándole la mano.

Ella asintió. La condujo hasta la pequeña pista de baile. Ella miró hacia atrás para echarle un vistazo al bolso que había dejado en la mesa.

—Ahí estará bien —dijo él.

El baile fue lento y sensual. Ben sentía el calor de sus brazos desnudos en las manos. El tirante del vestido se deslizaba por su hombro. Tenía la piel de color miel, y las luces hacían que sus ojos oscuros brillaran. Ben la acercó más a él, sintió su cuerpo apretándose contra el suyo, y luego el suave calor de sus labios en los suyos.

—Tengo una casa en la playa —dijo

él—. No está lejos, podemos ir andando. Allí estaremos solos.

Ella lo miró. Estaba un poco sonrojada y su respiración se había acelerado. Le apretó la mano. Asintió rápidamente.

—Vamos.

Se marcharon de la taberna y fueron caminando por la arena iluminada por la luna. La playa estaba vacía, solo se oía el murmullo de las olas y la música a lo lejos. Ella se quitó los tacones y caminó descalza. Él rodeó su fina cintura, sintiendo la agilidad de sus músculos al andar. Volvió a tropezarse y ella se rió mientras lo ayudaba a levantarse.

—Estás ebrio —le dijo en español,

riéndose.

—Ciego como una rata. Llevo todo el día bebiendo.

Llegaron a la casa de la playa. Ben sacó torpemente la llave, se le cayó y, tambaleándose, la buscó por la arena del umbral murmurando palabrotas.

—Aquí está —dijo pronunciando mal.

Esmeralda giró el pomo.

—De todas formas está abierta —dijo riéndose.

La puerta se entreabrió. Ella entró primero y él la siguió, agarrándose de su brazo. Ben encendió la luz y la dejó pasar. Dejó que se alejara un poco, hasta que estuvo a un brazo de distancia.

Y entonces, le asestó un golpe con el canto interior de la mano en el cuello y ella se desplomó sin hacer el menor ruido.

Era un golpe para aturdir, no para matar. Ben se arrodilló rápidamente sobre el cuerpo inmóvil y abrió el bolso, que se le había caído. Palpó el interior y tocó el frío acero. Sacó rápidamente la pistola. Era más o menos como había intuido por el peso al coger el bolso en la taberna. Una Beretta 92F semiautomática. La pesada 9 mm estaba amartillada y asegurada. Le quitó el seguro.

La puerta del fondo de la habitación que daba a la cocina se abrió de golpe.

Ben también se había esperado algo así. Efectuó un rápido disparo doble y la Beretta le golpeó la palma de la mano.

Alcanzó directamente al intruso. Las balas le dieron en el pecho y se estampó de espaldas contra el lado de la puerta. La pistola que llevaba salió volando y se alejó girando por las tablas del suelo. El hombre se desplomó y se quedó inmóvil, con la barbilla apoyada en el pecho y sangrando por la boca.

A Ben le zumbaban los oídos por los disparos. Fue a comprobar la puerta principal. La playa seguía vacía. Las paredes de la casa habrían amortiguado los disparos lo suficiente como para que no se oyeran desde la taberna. Volvió

enseguida a la habitación y cerró la puerta con llave.

La mujer estaba empezando a moverse, gruñía y se agarraba el cuello. Pasó por encima de ella y cogió la pistola del intruso muerto. Era el mismo modelo de Beretta de 9 mm, pero con un silenciador en el cañón. Con la mano izquierda, tiró de la corredera lo suficiente como para exponer la recámara y dejar al descubierto el brillante latón del cartucho que contenía. Bajó la mirada para observar al intruso en el suelo. El tipo era rubio y bastante joven, de unos treinta años, y guapo. Ben recordó lo que Nikos le había contado a Charlie sobre la pareja en la fiesta de

Zoë Bradbury aquella noche. El tipo rubio, de la misma edad, y una mujer que podía haber sido griega.

Se metió la pistola sin silenciador en el cinturón y apuntó con la otra a la cabeza de la mujer. Era un arma mucho más útil para un trabajo de interior.

—Levántate —le ordenó.

Ella tosió y se incorporó lentamente apoyándose en las rodillas y los codos, se apartó el pelo de la cara y se dio la vuelta para mirarlo. Aquellos ojos oscuros tenían ahora una mirada diferente.

—Te vi en la ciudad —dijo él—. Te vi en la plaza de san Rocco y también mientras miraba escaparates. Te vi

incluso antes de que empezaras a seguirme hoy. Me aseguré de que me vieras todo el tiempo, así yo podría vigilarte.

Ella se incorporó y se puso en cuclillas, en tensión, con una mano apoyada en el suelo delante de ella y la cabeza levantada, mirándolo con los labios apretados. En el trozo de frente que había quedado despejado al apartarse el pelo de la cara, se veía una vena palpitando.

—Tú no me estabas siguiendo — dijo Ben—. Yo te estaba guiando. Escogí una parada con taxis libres para que no me perdieras de vista. Tú y tu amigo de ahí subisteis al siguiente taxi y

os vigilé todo el camino hasta aquí. Os lo puse fácil. Incluso fingí estar borracho. Caísteis.

Ella tenía la mirada vacía. Ben se dio cuenta de que estaba midiendo distancias, ideando movimientos, calculando probabilidades. Estaba bien entrenada.

—Eres bastante buena —dijo él—. Una buena tapadera lo de tu hermana. Pero no eres tan buena como para librarte de esto. Habla, Esmeralda. No creas que no voy a dispararte.

Ella no dijo nada.

—Zoë Bradbury. ¿Dónde está?

Ella no contestó.

—¿Quién puso la bomba en el café?

—preguntó—. ¿Fue para matar a Charlie?

—No sé de qué estás hablando.

Ben disparó. Ella gritó y levantó la mano del suelo.

—Estás bien —dijo él—. He apuntado entre los dedos. La próxima vez te arrancaré uno. Volvamos a empezar. Zoë Bradbury. ¿Dónde está?

—Se ha ido —contestó en voz baja.

—Cooperación. Muy bien. ¿Adónde ha ido?

Ella dudó.

—Escoge un dedo —dijo él—. Uno que no utilices mucho. Alarga un poco la mano, así no le daré a nada más por error.

—Ya no está en Grecia.

—¿Y dónde está?

—De todas formas me vas a matar

—dijo ella—. ¿Por qué tendría que decírtelo?

—Yo no soy como tú —contestó—.

Sé lo que tenías pensado hacer conmigo esta noche si no respondía tus preguntas.

Pero yo no soy un asesino inconsciente.

Si me dices dónde está, qué está pasando y quién eres, no te haré daño.

Te llevaré a un lugar donde no puedan encontrarte. Cuando encuentre a Zoë

sana y salva, volveré y quizá te deje en libertad. Tú eliges. Pero entiende que si

no me lo cuentas, estás muerta. Aquí y ahora. Sin juegucitos de dedos. —Le

apuntó a la cabeza con la pistola.

—¿Quién coño eres? —Su acento español era ahora menos pronunciado. Sonaba claramente americano.

—Nadie. Última oportunidad. ¿Dónde está?

La mujer soltó un suspiro.

—Se la llevaron a los Estados Unidos. Hace cinco días.

—Bien. Por fin avanzamos. ¿Adónde exactamente? ¿Por qué y quién se la ha llevado?

—No lo sé todo —contestó ella—. Yo solo hago lo que me dicen.

—¿Quién te lo dice? Dame nombres.

—No sé nombres.

—¿Cuál es el tuyo?

—Kaplan. Marisa Kaplan.

La miró a los ojos y la creyó. Señaló al hombre rubio del suelo.

—¿Y el suyo?

—Hudson.

—¿Por qué estás aquí, Marisa?
¿Quién puso la bomba?

Entonces la habitación retumbó. Ben notó la onda expansiva de una bala que pasaba cerca de su oreja. Una lámpara de pared se hizo añicos. Se giró al mismo tiempo que retrocedía para devolver el disparo. La Beretta reculó en su mano. El tipo rubio estaba medio incorporado sobre un hombro y la pistola que empuñaba con la mano ensangrentada era un pequeño revólver

de repuesto. Volvió a disparar. El segundo disparo atravesó el puño de la camisa de Ben.

Ben respondió con otro disparo. Vio que la bala lo alcanzaba. Disparó de nuevo. El ojo del tipo desapareció y su cabeza golpeó contra el suelo. Había sangre en la pared detrás de él.

A continuación, se instaló el silencio. Ben se levantó y comprobó que estaba bien. No le había dado. Esta vez el intruso sí que estaba muerto. Apartó el Magnum 357 chato de repuesto de una patada.

Escuchó un débil sonido detrás de él. Se dio la vuelta. La mujer llamada Kaplan estaba incorporada, mirándose

fijamente el estómago. La sangre se estaba extendiendo rápidamente por el vestido color crema. Se apretó la herida que la bala perdida de su compañero le había causado en el intestino, mientras trataba de rasgar la tela para llegar a ella. Abrió y cerró la boca. Luego se desplomó hacia atrás y murió.

ERA mucho más rápido y fácil hacer cadáveres que deshacerse de ellos. Ben encontró algunas bolsas de basura de plástico resistentes en la cocina de la casa de la playa. Mientras sorteaba los charcos de sangre en las baldosas, arrancó dos bolsas del rollo, las abrió y las extendió en el suelo del pasillo cerca de la puerta de entrada.

Cogió a Kaplan por las muñecas y tiró de ella. La cabeza colgando, los ojos todavía abiertos, el pelo arrastrando por las manchas de sangre

de las baldosas. Soltó el cadáver encima de una de las bolsas de basura, volvió a recorrer la sala en busca de los restos de Hudson, se agachó y lo cogió por los tobillos. Hudson pesaba mucho más y estaba más ensangrentado. Tenía el pómulo y la cuenca del ojo derecho destrozados por el impacto de la bala de 9 mm del arma de su compañera. Ben lo arrastró por las baldosas y lo dejó tendido al lado de Kaplan.

Se inclinó sobre ellos y los cacheó con cuidado. No llevaban documentación ni objetos personales de ningún tipo. Hudson tenía un teléfono en el bolsillo de atrás. Encontró el de Kaplan en su bolso. Con un teléfono en

cada mano, volvió a marcar el último número al que había llamado Kaplan y el teléfono de Hudson vibró en su otra mano. Revisó los registros de llamadas de ambos. Los dos teléfonos se habían utilizado únicamente para llamarse entre ellos.

Ben dejó los cadáveres allí tendidos y empezó a limpiar la casa. La lámpara de pared rota había esparcido fragmentos de cristal por el suelo, así que los barrió con un cepillo, los recogió y los tiró al cubo de la basura. En un armario de la cocina encontró una fregona, un cubo y lejía. Llenó el cubo con agua fría, lo cargó hasta la otra habitación y empezó a pasar la fregona

para limpiar la sangre, que era lo peor de todo. Cuando acabó, utilizó un cuchillo de cocina para desincrustar una bala del marco de madera de una de las puertas. Sacó la bala de 9 mm alisada y se la metió al bolsillo. Hizo una mueca al ver el desastre que había hecho en el marco de la puerta.

Mientras trabajaba, no paraba de pensar. Kaplan y Hudson no habían sido el mejor equipo de vigilancia y tiro que había visto, pero tampoco habían sido el peor. Las dos Berettas eran exactamente de la misma marca y modelo. Habían borrado los números de serie con habilidad. Ese tipo de detalles indicaba que se trataba de una organización

profesional. Estaba bastante seguro de que los habían enviado para matar a Nikos Karapiperis. Si Nikos hubiera estado realmente involucrado en un asunto de drogas, no habría acudido a Charlie para ayudarlo a encontrar a Zoë. Por lo tanto, los asesinos le habían colocado la droga. Un toque ingenioso. Lo de la bomba lo habían organizado para eliminar a Charlie, después de que lo vieran hablar con Nikos. Y a partir de ahí, no era difícil imaginar que habían seguido a Ben por la misma razón.

Las piezas encajaban perfectamente. Pero cuando introducía a Zoë Bradbury en la ecuación, todo se empezaba a desmoronar. No habían pedido ningún

rescate. No había razón aparente para el secuestro. Sus padres no eran el tipo de personas a las que se les podría sacar millones para que les devolvieran a su hija. Si Tom Bradbury hubiera sido político o tuviera algún otro cargo importante, entonces podría tener sentido. Pero no era así. Era un experto en teología de una de las instituciones más polvorientas del mundo, alejadísimo del mundo real.

Por lo tanto, fuera cual fuera la razón por la que alguien estaba llegando a tales extremos, tenía que venir directamente de la propia Zoë. Pero ¿qué era? Pensó en el dinero. Al parecer había conseguido veinte mil dólares con

bastante facilidad, y pronto esperaba tener mucho más. Sin duda parecía una especie de chantaje. A quien estuviera extorsionando tenía que ser bastante rico y poderoso, y era evidente que se encontraba desesperado. Lo cual significaba que Zoë lo estaba amenazando con algo lo bastante cierto como para ser tomado muy en serio.

Pero ¿por qué complicarse llevándosela a la otra punta del mundo, a los Estados Unidos, cuando habría sido más fácil meterle una bala en la cabeza allí mismo, en Corfú? Al pensarlo, solo pudo llegar a una conclusión. Ella tenía algo que ellos querían, y ellos querían mantenerla con

vida hasta conseguirlo.

Pero eso lo conducía a otro problema. Kaplan y Hudson no eran lo que se dice blandos. Estaban preparados y acostumbrados a matar. Y Zoë no era una soldado entrenada para soportar un interrogatorio. Si lo que querían era que hablara, les llevaría unos pocos segundos conseguir que les diera la información. La simple visión de un cuchillo o una pistola, como a la inmensa mayoría de la gente normal y corriente, haría que se desmoronara al instante.

Y a continuación, seguramente la matarían. Después de doce días, era bastante probable que ya estuviera

muerta.

A las tres y media de la madrugada, la taberna de la playa empezó a cerrar. Los últimos rezagados se alejaban de regreso a sus casas. La música paró y apagaron las luces, la playa quedó sumida en la oscuridad.

Ben se quedó observando y esperó media hora más. La playa estaba desierta. Se metió una Beretta en cada bolsillo de los vaqueros, abrió la puerta principal, sacó el cadáver de Hudson y lo arrastró por la arena, deslizándolo en la bolsa de plástico.

Lo arrastró un buen trecho, un cuerpo muerto sobre la arena pesaba mucho. El tirón de los puntos del cuello

era atroz y los músculos de los hombros y los antebrazos se estaban llenando de ácido láctico para cuando llegó al punto escogido a unos cien metros. Dejó al muerto en un espacio entre dos dunas y regresó a la casa respirando con dificultad.

Ya en la casa, cogió a Kaplan por las muñecas, apretó los dientes y la sacó arrastrándola a la playa. Mientras veía su cabeza colgando y rebotando, no dejaba de pensar que lo estaba mirando a los ojos. No le gustaba ver a una mujer muerta así, y daba las gracias por no haber sido él quien la había matado.

Cuando tuvo a los dos cadáveres a su lado bajo la luz de la luna, se

arrodilló en la arena y cavó un agujero poco profundo en el recodo de las dos dunas. Los hizo rodar con el pie a la vez y los metió dentro. Kaplan cayó primero y Hudson encima de ella, emitiendo un extraño sonido al chocar ambas cabezas.

Ben relleno el agujero con arena. Los cangrejos ya tenían comida.

Echó un vistazo a su alrededor y encontró el almacén lleno de percebes de un viejo bote de remos que arrastró por la arena. Lo dejó encima de la tumba poco profunda y se alejó en dirección a la orilla. Mientras desandaba sus pasos, fue borrando las marcas en la arena para eliminar sus huellas. A continuación, desmontó las dos pistolas y lanzó las

piezas al mar.

Comenzaba a amanecer para cuando acabó de limpiar la casa. Se duchó y se cambió, quemó los pantalones y la camisa manchados de sangre en la playa y pisoteó las cenizas en la arena. Dejó quinientos euros en la mesa y una nota de disculpa por romper la lámpara y estropear el marco, alegando que había bebido demasiado del excelente vino que Spiro y Christina le habían dejado.

A continuación, mientras el sol se liberaba del mar, salió de la casa y comenzó a caminar hacia la ciudad. Tomó un taxi hasta el aeropuerto, procurando que no lo siguieran. Lo último que le hacía falta en ese momento

era que los hombres de Stephanides lo detuvieran justo cuando estaba a punto de marcharse de Grecia. Estaría en América mucho antes de que se dieran cuenta de que se había marchado.

En el aeropuerto, recuperó su pasaporte de la taquilla y utilizó el billete de vuelta para embarcar en uno de los primeros vuelos de la mañana a Atenas. A mediodía, hora griega, estaba bebiendo whisky con hielo en la zona casi vacía de primera clase de un 747 con destino a Atlanta.

No sabía qué le aguardaba en los Estados Unidos, pero iba a encontrar a Zoë Bradbury, viva o muerta.

Y a continuación, alguien, en algún

lugar, pagaría por todo.

GEORGIA, Estados Unidos

Decimotercer día

En Georgia no hacía mucho más calor que en Corfú, pero había el doble de humedad. Ben llevaba la camisa pegada a la espalda a los quince minutos de salir del avión en el aeropuerto Hartsfield-Jackson de Atlanta.

Ajustó el reloj a la hora americana. Por el cambio de zona, había llegado prácticamente a la misma hora que a la

que se había marchado de Grecia y el sol estaba en lo más alto. Alquiló un Chrysler plateado grande en el aeropuerto y condujo el largo camino hasta Savannah con las ventanillas bajadas, dejando que el viento lo despeinara.

Ya era media tarde para cuando llegó. El paisaje de Savannah era rico y verde con casas coloniales de revista que parecían no haber cambiado desde la época de la guerra de Secesión. Lo primero que hizo fue llamar al número que aparecía en la tarjeta de Steve McClusky, pero lo único que consiguió fue escuchar un mensaje informándole de que el número ya no existía. No había

ningún número fijo y tampoco aparecía ningún abogado llamado McClusky en las páginas amarillas. Pero tenía la dirección. Le echó un vistazo al mapa, dio media vuelta en el gran Chrysler y se dirigió hacia allí.

Encontró el edificio de McClusky a las afueras de la ciudad, lejos de la opulencia de las casas antiguas y las calles bordeadas de árboles. Había esperado encontrarse con una especie de oficinas de un auténtico bufete de abogados, o un edificio moderno con la fachada acristalada o uno antiguo y elegante de estilo colonial con columnas y una escalera que condujera a la puerta principal. En su lugar, encontró una

vieja y pequeña barbería en medio de un bloque de edificios a punto de desmoronarse. Afuera, había un pequeño espacio para aparcar donde crecían hierbajos amarillentos entre las grietas del asfalto. Miró dos veces la dirección en la tarjeta. Era el lugar correcto.

Una campana sonó sobre su cabeza al franquear la puerta. Dentro hacía frío, el aire acondicionado estaba a tope. Echó un vistazo rápido. El mobiliario era sin duda de los años cincuenta, incluso los ancianos parecían estar allí desde entonces. Uno de ellos estaba atareado cortándole el pelo al único cliente. El otro estaba sentado en un taburete, bebiéndose una lata de cerveza

sin alcohol. Estaba pálido y encorvado, tenía el aspecto de una iguana. Un joven de unos dieciocho años con delantal estaba barriendo el pelo cortado que cubría el suelo.

El viejo barbero de la cerveza se giró hacia el recién llegado.

—¿En qué puedo ayudarle, caballero? ¿Corte o afeitado?

—Ninguna de las dos cosas — contestó Ben—. ¿Dónde puedo encontrar a Steve McClusky?

—Debe de estar buscando a Skid.

—El nombre que aparece en la tarjeta es Steve McClusky.

El viejo asintió.

—Ese es él. Skid McClusky.

—¿Por qué lo llaman así?

El barbero soltó una risa burlona. Le faltaban los dientes de delante.

—Bueno, algunos dicen que es por el modo en que conduce ese Corvette que tiene. Otros dicen que acabará tirado en la calle, si no lo está ya.²

—En la tarjeta pone que su oficina se encuentra en esta dirección.

—Justo ahí. —El barbero señaló con un dedo flacucho la puerta que había en el rincón—. Subiendo la escalera, a mano izquierda. Aunque no hay mucho que ver.

—Gracias. —Ben se dirigió hacia la puerta.

—Ahórrese el esfuerzo, caballero.

No encontrará a Skid ahí. —El barbero volvió a soltar una risotada, mostrando unas pálidas encías—. No, señor.

—Entonces, ¿dónde está? Tengo que hablar con él.

Todos se rieron.

—Póngase a la cola, caballero —dijo el anciano—. Somos un montón los que queremos hablar con ese hijo de puta. Se largó sin pagar el alquiler. Lleva fuera más de dos semanas.

—Entonces, ¿no saben dónde está?

—Me temo que no puedo ayudarle.

Había recorrido un largo camino y aquel no era un gran comienzo.

—Gracias de todas formas.

Ben dio media vuelta y salió. La

campana volvió a sonar. Fuera hacía mucho calor, se dirigió de vuelta al coche y desbloqueó las puertas mientras se acercaba. Abrió la puerta del conductor y justo cuando iba a subir oyó unos pasos corriendo detrás de él.

Se giró. Era el chico de la barbería. Se había quitado el delantal y vio que debajo llevaba una camiseta descolorida de Jimi Hendrix.

—Señor —dijo—, espere un momento.

El joven miraba hacia atrás por encima del hombro, como si tuviera miedo de que pudieran verlo desde dentro. *Debe de haber salido por la parte de atrás*, pensó Ben.

El joven parecía preocupado y sincero. Fuera lo que fuera lo que iba a contarle, Ben lo creería.

—Skid está metido en un lío, señor.

—¿Qué tipo de lío?

—No estoy seguro. Algo muy malo.

Por eso se ha ido. —Hizo una pausa—. Skid siempre se ha portado bien conmigo. Me prestó dinero cuando me hacía falta.

—Si Skid tiene problemas, quizá yo pueda ayudarlo —dijo Ben—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

El chico negó con la cabeza.

—Pero sé quién podría saberlo.

—¿Puedes darle un mensaje?

El chico lanzó otra mirada inquieta a

la barbería. Volvió a mirar a Ben y asintió.

—Dile que un amigo de Zoë Bradbury, de Inglaterra, necesita hablar con Skid. Es importante y urgente. ¿Lo has entendido?

—Zoë Bradbury —repitió el chico.

—Cuando Skid reciba el mensaje, lo entenderá. Tiene que llamar a este número. —Ben lo garabateó en un billete de veinte dólares. El joven asintió, dio media vuelta y corrió hacia la parte de atrás de la barbería.

Al cabo de una hora más o menos, mientras Ben conducía de vuelta a la ciudad en busca de un hotel, el teléfono sonó en el salpicadero. Lo cogió.

—¿Con quién hablo? —dijo una voz masculina, nerviosa y agresiva.

A Ben no le gustó que se dirigiera a él de un modo tan desafiante, pero se mordió la lengua.

—Soy Ben Hope. ¿Quién es usted?

—Eso no importa —dijo la voz con dureza, con el tono que utiliza alguien que trata con todas sus fuerzas de ocultar el miedo. Alguien que está claramente sometido a mucha presión. Le dio a Ben el nombre de un bar que había cerca de un lugar llamado Hinesville, a unos pocos kilómetros al sudoeste de Savannah, y unas cuantas indicaciones aproximadas para encontrarlo—. Lo veré allí esta tarde a las siete y media.

—Luego colgó.

Los encuentros anónimos no era algo que a Ben le hiciera mucha gracia, pero su trabajo implicaba recibir muchas llamadas extrañas de gente demasiado asustada como para dar su verdadera identidad. La experiencia le había demostrado que normalmente valía la pena investigarlos, aunque simplemente formara parte del proceso de eliminación.

Miró su reloj. Un par de horas para llegar. Giró y se dirigió al sudoeste, lejos de las blancas y cuidadas casas coloniales, del paisaje color esmeralda y la fresca sombra de las calles bordeadas de árboles. Paró en un

restaurante de carretera y se bebió cuatro tazas del mejor café que había probado fuera de Italia. Luego volvió a mirar la hora, regresó al coche y condujo a una velocidad constante de cien kilómetros por hora hacia el punto de encuentro.

La música aporreaba las paredes del bar cuando Ben salió del Chrysler y se dirigió a la puerta. La abrió y le golpeó el ruido del compás country rock, junto con el calor y el olor a humo, a cerveza y a cientos de cuerpos apelotonados. Le echó un vistazo al local. Había una bandera confederada colgando sobre la barra, debajo de un par de sables cruzados. Las camareras con tacones

altos, minúsculos pantalones cortos vaqueros y camisetas cortadas se contoneaban entre las mesas. En un pequeño escenario había guitarras eléctricas, un bajo, una batería y una montaña de altavoces y amplificadores preparados y esperando a que saliera el grupo.

Ben se abrió paso entre la multitud y se dirigió hacia donde le había indicado la voz por teléfono. Una puerta entre la máquina de *pinball* y un teléfono público lo llevó a un tramo de escaleras de madera poco firmes. Recorrió un sombrío pasillo. La música de abajo golpeaba el suelo, notaba las vibraciones. Seguramente, el volumen

aumentaría el doble cuando la banda empezara a tocar. Llegó a una puerta, y golpeó con los nudillos.

Una voz femenina habló desde dentro.

—Adelante.

Abrió la puerta y entró en la habitación. Era una especie de despacho, pero parecía como si llevara mucho tiempo abandonado. Vio un escritorio y una sencilla silla de madera, una librería y una planta alta marchita en un tiesto seco en un rincón.

La mujer estaba sola en la habitación, de pie junto a la mesa. Era pequeña, enjuta y fuerte, no llegaba al metro sesenta, de unos treinta años.

Tenía el pelo largo y rizado, teñido de rubio. Llevaba unas botas de tacón alto, vaqueros ajustados, una chaqueta de ante y una bandolera de piel que parecía pesar atada con una correa.

—Por teléfono hablé con un hombre —le dijo Ben.

—Habló con Skid —contestó ella secamente.

—¿Dónde está? —Se acercó un paso a ella.

—Quédese donde está, caballero. Yo soy la que hace las preguntas aquí.

Metió la mano rápidamente en el bolso y la sacó sujetando un enorme revólver. Lo agarró con fuerza con ambas manos y apuntó a Ben al pecho

desde el otro lado de la habitación. El peso hacía que se le marcaran los tendones de la muñeca.

—Vale, has captado mi atención — dijo Ben—. ¿Qué quieres saber?

—¿Para quién trabaja?

—¿Qué te hace pensar que trabajo para alguien?

—Si es uno de los hombres de Cleaver, no saldrá vivo de aquí. — Sonaba como si lo dijera muy en serio.

—No sé quién es Cleaver.

—Claro. —Frunció el ceño—. ¿De dónde es?

—No soy de aquí —contestó—. Mira, tengo que hablar con Steve, Skid o como coño lo quieras llamar. Es

urgente.

Levantó la pistola.

—Calma.

Ben miró detenidamente la pistola. Era un revólver enorme de acción simple, de gran calibre y acero inoxidable. El tipo de arma que utilizan los cazadores para disparar a los osos pardos en Alaska. Podía ver las puntas huecas de las gruesas balas acurrucadas en las bocas de las recámaras. La boca de fuego tenía un diámetro de poco más de diez milímetros. No era una pistola para una mujer de su complexión. Le costaba mantener el largo cañón nivelado. Cuando disparara un cartucho, el culatazo le partiría la muñeca como si

fuera un trozo de apio.

—No es tuyo, ¿verdad? —preguntó —. Yo creo que es de Skid.

—Da igual de quién sea —contestó con una mueca—. Le puedo volar la cabeza igualmente. Y lo haré. Así que manténgase alejado y con las manos donde pueda verlas.

—Tendría que haberte enseñado a utilizarlo antes de enviarte aquí como a un perro guardián —dijo Ben—. No está amartillado. No disparará.

La mujer le echó un vistazo al revólver sin dejar de mirar a Ben con desconfianza.

—Intenta apretar el gatillo —dijo Ben—. No pasará nada. ¿Ves el

percutor? Tienes que poner el pulgar alrededor y echarlo hacia atrás.

Ella le obedeció.

—Hasta el final, hasta que haga «clic» —le dijo.

La maniobra produjo un sonido metálico sordo en el silencio de la habitación. El gran cilindro de cinco balas giró y se bloqueó.

—Vale —dijo Ben—. Ya puedes estar tranquila. Ahora puedes dispararme si quieres. Pero antes de que lo hagas, deja que te demuestre que no soy uno de los hombres de Cleaver. Quienquiera que sea Cleaver. Ahora, voy a mover la mano hacia la chaqueta y a abrirla. No te preocupes, no voy

armado. Voy a enseñarte mi pasaporte. —Lo sacó y lo puso sobre la mesa—. Con el sello de inmigración de los Estados Unidos recién puesto, hoy mismo. Me llamo Ben Hope. En el pasaporte pone Benedict.

Lo cogió y lo examinó. El arma se balanceó, podría habérselo quitado fácilmente, pero simplemente sonrió. Ella lo miró, luego dejó el pasaporte.

—¿Me crees ahora?

Dejó el revólver a un lado. Su gesto se suavizó, sus ojos reflejaron alivio.

—Está bien —dijo ella—. Le creo.

—Entonces, quizá quieras desamartillar el arma.

—Ah, claro. —Puso el pulgar en el

percutor, apretó el gatillo y bajó el percutor despacio.

—No me has dicho cómo te llamas —dijo.

—Molly.

—Encantado de conocerte, Molly.

—¿Qué está haciendo en Georgia, señor Hope?

—Llámame Ben. He venido de Europa para encontrar a Zoë Bradbury.

—No pareces de los que rondan a esa golfa.

—Tiene problemas.

—Tiene problemas —repitió resoplando.

—Y Skid también —dijo Ben—. De lo contrario, hace un momento no habría

estado mirando de frente ese cañón de mano.

—Lo siento. Era por precaución.

—¿Dónde está Skid?

—Escondiéndose de Cleaver.

—¿Me puedes llevar donde está? — preguntó Ben.

YA de noche, Molly llevó a Ben en su coche por la carretera de la costa en dirección sur hacia Jacksonville. Las suaves gotas de lluvia en el parabrisas se convirtieron en un tremendo tamborileo y la carretera, en una superficie brillante y resbaladiza. Permanecieron en silencio durante los primeros kilómetros, los limpiaparabrisas marcaban los segundos.

—Tío, no me vendría mal un trago —dijo ella de repente—. Todavía me

tiemblan las manos. —Lo miró de reojo —. Nunca había apuntado a nadie con un revólver.

—Lo hiciste bien. —Se metió la mano en la chaqueta y le ofreció su petaca—. Esto te calmará.

Ella bebió un sorbo.

—Está bueno. ¿Qué es?

—Laphroaig, whisky escocés *single malt*, de diez años.

—Genial. —Bebió otro trago, se chupó los labios y le devolvió la petaca —. ¿Ves la guantera? ¿Me sacas un cigarro?

Ben la abrió.

—¿Habanos? —dijo sorprendido.

—Mi padre los fumaba. Me gusta el

sabor. Coge uno.

Los puros Coronation de Punch estaban conservados herméticamente en tubos de aluminio plateados. Ben abrió dos, los encendió con su Zippo y le pasó uno.

Molly le dio una larga calada y expulsó una nube de humo.

—Entonces, señor Hope... Quiero decir, Ben. ¿Quién eres?

—Simplemente alguien que quiere ayudar.

—Parece que sabes un montón de armas. Para ser inglés. Pensaba que allí estaban prohibidas.

—En realidad no soy inglés —dijo—. Soy mitad irlandés.

—¿Qué mitad?

—La buena.

Ella se rió.

—Eso pensaba. Todos los tíos ingleses que he conocido eran unos hijos de puta mojigatos.

—Háblame de Skid.

—Nos conocimos en la facultad de derecho.

—¿También eres abogada?

Ella negó con la cabeza.

—No pasé el examen para ejercer. Me puse nerviosa. Así que trabajo de ayudante de abogado. Estuve con Skid durante un tiempo y ahora estoy en un bufete de las afueras.

—¿Por qué te envió a ti en su lugar?

—Porque no puede ir a ningún sitio. Ya lo comprobarás por ti mismo, en breve.

—¿Qué le ha pasado?

—La gente de Cleaver. Lo cogieron. Casi lo matan. Lo habrían hecho si yo no hubiera aparecido y hubiera llamado a la poli.

—¿Quién es ese tal Cleaver?

—Ya te hablará Skid de él.

—¿Qué tiene que ver Zoë Bradbury en todo esto?

—Skid y yo estuvimos saliendo durante casi dos años —dijo ella—. Zoë Bradbury hizo que rompiéramos.

—Sé que vino un par de veces —dijo Ben—. Se quedaba en casa de la

señorita Vale.

Molly asintió y le dio otra calada al cigarro.

—Ocurrió la última vez que vino, hace seis meses. Skid estaba en un bar, siempre está en algún bar; conoció a la inglesita y supongo que no pudo resistirse. Y también supongo que ella tampoco pudo resistirse. Skid nunca ha tenido un centavo, pero es encantador, eso está claro. —Fingió una sonrisa—. La primera vez que me la encontré fue en la oficina. Skid me dijo que tenían un acuerdo comercial en marcha. Lo que no me dijo fue que mientras ella estaba aquí, no paraban de follar. A las pocas semanas me di cuenta de qué iban todas

esas noches en las que se quedaba a trabajar hasta tarde. —Bajó un poco la ventanilla y tiró la ceniza fuera—. Skid no lo negó. Y ahí fue cuando lo dejé. Le dije que no quería volver a verlo. Que se había acabado. Pero entonces empezó a llamarme y a darme la lata, diciéndome que no podía vivir sin mí. Me dejaba mensajes en el teléfono, llorando y amenazándome con que se iba a pegar un tiro.

—¿Con ese enorme revólver?

—No le quedaría otra.

—No, supongo que no.

—De todas formas, volví a su oficina una noche para aclarar las cosas con él cara a cara. Cuando estaba

subiendo la escalera, escuché un montón de jaleo y gritos. Había tres tíos con él. Le estaban dando una paliza. Llamé a la poli y dio la casualidad de que había una patrulla cerca de allí. Vinieron, pero los tres tipos debieron de oírlos llegar. Se escaparon por detrás. Lo dejaron fatal.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace solo dos semanas — contestó—. Ahora, a Skid le aterroriza la idea de que Cleaver vuelva a cogerlo. Ni siquiera quiere ir al hospital, y Dios sabe que tiene que ir.

—Y tú lo estás cuidando.

—Soy su perro guardián, como dijiste. Y su enfermera, dos en uno.

—Entonces, ¿Zoë y Skid tenían un acuerdo comercial o era solo una tapadera?

—Tenían un trato —contestó ella con gravedad—. Y esa es la razón de que Skid esté metido en un lío.

—¿De qué se trataba?

—Skid te lo contará. Ya queda poco para llegar.

Molly salió de la carretera y a los pocos minutos estaban circulando por unos caminos oscuros, estrechos y retorcidos. Molly conducía rápido, con el gesto tenso por la concentración. Apareció un camino de tierra a la izquierda y se desvió. Pasaron dando tumbos por al lado del destartado

cartel de un motel. La tierra del camino no era más que barro revuelto por la lluvia. Llegaron hasta el final, giraron y entraron en un escabroso patio de tierra. Los faros iluminaron matas de malas hierbas, bolsas de basura tiradas, muebles rotos, latas de cerveza aplastadas. La edificación se estaba cayendo a trozos, el motel necesitaba desesperadamente una reparación. Una luz de neón salpicada de insectos proyectaba un resplandor amarillento sobre los porches elevados y las plazas de aparcamiento que había delante. Molly paró al lado de una furgoneta y apagó el motor.

Salieron del coche. Ya no llovía, el

aire estaba cargado y húmedo. Dos dóberman en una jaula de malla metálica ladraban furiosos y se lanzaban contra el alambre, apoyándose sobre sus fibrosas patas traseras.

—Bienvenido al nuevo hogar de Skid —dijo Molly.

Solo se veía luz en un par de ventanas. El sonido apagado de un televisor llegaba del interior de algún sitio. Los perros seguían ladrando. Una voz ebria y masculina les gritó desde lejos que se callaran.

Molly condujo a Ben hasta la habitación número diez. La vieja puerta estaba combada y pelada. Tocó fuerte, tres veces.

—Soy Molly —dijo. Buscó en su bolso y sacó la llave, abrió la puerta y entraron.

La estancia estaba oscura y olía a cerrado y a antiséptico. Molly descorrió las cortinas y encendió una luz auxiliar.

Skid McClusky estaba durmiendo y sacudió la cabeza. Parpadeó por la luz.

Tenía unos treinta años, como Molly. Seguramente sería guapo, pero su belleza era difícil de adivinar bajo todos esos cardenales amarillentos y los cortes a medio cicatrizar. Tenía el pelo oscuro, grasiento y pegado a la frente. Llevaba una camisa vaquera con manchas oscuras de sudor y estaba sentado en un sillón del que se salía casi

todo el relleno, con las piernas estiradas y apoyadas en un taburete. Las llevaba escayoladas de rodillas para abajo. Tenía una escopeta Mossberg de corredera apoyada en el regazo, que no paraba de toquetear nerviosamente.

Levantó la mirada, con los ojos envueltos en dolor y miedo. Sus ojos recorrieron toda la habitación y se detuvieron en Ben.

—No pasa nada, Skid —lo tranquilizó Molly—. No es uno de los de Cleaver.

—Acércate una silla —le dijo Skid a Ben—. Y dime qué quieres.

—Voy a por unas cervezas —dijo Molly—. Os dejaré solos para que

habléis. —Se marchó.

Ben y el abogado se quedaron sentados y en silencio durante un minuto.

—Iré directo al grano —dijo Ben—. Zoë Bradbury desapareció de su casa de Grecia hace doce días. Mi trabajo es encontrarla y creo que tú puedes ayudarme.

—Supongo que la cogieron —dijo Skid con un gemido—. Me obligaron a hablar.

—¿Los que te hicieron esto? —Ben señaló las piernas escayoladas.

Skid asintió.

—Estoy hecho una mierda, tío —dijo con desesperación—. Mírame, estoy muy jodido.

—Quizá pueda ayudarte —dijo Ben.

—¿Y cómo, exactamente?

—Todavía no lo sé, pero estoy bastante seguro de que los que te han hecho esto son los mismos que estoy buscando.

Skid se restregó la cara con las manos. Se quedó callado durante un minuto.

—Vale, ¿qué quieres de mí?

—Lo quiero saber todo —dijo Ben—. Sobre el trato que teníais Zoë y tú. Y sobre Cleaver. No paro de escuchar su nombre. ¿Quién es?

Skid soltó un largo suspiro.

—¿Me puedes pasar eso?

Señaló una botella medio vacía de

Jack Daniel's que había encima de la mesa a la que no llegaba. Ben la cogió y se la pasó. Skid le dio un buen trago y se limpió la boca con la manga.

—Empezaré por el principio —dijo—. ¿Sabes quién es Augusta Vale?

Ben asintió.

—Entonces sabes que Zoë se quedaba en su casa de Savannah cuando venía por aquí. Así es como la conocí. En un bar.

—Esa parte ya la he escuchado —dijo Ben.

Skid se removió incómodo en el sillón y el dolor que sintió en las piernas provocó que hiciera una mueca.

—Ella y la señorita Vale estaban

muy unidas. Al menos, eso pensaba la señorita Vale. A Zoë le interesaba más su dinero. Siempre le estaba tirando indirectas, que si quería hacer esto, que si quería hacer aquello, con la esperanza de que la mujer sacara el talonario. No todos los días se tiene una amiga con un patrimonio de dos mil millones de dólares que te considera la hija que siempre quiso pero que nunca tuvo. Y si hay algo que le encanta a Zoë, es el dinero.

—No la conozco tanto —dijo Ben—. No la he visto desde que era una niña.

Skid se echó otro trago de whisky.

—Así que pensó que tenía muchas

posibilidades de sacar tajada. Hasta que apareció Clayton Cleaver. —Del modo en que dijo el nombre, parecía que pensara que Ben lo reconocería—. ¿Nunca has oído hablar de Clayton Cleaver?

Ben se encogió de hombros.

—¿Debería?

—Es un escritor superventas, telepredicador evangélico, aspirante a gobernador del Estado. Y ahora, el mejor amigo de la señorita Augusta Vale, que cree que su culo es el horizonte por donde sale el sol. La señorita Vale es una buena cristiana, muy devota, patrocinadora de un montón de obras benéficas. Pero la ha engañado.

Ese cabronazo la tiene convencida de que es un santo. Cuando Zoë vino a verla hace seis meses, Augusta le contó su último plan: darle dinero a Cleaver para su fundación. Estoy hablando de mucho dinero. Un huevo de dinero.

—¿Cuánto?

—Nueve cifras.

—Cien millones —dijo Ben.

Skid asintió.

—Dinero en efectivo, en lo que se refiere a la señorita Vale. Tiene algunas inversiones y bonos esperando a que venzan, y un montón de abogados trabajando en ello y facturando quinientos la hora mientras el dinero siga paralizado. Se prevé que Clayton lo

recibirá pronto, este mes o el que viene.

—Intuyo que a Zoë no le hizo mucha gracia cuando se enteró.

—Joder, claro que no —contestó Skid—. Zoë había conocido a Cleaver en una de las cenas de la anciana. Dijo que era un depravado y un estafador. No podía creerse que la señorita Vale estuviera tan pillada con ese tío, que obviamente la estaba embaucando. Además, estaba convencida de que la estaba volviendo contra ella.

Ben se recostó en la silla y se encendió un cigarrillo.

—¿Lo vas pillando? —dijo Skid—. En fin, Zoë no podía aguantar más. Se marchó y volvió a Inglaterra. Estuvimos

un tiempo sin saber el uno del otro. En esos momentos, yo tenía mis propios problemas. Seguramente Molly te lo habrá contado. Pero entonces, hace unas semanas, me llamó. Estaba nerviosa. Acababa de volver de una de esas excavaciones en Turquía y había pensado en una forma de conseguir un montón de dinero de Clayton Cleaver. Dijo que era perfecto. Infalible. Que nada podía salir mal. —Skid se miró las piernas escayoladas y gruñó.

—Lo ha estado chantajeando —dijo Ben—. Pero ¿con qué?

Skid jugueteó con la botella de whisky.

—La verdad es que no lo sé. Nunca

me dio detalles. Algo sucio, quizá. Sexo. ¿Quién sabe? Pero fuera lo que fuera, funcionaba. Lo llamó desde Grecia y le hizo algún tipo de proposición. Le pidió dinero. Ella sabía que aún no disponía de los cien millones, así que le dijo que no sería muy dura con él. Por el momento. Quería un adelanto de veinte mil dólares. Cinco mil de los cuales eran para mí. Lo único que tenía que hacer era entregar una caja en las oficinas de Clayton.

—Una caja.

—Una caja. Simplemente una sencilla y vieja caja de cartón, de este tamaño. —Skid formó un cubo de quince centímetros con las manos—. No pesaba

mucho. No me preguntes lo que había dentro. No tengo ni idea. Lo único que sé es que hacía ruido cuando la movías.

Entonces no eran fotografías, pensó Ben. Demasiado para ser un chantaje sexual.

—Cleaver se metió en una habitación con la caja mientras yo esperaba afuera —continuó Ben—. Escuché cómo rasgaba el cartón, como si tuviera mucha prisa por abrirla. Fuera lo que fuera lo que había dentro, lo convenció. Volvió con una maleta que contenía veinticinco mil dólares en efectivo. Me la entregó. Cogí mi parte, el resto era suyo.

Aquello explicaba la repentina

riqueza de Zoë: el hotel caro, la villa, las fiestas.

—Pero ella quería más, ¿verdad? — dijo Ben.

—Le dijo a Cleaver que en cuanto llegara la parte grande del dinero, quería diez millones de dólares a cambio de lo que tenía. Mi parte era el diez por ciento. No tenía que hacer nada, era en concepto de tramitación. Al parecer, Cleaver aceptó el trato. Yo no podía creerlo. El sueño de todo abogado. Lo tenía todo planeado. Iba a dejar ese nido de ratas que tenía como oficina y trasladarme a la ciudad, a empezar de cero. —Skid suspiró—. Pero él cambió de opinión.

—La noche en que te dieron la paliza.

Skid asintió.

—Estoy seguro de que, durante un par de días, estuvieron siguiéndome. Nunca los vi. Solo era una sensación. Me asusté lo suficiente como para llevar el revólver encima. Y al final ocurrió, una noche, mientras trabajaba en mi oficina. Ni siquiera los oí entrar. Me obligaron a levantarme de la silla apuntándome a la cara con una pistola. Me tiraron al suelo y empezaron a preguntarme que dónde estaba. «¿Dónde lo has metido? ¿Dónde lo has metido?» No sabía de qué coño estaban hablando. Entonces empezaron a preguntarme que

dónde estaba Zoë.

—Y se lo dijiste.

—Al principio no —explicó Skid—. Ya había recibido palizas. No soy un gallina. Pero abrieron una bolsa y sacaron los putos martillos. Empezaron a machacarme las piernas mientras el tercero me apuntaba con la pistola. Tienes que ser un tío muy duro para mantener la boca cerrada mientras dos tíos te están haciendo mierda las rodillas. Por supuesto que se lo conté. Tú habrías hecho lo mismo.

—¿Alguna vez te mencionó algo Zoë sobre una especie de profecía? —preguntó Ben.

Skid se quedó en blanco.

—¿Una profecía del tipo leer tu horóscopo?

—Es arqueóloga bíblica —dijo Ben—. Así que supongo que una profecía bíblica. Le contó a alguien que el dinero estaba relacionado con eso en cierta manera.

—Yo no sé nada de eso —contestó Skid—. ¿Cómo podría una profecía bíblica hacerla rica? Ya te he dicho cuál era su opinión sobre Cleaver.

—Olvídalo —dijo Ben—. No es importante.

La puerta se abrió de repente. Skid pegó un salto y agarró la escopeta. El pistón ya estaba medio echado hacia atrás cuando el abogado se relajó y la

volvió a apoyar. Se dejó caer en el respaldo del sillón.

Molly cerró la puerta con llave y entró en la habitación con seis latas de cerveza. Las soltó encima de la cama.

—Es la hora de tus pastillas, cariño —le dijo a Skid.

El abogado asintió con tristeza.

—Y eso es todo lo que te puedo contar —le dijo a Ben—. Si no fuera por Molly, no estaríamos teniendo esta conversación.

La mujer se acercó al sillón y apoyó la mano suavemente sobre su hombro. Con la otra se secó una lágrima. Skid le acarició el brazo. Entre ellos había cierta tensión, pero también ternura.

—Yo no quería que fuera a verte — dijo Skid—. Fue idea suya. Es una dama muy valiente.

—¿Y qué vas a hacer ahora? — preguntó Ben.

—¿Qué puede hacer un lisiado destrozado, borracho y sin dinero? Pues no moverse de aquí.

—No te puedes quedar aquí para siempre.

—Me quedaré aquí hasta que Cleaver se olvide de mí. O hasta que me muera, lo que ocurra primero. No puedo ir a casa, no puedo ir a ninguna parte. Si me encuentra, me matará. También podría emborracharme hasta morirme en este mismo sillón. —Skid miró a Molly,

que le estaba sonriendo con lágrimas en los ojos—. ¿Qué quieres que te diga? El día que conocí a Zoë Bradbury fue el día en que convertí mi vida en una gran bola de mierda y la jodí. Lo he perdido todo. Y perdí a la mejor mujer que un hombre podría desear.

—No la has perdido —susurró ella. Se inclinó y le dio un beso húmedo en la frente.

Skid se giró y miró fijamente a Ben.

—¿Y tú qué? ¿Qué vas a hacer ahora?

—Creo que debería ir a ver a la señorita Augusta Vale —dijo Ben.

—Tengo su número —dijo Skid.

—Bien. Y luego me gustaría hablar

con Clayton Cleaver. —Ben cogió su cartera—. Pero antes, hay algo más que puedes hacer por mí.

—¿Qué es?

—Venderme ese enorme revólver que tienes. Tengo la sensación de que me va a hacer falta.

YA era tarde cuando Molly llevó a Ben de vuelta a Hinesville. Le estrechó la mano y le deseó buena suerte. Él le sonrió y observó cómo se perdía en la lluviosa noche, después se subió al Chrysler y se dirigió a Savannah. La bolsa de lona estaba en el asiento de atrás, y dentro guardaba el revólver de caza Linebaugh 475 de Freedom Arms que le había vendido Skid y una caja de cartuchos de punta hueca.

Ben llegó a Savannah y se registró en un hotel. Aquella noche, durante un

buen rato, se quedó sentado en la habitación meditando y mirando por las ventanas abiertas el río de Savannah. Estaba muerto de cansancio, pero dormir era imposible con tanto pensamiento dando vueltas en su cabeza.

Si en Grecia las cosas no habían estado muy claras, ahora el panorama era todavía peor. Las cosas pintaban mucho más feas. Pensó en la información de la que disponía y se dio cuenta de que las posibilidades de encontrar a Zoë Bradbury viva se habían reducido al mínimo.

Ya sabía el nombre del rico y poderoso personaje al que Zoë había asustado lo suficiente como para que

este tomara ciertas medidas drásticas. Cien millones de dólares y aspirar a ser gobernador de Georgia; no se puede ser tan rico y poderoso sin recorrer el largo camino hasta lo más alto.

También sabía por qué aparecía el nombre de Cleaver en la agenda de Zoë. Cómo y por qué lo había chantajeado seguía siendo un misterio. Pero una cosa sí que estaba clara: había fijado un precio demasiado alto. Obviamente, los diez millones lo habían obligado a pensar en un modo de evitar el pago. Desde el punto de vista de Ben, Cleaver no podía confiar en que Zoë no volviera a pedirle dinero una y otra vez. Le pagaría diez millones, y después de un

año o dos, si lo que ella tenía de verdad lo asustaba tanto, podría aparecer de repente pidiéndole diez más. Y así una y otra vez, hasta dejarlo seco. Una vez hubiera probado el sabor del dinero, podría no desaparecer nunca.

Solo había un modo de eliminar el miedo de un modo efectivo y permanente. La lógica era escalofriante, pero Ben vio claro que era la única respuesta al dilema de Cleaver. La vida de Zoë valía mucho menos que diez millones de dólares.

Y Skid McClusky sobraba. Desde el punto de vista de Cleaver, el abogado era un simple cabo suelto que atar. El primer intento falló, pero tarde o

temprano Cleaver lo cogería, y McClusky lo sabía. No iba a parar hasta silenciar a todo aquel que pudiera saber algo del asunto. Primero Nikos Karapiperis, después Charlie.

Y ahora él. De pronto, todo cobró sentido. Si Ben no iba tras Cleaver y acababa con el asunto de una vez por todas, sería Cleaver el que acabaría con él. Cien millones dan para pagar a muchos asesinos a sueldo, y no había manera de anticipar cuándo y dónde podrían aparecer.

Mientras consumía las bebidas del minibar y fumaba sus cigarrillos allí sentado, pensó en Tom y Jane Bradbury. ¿Cómo les iba a decir que lo más seguro

era que su hija estuviera muerta?

Apartó esa idea de su cabeza. Ya se preocuparía de eso más tarde. Por el momento, solo había un objetivo. Llegar hasta Clayton Cleaver.

El día siguiente amaneció con un derroche de sol. Ben esperó a que pasaran unos minutos de las nueve y llamó al número de Augusta Vale que le había dado Skid McClusky. Una voz masculina, grave y solemne, contestó:

—Residencia Vale.

Ben explicó que era un buen amigo de la familia Bradbury, que precisamente estaba en Savannah y que le gustaría visitar a la señorita Vale. En un tono todavía más serio, el hombre le

dijo que esperara.

Cuando la mujer se puso al teléfono, a Ben le gustó inmediatamente. Su voz era la de una anciana fuerte, segura de sí misma. Su tono era formal, pero con un cierto toque de calidez. Le dijo que estaba encantada de hablar con un amigo de los Bradbury. Que fuera a su casa a tomar un café. Que tenía algunos asuntos que atender, pero que estaría libre a partir de las once.

Ben aprovechó el tiempo que le quedaba para explorar la ciudad y comprar algo de ropa. Optó por algo elegante, informal y sencillo: pantalones vaqueros negros almidonados, camisa blanca y chaqueta negra. Luego volvió al

hotel y cogió el Chrysler para ir a la residencia Vale en Squares.

No se trataba de una simple casa. La imponente mansión blanca de estilo colonial estaba apartada de la calle, rodeada de verdes jardines repletos de flores y árboles. Se dirigió a la puerta principal y allí lo recibió el hombre de la voz solemne y profunda con quien había hablado por teléfono. El mayordomo lo invitó a entrar y lo hizo pasar a un amplio vestíbulo con suelo de mármol y pinturas con marcos dorados en las paredes.

—¿Me permite su bolsa, señor? —preguntó el mayordomo.

—Prefiero llevarla conmigo, si no le

importa —respondió Ben.

Un reloj de pie dio las once mientras el mayordomo lo conducía al salón. Tocó, abrió las puertas de nogal pulido y anunció:

—El señor Hope ha venido a verla, señora.

La mujer se puso de pie y cruzó la habitación en dirección a Ben, sonriendo. Era alta, caminaba erguida y con elegancia, debía de tener unos setenta y cinco años, pero su belleza era deslumbrante. Tenía la piel y los dientes perfectos y el pelo de un tono más platino que gris. Llevaba un collar de perlas sobre una blusa de seda y una falda negra entallada. Le tendió la mano

y un diamante relució bajo la luz del sol que se filtraba por las ventanas saledizas.

—Es un placer conocerlo, señor Hope.

—Por favor, llámeme Ben.

—Ben, ¿es el diminutivo de Benjamin?

—Benedict —contestó—. Pero todo el mundo me llama Ben.

—Pero Benedict es un nombre magnífico —dijo con firmeza, como si hubiera decidido que así era como iba a llamarlo.

Le invitó a que se sentara y le pidió al mayordomo que les trajera café y un poco de pastel. Se sentó elegantemente

en lo que parecía un sofá estilo Luis XIV. A los pies del sofá, un perrito pequinés lo miraba con recelo y gruñía bajito.

—Tiene una casa preciosa —dijo Ben.

—Gracias. Ha pertenecido a la familia desde la declaración de independencia de los Estados Unidos. —Sonrió—. Así que es usted amigo de la familia Bradbury —continuó, observándolo atentamente.

Ben asintió.

—Tom y Jane le mandan saludos.

—Son una gente encantadora —dijo ella—. Y Oxford es una ciudad magnífica. Tengo intención de volver en

agosto, para la escuela de verano.

—Tengo entendido que es usted una gran apasionada de la arqueología.

—Efectivamente —dijo—. Así es como conocí a Zoë. Es una joven con mucho talento. Muy inteligente. Un poco testaruda, quizá. Y bastante alocada también.

—Eso dicen.

—¿La ha visto últimamente?

—La última vez que la vi era de esta estatura. —Ben elevó la mano a setenta centímetros del suelo.

Ella sonrió.

—Entonces usted no es uno de sus jóvenes galanes.

—No, yo no soy uno de sus jóvenes

galanes.

La señorita Vale no contestó, pero Ben percibió alivio y aprobación en su mirada.

—¿A qué se dedica usted, Benedict?
—preguntó con dulzura.

—Llámeme Ben, por favor. Soy estudiante. De hecho, soy uno de los estudiantes de Tom Bradbury en Oxford.

—Caramba, eso es maravilloso. Un teólogo.

—Esa es mi intención.

—Entonces deberías utilizar ese magnífico nombre que tienes. Sabes lo que significa, ¿verdad?

Ben no contestó.

—Significa «bendecido» —dijo

ella.

—Creo que estoy más maldito que bendecido.

Mantuvo la mirada grave de Ben durante un segundo, luego se rió.

—No deberías decir esas cosas. Dime, Benedict, ¿dónde te alojas?

Cuando le dijo el nombre de su hotel, ella negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—No lo voy a consentir —dijo ella—. Te quedarás aquí, serás mi invitado.

—No quiero causarle molestias.

—En absoluto. Te puedes quedar en la antigua cochera para carruajes. Es una estancia especial para invitados contigua a la casa. Tú no me molestarás,

y yo no te molestaré.

—Es muy amable por su parte —
dijo.

—En absoluto. Le diré a alguien del
servicio que recoja su equipaje del
hotel.

Ben señaló su bolsa de lona.

—Este es mi equipaje.

La señorita Vale se rió.

—Ya veo que viajas ligero de
equipaje, Benedict. Y, obviamente,
cenarás con nosotros esta noche.

—¿Nosotros?

—Conmigo y con Clayton. Es una
visita habitual en esta casa.

—¿Estará Clayton Cleaver?

—¿Por qué lo dices? ¿Has oído

hablar de él?

—¿Y quién no? —dijo Ben.

—Entonces debes de conocer su libro —dijo ella.

—Me temo que no he tenido el placer de leerlo todavía.

—Entonces te daré un ejemplar ahora mismo. —Tocó una campanilla y una hermosa mujer negra entró en la habitación. La señorita Vale le sonrió y los presentó.

—Benedict, esta es mi ama de llaves, Mae. —Se dirigió a Mae—. ¿Le puedes decir a una de las chicas que vaya a buscar un ejemplar del libro del señor Cleaver a la biblioteca?

—Ahora mismo, señorita Vale. —

Mae asintió y se marchó con paso enérgico.

A la señorita Vale le brillaban los ojos.

—Tienes que leerlo —le dijo a Ben—. Cambió mi vida. Ya sabes, Clayton recibió personalmente la iluminación divina del espíritu eterno del apóstol san Juan.

—Parece un libro imprescindible.

Al cabo de unos minutos, una criada entró en la habitación con un gran libro de tapa dura en las manos. Se lo entregó solemnemente a la señorita Vale. La anciana le indicó que se retirara con una amable sonrisa. Tomó el libro cuidadosamente y se lo pasó a Ben.

Este le dio las gracias y lo apoyó en el regazo. Las recargadas letras doradas en relieve de la portada decían: «Juan me habló, de Clayton R. Cleaver».

—Clayton lo distribuye gratuitamente entre las familias pobres y desfavorecidas —dijo la señorita Vale, radiante—. Realmente es un hombre maravilloso.

Ben abrió la cubierta. Dentro había un prólogo del autor. Lo ojeó rápidamente.

Hace diez años, terminé el manuscrito de este libro en un momento de revelación divina y envié copias a todas las editoriales de los Estados Unidos. Ninguna quiso publicarlo. Pero

yo ya sabía que no lo harían, porque eso es lo que Juan me dijo. Él me dijo que persistiera. Que este libro tenía que ver la luz. Vendí mi coche. Vendí mi casa. Vendí todo lo que tenía. Viví en una caravana e invertí todo mi dinero en crear mi propia editorial y en poner este libro, queridos lectores, en vuestras manos.

Cada una de las palabras de Juan era cierta. El libro tuvo tanto éxito que, al cabo de un año, todas las editoriales importantes de los Estados Unidos me suplicaban que les cediera los derechos. Hasta la fecha, la palabra de Juan se ha transmitido a más de doce millones de americanos...

—¿Qué opinas, Benedict? — preguntó la anciana.

—La verdad es que parece interesante —contestó Ben.

—Quédatelo —dijo ella inmediatamente—. Tengo muchos ejemplares.

—Es usted muy amable, señorita Vale. Estoy deseando leerlo. Y también estoy deseando conocer al autor.

Ella le sonrió orgullosa.

—Creo que esto tenía que ocurrir. Justo cuando te conozco, viene Clayton.

Mae le enseñó a Ben la antigua cochera para carruajes. La estancia para invitados estaba situada en la parte de atrás de la mansión, en la planta baja.

Era un apartamento de un tamaño considerable, con dos habitaciones, cocina, cuarto de baño, sala de estar, e incluso su propio salón. El mobiliario era de un gusto exquisito. Ben dejó su bolsa encima de la cama con dosel y volvió a la sala de estar. Las cristaleras daban a un espléndido jardín subtropical repleto de palmeras y musgo español, y de rosas de todos los colores imaginables.

Al observar la elegancia que lo rodeaba y pensar en su amable y, obviamente, generosa y encantadora anfitriona, no pudo evitar preguntarse qué hacía con un matón como Clayton Cleaver.

Se preguntó qué tipo de hombre sería aquel. Miró el reloj. En unas horas lo descubriría.

LEJOS de allí, Zoë Bradbury, sentada en la cama, con las manos entrelazadas y apoyadas en el regazo, miraba fijamente a un punto indefinido. A la cabecera de la cama, sentado en una silla de plástico, el médico tomaba notas en su cuaderno. Estaban los dos solos. Como siempre, sus preguntas eran fáciles y agradables.

—Llevas una pulsera muy bonita, Zoë. ¿Es de oro auténtico?

Ella estiró el brazo derecho y miró fijamente la brillante pulsera de eslabones como si nunca la hubiera

visto.

—Supongo que sí —murmuró con desconfianza.

Sabía que aquellos interrogatorios, aunque de un modo indirecto y sutil, eran una sonda abriéndose paso en su cabeza. Una parte de ella quería gritar y correr, luchar hasta caerse, odiar a aquel hombre. Pero la mirada del médico transmitía una dulzura auténtica, y una parte de ella deseaba con todas sus fuerzas confiar en él, recurrir a él. Era un conflicto interior difícil de resolver. Era una prisionera, estaba secuestrada, aunque aquel hombre parecía querer ayudarla de verdad.

—Parece antigua —dijo el médico

— ¿Dónde la conseguiste?

—No me acuerdo de dónde es. No sé cuánto tiempo hace que la tengo.

—Quizá sea un regalo de alguien cercano —sugirió el médico—. Alguien que te quiere, como un pariente. Háblame de tu familia.

—Veo rostros en mi cabeza. Creo que son mis padres.

Él asintió.

—Es un buen progreso. Las cosas empiezan a volver a su sitio, tal y como te dije que pasaría.

—¿Volverá todo?

—Lo que tienes se llama amnesia retrógrada postraumática —le dijo—. La pérdida de memoria suele ser

transitoria, dependiendo de la gravedad de la lesión. Te diste un golpe muy fuerte en la cabeza, pero los he visto peores. —Metió la mano en su maletín y sacó un libro—. Mira, tengo algo para ti.

—¿Dónde estoy? —preguntó ella de manera inexpresiva, ignorando el libro. Había perdido la cuenta de las veces que se lo había preguntado.

Él le dio su respuesta estándar.

—En un lugar donde vamos a conseguir que te pongas mejor.

Ella notaba su incomodidad cuando lo decía.

—¿Qué me va a pasar? —preguntó, mirándolo a los ojos. Una lágrima

resbaló por su mejilla.

Él apartó la mirada.

—Vas a recuperar la memoria.

—Pero ¿qué ocurrirá más tarde? Si recupero la memoria, ¿qué ocurrirá después?

Él apoyó el libro suavemente en la cama.

—Centrémonos en esto, ¿vale?

Zoë lo miró. Era un libro sobre razas de perro, con muchas fotos en color.

—¿Para qué es esto?

—Me dijiste que pensabas que tenías un perro en casa. ¿Qué te parece si intentamos encontrar de qué raza es?

—¿Por qué?

—Porque podría ayudar a refrescar

la memoria. Así funciona la mente, por asociación inconsciente. Un detalle recordado puede provocar otro. Así que, si encontramos a tu perro, puede que recordemos su nombre. Después, quizá te venga algún suceso relacionado con eso, como un día en la playa. Antes de que te des cuenta, quizá podamos empezar a hacer grandes avances en áreas que todavía están en blanco, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurró.

El médico empezó a pasar las páginas pacientemente, una a una.

—Vamos a ver. ¿Se parece a este?
—Señaló la foto de un labrador.

Ella frunció el ceño.

—No creo que sea tan grande.

—Vale, veamos algunos perros más pequeños. Aquí hay uno. Un King Charles spaniel. ¿Se parece a este?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¿Y qué me dices de este?

—Tampoco.

Pasó otra página.

—Para —dijo ella—. Ese.

—¿Este? —Señaló uno—. Un terrier West Highland blanco.

Zoë reconoció la foto. Era el perrito blanco que aparecía en su recuerdo borroso.

—Este es. Este es mi perro.

—Bien. —Sonrió—. Estamos

progresando mucho, Zoë.

—¿Podré marcharme de aquí pronto?

—Pronto —contestó él.

—¿Cuándo?

—Todavía no te lo puedo decir. Todo depende de tu recuperación.

—¿Y cómo se supone que voy a recordar? —preguntó, su voz era cada vez más firme—. Esto no es terapia. Estoy retenida en contra de mi voluntad. ¿Por qué es tan importante que me tengan prisionera en este lugar?

El médico no tenía respuesta a aquella pregunta.

—Nos encargaremos de eso en su momento, ¿de acuerdo?

Al acabar la sesión, se marchó y la dejó sola en la habitación.

Cuando el guardia cerró la puerta con llave tras él, el médico cerró los ojos y suspiró profundamente.

Eres médico. Se supone que tienes que ayudar a la gente. Esto no está bien. ¿Por qué coño te metiste en esto?

—Jones quiere verle en su despacho —le informó el guardia.

—Más tarde —contestó el médico.

—Jones ha dicho que ahora mismo.

El médico volvió a suspirar. Dejó caer los hombros.

Tres minutos más tarde, estaba allí. Llamó a la puerta y entró. La habitación

era pequeña y cuadrada. Las paredes estaban vacías y el suelo era de hormigón. En la mesa solo había un teléfono y un ordenador portátil. Jones estaba recostado en la silla, mostrando una sonrisa de satisfacción.

Al médico le resultaba cada día más difícil ocultar su odio hacia aquel hombre. Le habría gustado borrarle a puñetazos aquella sonrisa de la cara, pero sabía lo que Jones le haría si se atrevía.

—¿Por qué querías verme?

—¿Tienes alguna noticia que darme?

—preguntó Jones.

El médico dudó.

—La verdad es que no son las

noticias que quieres escuchar.

Jones gruñó.

—Ya, no creo. Yo no diría que esa supuesta terapia tuya nos esté llevando a algún sitio, ¿verdad?

—Pues, en realidad, sí. Piensa que todavía es pronto.

—Quizá no te hayas dado cuenta de lo que está pasando aquí, Greenberg. Vamos contrarreloj.

—No puedes chasquear los dedos y hacer que una amnesia retrógrada grave desaparezca de la noche a la mañana. Los resultados del GOAT están mejorando a un ritmo constante.

—¿Qué coño es el GOAT? —espetó Jones.

—El test de orientación y amnesia de Galveston —contestó el médico, intentando mantener la calma.

—No me vengas con chorradas médicas. La chica está mintiendo.

—Viste el resultado del polígrafo.

—El detector de mentiras no es fiable. Lo sabes tan bien como yo.

—Escúchame —siseó el médico—. Estamos cerca. Muy cerca. Unos días más, una semana. Quizá dos, y sé que recuperará la memoria completamente.

Jones negó con la cabeza.

—¿Por qué me da la impresión de que te estás andando con rodeos?

—No me estoy andando con rodeos.

—Sí, lo estás haciendo. Te

compadeces de esa zorra. Le estás dando tiempo. Te diré algo. No se te paga por compadecerte. Se te paga por obtener resultados y no los estás consiguiendo. Te he dado toda la libertad de acción que puedo darte. Incluso hemos redecorado toda la puta planta de arriba para meter a la chica en una habitación mejor, porque dijiste que un acercamiento amable ayudaría. Estoy hasta el gorro de la amabilidad.

El médico bajó la mirada y apretó los puños.

—Entonces, ¿qué sugieres que haga?

—Que la presiones más. Hay muchos métodos.

—¿Cómo quieres que la presione?

Jones se encogió de hombros.

—Con cualquier cosa que funcione.

Me importa una mierda.

—Me estás hablando de tortura.

Jones volvió a encogerse de hombros.

—Como te he dicho, cualquier cosa que consiga resultados.

El médico se quedó perplejo.

—No hablas en serio.

Jones no dijo nada. Tenía la mirada fija y fría.

—Si le aplicas cualquier tipo de estrés extremo, lo que harás será hundir más sus recuerdos —dijo el médico—. El retroceso será radical. Y yo no tengo nada que ver con la tortura. No me

contratasteis para eso.

—Harás lo que yo te diga —dijo Jones—. Y vamos a empezar por esto. —Cogió un folio de la mesa y se lo dio bruscamente.

El médico le echó un vistazo rápido. Simplemente había un nombre garabateado. Era el nombre de una sustancia química. Levantó la mirada alarmado.

—No le puedes dar esto. No estás autorizado para usarlo. Es experimental. E ilegal.

—Puedo darle lo que me dé la gana —dijo Jones en voz baja—. Ahora, dime, esta mierda es más fuerte que el pentotal sódico, ¿verdad?

—Yo no soy partidario.

—Me importa una mierda. Contesta la pregunta.

—Está diseñado para mermar las funciones corticales superiores y eliminar todas las inhibiciones —murmuró el médico—. En teoría, potencialmente, es el suero de la verdad más potente que se ha desarrollado. Pero...

—Lo mismo he oído yo.

—Los únicos que han utilizado esta droga son terroristas y asesinos en masa —dijo el médico—. Estamos en América, no en Sierra Leona.

Jones simplemente sonrió, mostrando su dentadura amarilla.

—¿Has oído hablar de los efectos secundarios? —continuó.

Jones no contestó.

—Más del noventa y cinco por ciento de posibilidades de psicosis total, irreversible. Eso dicen. Algunos laboratorios han hecho pruebas en chimpancés y los resultados lo confirman. ¿Es eso lo que quieres hacerle a la chica? ¿Freírle el cerebro hasta reducirlo al tamaño de un cacahuete y que se pase el resto de su vida en un hospital psiquiátrico?

Jones asintió muy despacio.

—Si así consigo lo que quiero de ella antes, sí.

—Simplemente para sacarle

información. ¿Estás dispuesto a hacer tal intercambio?

—Desde luego. Supone un canje excelente para la gente para la que trabajo.

—Entonces ya puedes ir buscando a otro que te ayude. No participaré en eso.

—¿Crees que tienes elección, Greenberg?

—No voy a contestarte.

El médico se dio media vuelta para irse. Pero el sonido metálico de la pistola que estaba siendo amartillada detrás de él hizo que se detuviera. Se giró de nuevo para mirar a Jones.

Estaba apuntándole con una pistola a la cabeza. En la otra mano tenía el

teléfono.

—Vas a hacer una llamada, doctor. Vas a conseguirme un poco de ese suero. Y luego se lo vas a administrar a nuestra pequeña paciente, y veremos quién tiene razón.

El médico agachó la cabeza. No podía hacer nada. Lo tenía pillado.

—Está bien. Tengo un contacto. Pero no es tan fácil como hacer una receta de esa sustancia. Puede que tarde unos días.

—Demasiado tiempo —dijo Jones—. Mi jefe no es un hombre paciente. —Miró la hora—. Me lo conseguirás para esta noche.

—¿Esta noche?

—Si me fallas, me verás torturar a la

chica antes de que te meta una bala en el ojo —dijo Jones—. Tú eliges.

*S*AVANNAH, Georgia

Ben se pasó toda la tarde en la lujosa estancia para invitados de Augusta Vale, estudiando minuciosamente el libro de Cleaver sentado en la cama con dosel.

El libro era dos cosas. En primer lugar, el testimonio de cómo el humilde predicador de Alabama se había convertido en el portavoz del apóstol san Juan después de que el santo se le hubiera aparecido años atrás en una

visión milagrosa. La mayor parte del texto estaba dedicada a convencer al lector de la verdad del hecho, algo que el autor hacía con un estilo exquisito. Ben se dio cuenta de que la última página del libro era una ficha separable para que los lectores enviaran sus donaciones a la Fundación Cleaver, entre cuyas funciones se encontraba la de recaudar fondos para las ambiciones políticas del autor.

En segundo lugar, el libro era una exaltada predicción del día del Juicio Final basada directamente en el Apocalipsis, el texto final del Nuevo Testamento y referencia bíblica fundamental de millones de cristianos

evangelistas, en su mayoría americanos, que creían en la llegada del fin de los tiempos.

No cabía duda de que Cleaver conocía la Biblia. Tenía un estilo machacante, insistente, elocuente y totalmente sincero. Su libro entraba en cuantiosos detalles sobre lo que estaba por venir, en cualquier instante a partir de ese momento, todo estrechamente referenciado en el Apocalipsis: el cataclismo global, la destrucción del orden social y el nacimiento del anticristo, seguido de la guerra del fin del mundo, momento en que el regreso de Cristo derrotaría a sus enemigos para siempre y conduciría a los fieles a la

gloria eterna.

Ben se percató de que, como la mayoría de los cristianos evangelistas, Cleaver asumía sin cuestionárselo que todos los libros de «Juan» en la Biblia eran labor de un solo hombre, el apóstol Juan, el fiel seguidor de Cristo, «el discípulo que Jesús amaba», presente en la crucifixión y el primero en creer que Cristo había ascendido a los cielos. La versión tradicional, reflejada en el libro de Cleaver, era que después de la crucifixión, Juan había viajado por todo el mundo predicando el Evangelio. Más tarde, después de haber sido secuestrado por los romanos y metido en una tinaja de aceite hirviendo, había escapado

milagrosamente sin una sola ampolla. Tras aquel embarazoso milagro, las autoridades romanas lo habían desterrado a la remota isla griega de Patmos, lejos de la costa turca. Allí fue donde escribió su obra más extraña y siniestra, el aciago Apocalipsis en el que expone su visión del futuro. Un libro tan espectacular y atronador en sus terribles imágenes que, milenios después, estaba más grabado en la conciencia pública que nunca.

El resto era el enfoque único de la historia que tenía Cleaver, quien explicaba que san Juan se le había aparecido y le había confirmado que el fin de los tiempos se acercaba y que los

fieles debían reunirse. Las cosas estaban a punto de complicarse.

Pero Ben se preguntó hasta qué punto habría profundizado Cleaver en los estudios teológicos sobre el Apocalipsis. Muchos expertos modernos no estaban de acuerdo en que el autor del Evangelio de san Juan y el del Apocalipsis fueran el mismo hombre. Distinguían entre, al menos, tres Juanes bíblicos diferentes: Juan el Evangelista, Juan el Presbítero y Juan de Patmos. La mayoría se mostraba de acuerdo en que Juan de Patmos era el autor del libro apocalíptico. Pero ¿era el mismo Juan que figuraba entre los doce apóstoles? El contraste entre la sangre y la

violencia del Apocalipsis y el estilo más moderado y filosófico del Evangelio de san Juan hacían que parecieran el trabajo de dos escritores diferentes.

Las teorías abundaban. Algunos expertos eran más moderados y sugerían que san Juan podría haber sido el autor del Apocalipsis, pero que podría haberlo escrito bajo el efecto de alucinógenos. Otros seguían una línea más seria, señalando que ese Juan de Patmos podría simplemente no existir; en cuyo caso, el Apocalipsis podría no tener derecho legítimo a estar incluido en el Nuevo Testamento y posiblemente debería ser descartado. Pero la

frustrante falta de pruebas en cualquier caso impedía que el asunto se resolviera de una vez por todas.

Mientras tanto, tal y como podía comprobar Ben en el libro de Cleaver, la creencia evangélica fundamental permanecía ajena a los acalorados debates dentro de los círculos académicos teológicos. En lo concerniente al predicador de Georgia, su línea directa con san Juan era la única prueba necesaria de que esta generación vivía sus últimos días.

Y de algún modo, todo tenía que ver con lo que le había pasado a Zoë Bradbury. Fuera cual fuera la influencia que ella tenía sobre Cleaver, estaba

relacionada con la profecía de la Biblia.

Pero ¿cómo?

Ben pensó en ello durante horas. Y seguía pensando en ello cuando ya se acercaban las siete, la hora de la cena con la señorita Vale y el hombre en cuestión.

BEN salió de la antigua cochera para carruajes y se dirigió paseando hacia la residencia principal. Mae lo recibió con una sonrisa y charló cariñosamente con él mientras lo conducía a la imponente sala. Ben podía oír las voces de la señorita Vale y de un hombre que llegaban del salón. Mae lo hizo pasar. La visita de la señorita Vale se levantó y se acercó a él a grandes zancadas. Era un hombre de cincuenta y tantos años, con un traje gris claro hecho a medida que parecía de corte italiano. Sin duda

jugaba al squash o al tenis y estaba en buena forma, solo le sobraba un poco de grasa alrededor de la cintura y debajo de la barbilla. Era más o menos de la estatura de Ben, cerca del metro ochenta. Tenía el cabello tupido y oscuro, peinado hacia atrás desde la frente, puede que tintado para ocultar las canas. Se acercó a Ben con una amplia sonrisa y una mano extendida.

—Clayton, este es el joven del que te estaba hablando —dijo la señorita Vale. Señaló a Cleaver con la mirada brillante—. Benedict, es un gran placer presentarte a mi querido amigo Clayton Cleaver. ¿O debería decir gobernador Cleaver?

El escritor le dirigió una blanca sonrisa.

—Si Dios quiere, Augusta. Si Dios quiere. Pero todavía no hemos llegado hasta ahí.

—Con el noventa por ciento de Georgia apoyándote —dijo ella—, pronto llegaremos.

Cleaver le estrechó la mano a Ben, con un apretón seco y fuerte, saludándole como a un hermano perdido mucho tiempo atrás.

—Es un verdadero placer conocerte, Benedict —le dijo con absoluta sinceridad—. ¿Puedo tutearte?

—Yo también estaba deseando conocerlo, señor Cleaver.

—Por favor, llámame Clayton. Augusta me ha dicho que eres creyente. Eso es maravilloso. Absolutamente maravilloso.

La criada entró con una bandeja de canapés y copas de Martini. Conversaron durante un rato, comentaron sobre la diferencia de clima entre Inglaterra y Georgia, sobre las cosas que Ben no podía perderse durante su estancia en Savannah y sobre sus estudios de teología en Oxford.

—El último año. Supongo que habrás tocado varias ramas —dijo Cleaver—. ¿Te interesa alguna en especial, Benedict?

—En realidad, sí. —Ben le dio un

sorbo a su bebida—. La especialidad para mi tesina de último curso es la profecía bíblica.

La señorita Vale y Cleaver intercambiaron una mirada cómplice, de aprobación.

—Sabía que esto tenía que pasar —dijo la anciana—. No podías estar en mejor compañía, Benedict. ¿Has tenido oportunidad de...?

—¿De leer el libro de Clayton? —continuó Ben—. Lo he estado leyendo esta tarde. No podía dejarlo.

—Bueno, gracias, hijo. Puedo firmarte el ejemplar, si quieres.

—Sería un honor.

El mayordomo entró en la habitación

solemnemente y anunció que la cena estaba servida. Ben siguió a la señorita Vale y a Clayton hasta un impresionante comedor. La mesa medía más de cuatro metros de largo y la vajilla de plata relucía bajo la araña de cristal. La señorita Vale se sentó en un extremo. A Ben se le indicó que se sentara a su derecha, como invitado de honor, y Cleaver se sentó enfrente de él. La criada levantó la tapa de una fuente de plata que había en el centro de la mesa.

—El salmón ahumado es de la piscifactoría de la señorita Vale — comentó Cleaver—. Es el mejor de todo el sur.

Comieron y bebieron champán.

Cleaver parecía sentirse totalmente en casa.

—Bueno, Benedict. Hablábamos de la profecía bíblica...

—Pregúntale todo lo que quieras, Benedict —le animó la señorita Vale—. No hay nadie que conozca la Biblia tanto como Clayton.

—Para ser un joven estudiante de la Biblia, no podrías estar viviendo un momento más excitante en nuestra historia —dijo Cleaver—. No es que el final se aproxime. Es que es ya.

—Lo he visto en su libro, insiste mucho en que las grandes profecías apocalípticas de la Biblia están a punto de cumplirse.

—Tú mismo lo has leído, Benedict —contestó Cleaver—. Sabes que va a ocurrir.

—Conozco las diversas interpretaciones que han hecho los estudiosos de la Sagrada Escritura —dijo Ben—. Por ejemplo, algunos teólogos dicen que el Apocalipsis no es una parte legítima del Nuevo Testamento.

Cleaver enrojeció.

—Las interpretaciones me la sudan. —Miró a la señorita Vale—. Disculpa mi lenguaje, Augusta, pero estoy harto de oír hablar de esos expertos. Según mi punto de vista, esos tipos están dando palos de ciego. —Golpeó la mesa con

los puños cerrados—. Mira las señales que te rodean, Benedict. Los gobiernos, el imperio de la ley, economías, culturas, todo nuestro sistema mundial está a punto de colapsarse. El caos y la destrucción total están a la vuelta de la esquina. Tal y como dice la Biblia. — Agitó el dedo para darle más énfasis—. Todas las señales están ahí. Es el momento de prepararnos y aceptar a nuestro señor Jesucristo en nuestro corazón, porque ahora mismo estamos al borde del fin de los tiempos. ¿Y lo único que pueden hacer esos expertos es morderse sus propios rabos hablando de interpretaciones? ¿Cómo interpretas tú la palabra de Dios? ¿Qué hay de malo en simplemente abrir nuestros oídos a lo

que nos está diciendo? —Cleaver hizo una pausa para darle un sorbo al champán.

La interpretación estaba maravillosamente perfeccionada. Aquel hombre era un *showman* fabuloso, lo coronaba con un tono de telepredicador en toda regla, y todo era para la señorita Vale.

Ben tuvo claro, por la mirada embelesada en el rostro de la dama, que estaba completamente cautivada por aquel hombre. En lo que a ella se refería, él se merecía hasta el último centavo de sus cien millones de dólares. Ben se preguntó si Cleaver habría recibido ya su paga. Quizá sí, a juzgar

por la calma y absoluta confianza en sí mismo.

—¿Sabes, Benedict? —continuó Cleaver—. Una encuesta realizada en 2002 mostró que el sesenta por ciento de los americanos cree que las profecías de san Juan en el Apocalipsis se harán realidad. El veinte por ciento, y te estoy hablando de cincuenta millones de americanos, cree que ocurrirá en el transcurso de su vida. Eso es en cualquier momento del presente. Podríamos salir de aquí en este mismo instante, encender el televisor y ver que los acontecimientos ya han empezado a suceder justo delante de nosotros. — Cleaver miraba a Ben fijamente a los

ojos. Clavó el dedo en la mesa. Luego sonrió—. ¿Notaste algo extraño la pasada primavera, Benedict?

—Las plantas florecieron demasiado pronto.

—Ahí lo tienes. No solo en Inglaterra. Aquí también está sucediendo. Los sistemas del tiempo atmosférico están destrozados. Las estaciones ya no son estaciones. Terremotos y grandes inundaciones en lugares en los que no habían ocurrido antes. Lo llaman calentamiento global. A todo lo llaman calentamiento global. Y ¿sabes qué? Todo está ahí, en el Apocalipsis de san Juan. Desastres que arrasan ciudades. El sol calienta hasta el

punto de que todo el mundo se quema.

—Y no te olvides del granizo gigante —dijo Ben—. «Y una enorme granizada, como de talentos, cae del cielo sobre los hombres.»

—Conoces la Biblia. Eso son unos treinta y cinco kilos —dijo Cleaver—. Luego están las plagas. Bueno, Benedict, no hará falta que te recuerde las bacterias asesinas que nos amenazan, la aparición de otras enfermedades como la gripe aviar y nuevos tipos de tuberculosis intratables. —Hizo un gesto expansivo con las manos—. Abres la revista *New Scientist* y, ¿qué ves? Plagas de langostas africanas en el sur de Francia. Tal y como dice la Biblia.

¿Quién sabe lo que hay a la vuelta de la esquina? —Cleaver golpeó la mesa con gesto triunfal—. Yo te diré quién lo sabe. San Juan lo sabe. Y él me lo cuenta todo.

—Al escucharlo como lo explica Cleaver —dijo con un suspiro la señorita Vale—, me estremezco.

—Ojalá eso fuera todo —contestó Cleaver—. Pero en medio de todo ese caos, san Juan ya predijo la aparición del gobierno único mundial. El gobierno único mundial de Satanás. «Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente; y que nadie pueda comprar ni

vender, sino el que tenga la marca, el nombre de la bestia o la cifra de su nombre.» —Cleaver sonrió—. ¿Te resulta familiar, Benedict?

—Aquí se requiere sabiduría —contestó Ben—. «El que tenga inteligencia que calcule la cifra de la bestia. Es cifra de un hombre. Su cifra es seiscientos sesenta y seis.» Apocalipsis, capítulo 13, versículos del dieciséis al dieciocho.

Cleaver asintió.

—Eres un hombre culto. Pero ¿entiendes lo que nos está diciendo? Ya está ocurriendo. Las fuerzas del mal ya nos están controlando. Una moneda única mundial. Ya han empezado. Un

ejemplo es el euro que utilizas. Tarjetas de crédito. ¿Usas tarjeta de crédito, Benedict?

—No.

—Un movimiento inteligente. Pero luego están los códigos de barras. El número 666 ya está aquí, por todas partes. E incluso más tecnologías insidiosas para entrar en nuestras cabezas se están desarrollando ahora mismo, mientras permanecemos sentados aquí charlando. —Cleaver se sirvió más comida—. Luego tienes la inestabilidad en Oriente Próximo —continuó—. Más señales. La Biblia ya profetizó que el pueblo de Israel escogido por Dios recibiría su tierra

prometida. Ahora, el restablecimiento de la nación de Israel en 1948 es una auténtica señal de que estamos viviendo los últimos días. Estamos siendo testigos de la exposición del plan de Dios. Y ahora ya estamos preparados para la siguiente fase.

—¿Y cuál es?

—Es una que han pasado por alto tus estudios de la Biblia. Tienes que profundizar un poco más para encontrarla. Ocurrirá en Israel. Israel es el eje de la profecía de la Biblia; es el centro donde se llevará a cabo todo. Así que lo que va a ocurrir en realidad, y yo creo que ocurrirá antes de que pasen demasiados años, es que habrá un golpe

militar decisivo contra la sagrada nación de Israel. No estoy hablando de disparar al azar contra el West Bank, terroristas suicidas e insignificantes contratiempos diplomáticos. Estoy hablando de una conflagración nuclear a gran escala.

—¿Por qué piensas eso?

—«Avanzarás contra mi pueblo Israel como un nublado que cubre la tierra. Será en los últimos días» —citó Cleaver con una sonrisa forzada—. El responsable del ataque es Gog. El antiguo reino de Magog, justamente en Persia. Lo que hoy en día llamamos Irán. Ellos son los tipos que lanzarán sus misiles contra Israel. Eso es lo que pondrá las cosas en marcha, el triunfo.

—¿De verdad crees que eso es lo que nos dice la Biblia? —preguntó Ben—. ¿Que las naciones musulmanas declararán la guerra a los judíos?

—No hay ningún tipo de duda —contestó Cleaver—. Y habrá grandes resultados. El ataque islámico a Israel es lo que sumirá al mundo en los acontecimientos profetizados en el Apocalipsis.

—¿Consideras que la destrucción de Israel forma parte del plan de Dios?

—Dios no permitiría que Israel fuera destruido —dijo Cleaver—. Pueden disparar todos los misiles que quieran cuando llegue el momento, pero no dañarán ni una brizna de hierba.

«Aquel día, el día en que venga Gog contra el país de Israel, oráculo del señor Yavé, explotará mi furor.» ¿Lo ves? Dios intervendrá y protegerá a Israel, y sus enemigos serán destruidos.

Ben sonrió, pero no contestó.

—Ahora es cuando se están poniendo las cosas en marcha de verdad —dijo Cleaver sin inmutarse—. En el periodo posterior a esta terrible guerra, el mundo llegará a un acuerdo de paz, probablemente negociado por un líder europeo. Alguien con mucho encanto y carisma, que afirme ser amigo del pueblo.

—Estás hablando del anticristo.

Cleaver asintió.

—El jinete del caballo blanco. Apocalipsis, capítulo seis. El que vendrá a conquistar, a causar destrucción y a disparar sobre la Tierra y esclavizarnos a todos. El mismísimo hijo de Satanás. Y siento decir esto, pero creo que podría ser un inglés. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes —dijo Ben—. Y yo creo que sé quién es.

Cleaver soltó una risita.

La señorita Vale frunció el ceño.

—Estas cosas no se deben tomar a la ligera, chicos.

—Tienes razón, Augusta —dijo Cleaver—. Porque entonces se convierte en algo bastante siniestro. El poder del

anticristo tomará el control del mundo. Ya no habrá que fingir más, ¿verdad? Simplemente intervendrá y tomará el poder. El que proteste, morirá. Ese es el principio de la gran tribulación. San Juan nos lo dice todo en el Apocalipsis. El granizo y el fuego y la destrucción de la vegetación terrestre. El mar se tornará sangre. Langostas venenosas. Torturas en masa. Miles de millones de personas asesinadas del modo más terrible. Los fieles serán horriblemente perseguidos cuando el anticristo trate de tomar el control total. Siete años del sufrimiento más terrible. Hará que el holocausto nazi parezca un paseo por el parque.

—«Será un tiempo de angustia, cual

no lo hubo desde que existen las naciones hasta entonces» —dijo Ben.

Cleaver asintió con gravedad y se dirigió a la señorita Vale, que miraba su plato angustiada.

—Pero no para todo el mundo —dijo con dulzura—. Podemos consolarnos con que, en algún punto durante ese periodo de tribulación, la Biblia nos dice que los fieles nos libraremos del dolor y la tortura.

—El éxtasis —dijo Ben—. «Pues el señor mismo, con voz de mando, a una voz de un arcángel, al son de una trompeta de Dios, descenderá del cielo y los muertos en Cristo resucitarán primero; después, nosotros, los que

vivimos, los supervivientes, seremos arrebatados juntamente con ellos entre nubes, por el aire, al encuentro del señor; y así estaremos siempre con el señor».

—Amén —susurró la señorita Vale.
Cleaver sonrió a Ben.

—Me alegro de que hayas acogido a nuestro señor Jesucristo en tu corazón, Benedict. Me dolería pensar que te has quedado atrás. Nadie saldrá vivo de la tribulación.

—Y luego, después de que pasen los siete años, Cristo regresará para enfrentarse a su enemigo en la guerra del fin del mundo —dijo Ben.

—Totalmente cierto —contestó

Cleaver—. Y a continuación comienza la época dorada para todos los cristianos que mantuvieron la fe en los tiempos oscuros. Serán recompensados generosamente.

Después de la cena, se retiraron al salón, donde había preparadas una licorera de coñac y copas de cristal en una bandeja. La señorita Vale se disculpó y abandonó la habitación.

—Ha sido una conversación muy interesante, Clayton —dijo Ben acomodándose en un sillón con la copa de coñac—. Pero hay algo más de lo que quería hablar contigo.

Cleaver extendió los brazos.

—Adelante, hijo.

—De hecho, hay alguien de quien quiero hablar contigo.

—¡No me digas! ¿Y de quién podría tratarse?

—Podría tratarse de Zoë Bradbury.
—Ben observó la cara de Cleaver y dejó que asimilara sus palabras.

Cleaver trató con todas sus fuerzas de no perder demasiado la compostura.

—Ajá... —Tragó saliva.

—Sabes de quién estoy hablando —dijo Ben.

—Sé quién es —dijo Cleaver con sangre fría, mirándose las uñas—. Es una amiga de Augusta, creo.

—Pero no es amiga tuya, según parece.

Cleaver miró a Ben intensamente.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me refiero a los veinticinco mil dólares que te sacó, y a los diez millones que quería.

Cleaver se quedó callado por el vuelco que le dio el corazón.

—¿Lo sabes?

—Y también sé lo de Skid McClusky. Pensé que te gustaría ponerme al corriente de algunos detalles que se me escapan.

—¿Quién coño eres exactamente?

—Alguien que busca respuestas. Alguien que va a conseguirlas.

Cleaver jugueteó con su bebida. Se había puesto visiblemente pálido.

—Benedict, creo que este es el tipo de asunto que deberíamos tratar en otro sitio. En privado.

—Por mí bien —dijo Ben—. Estoy seguro de que no querrás que la señorita Vale oiga demasiado. Has invertido mucho en esto.

Cleaver no dijo nada.

—Pero no creo que puedas librarte de mí —continuó Ben—. Vas a hablar conmigo.

La anciana regresó seguida de la criada, que llevaba una bandeja de plata con una jarra de café y tres tazas de delicada porcelana blanca en sus platillos. Sonrió.

—He estado pensando —anunció

mientras se sentaba—. Me preguntaba si a nuestro nuevo amigo le gustaría asistir al torneo de mañana.

Cleaver sonrió, nervioso.

—Augusta, eso no sería del gusto de Benedict. Siendo inglés...

La señorita Vale parpadeó.

—¿No disparan rifles en Inglaterra? —preguntó frunciéndole el ceño a Cleaver—. Clayton, ¿estás bien? Parece que hayas visto un fantasma.

—Estoy bien, gracias —contestó el predicador—. Puede que haya comido demasiado.

—¿Qué tipo de torneo? —preguntó Ben.

Cleaver estaba luchando con todas

sus fuerzas para actuar de un modo natural delante de la señorita Vale.

—Simplemente se trata de un pequeño evento que celebro en mi casa una vez al año —dijo Cleaver con voz ahogada—. Pero...

La señorita Vale soltó una risita.

—¿Un pequeño evento? Clayton está siendo modesto. Participan los mejores tiradores de rifle de Georgia, Alabama y Misisipi. Veinte dólares la entrada, y esperamos que asistan más de doscientas personas.

—Todo va destinado exclusivamente a obras benéficas, por supuesto —interpuso Cleaver, intentado sonreír.

—Por supuesto —dijo Ben,

mirándolo fijamente.

—Y este año toda la recaudación se destinará al hospital benéfico de la Fundación Vale. Es uno de los muchos proyectos que apoya mi organización benéfica —explicó la mujer, observando la mirada burlona de Ben—. Ayudamos a las familias pobres y desfavorecidas de Georgia y Alabama que no pueden permitirse un seguro médico. —Sonrió con tristeza—. El verano pasado abrimos una nueva ala para proporcionar tratamiento gratuito a los niños con cáncer. El trabajo que hacen allí es tan bueno que de verdad quiero ampliarla. Así que para el torneo de este año he organizado una iniciativa

especial patrocinada que espero que aumente la cantidad recaudada, de ese modo podremos ayudar a los necesitados.

—Parece una obra maravillosa, señorita Vale —dijo Ben, sin quitarle el ojo de encima a Cleaver.

—Tienes que asistir —contestó ella—. Será un día estupendo.

Cleaver enrojeció y se aclaró la garganta.

—Pero, como ya te he dicho, Augusta, quizá no sea algo que a Benedict...

—Me encantaría —dijo este.

DECIMOQUINTO día

La casa del buen pastor Cleaver estaba situada a quince kilómetros al oeste de Savannah. Conforme transcurría la mañana, lejos de la costa de Georgia, el ambiente se hacía incluso más húmedo y agobiante. El terreno era llano y hermoso, con robledos que se extendían en todas direcciones, alejándose de la carretera hasta límites que el ojo ya no alcanzaba a ver. Las señales para llegar al torneo de tiro

apartaron a Ben de la carretera principal hacia un recorrido de tres kilómetros por un camino privado. Otros coches seguían el mismo camino y, al girar una curva, entró en un gran terreno donde había cientos de vehículos. Encontró un sitio para aparcar y salió del coche para enfrentarse al calor asfixiante; se colgó la bolsa al hombro.

Aquella mañana, la señorita Vale se había marchado temprano en su limusina conducida por un chófer, absolutamente radiante por la emoción de empezar con la organización de su acto benéfico especial. Había estado tan atareada con las llamadas telefónicas y los detalles de última hora, que Ben no había tenido

la oportunidad de preguntarle más sobre la iniciativa patrocinada que le había mencionado. Echó un vistazo a la zona de aparcamiento y reconoció el majestuoso Lincoln Continental al fondo. *El terreno de Cleaver debe de extenderse varios kilómetros,* pensó. Solo aquel donde había aparcado medía al menos una hectárea. Los grupos de espectadores se estaban dirigiendo a un campo colindante varias veces más grande, donde habían colocado hileras de casetas y carpas alrededor de las cuales se apiñaban al menos dos mil personas comiendo, bebiendo, charlando y riendo bajo el sol. Sin duda, era un acontecimiento familiar divertido, a

juzgar por el número de mujeres y niños presentes.

También se trataba de un gran evento mediático, había camiones de la televisión aparcados cerca de la entrada al campo principal, cámaras y periodistas por todas partes. El centro del campo estaba dominado por una gran carpa con un cartel de la Fundación Augusta Vale. Cerca de allí, los vendedores de comida caliente amontonaban en los platos de plástico pollo frito, mazorcas de maíz con mantequilla, hamburguesas y patatas fritas. En una caseta de la Asociación Nacional del Rifle, la gente repartía folletos sobre la seguridad con las

armas. Otros vendían pistolas, munición, libros y revistas, protectores auditivos, equipamiento para la caza y toda una gama de accesorios de tiro, la más amplia que Ben había visto en su vida.

Se acercó a la valla y se protegió los ojos para echar un vistazo al campo de tiro. La instalación era impresionante: un enorme espacio despejado entre los árboles que se extendía a lo lejos con blancos situados a distancias marcadas de 100, 500 y 1.000 metros. También a distancia, habían levantado un enorme montículo de tierra como barrera para impedir que los tiros fallidos llegaran a la propiedad contigua. Se había acordonado una zona destinada a los

espectadores de la competición y el punto de tiro se había equipado con esterillas y soportes para los rifles. Alrededor del campo de tiro principal, se desarrollaban pequeñas pruebas. Incluso había un campo de tiro para niños, donde los instructores de la Asociación Nacional del Rifle les enseñaban los principios básicos del tiro al blanco y seguridad con las armas de pequeño calibre.

En el programa de la competición, que se había clavado en un poste cerca de la caseta del juez, Ben vio que las pruebas de pequeño calibre ya se habían celebrado aquella mañana. Los nombres de los ganadores aparecían escritos en

una pizarra cercana. Sin embargo, el acontecimiento principal del día, lo que la mayoría de la gente había ido a ver, era el concurso de tiro al blanco de gran calibre de categoría abierta. Un montón de tiradores de rifle de gran calibre ya se estaban reuniendo en el punto de tiro, abrían sus cajas y preparaban sus equipos.

Pero a Ben no le interesaba la competición de tiro que se celebraba. Él estaba allí para coger a Clayton Cleaver, llevarlo a un lugar privado y sonsacarle algunas verdades.

Tenía su estrategia bastante planeada. Le gustaban los planes sencillos y este, de hecho, era muy

sencillo. Si Cleaver no confesaba inmediatamente, le sacaría a golpes lo que le había pasado a Zoë y dónde estaba. Daba igual que estuviera viva o muerta, la suerte del predicador estaba echada. Tenía que pagar por lo de Charlie. Cuando ya no le hiciera falta, llevaría a Cleaver a un lugar tranquilo y le volaría la tapa de los sesos. Lo dejaría allí tirado. Luego volvería a casa y continuaría donde se había quedado.

Se preguntó dónde estaría aquel hombre. A lo lejos, a través de los árboles, veía la casa, una gran mansión blanca y brillante de estilo colonial con columnas y porches. Apretó los puños

por la rabia y, por un instante, le entraron ganas de ir a buscarlo allí directamente.

Y entonces lo vio. Era obvio. Tendría que haberse imaginado que no se encontraría lejos del tumulto y las cámaras. Cleaver estaba en medio de la multitud agrupada alrededor de la carpa de la Fundación Augusta Vale, rodeado de fotógrafos de prensa, estrechando tantas manos como podía, sin perder la gran sonrisa de su cara. La señorita Vale también estaba allí, con su aire elegante y refinado, atendiendo a la gente que la rodeaba y delegando tareas a sus ayudantes. Ben se dirigió hacia allí y, al verlo, la señorita Vale lo saludó con la

mano. Él sonrió y le devolvió el saludo.

Al acercarse, vio que Cleaver le lanzaba una mirada. De pronto, el pastor pareció tener un compromiso ineludible en otro sitio. Se perdió entre la multitud.

—Ya te pillaré luego —murmuró Ben en voz baja.

La señorita Vale lo cogió del brazo cuando se acercó a ella.

—¿No te parece maravilloso? Mira cuánta gente —le dijo sonriendo—. Hay alguien que quiero que conozcas. —Se volvió hacia dos de sus ayudantes que estaban ahí cerca, una mujer rechoncha y pelirroja que hablaba con una chica japonesa menuda y muy atractiva de unos veinte años.

—Harriet, ¿dónde está el joven Carl? —preguntó la señorita Vale nerviosa—. Son las doce menos cuarto. Empieza en quince minutos.

—Creo que acaba de llegar —contestó la mujer pelirroja.

—Va algo justo de tiempo. Tendré que regañarle.

La chica japonesa llamó la atención de Ben y le sonrió.

—Vamos a verlo —dijo la señorita Vale.

Comenzaron a andar hacia el aparcamiento. Harriet y la anciana estaban inmersas en su conversación. Ben las seguía, y la joven japonesa caminaba a su lado.

—Me llamo Maggie —dijo—. Encantada de conocerle.

—Yo soy Ben —dijo—. ¿Trabajas para la Fundación Vale?

Ella asintió.

—La señorita Vale nos ha hablado mucho de usted —dijo.

—¿En serio? ¿Quién es ese tal Carl al que vamos a ver?

—Uno de los ahijados de la señorita Vale —contestó Maggie—. La Fundación costea la educación de muchos jóvenes desfavorecidos. Carl Rivers solo tiene diecinueve años, pero ya es campeón de tiro con rifle. La fundación ha estado pagando su entrenamiento y esperamos que algún

día represente a los Estados Unidos en las olimpiadas.

—Impresionante —dijo Ben.

—La señorita Vale ha organizado una prueba con patrocinio especial para el concurso de este año —dijo Maggie—. Ha puesto cien mil dólares de su propio dinero y ha convencido a un montón de gente rica para que también lo financie. Se enfrenta a tiradores profesionales de cinco estados, pero somos optimistas. Si gana en la categoría de rifle de gran calibre, recaudaremos casi medio millón para el hospital. Es muy importante.

—La señorita Vale me contó lo del ala infantil —dijo.

Maggie asintió con pesar.

—Es muy triste.

Llegaron a la zona de aparcamiento. Alejada de los demás coches, había un área acordonada cerca del campo de tiro, solo para los participantes.

—Es ese de ahí —señaló Maggie.

Ben miró. Había un chico negro junto a un viejo Pontiac hecho polvo. Lo acompañaba un amigo, un adolescente blanco, larguirucho y desgarrado con pantalones vaqueros rotos por las rodillas y gafas tan gruesas que sus ojos parecían ocupar toda la lente. El amigo estaba sacando una gran funda de rifle negra de la parte de atrás del coche.

—Supongo que Carl Rivers no es el

que lleva gafas —dijo Ben.

Maggie se rió.

—No, ese es Andy. Creo que no sería un buen tirador.

Carl estaba en mitad de una animada discusión con su amigo desgarbado y no los había visto acercarse. Se apoyaba con la mano derecha en un lateral del coche mientras Andy dejaba la funda de rifle en el césped. Debían de estar bromeando sobre algo porque, de pronto, Carl echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Andy también se reía, sus grandes ojos se tronchaban de risa tras las gafas. Y entonces, levantó el brazo y cerró la puerta del maletero. Justo encima de los dedos de Carl.

La risa de este se convirtió de repente en un grito. Se puso la mano herida entre las piernas y empezó saltar en círculos.

La señorita Vale se acercó corriendo a él.

—Mi niño, déjame echarle un vistazo.

—Mierda, ¿qué ha pasado? —dijo Maggie alarmada.

Obviamente, a Carl le dolía muchísimo. Ben examinó la herida. Tenía los tres primeros dedos de la mano derecha machacados y estaban sangrando.

—¿Puedes doblarlos? —preguntó Ben.

Carl lo intentó y gimió.

—Puede que estén rotos —dijo Ben.

—Hay una carpa de primeros auxilios cerca —dijo la señorita Vale, lanzándole una mirada a Andy, que estaba de pie a un lado mordiéndose el labio por el sufrimiento—. Pueden echarle un vistazo, pero creo que necesitas que te vea un médico.

—Tiene razón —dijo Ben.

—Sí, pero se supone que tengo que competir hoy —protestó Carl.

Justo cuando lo dijo, anunciaron por los altavoces que la prueba de rifle de gran calibre empezaría enseguida y se pedía a los participantes que se dirigieran por favor a la línea de tiro.

Llevaron a Carl rápidamente a la carpa de primeros auxilios, donde una enfermera le examinó los dedos lo mejor que pudo, se los vendó y le dijo que necesitaba ir a un hospital pronto para que le hicieran una radiografía.

—No puedo, tengo que disparar — dijo.

—Con los dedos así no puedes — dijo la enfermera con los labios apretados—. Hijo, a no ser que aprendas a disparar con la mano izquierda, ya te puedes ir olvidando.

Carl salió de la carpa de primeros auxilios casi llorando por el dolor y la frustración, y se dirigieron de vuelta al coche. Andy iba a la zaga, arrepentido y

colmado de sugerencias inútiles. La señorita Vale estaba tranquila, aunque su mirada reflejaba claramente la desilusión.

—Lo importante es que vayas al hospital y te miren los dedos.

—Pero ¿y el dinero? —dijo Carl—. El dinero para la obra benéfica.

—No puedes hacer nada, cariño —dijo resignada—. Ya veremos si podemos volver a organizarlo al año que viene.

—¿No hay nadie que pueda disparar en su lugar? —preguntó Harriet—. ¿El amigo de Carl?

—Andy no podría darle ni a la fachada de una casa a cinco metros de

distancia —murmuró Carl. Le dio una patada a una piedra por la indignación.

Del campo de tiro llegaban las detonaciones percusivas de los disparos de los rifles; los tiradores empezaban a calentar y a hacer los últimos ajustes.

—Ya están empezando —refunfuñó Carl.

—Quizá yo pueda ayudar —dijo Ben.

Carl se giró y lo miró.

—¿Tú, Benedict? —dijo la señorita Vale asombrada—. ¿Sabes disparar?

—Un poco —contestó.

Ya estaban a punto de llegar al Pontiac. La funda de rifle seguía en el suelo detrás del coche, y Ben se acercó

para recogerla.

—El campo de tiro se extiende casi un kilómetro —dijo Carl, tocándose la mano y frunciendo el ceño—. ¿Tienes idea de lo pequeño que es un blanco a esa distancia?

Ben asintió.

—Me hago una idea.

—Si quieres intentarlo, por mí no hay problema —dijo Carl—. Puedes usar mi rifle. Pero te vas a enfrentar a tipos como Raymond Higgins. Y a Billy Lee Johnson, de Alabama. Fue instructor de la escuela de francotiradores de los marines. Son tiradores de talla mundial. Te van a dar una paliza.

Ben se descolgó la bolsa y la dejó

en el césped. Se agachó junto a la funda de rifle y abrió el cierre.

—Veamos lo que tenemos aquí — dijo.

BEN abrió la funda y observó el rifle de precisión que contenía.

—¿Puedo?

—Todo tuyo —dijo Carl.

Ben sacó el arma del forro de espuma y la revisó. Era un rifle de cerrojo Winchester modelo 70, con cartuchos de 300 H&H Magnum, un calibre sumamente potente que lanza su fina y puntiaguda bala a más de sesenta metros por segundo. El tipo de rifle que, en manos de un tirador de talento, podía alcanzar distancias increíbles. Un

instrumento de primera categoría al que seguramente se habían dedicado cientos de horas para acercarlo tanto a la perfección como fuera humana y mecánicamente posible. Contaba con un pesado cañón de competición. El mecanismo era impecable y solo el visor ya valía más que el Chrysler que conducía.

Sacó un cigarrillo, abrió su Zippo y giró la rueda. No tenía gas. Soltó un taco en voz baja y se palpó los bolsillos buscando la caja de cerillas que recordaba haber cogido del hotel. La encontró, prendió una cerilla y se encendió el cigarrillo.

—¿Hay algo que tenga que saber?

—El gatillo es muy ligero. Ten cuidado con los tiros accidentales.

—¿A qué distancia está ajustado el cero?

—El punto de mira está a doscientos cincuenta metros —dijo Carl.

Ben asintió mientras giraba el rifle y echaba un vistazo por el visor. Volvió a guardarlo en la funda, abrió la caja de munición de Carl e inspeccionó uno de los largos y estrechos cartuchos.

—¿Cargas a mano tu propia munición?

Carl asintió. Ben percibió en los ojos de Carl el amor que sentía por aquel deporte, pues relucían a pesar del dolor. Los tiradores al blanco como

Carl dedicaban una enorme cantidad de energía y tiempo a fabricar a mano su propia munición para los concursos. Tras seleccionar la mejor combinación de vaina, bala y pólvora, lo juntaban con extrema precisión y con atención al mínimo detalle; para ello utilizaban las prensas de carga manual más caras que se podían permitir y trataban de conseguir la máxima perfección en el funcionamiento y la precisión. Y todo para que el tirador pudiera perforar un pequeño agujerito en un trozo de papel. Todo su mundo se reducía a un circulito negro en un fondo blanco. Cuanto más juntos pudiera agrupar esos agujeritos negros en el centro justo del círculo, más trofeos podría llevarse a casa.

Ese era el gran abismo que separaba a los tiradores al blanco puros como Carl de los hombres que estaban entrenados para utilizar esos rifles con un blanco real, un blanco humano. Ben había sido uno de esos hombres, hacía tiempo. Se preguntó si el joven tirador tendría idea de la espeluznante destrucción que un cartucho como aquel podía causar en un hombre cuando se utilizaba para ese propósito. A mil metros, el arco descendente que trazaba una bala al quedarse sin energía cinética se suponía que daría en el blanco desde arriba. Apuntar a la frente de un hombre desde una distancia tan amplia significaba que el disparo le daría en la

coronilla y le perforaría el cuerpo de arriba abajo.

Ben era un joven soldado del SAS cuando vio por primera vez los restos de un hombre al que le habían disparado de ese modo. Al soldado iraquí lo había alcanzado una bala de calibre 50 de un francotirador situado a un kilómetro de distancia. Lo había destrozado, explotó en mil pedazos por el proyectil y el choque hidrostático posterior. Encontraron uno de sus brazos a casi cien metros de distancia.

La imagen del cadáver destrozado había perseguido a Ben durante mucho tiempo. Lo que más le había obsesionado era que aquel tiro

extremadamente largo había sido realizado desde un agujero, en lo alto de una montaña, por un francotirador que había esperado durante horas con una calma absoluta, y este había sido él.

Pero aquel día, las únicas víctimas serían trozos de papel hechos trizas. Eso hacía que el arma aterradora que sujetaba pareciera casi benigna.

—¿Crees que puedes hacerlo, Benedict? —preguntó la señorita Vale, observándolos con preocupación.

—Puedo intentarlo —contestó—. Hace mucho tiempo que no disparo un rifle.

—Rezaremos por ti. Carl, tienes que ir al hospital. ¿Te puede llevar Andy o

quieres que llame a alguien?

—Yo no me voy de aquí hasta que no se acabe la prueba —dijo Carl—. Quiero verle.

La voz del juez del concurso anunció por los altavoces que la competición de rifle de gran calibre estaba a punto de comenzar.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo la señorita Vale.

Ben tiró el cigarrillo, cogió la funda de rifle y su bolsa y se dirigió a las líneas de los participantes. Carl lo siguió, con los ojos rojos por el dolor y agarrándose la mano. La señorita Vale se acercó a hablar con el juez de la competición y solo tardó treinta

segundos en convencerlo de que dejara participar al tirador sustituto.

Había treinta participantes en la línea de tiro. Ben levantó el cordón y ocupó su posición. Dejó la bolsa a un lado de su esterilla y la funda de rifle en el otro. Abrió la funda y sacó el Winchester. Ya no había tiempo para tiros de observación, ni para calentar el cañón del rifle. A cien metros, los oficiales de campo estaban cambiando los blancos de práctica por unos nuevos.

Al ponerse las orejeras electrónicas de Carl y tenderse en decúbito prono, posición que le habían inculcado en su instrucción como francotirador mucho tiempo atrás, Ben esperó no haber

asumido más de lo que podía afrontar. El corazón le latía muy deprisa. Hacía mucho tiempo que no disparaba de ese modo. Demasiado tiempo.

Echó un vistazo al tirador de la calle de al lado. Su nombre estaba estarcido, al estilo militar, en un lado de la caja de municiones de metal verde: «B. L. Johnson». El francotirador exmarine que había mencionado Carl. Durante un segundo, se miraron a los ojos. Johnson tenía el aspecto que no tenía Carl, el aspecto de un hombre que no había disparado únicamente a blancos de papel. Johnson le dirigió una sonrisa, ni cordial ni agresiva. Sencillamente, una sonrisilla de complicidad. Después

volvió a su rifle.

Ben notó que el corazón se le empezaba a acelerar cuando miró los blancos a través del visor. Solo estaban a cien metros, pero la superficie del blanco no superaba el tamaño de un plato llano. Estaba dividido en una serie de anillos concéntricos, y en el centro había un círculo negro del tamaño de un platillo. Y justo en el centro de ese círculo negro, había otro que los tiradores llamaban el «anillo X». Era del tamaño de una moneda grande. El anillo X valía diez puntos, el siguiente hacia fuera valía nueve, el siguiente ocho y así sucesivamente.

Las reglas del torneo eran muy

sencillas. Los tiradores tenían que alcanzar los blancos a cien, quinientos y mil metros. Diez disparos por blanco y los que quedaran por debajo de una puntuación de noventa estaban descalificados. El recorrido de tiro era difícil. Ben contuvo el aire al abrir el cargador y accionar el suave cerrojo del Winchester.

Allá vamos.

Los espectadores estaban en silencio.

Miró hacia atrás y vio a Carl, a la señorita Vale y a sus dos ayudantes juntos detrás del cordón, a veinte metros de la línea de tiro, observando. Junto a la anciana estaba Cleaver, mirándolo

con frialdad.

El juez dio la orden para que comenzaran a disparar.

Ben quitó el pestillo del seguro. Hizo un cálculo balístico rápido y dejó que las líneas del punto de mira planearan sobre un punto unos centímetros por debajo del centro del blanco para ajustar el cero a trescientos metros.

A su izquierda, el rifle de Billy Lee Johnson tronó, levantando una nube de polvo hasta la boca de fuego.

Ben controló su respiración. Las líneas del visor temblaban rodeando el blanco. Arriba, abajo, a ambos lados. El sudor que le bajaba por la frente hacía

que le picaran los ojos. Parpadeó.

Volvió a ver la imagen de Charlie. Pensó en las víctimas de la bomba de Corfú, en los mutilados y en los muertos. Pensó en Nikos Karapiperis, en Zoë Bradbury y en el tormento por el que estaba pasando su familia. Pensó en Rhonda y en el bebé que nunca conocería a su padre. Todo por culpa del hombre que estaba detrás de él. Podía sentir la presencia de Cleaver allí, casi rozándole.

Cada persona reacciona de un modo diferente ante la ira. Para algunos, era un tipo de estrés que afectaba a su concentración, entorpecía sus pensamientos y paralizaba sus

reacciones. Lo había visto en muchas ocasiones.

Pero para él era diferente. Él siempre había sido capaz de controlar la ira, de canalizarla, haciendo que la energía lo favoreciera en lugar de entorpecerlo. Le ayudaba a concentrarse. Podía sentir cada pequeño detalle de la textura de la culata del rifle en sus manos. Miró por el visor. El dibujo de la mira ya no se movía. El blanco era claro y nítido. En su mente, estaba apuntado directamente a la cabeza de Cleaver.

Apenas notó el suave gatillo en la primera articulación del dedo. El gatillo percutió y el rifle reculó fuerte contra su

hombro. Perdió de vista el dibujo de la mira durante un momento y, cuando volvió a colocar el rifle para apuntar, vio el agujerito negro que había hecho en el blanco. El primer tiro había atravesado el borde del anillo X.

Parece que no has perdido tu toque, pensó.

Y una hora más tarde, lo supo con seguridad.

Después de la primera serie, siete de los treinta tiradores quedaron eliminados de la competición. Hubo un descanso de veinte minutos para que los oficiales de campo pudieran quitar los blancos y colocar los nuevos, cuatrocientos metros más lejos. Eran un

poco más grandes que los primeros, pero a través de los visores eran diminutos.

La segunda serie comenzó. Ben ya había supuesto que la serie de tiro a quinientos metros tendría un efecto devastador, y así fue. Al acabar, solo quedaron nueve tiradores. Él era uno de ellos. Y también Billy Lee Johnson, el francotirador exmarine, que ya no sonreía al mirar a Ben.

Pero a Ben no le importaba Johnson, sino que se dedicaba a disfrutar de que Clayton Cleaver seguía allí, observando, y él le estaba enviando un mensaje, tan evidente como si se lo estuviera diciendo a la cara. Quería que Cleaver

le tuviera miedo, y sabía que estaba funcionando.

Los oficiales quitaron los blancos de los quinientos metros y los clasificados se prepararon para la auténtica prueba. A mil metros, todo se ve infinitamente pequeño, incluso a través de las lentes de aumento de un visor potente. Aquello no se trataba simplemente de sujetar con firmeza el arma y apretar el gatillo. En un alcance tan extremo, había muchos otros factores involucrados. El viento podía desviar la trayectoria de una bala. Se tenía que contar con eso. Lo mismo ocurría con la parábola que dibujaba una bala cuando cedía a las fuerzas terrestres; desde tal alcance, Ben

esperaba que bajara varios centímetros. Debía compensarlo apuntando alto y ahí era donde el verdadero arte del francotirador entraba en juego.

El juez dio la orden de disparar. Ben accionó el cerrojo, miró por el visor. Apenas veía el blanco. Era diminuto, casi fuera del alcance de cualquier sentido físico, pero en su mente era tan tangible que suponía el centro de todo cuanto le rodeaba.

¡A la mierda!

Disparó. Cerrojo atrás, vaina expulsada, cerrojo hacia delante, siguiente cartucho en la recámara.

Fuego. El rifle se movió

violentamente, como si estuviera vivo. Volvió a accionar el cerrojo. Estaba inmerso en lo más profundo de su propio mundo. Lo único que existía eran él, el blanco y las fuerzas que trataban de evitar que acertara. Ni siquiera el rifle existía, era una extensión de su mente y su cuerpo.

En aquel momento, tampoco Cleaver existía. Se dejó llevar. Siguió disparando hasta gastar sus diez tiros. Solo entonces miró para ver lo que había hecho.

Espiró fuerte. Solo había un agujero en el blanco. Un único agujero irregular donde habían entrado los diez tiros. Una puntuación perfecta. El corazón le dio un

vuelco. Había ganado.

Pero no era así. Los oficiales de campo llegaron dando tumbos en sus cochecitos de golf y anunciaron los resultados entre los gritos de los espectadores. Dos tiradores habían superado la serie final. Él y Billy Lee Johnson, igualados. Había un empate.

El francotirador marine se acercó para felicitar a Ben.

—Una prueba bastante reñida, amigo. ¿Dónde aprendiste?

—En los Boy Scouts —contestó Ben.

—Desempate, chicos —dijo el juez—. ¿Cómo queréis resolverlo?

Johnson sonrió abiertamente.

—Tú eliges —le dijo a Ben.

—¿Lo que yo quiera?

Johnson asintió.

—Tú dirás.

—Vamos a acercarlo un poco —dijo

Ben—. Cien metros, un tiro, el mejor gana.

—¿Cien? ¿Estás bromeando?

Ben no contestó.

—Lo que tú digas —dijo el exmarine. Miró con los ojos en blanco al juez, que se encogió de hombros.

Echaron a andar y colocaron los blancos a cien metros.

—Un momento —dijo Ben.

Se arrodilló en el césped para atarse los cordones. Johnson y el juez se

giraron y se dirigieron a la línea de tiro. Ben se puso de pie y corrió tras ellos para alcanzarlos. Al acercarse al cordón, vio los rostros impacientes de los espectadores que lo observaban de cerca. La señorita Vale seguía allí y Cleaver seguía junto a ella con la misma mirada fría. El color de la cara de Cleaver pasó de blanco a rojo. Luego rompió el contacto visual y miró al suelo.

Tomaron posiciones.

—Tú primero —dijo Johnson.

Ben se tomó su tiempo para apuntar. El sol le quemaba el cogote. El chirrido de las cigarras se oía por todas partes, mezclado en la brisa cálida con el

murmullo expectante de la multitud.

Apretó ligeramente el gatillo y percutió. El rifle dio un fuerte culatazo hacia arriba y hacia atrás, la imagen en el visor se desdibujó.

El volumen del murmullo aumentó mientras todos buscaban el agujero de la bala en el blanco. A tan corta distancia, cualquier marca en el papel se podía ver claramente con prismáticos o gemelos.

—Has fallado. —Johnson estaba sonriendo—. Y bastante.

—Ni siquiera le ha dado al papel —dijo alguien entre la multitud.

Se escuchó un murmullo general de decepción.

Ben volvió a mirar por el visor y

sonrió.

—Un momento —dijo otro observador—. Mirad abajo. No estaba apuntando al blanco de papel.

Carl lo había visto. Pasó por debajo del cordón y se dirigió al lado de Ben. Tenía los ojos como platos.

—Joder —dijo en voz baja.

Johnson también lo había visto. Se puso pálido.

En el césped, a los pies del blanco, había dos cerillas clavadas en el suelo a unos centímetros de distancia. Una de ellas estaba encendida; la tenue llama parpadeaba por la brisa.

—Ha encendido la puta cerilla —gritó alguien.

Carl tenía la boca abierta, se había quedado sin habla.

El murmullo de los espectadores se convirtió en un rumor excitado. La gente, asombrada, lo miraba fijamente.

—El mejor tiro que he visto nunca —dijo el juez, dándole una palmadita en la espalda—. Uno entre un millón. ¡Qué digo! Entre diez millones.

—Imposible —dijo Johnson—. La ha encendido cuando estaba allí.

El juez negó con la cabeza.

—Ni hablar. Ahora estaría toda quemada. Por eso esperaste tanto para disparar, ¿verdad? —le dijo a Ben con una sonrisa.

—Darle a una cerilla a cien metros

—masculó Carl— es una cosa. Pero darle y encenderla... —Parpadeó y se echó a reír.

—Tu turno —le dijo Ben a Johnson—. Todavía queda una cerilla.

—¿Dónde coño aprendiste a hacer eso? —preguntó Johnson.

—Es un viejo truco militar.

—En mi ejército no enseñan a hacer eso.

—En mi ejército, en mi regimiento, sí lo hacen.

El francotirador marine había dejado su rifle.

—No puedo igualar eso —dijo—. Ni siquiera voy a intentarlo. —Le ofreció la mano y Ben la estrechó.

Se había acabado. Ben metió tranquilamente el Winchester de Carl en la funda y se la devolvió. El joven la cogió con la mano sana, sin dejar de sonreír a pesar del dolor.

Al volver al cordón, la señorita Vale abrazó a Ben cariñosamente.

—Pensaba que iba a desmayarme de la tensión —le susurró al oído.

—Será mejor que alguien lleve a Carl al hospital ahora mismo —dijo Ben.

Notó una presencia detrás de él y al mirar vio la pequeña figura de Maggie, mirándolo con admiración.

—Yo lo llevaré —se ofreció—. Creo que Andy ya se ha marchado. Se

sentía mal por lo que ha pasado.

Ben asintió.

—Gracias. Ha sido un placer conocerte, Maggie.

Se volvió hacia Carl.

—Cuídate.

—Tío, todavía no me puedo creer lo que acabo de ver —dijo Carl mientras Maggie lo cogía del hombro y lo llevaba a la zona de aparcamiento a la vez que le dirigía una sonrisa a Ben.

La señorita Vale agarró a Ben del brazo y le dedicó mil elogios. Este solo sonreía cortésmente. Entonces apareció el juez.

—Tienes que venir a recoger el premio —le dijo a Ben—. La prensa te

está esperando.

—Más tarde —contestó él. Estaba buscando a alguien entre la multitud. El lugar donde había estado Cleaver estaba vacío—. ¿Dónde está Clayton? —le preguntó a la señorita Vale.

—Tenía que hacer una llamada. Un asunto urgente que acaba de recordar. Ha vuelto a la casa.

—La veré más tarde —dijo Ben.

—¿Adónde vas?

—Clayton y yo tenemos unos asuntos que discutir.

DE cerca, la casa de Cleaver era extraordinariamente imponente, con su fachada neoclásica de altas columnas en piedra blanca. Ben subió los peldaños de la entrada principal, la atravesó y vio que se encontraba en un vestíbulo. Podía haber sido tan opulento como el de Augusta Vale, pero tenía el aspecto de un lugar que había visto tiempos mejores.

Una mujer salió disparada de una puerta. Parecía una empleada, quizá un ama de llaves o una ayudante personal.

Al verlo se sorprendió y se quedó mirándolo con los ojos como platos.

—¿Dónde está Cleaver? —preguntó Ben.

—¿Quién es usted?

—¿Dónde está?

—No lo sé —contestó.

Pero su mirada nerviosa hacia el final de la escalera de caracol que había detrás de ella le dijo a Ben todo lo que quería saber. Pasó por su lado casi empujándola y subió los escalones de dos en dos, sin hacer caso de sus protestas. Llegó a un largo rellano con galería y empezó a abrir de par en par todas las puertas que iba encontrando.

La cuarta puerta reveló a Cleaver

sentado en su mesa al fondo de la habitación. Ben cerró la puerta de golpe y avanzó. Echó un vistazo a su alrededor y vio que se trataba de un despacho. Había pocos muebles y muchos vacíos en las paredes donde una vez hubo cuadros. La habitación tenía un aspecto triste. Era obvio que el hombre aún no había recibido su parte de la fortuna Vale.

El pastor se levantó, un poco tembloroso. Había una botella de whisky y un vaso delante de él.

—Es hora de nuestra pequeña charla —dijo Ben—. ¿Lo habías olvidado?

Cleaver se hundió en la silla de cuero de su escritorio. Ben se sentó en

el borde de la mesa, a medio metro de él.

La puerta se abrió de golpe y dos grandullones con traje entraron rápidamente. Vieron a Ben y se pusieron en tensión, preparados para cualquier cosa.

—¿Todo bien, señor?

—Diles que se vayan —dijo Ben—. O tú serás el responsable de lo que pueda pasarles.

Cleaver les hizo un gesto con la mano.

—Está bien. Todo está bajo control.

Los dos tipos miraron fijamente a Ben mientras se dirigían hacia la puerta y la cerraban al salir.

—No eres un estudiante de teología
—dijo Cleaver.

—Sí que lo soy. Pero no siempre lo he sido. Todos tenemos nuestros secretos, Clayton. Y tú vas a contarme los tuyos.

—¿O qué?

Ben metió la mano en su bolsa de lona y sacó el Linebaugh 475. Apuntó al pecho de Cleaver.

—Acabas de ver cómo le he dado al centro del blanco a cien metros de distancia. No voy a fallar desde aquí.

—De acuerdo —dijo Cleaver—. Hablemos.

—¿Dónde está Zoë Bradbury?

—La verdad es que no te puedo

contestar a eso.

—Piénsalo bien. Podrás seguir hablando sin piernas.

—Lo digo en serio. No sé dónde está.

—No me pongas a prueba —dijo Ben—. No es muy inteligente.

—¿Tú qué piensas que he hecho?

—Ella te estaba chantajeando y decidiste que no querías pagarle.

—Pagué —protestó Cleaver—. Pagué el dinero sin pensármelo. Y pagaré el resto, en cuanto lo tenga. Tal y como dije que lo haría. Soy un hombre de palabra.

Ben levantó el revólver a la altura de la cabeza de Cleaver y lo amartilló.

El sonido metálico rompió el silencio de la habitación.

El sudor goteaba por la frente del pastor mientras miraba la boca del revólver.

—Está metida en un lío, ¿verdad? ¿Le ha pasado algo?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Nunca le he puesto una mano encima —insistió Cleaver con un tono de pánico en la voz—. Lo único que hice fue mandar a unos tíos a que la siguieran.

—Hasta Grecia. Ya conozco el resto.

Cleaver frunció el ceño.

—¿Perdón?

—Ya estoy cansado de jueguecitos.

—Has dicho Grecia. ¿Qué tiene que ver Grecia con todo esto?

—En Grecia es donde pusiste la bomba para matar a Charlie Palmer — dijo Ben—. Allí fue donde tus agentes asesinaron a Nikos Karapiperis y secuestraron a Zoë. Te voy a decir una cosa: Kaplan y Hudson están muertos.

Había una mirada vacía de incomprensión en el rostro de Cleaver.

—Y he visto cómo han dejado tus hombres las piernas de Skid McClusky —añadió Ben.

Cleaver levantó las manos.

—Espera. Estás cometiendo un gran error. Yo no he oído en mi vida los

nombres de Kaplan y Hudson, ni sé quiénes son Charlie Palmer ni Nikos lo que sea. Yo no sé nada de las piernas de Skid McClusky. Al único sitio al que envié a mis hombres es a casa de Augusta para que espieran a esa mocosa mientras ligaba.

Ben dudó por un instante. Cuando apuntas con una pistola a alguien que no está acostumbrado y le demuestras que vas en serio con lo de disparar, lo que generalmente sale es la verdad. Cleaver tenía la mirada de un hombre que estaba de verdad asustado y soltando todo lo que sabía para salvar su vida. Aunque lo que estaba diciendo parecía imposible.

—¿De qué estás hablando, Cleaver?

—Mira, ¿puedes apartar el revólver? —pidió el predicador—. No puedo hablar con ese puto cañón apuntándome a la cara.

Ben desamartilló el revólver y lo bajó un poco.

Cleaver se aclaró la voz y le dio un largo trago al whisky. Hizo una pausa para secarse el sudor de la frente.

—Cuéntame lo que está pasando —dijo Ben.

Cleaver suspiró.

—Ya sabes lo del dinero que me está dando Augusta. No sé cómo lo sabes y tampoco voy a preguntar.

Ben asintió.

—Continúa.

—Augusta tiene un enorme montón de dinero —dijo Cleaver—. Es millonaria. Ahora bien, también es una buena cristiana y me ofreció cien millones por pura amabilidad. Pero no los puede dar así, sin más. La mayor parte del dinero está inmovilizado en valores, fondos y bienes inmuebles. No es como para que pudiera acceder a un pozo sin fondo de dólares cuando le viniera en gana.

—Y por eso, cuando Zoë Bradbury volvió a aparecer, tuviste miedo de que pudiera cambiar de opinión.

—Coño, pues claro que me entró miedo —dijo Cleaver enfadado—. Esa chica es la zorra más astuta y

manipuladora que he tenido la desgracia de conocer. Estoy a punto de conseguir todo ese montón de dinero, y al minuto siguiente llega esa mocosa consentida de Inglaterra tirando indirectas sobre los fondos que necesita para su proyecto y esa excavación y ese viaje de investigación. Y ahí está Augusta, que no tiene descendencia, hablando de ella como si fuera la hija que nunca tuvo y de lo especial y maravillosa que es, y toda esa mierda. Estaba claro. Pensé que iba a salir perdiendo con toda seguridad. — Cleaver volvió a darle un trago al whisky—. Luego, cuando conocí de verdad a esa mocosa, vi que lo único que quería era la pasta de Augusta. Toda esa palabrería era mentira. Ella solo

quería el dinero para bebida y fiestas. No es más que una cazafortunas.

—Mira quién fue a hablar —dijo Ben.

Los ojos de Cleaver brillaron de ira.

—¿Qué? ¿Crees que tendría que haber rechazado la generosidad de Augusta? Mi libro salió hace muchos años. Se me ha acabado todo el dinero, y he gastado todavía mucho más. Estoy cargado de deudas. No tienes ni idea de lo que cuesta llevar una operación como la mía; bueno, quizá hayamos sido nosotros los que nos hemos puesto en una situación económica comprometida.

—Al parecer has vendido todos tus cuadros y muebles —dijo Ben.

—Pues sí, la situación se complicó. Augusta me estaba tendiendo una mano. Tenía que aceptarla. No hacerlo habría sido de locos.

—Déjate de gilipolleces y cuéntame lo que hiciste.

—Vale. Cuando estaba con Augusta, la señorita Bradbury era una santa. Faldas largas, blusas de cuello alto. Desprendía buena devoción cristiana a la antigua, como una mosquita muerta. Pero yo sabía que estaba ligando por toda la ciudad. Yo sabía lo que estaba haciendo a espaldas de Augusta, y bajo su techo, con tipos como Skid McClusky, por nombrar a una de sus muchas conquistas mientras estuvo en

Savannah.

—¿Tus hombres te contaron eso?

Cleaver asintió y se volvió a enjugar el sudor.

—Tenía a un par de tipos siguiéndola. Sabía que sacaría algún trapo sucio. Y no fue difícil conseguirlo. Estaba metiendo a sus amiguitos a hurtadillas en la antigua cochera para carruajes. A veces, a más de uno a la vez.

Ben adivinó adónde conducía aquello.

—Así que tus hombres lo grabaron en vídeo. Y lo utilizaste para poner a la señorita Vale en contra de Zoë.

—Augusta nunca supo quién le había

enviado la cinta —dijo Cleaver—. Era de un admirador. Nunca se lo mencionó a nadie. Pero yo diría que la amargó. La siguiente vez que cené con ella y con Zoë, había un ambiente raro. Ahí fue cuando supe que mi plan había funcionado. Volvía a tener mi dinero asegurado.

—Pero entonces Zoë se volvió contra ti —dijo Ben.

—Adivinó que yo tenía algo que ver con el cambio de Augusta. Poco después, cuando ya se había marchado de los Estados Unidos y yo pensaba que nunca más volvería a escuchar su nombre, recibí una llamada.

—Lo sé. Veinticinco mil por

adelantado y diez millones después.

—Entonces lo sabes todo —dijo Cleaver—. Le pagué, y le pagaré el resto. Sin problemas.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué quieres saberlo? Ya te he contado la verdad. Estoy dispuesto a pagarle el dinero. Si le ha pasado algo, yo no tengo nada que ver. Ahora, caballero, si no le importa, creo que esta conversación se ha acabado. Tengo unos asuntos que atender. —Cleaver se dispuso a levantarse.

—Para. Tú no vas a ninguna parte. —Ben volvió a levantar el arma.

—¿No me crees?

—Quiero que me cuentes el resto.

Quiero saber lo de la profecía.

Cleaver se desplomó en la silla.

—Por eso tenías tanto interés en hablar de profecías anoche.

—¿Qué había en la caja que te entregó Skid McClusky?

—Simplemente un fragmento de cerámica. Nada más.

Ben recordó lo que Tom Bradbury le había contado aquel día en Summertown, sobre los antiguos fragmentos de cerámica que había descubierto Zoë.

—No lo entiendo —admitió—. ¿Por qué pagar diez millones por un trozo de cerámica?

—No te lo puedo decir —dijo

Cleaver.

—No vas a salir de aquí hasta que no me lo cuentes. —Ben amartilló el arma—. Y será mejor que me creas. Así que habla.

—Lo he datado con la prueba del carbono 14 —contestó Cleaver cansado—. Pertenece a la época correcta.

—¿La época correcta para qué?

Cleaver levantó la cara bruscamente.

—La época correcta para haber estado allí cuando se escribió el Apocalipsis.

Ben lo miró con fijeza y parpadeó.

—No lo entiendo.

—Ella me dejó ver un trozo pequeño —dijo Cleaver—. Todavía tiene el

resto.

—¿El resto de qué?

—El resto de la prueba. Ella dice que encontró una colección de lápidas de cerámica, grabadas en griego antiguo, que se remontan a los tiempos bíblicos. Dice que son la prueba irrefutable de que san Juan no fue el autor del Apocalipsis.

—¿Y?

—Y eso es todo. Eso es todo lo que sé. No me dio mucho más en lo que basarme. Pero tengo que creer que lo dice en serio y que es cierto. No me puedo permitir lo contrario.

—No te veo muy seguro de tu postura —dijo Ben.

—Vale, vale. Seré franco contigo. Has visto mi libro. Sabes de qué trata.

—De que el apóstol Juan te habló. Cleaver asintió e hizo una mueca. Ben sonrió.

—Intentas decirme que Juan no te habló en realidad.

—No, pues claro que no —murmuró Cleaver—. ¿Cómo coño iba a hablarme? Lleva muerto casi dos mil años.

—En realidad no pensaba que lo hubiera hecho, Cleaver.

—Lo dije simplemente para desmarcarme —dijo Cleaver con desesperación—. Para tener ventaja sobre los demás predicadores del fin de los tiempos.

—Te refieres a los honestos —dijo Ben—. Los que no se dedican a tomar el pelo a los demás.

—Lo que sea. Pero todo lo que he construido se basa en ese libro. Todo esto —dijo Cleaver señalando con un gesto las vistas a través de la ventana—. Millones de americanos apoyan la idea de que tengo línea directa con san Juan. Que él garantiza todas las profecías que escribió en el Apocalipsis. Y ahora esa zorra dice que ha desenterrado algo que podría jodérmelo todo. La prueba que los expertos en teología han estado buscando durante siglos para acabar con el debate sobre quién fue el verdadero autor del Apocalipsis.

—Pero ella va a ocultar la prueba por diez millones de dólares.

Cleaver hizo un gesto de impotencia.

—Eso es lo que dijo. Y tengo que tomármelo en serio, ¿no? Quiero decir, si fuera una estudiante de poca monta, podría ponerla en evidencia. Pero no lo es. Es una académica respetada, lo creas o no. Escribe libros. Si lo cuenta, la tomarán en serio. Joder, hasta podría salir en televisión por eso. Cientos de jodidos expertos esperando entre bastidores para abalanzarse sobre ella. Acabaría conmigo. Acabaría con las ventas de mi libro. Significaría el final de mi carrera política.

—Y adiós a los cien millones de

dólares.

El predicador asintió con tristeza.

—Esa rata insignificante me amenazó con contárselo a Augusta. Me dijo que me dejaría ante ella como un estafador.

—Pero lo eres —dijo Ben—. Tienes que admitirlo.

Cleaver se quedó mirando por la ventana durante unos segundos, luego se giró y miró fríamente a Ben.

—Claro. Soy un estafador. Soy un timador. Pero eso es todo. Nunca le he hecho daño a nadie. Nunca he enviado a nadie a Grecia. No sé nada de bombas ni de piernas rotas. He visto a Skid McClusky una vez, cuando me trajo la

caja. Eso es todo. Le di su dinero y se marchó. —Cleaver se estaba poniendo rojo. Se levantó de detrás de la mesa—. Y ahora me voy. Puedes dispararme si quieres. Pero estarás disparándole a un hombre inocente.

—Si me entero de que me has mentido —dijo Ben—, volveré. Y te mataré. De cerca o a un kilómetro de distancia, no me verás llegar. Quedas avisado.

Pero mientras observaba a Cleaver salir de la habitación, algo le dijo a Ben que se había equivocado en todo, y mucho.

CUANDO el senador Bud Richmond empezó en el mundo de la política, no era más que otro desventurado niño rico que aspiraba a llegar a lo más alto sin esfuerzo. Hijo de un maderero de Montana que había conseguido convertirse en un empresario multimillonario, Bud no había trabajado como Dios manda en su vida y le preocupaban más su swing en el golf, sus amiguitas, sus viajes de pesca y su adorado Porsche 959 que los asuntos serios.

Dos años atrás, Irving Slater, su jefe de plantilla y ayudante personal, había perdido la esperanza en Richmond hasta el punto de plantearse presentar su dimisión. Se había dado cuenta de que todavía tenía treinta y siete años y estaba echando a perder una carrera prometedora con un necio indolente que pensaba que la política era un juego.

Pero entonces ocurrió algo: un par de sucesos inconexos, con seis meses de separación, que habían cambiado completamente la vida de Bud Richmond y que acabaron dándole a Irving Slater una oportunidad única en la vida.

Un día, poco después de su

quincuagésimo cumpleaños, cuando estaba a punto de subir a bordo de un avión de pasajeros que se dirigía de su Montana natal a Washington D. C., Richmond tuvo una premonición. Según contó más tarde, escuchó una voz que le decía que bajo ningún concepto debía embarcar en aquel avión. Para gran enfado de Irving Slater, se negó a subir a bordo y esperó al siguiente vuelo. Cuando el avión que se suponía que tenía que haber tomado se estrelló al despegar dejando muy pocos supervivientes, empezó a hablar de milagros.

El segundo milagro había tenido lugar mientras Richmond conducía su

Porsche por las carreteras de montaña cercanas a su casa. Al tomar una curva, sintió la repentina e inexplicable necesidad de parar para admirar la preciosa puesta de sol, algo que nunca antes había hecho. Observó el cielo durante diez minutos y volvió a subir al Porsche para continuar su camino a toda velocidad. Solo había recorrido un kilómetro y medio cuando se encontró con un autobús destrozado. Acababa de ser aplastado por un enorme desprendimiento de tierra. De treinta y nueve pasajeros, solo dos sobrevivieron; y, según sus cálculos, las rocas habían caído sobre el autobús en el momento exacto en que Richmond habría pasado por aquel punto si no se

hubiera detenido a admirar el paisaje.

Para el senador solo había una explicación. Dios le había perdonado la vida con algún importante propósito. La conversión fue inmediata. Durante los dieciocho meses posteriores al segundo milagro, la postura política de Bud Richmond cambió radicalmente. Y en realidad le estaba yendo bien. Maduró, se tomó a sí mismo en serio. Y sus partidarios lo adoraban. Renació. El entusiasmo de Richmond por vivir y trabajar se había vuelto imparable. Y de pronto, estaba recibiendo el apoyo de todo un nuevo sector de la comunidad que hasta entonces no había mostrado demasiado interés y con el que Slater

nunca había contado: el enorme movimiento evangelista. Más de cincuenta millones de ellos. Slater se dio cuenta inmediatamente de lo que aquello suponía. Más de cincuenta millones de votos equivalían a un vertiginoso potencial para llegar a la Casa Blanca.

Irving Slater no se lo podía creer. Que el hijo de puta se hubiera convertido en un hombre devoto e iluminado parecía incluso más extraño que los milagros que afirmaba que le habían ocurrido. Pero la ola estaba ganando altura rápidamente y el jefe de plantilla estaba preparado para cabalgarla.

De repente, Slater se enfrascó en la lectura de la Biblia. La inquebrantable convicción de su jefe en las profecías del fin de los tiempos del Apocalipsis le llevó a estudiar el texto con todo detalle y a leer hasta el último recorte que se había escrito sobre la profecía bíblica. Le había asombrado el poder de la fe que tantos cristianos americanos tenían: en cualquier momento, el mundo podía verse sumido en los acontecimientos de tribulación y éxtasis presagiados en la santa Biblia. Le impactó de dos maneras diferentes. En primer lugar, de un modo personal, por ser una chorrada. En segundo lugar, y de un modo mucho más importante, por ser la mina de oro

política más profunda y succulenta con la que nadie se había encontrado nunca.

Al observar que la máquina publicitaria de Richmond iba consiguiendo un apoyo cada vez más acérrimo, el primer brote de una ingeniosa y descabellada idea había empezado a formarse en su cabeza. En cualquier lugar de los Estados Unidos que el senador celebrara sus convenciones o mítines, los auditorios se llenaban a rebosar de fieles que se congregaban para escucharlo. Los índices de audiencia de los programas donde aparecía subían vertiginosamente. Era un ídolo. Las donaciones llegaban a raudales.

Y aquello, en lo que se refería a Slater, era solo el principio. Había millones de personas que creían profundamente en la verdad literal de aquellos acontecimientos profetizados, millones de personas que en realidad querían que ocurrieran. Si esa era la voluntad de Dios, si el cumplimiento de la profecía significaba la guerra, que así fuera. Deseaban que el mundo se sumiera en la oscuridad, el caos y la guerra para que Dios viniera a rescatarlos de sus monótonas, agobiantes, letárgicas y miserables vidas, y les confirmara, si alguna vez tuvieron la más mínima duda, que todo era cierto y que merecía la pena salvar

sus almas.

Pero antes de que Dios pudiera intervenir, la Biblia hablaba de un periodo de sufrimiento increíblemente sombrío que incluso los más fieles tendrían que resistir. Todos esos millones de personas necesitarían un líder al que seguir en esa época. Una figura mítica, como Moisés, que guiara a los elegidos hacia la gloria.

Y Slater observó a Richmond y se lo planteó. Richmond y Moisés. Sonrió ante tal idea. Pero entonces miró los rostros de la multitud y empezó a creer en esa posibilidad. Si Richmond conseguía llegar a la Casa Blanca, sería él, Irving Slater, el hombre que estaría

detrás de todo, el que de verdad ejercería todo el poder.

Pero para conseguir que todo eso ocurriera, había que hacer algo increíble, algo incalificable. Tenía que haber un modo de conseguir que aquellos acontecimientos ocurrieran de verdad. Y para eso, Slater necesitaba ayuda. Mucha ayuda.

Y la encontró poco después, cuando conoció a un fanático creyente en el fin de los tiempos en uno de los acontecimientos sociales de Richmond. Conocía a tipos así a todas horas, pero lo que diferenciaba a aquel hombre era que trabajaba en los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, y no

era precisamente un subalterno. A Slater le había sorprendido lo que aquel tipo le había contado sobre la creencia en el fin de los tiempos dentro de la infraestructura de los servicios de inteligencia americanos.

De pronto, la descabellada idea de Slater estaba dando un salto espectacular hacia la realidad. Gracias a los contactos de su nuevo socio, reunió un grupo básico de agentes. La mayoría eran comprometidos seguidores del fin de los tiempos; otros, como el agente especial de la CIA Jones, estaban más interesados en la promesa de poder y en la recompensa económica que Slater podía rascar del fondo político de

Richmond para pagar la operación en desarrollo. Alrededor del núcleo central había un círculo externo de agentes dispuestos a hacer lo que sus superiores les ordenaran, pero que no tenían ni idea de lo que estaba sucediendo en realidad; al igual que el ajeno a todo Bud Richmond, aunque él mismo estuviera en el epicentro.

Slater se había quedado pasmado por la rapidez y la fuerza con que había sido capaz de crear su servicio secreto. La «estratagema del fin de los tiempos» había nacido.

Tenían un plan.

Se trataba de un plan a gran escala, pero simple en concepto.

Era un plan de guerra. Una guerra que, en caso de creer que el poder de la profecía influía en el comportamiento global, no sería tan imposible de provocar.

Según la profecía, el conflicto empezaría en Oriente Próximo. Eso no parecía muy difícil de lograr. Al fin y al cabo, era la voluntad de Dios. Lo único que requería era una mano amiga para que las cosas salieran rodadas, una chispa para encender el polvorín. Una gran chispa, algo que garantizara un ultraje al mundo islámico como nunca antes se había visto. Slater y sus socios ya tenían en mente desde hacía tiempo el modo de provocar esa chispa. Solo era

cuestión de dar luz verde.

Para que el plan funcionara, la culpa de la atrocidad tenía que recaer sobre los viejos enemigos del islam: los judíos. Todo estaba en la Biblia. La guerra que se intensificaría hasta llegar al fin de los tiempos empezaría con el ataque de represalia masivo de los musulmanes a Israel. El fuego y el azufre profetizados en la Biblia adoptarían la forma de cabezas nucleares. Cuando el mundo se tambaleara al borde de la guerra devastadora, los millones de votantes estadounidenses que los reconocieran como acontecimientos bíblicos se convencerían de que el final se estaba aproximando de manera

definitiva. Habría una oleada de votantes. Richmond sería imparable.

Era una locura, algo atroz. Millones de personas morirían, con toda seguridad. Judíos y musulmanes, quizá incluso también americanos. Pero a Slater no le importaba eso. La logística era perfecta, bella y elegante, como siempre lo eran las ideas más simples. Él no creía ni por un momento que la guerra fuera a activar la cuenta atrás hacia el fin del mundo. Para él era la cuenta atrás hacia el poder. Y el tiempo estaba de su parte. Lo único que tenía que hacer era preparar poco a poco a Bud Richmond para su futuro papel como líder de los fieles.

Pero Richmond tenía competencia. No era la única figura influyente que le daba bombo al fin de los tiempos. Slater contaba con equipos de agentes que vigilaban a esas otras figuras decorativas cristianas en ciernes. A uno en particular, a Clayton Cleaver, de Georgia. Un día, estando con Richmond en la limusina de camino a una conferencia de prensa, Slater recibió de sus fuentes la demoledora información que lo había cambiado todo. Fue el principio de los problemas de Bradbury.

Mientras pensaba en todo lo que había ocurrido durante los últimos meses, Irving Slater paseaba de un lado para otro en su enorme despacho en la

residencia de Montana de Bud Richmond, la extensa casa enclavada en la ladera de la montaña. Las inmensas cristaleras le ofrecían una amplia vista panorámica de las más de cuatrocientas hectáreas que poseía Richmond.

Dejó de caminar y bebió un trago de leche de la botella que tenía en su escritorio. Luego se desplomó en un mullido sillón de piel enfrente de una pantalla gigante de televisión que había en la pared, cogió el mando a distancia y pulsó el botón de play.

El deucedé era de una mesa redonda sobre temas de actualidad en un programa en el que había participado Bud Richmond tres meses atrás. Slater

no podía dejar de verlo.

El programa suponía un buen trampolín publicitario para Richmond. Slater había pagado a gente para que se infiltrara entre el público y lanzara preguntas ya escritas al senador. También había escrito las respuestas de Richmond. Al principio, todo había ido sobre ruedas. Richmond demostró estar en buena forma y Slater se felicitó a sí mismo. La combinación de la fe sincera del necio y el fluido e ingenioso guión del propio Slater contribuyeron a un gran espectáculo.

Pero entonces, a dos minutos del final y justo cuando estaban a punto de respirar tranquilos, un puñetero

estudiante melenudo que estaba al fondo había levantado la mano y había hecho la fatídica y repentina pregunta improvisada.

Sin dejar de mirar la pantalla, Slater apuntó con el mando y avanzó la reproducción hasta llegar al terrible momento.

El estudiante levantó la mano. La cámara recorrió el plató y lo enfocó con el zoom.

—Senador, muchos estudiosos tienen dudas sobre la validez del Apocalipsis como texto sagrado. ¿Qué opina sobre eso?

Corte a la cámara dos, y primer plano de Richmond.

—He leído todo lo que han comentado —contestó con calma—. Pero mi fe permanece firme y segura.

El estudiante tenía más que añadir.

—Pero si alguien pudiera demostrar que san Juan no fue el autor, que el Apocalipsis no fue la verdadera Palabra de Dios, ¿no acabaría eso con su fe, señor?

El día que vio el programa en directo, Slater vivió ese instante agarrado a los brazos del sillón.

Richmond había vacilado un segundo, luego había asentido con gesto serio.

—Vale —dijo, avanzando los codos muy lentamente por la mesa y

clavándole esa ferviente mirada suya al estudiante—. Digamos que algún entendido encuentra pruebas reales y concretas de que san Juan no escribió realmente ese libro. Digamos que, en realidad, pudiera probar que las profecías que aparecen en el Apocalipsis no están realmente basadas en la Palabra de Dios. —Volvió a hacer una pausa para darle un efecto dramático—. Entonces tendría que reconsiderar mi fe, pero también me lo tomaría como una señal de Dios, diciéndome que tengo que moverme en una nueva dirección. —A continuación, Richmond sonrió abiertamente—. Y te diré algo más —añadió—. Caray, me sentiría aliviado al saber que no tendríamos que pasar por

la tribulación. —El público se rió.

En su momento, la sensación de inquietud que la respuesta improvisada de Richmond había provocado en Slater solo había sido leve y temporal. Se le había olvidado pronto.

Pero entonces llegó el desastre. Cuando el equipo que vigilaba a Clayton Cleaver en Georgia le había informado de que estaban chantajeando al escritor, Slater se dio cuenta de que, en vista a los comentarios de Richmond, todos sus meticulosos planes estaban en serio peligro.

Nunca había oído hablar de ninguna Zoë Bradbury. Cuando buscó su nombre en Google, su preocupación aumentó

incluso más. Era una experta bíblica de fiar, lo bastante eminente como para acabar con todo. Si lo que estaba diciendo era verdad, si podía proporcionar a los críticos las pruebas necesarias para demostrar que el Apocalipsis no había sido escrito por el apóstol Juan, que su mera validez como texto del Nuevo Testamento estaba en duda (que el libro era un fraude, por el amor de Dios), la estratagema del fin de los tiempos se iría al garete. La revelación era el pilar central que mantenía en pie todo lo que se había construido en torno al fin de los tiempos. Acabar con su autoridad lo derrumbaría. Y no solo eso, sino que ahora Richmond estaba diciendo que se retiraría si

pensara que había perdido credibilidad. Su reputación entre los votantes evangélicos se desinflaría como un balón pinchado, y con ella, la perspectiva de Slater de entrar en la Casa Blanca.

Slater era un hombre de negocios y su mente trabajaba de forma pragmática. No le costó mucho plantearse las opciones.

Uno: sobornarla. Ella quería diez millones de Cleaver, pero seguro que no le importaba de dónde viniera el dinero mientras se hiciera rica. Él podía doblar la cifra para que desapareciera. Pero ¿y si volvía a por más? ¿Y si no se echaba atrás y descubría el pastel de todas

formas? ¿Podía confiar en ella?

Slater había preferido la segunda opción: atraparla y obligarla a que los guiara hasta las pruebas. Las destruirían para siempre y luego la enterrarían tanto a ella como a lo que afirmaba.

Así que Slater había llamado a sus contactos. Su socio principal dentro de la CIA había delegado el cometido en uno de sus hombres, Jones, que a su vez había enviado un equipo a Corfú para secuestrarla. Ahora Bradbury estaba bajo su custodia, en un lugar en el que nadie podría encontrarla. Pero había demasiados problemas y complicaciones. No se podía permitir esperar. Era el momento de un

movimiento decisivo.

Apagó el reproductor de devedés y se acomodó en el mullido sillón, masajeándose las sienes. En la mesita que tenía delante había un cuenco de madera noble lleno de chocolatinas. Cogió tres, rompió los envoltorios y las devoró.

Mientras engullía el último trozo de chocolate, cogió el teléfono del brazo del sillón y marcó bruscamente.

La voz de su socio contestó al segundo tono.

—Tenemos que hablar —dijo Slater. Pausa—. No, ven tú aquí. Estoy solo. He enviado al necio de vacaciones unos días.

—Estaré ahí en tres horas —
contestó el socio.

—Que sean dos.

MONTANA

El día anterior

El doctor Joshua Greenberg salió de la autopista y aparcó el Honda de alquiler en la puerta de una cafetería de carretera. Cogió su cartera del asiento del pasajero y bajó del coche gruñendo. Llevaba mucho tiempo conduciendo. Se estiró y se frotó los ojos.

Un camión Freightliner pasó con un estruendo por su lado levantando una

ráfaga de viento y una nube de polvo y gasóleo. El doctor se giró hacia la cafetería y, con movimientos lentos y rígidos, subió los dos escalones hasta la entrada. El lugar estaba tranquilo, había unos pocos camioneros hoscos y un par de familias almorzando. Se dirigió a uno de los reservados del rincón, se sentó en el asiento de vinilo rojo y pidió un café. No le apetecía comer nada. El líquido marrón que la camarera le puso debajo de la nariz no era en realidad café, pero se lo bebió de todos modos.

Se quedó allí sentado durante treinta minutos, mirándose fijamente las manos apoyadas sobre la mesa. Tenía que continuar la marcha. Estarían esperando

que volviera al centro para entregarle el paquete a Jones. Todavía quedaban dos horas de camino.

Soltó una risa, breve y amarga. Centro. Era una buena palabra para describir un hotel casi en ruinas en mitad de ninguna parte que se estaba utilizando como centro de detención ilegal para una chica inocente secuestrada.

Miró la cartera que tenía a su lado en el asiento. La cogió, abrió el cierre, metió la mano y sacó una botellita. La puso encima de la mesa delante de él. Era de vidrio color ámbar y simplemente contenía unos 100 mililitros de líquido transparente

ligeramente viscoso. No llevaba etiqueta. Parecía bastante inocuo. Podría ser cualquier cosa, incluso algún tipo de remedio de hierbas inofensivo. Pero él sabía que si vaciara el contenido en la cafetera que borboteaba detrás de la barra, todas las tazas que se sirvieran convertirían a sus bebedores en candidatos al manicomio en un día.

Primero se volverían extraordinariamente habladores y desinhibidos, exteriorizando sin ningún problema incluso sus secretos más íntimos. A continuación, la droga actuaría directamente en su mente inconsciente, liberando cualquier atisbo de oscuridad de su interior, todos los

miedos reprimidos, toda la ira y resentimiento, todos los pensamientos perturbadores o violentos. Todo rebosaría, abrumando a la mente consciente con una ola de furia y terror, la gama completa de los sentimientos más extremos que un ser humano podría experimentar, todos al mismo tiempo, de forma implacable, durante horas.

No había manera de detener las reacciones. La locura era el resultado inevitable, y no había antídoto.

Se estremeció. Y él iba de camino a entregárselo a Jones para que se lo diera a una chica inocente. Para destruirla para siempre.

Hundió la cabeza entre las manos.

¿Cómo coño me he metido en este horrible asunto?

Lo sabía perfectamente. Una pequeña equivocación, que se añadía a los errores que había cometido en su pasado y que pensaba que ya había dejado atrás. Una pequeña equivocación que lo había arruinado todo.

Joshua Greenberg provenía de una familia pobre y se había pasado la vida tratando de compensarlo. Su padre era un obrero industrial de Detroit y su madre, limpiadora de oficinas. Los dos se habían dejado la piel para que su único hijo fuera a la universidad. Él había hecho que se sintieran orgullosos,

se licenció en medicina y continuó con la especialidad de neurología y psiquiatría. A los cuarenta y ocho años, era un hombre de éxito con su propia consulta privada en Nueva York y un puesto de profesor en Columbia, donde era jefe de su departamento. Tenía una gran casa en los Hamptons, de casi una hectárea, con piscina y cuadra; todo lo que su mujer, Emily, siempre había deseado. Sus dos hijas adolescentes tenían los caballos árabes que siempre habían querido y había construido un lujoso edificio anexo a la casa para que sus ancianos y orgullosos padres pudieran estar cerca.

El fantasma de su pasado era algo a

lo que nunca pensó que volvería a enfrentarse. Había ocurrido en su primer año de universidad. Era un chico de dieciocho años nervioso por estar por primera vez fuera de casa. Su compañero de habitación se llamaba Dickie Engels.

Nunca olvidaría a Dickie. Era el hijo de un abogado y los dos años que compartió con Joshua, los pasó viajando por Francia e Italia, lugares que a él le parecían tan lejanos como la Luna. Comparado con Joshua, Dickie era un verdadero hombre de mundo. Fumaba cigarros Sobranie Black Russian, sabía de vinos y había leído a Tolstói y a James Joyce. Durante seis meses, Joshua

lo idolatró desde lejos, esperando fervientemente que sus ardientes sentimientos no se mostraran. Una vez, achispado después de beberse la primera copa de champán de su vida, había estado a punto de besar a Dickie. Nunca ocurrió, pero poco después, este pidió que le cambiaran de habitación. A los pocos meses, Joshua había conocido a Emily y el vergonzoso incidente fue olvidado. Se mudó y comenzó una nueva vida.

Hasta que ocurrió lo de James, catorce meses atrás. Recordaba perfectamente la primera vez que vio a su deslumbrante nuevo alumno. El cabello negro, la piel satinada, los

profundos ojos marrones. De pronto, los viejos sentimientos reaparecieron y empezaron a tomar el control. No se trataba de un simple enamoramiento. Además, el guapo joven parecía sentir lo mismo y, casualmente, cada vez mostraba más interés en su gordo profesor de mediana edad. Al principio, Joshua había intentado evitarlo, y rechazaba las repetidas invitaciones a «un café alguna vez».

Entonces un día, Emily le anunció, para horror de Joshua, que había planeado organizar una fiesta en su casa para todos los estudiantes de primer año. No había escapatoria, y Emily podía llegar a ser muy convincente.

Habría resultado extraño negarse.

La noche de la fiesta hubo una gran tormenta. Joshua estaba preparándose una copa en la cocina cuando sintió que algo le rozaba el brazo. James se había acercado sigilosamente por detrás. Se besaron bajo la luz de los rayos.

Joshua estaba locamente enamorado. Después de aquella primera noche, habían empezado a quedar en su coche en el aparcamiento de la facultad. Al recordarlo, le parecía una locura. James nunca había llegado hasta el final con él, siempre encontraba una excusa para irse cuando el toqueteo se volvía más intenso. Joshua se había aficionado a pasearse bajo la ventana de su alumno

por la noche, con la esperanza de verlo, diciéndole a Emily que se quedaba trabajando hasta tarde.

Un día, se encontró con que James ya no estaba. A Joshua le dijeron que se había cambiado a UCLA. Nunca volvió a saber de él.

Pero tenía mayores preocupaciones que un corazón roto. El día después de que James desapareciera, llegó por correo el devastador paquete. Las fotos eran nítidas, y las caras, inconfundibles. La nota era breve e iba al grano. Contactarían con él y le agradecerían que colaborara.

Al principio Joshua se había sentido obligado a explicárselo todo a Emily.

Ella lo entendería. Pero luego se dio cuenta de que no, Emily no lo entendería. Emily perdería el control. Lo abandonaría, se llevaría a sus preciosas hijas. Él perdería su casa. Sus padres se morirían de la vergüenza. Después, sin duda, las fotos acabarían delante de las narices de sus jefes de la universidad. Su carrera como profesor se acabaría y el escándalo arruinaría también su consulta.

Pasaron unas semanas antes de que volvieran a ponerse en contacto con él. La llamada telefónica había durado veinte minutos y las instrucciones habían sido claras. Él le había dicho a Emily que se iba a un seminario. Alguien había

fallado en el último momento y lo necesitaban.

Aquel fue el principio de bastantes seminarios inesperados que alejaban a Joshua de su casa durante semanas seguidas. Nunca supo quién era en realidad su jefe. Le pagaban generosamente, y él intentaba no pensar demasiado en lo que le estaban obligando a hacer.

Las sesiones tenían lugar en unos grises edificios anónimos en la otra punta del país. Casi siempre era lo mismo. Un coche lo recogía en el aeropuerto, los hombres trajeados lo llevaban hasta allí en silencio y lo hacían pasar a una silenciosa sala vacía

donde tenían retenidos a los sujetos. Algunos de los programas de modificación de conducta experimentales implicaban medicamentos extraños y técnicas de lavado de cerebro. A Joshua le exigían que evaluara el estado mental de los sujetos, que realizara pruebas y administrara tratamientos de los que nunca había oído hablar. Nunca supo quiénes eran esos hombres. Intentó convencerse de que todo aquello tenía que ser por el bien de su país. Pero a veces, por la noche, se despertaba empapado de sudor al recordar las cosas que había visto y que había ayudado a llevar a cabo.

Una o dos veces había intentado escapar, pero entonces volvían a aparecer las fotos y las amenazas.

Pero esta vez era diferente. Era peor. El enfoque era totalmente diferente. El lugar al que había tenido que ir, en las recónditas tierras de Montana, era oscuro y ruinoso. Todo el sistema era inadecuado. El sujeto no era un hosco prisionero que pudiera inducirle a pensar que suponía algún tipo de amenaza para la seguridad nacional. Era una simple chiquilla, y lo estaban obligando a destruirla. Jones lo aterraba. Todos lo hacían, incluso Fiorante, la alta y atractiva pelirroja, la más joven y la única mujer del equipo.

Era guapa, pero estaba seguro de que también era peligrosa.

Joshua volvió a mirar fijamente la botella que había en la mesa y supo que no podía seguir con aquello. La iba a sacar de allí. Y entonces volvería a Nueva York y se lo contaría todo a Emily. Pondría las cartas bocarriba. Ya no se preocuparía más.

Se marchó de la cafetería y continuó el viaje, planeando lo que iba a hacer. De camino, se paró en un pueblo y encontró una pequeña tienda donde compró lo que necesitaba. Lo escondió en la parte de atrás del coche. Después continuó por la larga y sinuosa carretera hacia tierras remotas.

El hotel apareció imponente ante él al aparcar el Honda cerca de la entrada. Salió del coche, cogió sus cosas y se abrochó el abrigo largo que llevaba. Luego subió con brío los escalones hasta las puertas de cristal. Marcó el código de seguridad en la pantalla de la pared, esperó a escuchar el clic y empujó la puerta para entrar.

Aquel detestable olor familiar inundaba los lúgubres pasillos. Al parecer no había nadie. Comprobó la hora, su frente estaba empapada de sudor. Tenía palpitaciones.

Subió rápidamente al último piso, a la habitación de Zoë. El mismo hombretón con traje oscuro estaba allí,

como siempre, sin dejar de mirarlo mientras se acercaba.

—¿Cómo es que lleva un abrigo tan grueso, doctor?

—Me he resfriado —contestó Joshua. Sorbió para darle credibilidad.

—Está sudando.

—Puede que sea gripe. ¿Puedo entrar?

—No está programado que la visite —dijo el agente.

—Ya lo sé —tartamudeó Joshua—, pero me dejé la BlackBerry dentro.

—De todas formas, aquí no hay señal, doctor.

—Ya, pero la necesito. Tengo cosas importantes dentro.

—Qué descuidado —comentó el agente.

—Lo sé. Lo siento.

—Un minuto —dijo el agente—. Ni uno más.

—Gracias.

Joshua sonrió ligeramente y entró por la puerta. Se cerró detrás de él y escuchó el clic del seguro.

Zoë había estado durmiendo. Se incorporó en la cama, sorprendida al verle allí de pie con el pelo hecho un desastre y sin su bata blanca habitual.

—No debería estar aquí —susurró—. Haz lo que yo te diga y no preguntes. Te voy a sacar de aquí.

El agente estaba pensando en su

pausa para el café cuando escuchó el alboroto que salía de la habitación. Ladeó la cabeza y escuchó atentamente durante un momento, luego abrió la puerta e irrumpió.

La chica estaba tumbada en el suelo al lado de la cama. Tenía las rodillas levantadas hacia el pecho y estaba temblando violentamente. El guardia se quedó mirándola fijamente.

El doctor estaba arrodillado en el suelo al lado de ella. Levantó la mirada alarmado.

—Está enferma. Muy enferma.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó el agente horrorizado.

—Algún tipo de ataque —contestó

el médico—. Se despertó cuando entré y lo siguiente que sé es que tenía convulsiones. Quédate aquí, tengo algunos medicamentos en el coche. —Se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué hago?

—No hagas nada. No la toques. Simplemente quédate con ella.

El agente se quedó allí de pie, mirándola fijamente. La chica no dejaba de temblar, rígida. Tenía el pelo húmedo. Echaba espuma por la boca. De pronto, empezó a pensar en lo que le harían por dejar que la chica se pusiera enferma durante su guardia. Le dio gracias a Dios por que el doctor

estuviera allí.

Eso fue lo último que pensó.

Joshua había salido de la habitación. Se había desabrochado el abrigo rápidamente y había sacado el bate de béisbol que había llevado metido en el cinturón, con el mango bajo la axila. Volvió a la habitación, sujetando el bate con ambas manos. Tenía la boca seca. En la universidad había sido un jugador aceptable. La idea de estrellarle un bate a un hombre en la cabeza le causaba horror, pero no tenía elección. Se balanceó para coger impulso y sintió la horrible vibración sorda que bajaba por el mango. El agente se desplomó en el suelo, bocabajo.

Zoë se levantó con movimientos torpes, escupiendo espuma y trozos sin disolver de comprimido efervescente. Se quedó mirando horrorizada el cuerpo despatarrado del agente.

—Date prisa —susurró Joshua. Soltó el bate. Se quitó el abrigo y se lo echó a Zoë por los hombros. La cogió del brazo, la sacó de la habitación y cerró la puerta al salir.

Zoë miraba frenéticamente en todas direcciones mientras él la conducía por el pasillo hacia la escalera de servicio que al parecer nadie utilizaba. Estaba débil por el cautiverio y la falta de ejercicio, y respiraba con dificultad mientras bajaba corriendo la escalera.

Joshua la agarró más fuerte del brazo. A él también le latía el corazón frenéticamente.

En el rellano siguiente, Joshua echó un vistazo por las puertas contra incendios y vio que el pasillo estaba vacío. Tiró de su brazo y entraron corriendo. Ella se tropezó y él la ayudó a levantarse.

—Más despacio —dijo ella casi sin voz.

—No puedo. Tenemos que salir. Ya queda poco.

Se abrió una puerta lateral y, de pronto, tenían delante a la agente Fiorante. Los dos se pararon en seco, con los ojos como platos.

Pero la mujer no se movió. No dijo nada.

Algo le decía que tenía que seguir corriendo. Continuó rápidamente, arrastrando con él a Zoë.

—Nos ha visto —dijo presa del pánico.

Él no contestó. El vestíbulo de entrada estaba justo delante. Ahora corría lo más que podía.

Diez metros para llegar al vestíbulo. Cinco.

Ya tenía la mano en el frío metal del tirador de la puerta principal.

Entonces, una voz atravesó el vacío edificio.

—¿Adónde cree que va, doctor?

Joshua se giró. Jones estaba de pie en el pasillo, a pocos metros de él. A su lado estaba Fiorante. Dos agentes más venían corriendo por detrás, con las pistolas en la mano.

Joshua sacó las llaves del coche del abrigo y se las puso a Zoë en la mano.

—El Honda azul —dijo jadeando—. Vete. Sal de aquí. Ahora.

Él sabía que no iban a disparar a Zoë. Lo que le pasara a él le daba igual, ya no le importaba.

Jones avanzó un poco, con la pistola a un lado.

Zoë dudó.

—¡Vete! —le gritó Joshua.

—No tienes adónde escapar, Zoë —

le dijo Jones tranquilamente mientras se acercaba. Estaba sonriendo—. Ahí fuera te espera una jungla. Estás más segura con nosotros.

Zoë estaba petrificada en la puerta de entrada. Miró a Joshua con impotencia, y luego a los agentes. La mujer no la miraba a los ojos.

Entonces Jones dio tres pasos más y ella gritó cuando sus fuertes dedos la agarraron por la muñeca y la apartaron de la puerta con un fuerte tirón. La arrojó a los brazos de los otros dos hombres. Zoë forcejeó y pataleó, pero estaba débil. La cogieron de los brazos mientras Jones se giraba hacia Joshua Greenberg.

—No le hagas daño —suplicó Zoë—. No...

Mientras los dos agentes la arrastraban por el pasillo, escuchó un disparo y, al girarse, vio la sangre que salpicaba la puerta de cristal y al doctor desplomarse a los pies de Jones.

Gritó todo el camino de vuelta a la habitación.

GEORGIA

Apenas pasaban unos minutos de la una y media del mediodía cuando Ben se marchó de la casa de Cleaver y se escabulló entre la multitud. Todavía se estaban celebrando algunas competiciones menores, pero al haber terminado el acontecimiento principal, el público estaba disminuyendo. Vio que la señorita Vale estaba cerca de la carpa, hablando con los reporteros.

La mujer no se dio cuenta de que

Ben había vuelto discretamente al aparcamiento. Él se sintió mal por escabullirse sin despedirse y sin dar explicaciones, pero necesitaba estar solo para pensar.

Subió al Chrysler y condujo sin rumbo, un poco al oeste y un poco hacia el sur. Cruzó el río Altamaha. Atravesó tierras de cultivo, pasó por chozas ruinosas y ondulados graneros, por enormes campos abiertos donde la tierra era fértil y roja bajo el sol abrasador. Pasó por zonas de caravanas donde grupos de gentuza le hacían gestos desde el borde de la carretera. Después de una hora, estaba perdido en las profundidades del país sin tener ni idea

de dónde se encontraba.

Condujo sintiéndose paralizado y derrotado. Ya había cometido errores en su vida, pero esta vez se había equivocado por completo; no podía estar más equivocado ni más alejado de la verdad. Se había sentido muy seguro de que iba por buen camino con Clayton Cleaver. Lo único que sabía ahora era que aquel hombre era un granuja, un timador y un oportunista. Pero eso no lo convertía ni en un secuestrador ni en un asesino.

Intentó darle un poco de sentido al enorme lío que tenía en la cabeza. Pero solo tenía preguntas, muchas preguntas, dando vueltas y vueltas, sin el mínimo

atisbo de una respuesta. ¿Seguía Zoë con vida? Quizá estuviera todavía en Corfú. ¿Había ido hasta los Estados Unidos para nada? Había dado por supuesto lo que le había dicho Kaplan. Quizá eso también había sido un error.

Pensó en la pieza de cerámica que Zoë había descubierto y utilizado para chantajear a Cleaver. Le había dicho a Skid McClusky que la profecía la haría rica. ¿Qué había descubierto? Si podía demostrar lo que afirmaba, el impacto en la teología cristiana sería masivo. Cleaver había tenido toda la razón: los estudiosos revisionistas llevaban años esperando los argumentos necesarios para echar por tierra que el Apocalipsis

era un texto bíblico legítimo. Pero las consecuencias iban mucho más allá de arruinarle la carrera a un desconocido orador bíblico sureño. Aquello podía suponer el acontecimiento más grande en años, tan importante como los manuscritos del mar Muerto o el sudario de Turín. Puede que incluso más importante, si aquello obligaba a una seria revisión de la mismísima Biblia.

Continuó planteándose las mismas preguntas. ¿Quién más se sentiría amenazado por el descubrimiento de Zoë, lo bastante como para llegar a esos extremos con tal de ocultarlo? ¿El objetivo era ocultarlo? Quizá el descubrimiento de esas antiguas tablas

de cerámica tenía otro valor intrínseco. ¿Se trataba de un valor económico por el que alguien estaba dispuesto a matar?

No estaba haciendo más que conjeturas. Navegaba a la deriva en un mar de posibilidades. Tenía que actuar, y rápido. Pero no sabía qué hacer ni adónde ir. ¿Volver a Grecia con la esperanza de unir las piezas y que Stephanides no volviera a atraparlo? ¿O simplemente volver a Oxford y admitir el fracaso y enfrentarse al hecho de decirles a los Bradbury que habían perdido a su hija? Era un desastre.

El repentino y agudo sonido de una sirena lo devolvió rápidamente a la realidad. Un coche de policía ocupó el

espejo retrovisor, la barra de luz del techo lanzaba destellos rojos y azules que atravesaban el polvo que cubría la ventanilla de atrás. Dio otro estallido chirriante, Ben soltó un taco y puso el intermitente para apartarse a un lado. Paró, haciendo crujir la tierra del suelo, y el coche de policía se detuvo detrás de él. El polvo envolvía los dos vehículos. Miró por el espejo, vio que las puertas se abrían y que del coche salían dos polis, que se acercaban por ambos lados del Chrysler.

No se trataba de un control rutinario, ni de una multa por exceso de velocidad. Los polis tenían las armas preparadas. El de la izquierda había sacado un

revólver del cinturón. El de la derecha sujetaba una escopeta de corredera de cañón corto. Aquello iba en serio. Los polis estaban actuando según instrucciones concretas, y fuera lo que fuera lo que les habían dicho sobre él, los había puesto de los nervios.

Ben se quedó sentado tranquilamente con las manos en el volante, observándolos, pensando rápido. ¿Por qué lo querrían coger? ¿Qué sabían?

El poli del revólver se acercó a la ventanilla y le hizo un gesto con el dedo. Ben bajó la ventanilla y lo miró. Era joven, de veintitantos años. Tenía los ojos redondos y la mirada nerviosa.

—Apague el motor —le gritó.

Ben estiró el brazo muy despacio y giró la llave. Silencio, excepto por el chirrido de las cigarras.

—El permiso —dijo el poli—. Con calma.

Ben introdujo la mano con cuidado en el bolsillo y sacó su permiso de conducir. El poli se lo quitó de las manos, lo miró durante un breve instante y le hizo un gesto de confirmación al que llevaba la escopeta, como diciéndole: «Es él, correcto». Ahora parecía incluso más asustado.

—Salga del coche —gritó—. Las manos donde pueda verlas.

Ben abrió la puerta y salió despacio. Mantuvo las manos levantadas sin dejar

de mirar al poli a los ojos, evaluándolo. El joven oficial tenía un subidón de adrenalina, tenía el rostro tenso y crispado. La boca del arma temblaba ligeramente mientras apuntaba al pecho de Ben.

El revólver estaba a medio metro de distancia. Era un Smith & Wesson modelo 19. Había dos modos de dispararlo. Con el mecanismo amartillado, solo hacía falta un ligero movimiento del dedo para soltar el percutor. La alternativa era el modo de doble acción, simplemente apretando el gatillo para hacer girar el cilindro y traer de vuelta el percutor para disparar. Pero eso requería un tirón fuerte, y Ben

sabía que a no ser que el revólver del poli hubiera sido especialmente trabajado por un armero, el modelo 19 tenía una acción muy dura. Más esfuerzo significaba necesitar más tiempo para disparar.

El revólver no estaba amartillado. Y eso le decía a Ben que tenía como medio segundo más para intervenir, inmovilizar al poli y quitarle el arma. Luego, como otro medio segundo para encargarse del de la escopeta. No los heriría gravemente, solo los dejaría fuera de circulación durante un rato.

Pero eso supondría todo tipo de problemas que no quería.

—¿Qué ocurre? —dijo

tranquilamente en su lugar.

El poli señaló el coche con la pistola.

—Contra el coche. Las manos en el capó.

Ben suspiró con exasperación, extendió los brazos y apoyó las manos sobre el caliente metal del Chrysler. El de la escopeta lo cubrió a tres metros. El otro volvió al coche de policía y empezó a hablar por la radio con gestos nerviosos e inquietos.

Ben escuchó el sonido de neumáticos en la tierra y el tenue estruendo de motores V8. Sin despegar las manos del coche, estiró el cuello para mirar. Dos Chevrolet todoterrenos

grandes y negros se estaban acercando por detrás del coche de policía, levantando nubes de polvo. La luz del sol se reflejaba en los cristales tintados de los vehículos.

Las puertas se abrieron. Ben contó cinco personas, dos hombres y una mujer de un coche y dos hombres más del otro. Todos iban elegantemente vestidos con trajes oscuros. El más mayor era el tipo que caminaba delante con gesto hosco, el pelo impecablemente peinado hacia atrás y gafas oscuras. Tenía unos cincuenta años, era alto y delgado. Estaba sonriendo, mostrando una dentadura desigual. La más joven era la mujer. Debía de tener unos treinta

y cinco, con rasgos marcados y el ceño fruncido. Llevaba la melena pelirroja recogida detrás, ligeramente despeinada por la cálida brisa.

El tipo que iba delante les mostró una placa a los dos polis.

—Agente especial Jones. Ya nos encargamos nosotros, agentes.

Los polis se quedaron mirando la placa como si no hubieran visto una en su vida. Bajaron las armas.

Jones avanzó hacia uno de los agentes, que se acercó a la puerta del copiloto del coche de Ben, la abrió de un tirón y cogió la bolsa de lona del asiento. Jones sacó un par de guantes quirúrgicos de látex del bolsillo de la

chaqueta y se los puso antes de cogerle la bolsa al agente y buscar dentro.

—Bueno, mirad lo que he encontrado —dijo Jones riéndose mientras sacaba el Linebaugh 475. Dejó la bolsa en el suelo y giró el gran revólver con los guantes puestos, admirándolo. Abrió el punto de carga, giró el cilindro. Luego le dio vueltas alrededor del dedo, como un vaquero, y uno de los otros agentes se rió. Jones se giró hacia Ben con una sonrisa guasona.

—Es un buen revólver.

Ben no contestó. No podía dejar de pensar a toda velocidad.

Todos los agentes se acercaron. La mujer tenía la mirada clavada en Ben y

al mirarla, por un instante, creyó notar una especie de vacilación en su cara. Ya no tenía el ceño fruncido.

Jones sacó su teléfono y marcó.

—Soy yo. Buenas noticias. Tenemos a tu señor Hope justo aquí. Vale.

Ben frunció el ceño. Aquel era un procedimiento raro.

Jones cerró el teléfono y se volvió hacia los dos polis.

—Creo que no los necesitaremos más, agentes —dijo, despidiéndolos con un gesto.

Los polis se miraron el uno al otro y empezaron a andar hacia el coche de policía. Ya tenían las manos en el tirador de la puerta y estaban a punto de

entrar cuando pareció que a Jones se le ocurría algo en el último momento y los llamó.

—Un momento, agentes. Solo una cosa más.

El poli más joven lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué?

Jones volvió a sonreír, una sonrisa de complicidad que hizo que todo su rostro se tronchara y sus ojos se convirtieran en dos finas líneas.

Miró el revólver 475 que tenía en la mano.

Luego tiró del percutor con el pulgar, subió el revólver a la altura del hombro y disparó al más joven justo en

la cara desde diez metros de distancia.

*RESIDENCIA de Richmond**Montana*

Con un rechino de poleas y gruesas cadenas metálicas, el teleférico planeó suavemente sobre el abismo. El frío viento de la montaña silbaba alrededor y zarandeaba la cápsula metálica hasta hacer que el suelo vibrara bajo los pies de los dos hombres que había en su interior.

A Irving Slater le encantaba estar

allí arriba. Suspendido en las alturas sobre el valle rocoso, observaba los kilómetros que lo rodeaban con una agradable sensación de invulnerabilidad. Se sentía como un águila que, posada en lo alto de la montaña, disfrutaba de su vista panorámica. Eso es lo que hacían las aves de presa, situarse en un lugar montañoso, inspeccionar su territorio desde una posición de control total. Allí arriba nadie podía tocarle, ni escuchar conversaciones confidenciales. El rugido del viento impedía que llegara cualquier señal, incluso del aparato de escucha más sofisticado. Slater era un fanático de la vigilancia y, aunque había buscado micrófonos ocultos cientos de

veces y nunca había encontrado nada, aquel era el único lugar en el que se sentía cómodo para tratar asuntos importantes.

El recorrido del teleférico era de quinientos metros y cubría el tramo desde la plataforma de embarque cerca de la casa de Richmond hasta la zona de aterrizaje al otro lado del valle. Tenía un dispositivo de control remoto que le permitía guiar el teleférico desde dentro, alejarlo tanto como quisiera y luego dejarlo colgando a tres metros de altura como si fuera la última manzana del árbol.

A aquel lugar ya no iba nadie. Dirk Richmond, el padre de Bud, se había

gastado mucho dinero en la instalación de todo el sistema del teleférico muchos años atrás, poco después de comprar el terreno de quinientas hectáreas junto a las montañas Rocosas, para que su familia pudiera acceder a la pista de esquí desde el valle. Pero ni la madre de Bud ni el indolente necio habían mostrado nunca mucho interés en las actividades saludables al aire libre, y el viejo Dirk se había ido a la tumba hacía mucho tiempo. Fue un hombre muy rico, pero también amargado y decepcionado, en gran parte gracias al indolente gandul de su hijo.

Slater apuntó con el mando a distancia hacia la cabina de control y

apretó el botón rojo que había en el centro. Se escuchó un ruido sordo de acoplamiento y poleas en el techo, y el teleférico vibró hasta detenerse. Slater se metió el mando en el bolsillo del abrigo y miró un momento el valle por la ventana de plexiglás, con las manos en la barandilla, dejando que su cuerpo se meciera por el suave balanceo del teleférico provocado por el azote del viento.

Luego se volvió hacia su socio y sonrió al ver el nerviosismo sudoroso en el rostro del hombre.

—Ya tendrías que estar acostumbrado.

—Este lugar me da escalofríos.

La sonrisa de Slater desapareció de repente.

—Infórmame sobre los avances —le exigió.

El socio se encogió de hombros, nervioso.

—Bradbury todavía no ha dicho gran cosa. Seguimos trabajando en ello.

—Eso es lo que dijiste la última vez. ¿Por qué la seguimos manteniendo con vida? Y supongo que todavía no habéis localizado al abogado.

—¿McClusky?

—¿Es que habéis dejado que se os escape de las manos otro abogado que pueda saber dónde ha escondido Bradbury las pruebas y sea capaz de

acabar con nosotros?

—Seguimos buscando.

Slater le clavó la mirada.

—Más te vale. ¿Tan difícil es? ¿Qué hay de Kaplan y Hudson? Venga, sorpréndeme. Dime que han aparecido.

—Todavía no. Y tengo el presentimiento de que no van a volver.

Slater hizo un gesto despectivo y miró el valle montañoso con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿no tienes nada bueno que contarme? —Sacó una chocolatina del bolsillo y rompió el envoltorio—. ¿Quieres una?

El socio negó con la cabeza y tosió nervioso.

—Hay una novedad. —Cogió el maletín que tenía entre las piernas y le pasó a Slater una fina carpeta de cartulina.

Slater masticó y abrió la carpeta. En lo primero que se fijó fue en una foto de pasaporte ampliada de un hombre rubio de unos treinta y pico años.

—¿Quién es?

—Se llama Hope. Benedict Hope. Es inglés. Hace unos días, nuestros agentes informaron de que estaba en Corfú, en las islas griegas. Fue hasta allí para reunirse con Palmer. Como ya sabes, Palmer estaba allí...

—No necesito una clase de historia —soltó Slater—. Palmer estaba allí

para buscar a Bradbury y habló con un gilipollas griego. Ya lo sé. Pero pensaba que ya os habíais ocupado de eso.

—Eso pensábamos también. Conseguimos enmascarar el ataque a Karapiperis y la bomba como la represalia de una banda de narcotraficantes. Pero este tipo, Hope, se escapó. Ya lo sabíamos por Kaplan y Hudson, pero acabamos de averiguar quién es.

Slater dejó a un lado la foto y pasó rápidamente con el dedo las hojas que había debajo. Los informes militares de Palmer y Hope. Primero fue directamente al de Palmer. Al echarle un vistazo al texto, no pudo evitar subir las

cejas. El informe de Hope era mucho más largo, y le llevó más tiempo. Para cuando terminó de leerlo, ya tenía la alarma instalada en el pecho. Levantó la mirada.

—¿Has leído esto?

El socio asintió.

—Extraordinario. El comandante más joven que ha tenido el SAS 22. Las condecoraciones le salen hasta por el culo. Lo mismo es un puto héroe que un asesino testarudo y despiadado.

—Hemos intentado averiguar más sobre él, desde que dejó el ejército —dijo el socio—. No hay mucha cosa. Trabaja de asesor de respuesta ante situaciones críticas, viaja mucho, es

difícil de atrapar. Pone mucho empeño en ocultar su rastro. Ni siquiera tenemos la dirección de su casa.

—Asesor de respuesta ante situaciones críticas —repitió Slater en voz baja—. Una terminología muy poco precisa. Abarca demasiado.

—Creemos que ha eliminado a Kaplan y a Hudson.

—Eso tendría sentido. —Slater cerró la carpeta—. ¿Qué coño está pasando aquí? ¿Por qué hay dos exagentes del SAS siguiéndole la pista a una maldita académica de arqueología? ¿Por qué hay un tipo como Hope involucrado en todo esto?

—No lo sabemos. Puede que esté

trabajando con Bradbury.

Slater levantó la mirada bruscamente.

—Entonces podría saberlo todo. Bradbury y él podrían estar trabajando juntos en esto. Podrían ser compañeros, por lo que sabemos.

—Es posible.

Slater puso una mirada feroz.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que si la situación ya estaba jodida, ahora lo está todavía más. Tenemos a un exoficial de las fuerzas especiales por ahí suelto, que está eliminando a nuestros agentes y puede que ahora sepa todo lo que saben Bradbury y McClusky. En otras

palabras, hemos pasado de ocuparnos de un picapleitos gorrón y una chiquilla asustada a vérnoslas con una puta máquina entrenada para matar, que es, como mínimo, el equivalente de cualquier soldado instruido por el ejército estadounidense. Te das cuenta, ¿no?

—Sí, me doy cuenta —contestó el socio débilmente.

—¿Y tenemos alguna idea de dónde podría estar ese cabrón?

—Ahora iba a eso. Está aquí.

—¿Qué quieres decir con que está aquí?

—Pasó por el control de inmigración en Atlanta, hace dos días.

Slater agachó la cabeza por la frustración.

—¿Me vas a decir que la CIA no lo ha podido atrapar?

—No llegamos a tiempo al aeropuerto. Se escapó.

Slater miró fijamente a su socio con gesto serio. Movi6 la cabeza en se6al de indignaci6n.

—Tenemos que ser cuidadosos — dijo el socio—. No se trata precisamente de asuntos oficiales de la agencia, Irving. Y Hope no es un tipo normal y corriente que digamos.

—Os estoy pagando mucho dinero —dijo Slater—. Es un hombre. Un solo hombre. Tienes a docenas de personas

en nómina, y acceso a por lo menos cien más. ¿Tan inteligente es? ¿O es que vosotros sois unos ineptos?

El socio estaba empezando a perder los estribos.

—Hemos hecho todo lo que nos has dicho. Cogimos a Bradbury. Nos encargamos de Karapiperis. Conseguimos a Herzog para la bomba. Todo eso no es tan fácil. No es como organizar una rueda de prensa. Un simple error, y nos hundimos todos.

Slater resopló con gesto burlón.

—Si hubiera sabido la panda de inútiles que sois, le habría pagado a Herzog para que se encargara de todo.

—Es un mercenario —protestó el

socio—. No cree en nada.

—¿A mí qué coño me importa en lo que crea? Como si el cabrón quiere ser un adorador de Satanás.

—Este asunto no va por ahí.

Slater lo miró con compostura.

—Ah, ¿tú crees que esto va de hacer la obra de Dios? Déjame que te diga que esto son negocios, por encima de todo. Herzog hace el trabajo y no va dejando pistas que hasta un ciego podría seguir.

El socio estaba a punto de contestar cuando le sonó el teléfono. Se alejó de Slater y contestó, en voz baja. Levantó las cejas.

—¿Estás seguro? —dijo—. Vale. Ya sabes lo que hay que hacer.

Cerró el teléfono y se giró hacia Slater con una sonrisa triunfal.

—¿Y bien?

—Era Jones. Tenemos a Hope.

Slater sonrió por primera vez en toda la conversación.

—Así me gusta. Muy bien. Ahora tráeme a ese cabrón y hagamos que hable.

—Sabes que yo no puedo estar —dijo el socio—. No me puede ver.

—No, pero yo sí que estaré. Quiero conocer a ese tipo.

—Yo no estoy tan seguro de eso.

—Ah, sí —insistió Slater—. Y luego quiero acabar con él.

GEORGIA

La explosión perforó el aire como un punzón. La cara del poli se desintegró en un amasijo rojo y su cuerpo salió propulsado hacia atrás por el impacto de la enorme bala. Cayó al suelo agitando las piernas.

A continuación, Jones amartilló el revólver 475 por segunda vez y disparó al otro policía sin darle tiempo de reaccionar. La bala le dio en el pecho, provocando que el corazón y los

pulmones reventaran y salieran por la espalda atravesándole la columna. La sangre salpicó el parabrisas del coche de policía. El poli se desplomó en el suelo sin hacer ruido.

Durante un momento, nadie se movió.

El estallido del revólver recorrió el campo abierto. Los dos polis yacían inmóviles. Jones les dio la espalda.

Ben miró fijamente a Jones y luego a los demás agentes. Uno de ellos estaba sonriendo. Dos permanecían impasibles. Luego observó la expresión de horror en el rostro de la mujer. No se lo esperaba.

—Menudo culatazo que tienen estas cosas —dijo Jones pensativo,

sopesando el gran revólver. Se quitó las gafas de sol y le clavó a Ben una mirada irónica—. Me parece que está de mierda hasta el cuello, señor Hope.

Ben se alejó del Chrysler. Señaló a los dos polis muertos.

—¿Por qué has hecho eso?

—Yo no he hecho nada —dijo Jones—. Lo has hecho tú. Todos lo hemos visto. Es tu revólver, tus huellas están por todas partes.

—¿Qué queréis de mí?

Jones sonrió.

—Respuestas. Pero aquí no.

Se acercó a Ben. Ya no sonreía. Volvió a amartillar el revólver y se lo puso en la cara.

—Estás detenido, asesino de polis.

Ben observó a los demás agentes. Cinco fuera, al menos dos más detrás de los cristales tintados de los coches. Calculó distancias, posiciones, el lenguaje corporal. Miró a Jones, le echó un vistazo rápido a la boca del arma y volvió a mirarlo. Era la segunda vez en pocos minutos que alguien le apuntaba así. Había dejado que el poli joven lo hiciera, pero a aquel tipo no se lo iba a tolerar.

Además, Jones acababa de cometer un gran error táctico. Quizá estaba demasiado acostumbrado a apuntar a la gente a la cara con una corta y gruesa Glock o con una SIG. O quizá se estaba

pavoneando y presumiendo delante de los demás, como una especie de héroe de película. Pero el cañón del revólver de caza era largo y eso suponía que la boca estaba a solo diez centímetros de la cabeza de Ben.

Una de las primeras lecciones que le habían enseñado, muchos años atrás, era que nunca había que sostener un arma demasiado cerca de otro tipo. Eso solo daba problemas. Un tirador militar experto se mantendría apartado y guardaría cierta distancia entre él y su enemigo, con el fin de evitar cualquier intento de movimiento de desarme. Y los movimientos de desarme eran algo que le habían inculcado a Ben en sus

continuas instrucciones. Le habían salvado la vida en más ocasiones de las que quisiera acordarse.

Se lo planteó durante un instante. ¿Sería capaz de lograrlo?

Son agentes del Gobierno de los Estados Unidos, y son cinco. No lo conseguirás.

Dudó.

A la mierda, hazlo.

El movimiento le llevó menos de un segundo. Cogió la punta del cañón y lo empujó bruscamente hacia la cara de Jones. El extremo curvado de la culata de ébano del revólver le dio al agente

directamente en los dientes y se los aplastó dentro de la boca.

Jones gritó, escupiendo sangre. Ben tiró del arma y se la quitó de las manos. Jones cayó de espaldas al suelo, retorciéndose y agarrándose la cara, los dientes le salían de entre los dedos.

Entonces, antes de que nadie pudiera reaccionar, Ben se tiró al suelo, rodó rápidamente, cogió su bolsa y agarró el tirador de la puerta del Chrysler. La abrió y se puso detrás, utilizándola como escudo, justo cuando los agentes sacaban sus armas.

Hubo una descarga confusa de tiros. Las balas impactaban en la puerta.

Amartilló el arma y estuvo a punto

de disparar, pero dudó. ¿Realmente quería eso? Implicarse en un tiroteo con agentes del Gobierno suponía meterse en un buen lío, y no contaba con eso. No quería herir a nadie si no era necesario.

Pero algo le decía que tenía que hacerlo. Tenía a uno de los agentes en la línea de tiro. No tenía sentido disparar para simplemente herir con un arma así. Si le daba en el hombro, le arrancarían el brazo y, de todas formas, lo mataría, moriría desangrado y por el impacto. Le disparó, justo en el centro del cuerpo. La pistola tronó y reculó violentamente, y el objetivo se desplomó como un árbol.

Un revólver de cinco tiros. Quedan dos

cartuchos.

Los disparos seguían agujereando la carrocería del Chrysler. Ben se medio incorporó detrás de la puerta acribillada a balazos. La mujer le estaba apuntando con el arma. Lo tenía en el punto de mira. Solo tenía que apretar el gatillo.

Pero pensó que no sería capaz. Así que, en lugar de dispararle a ella, le disparó al agente que tenía a su lado. La bala hizo que el tipo girara violentamente hacia atrás y se estampara contra uno de los grandes todoterrenos.

Dos agentes más habían salido de los Chevrolet negros y estaban sacando las armas de las pistoleras.

Es el momento de largarse.

Ben se metió de un salto en el Chrysler y se echó en el hueco para los pies. Giró la llave, lo puso en marcha, con una mano agarró el volante y con la otra pisó a fondo el acelerador. El enorme coche avanzó dando violentos bandazos, con la puerta abierta aleteando. Condujo a ciegas unos veinte metros, sin levantar la cabeza, mientras las balas se estrellaban contra la carrocería y destrozaban las ventanillas, y los cristales rotos lo salpicaban. Se subió al asiento cuando el Chrysler viró violentamente hacia la carretera.

Los agentes volvieron corriendo a

los coches. La mujer estaba ayudando a Jones a ponerse de pie. Y entonces, las ruedas de los todoterrenos negros comenzaron a girar en la tierra y fueron tras él.

El ondulante camino rural estaba vacío y Ben ocupaba toda la carretera, dando bandazos a izquierda y derecha mientras el pesado coche se torcía en su ligera suspensión. El parabrisas era una opaca maraña de grietas. Lo golpeó con el cañón del revólver para quitar los cristales destrozados. El viento se introdujo en el coche con un rugido. Una recta se extendía ante él. La aguja subía. Ciento veinte. Ciento cuarenta.

Seguían justo detrás de él. Solo

quedaba un cartucho en el revólver. No era un arma que pudiera recargar en movimiento, como cualquier otra automática moderna. Era una pistola de caza. La pistola de un hombre paciente. Cada casquillo tenía que expulsarse a mano y hacer la recarga de uno en uno. No era nada práctico.

Un disparo retumbó y Ben se agachó cuando el retrovisor lateral y la mayor parte de la ventanilla salieron volando en un torbellino de fragmentos de plástico y metal. Echó un vistazo por encima del hombro y vio al agente asomado por la ventanilla de uno de los todoterrenos, con el viento azotándole el pelo y la ropa, que volvía a apuntarle

con una gruesa escopeta. Otro disparo, y un montón de perdigones de plomo atravesaron el Chrysler y arrancaron un trozo del asiento del copiloto.

Ben giró bruscamente, cruzando la carretera, y se colocó detrás de él con el revólver. El último cartucho. Disparó sin apuntar. El revólver con retroceso por poco le arranca la mano cuando la enorme bala atravesó violentamente lo que quedaba de la luna trasera y se estrelló contra la parte delantera del todoterreno. Por el espejo, vio que el gran vehículo derrapaba, giraba a ambos lados y daba una vuelta de campana. El tirador de la escopeta salió despedido por la ventanilla cuando el coche volcó,

los restos se desparramaron por la carretera. El segundo vehículo lo esquivó y continuó.

Ben no había conducido así en su vida. Resonaron más disparos. La estrecha carretera formaba una curva más adelante, había árboles y arbustos a ambos lados. Se metió por allí con el Chrysler.

Un anciano llevaba una mula por la carretera, justo delante de él.

De manera instintiva, giró el volante y el coche se alejó de la carretera. Se estrelló contra el follaje. Las ramas se clavaron en las ventanillas rotas. Casi se sale del asiento por la vibración del impacto mientras el Chrysler bajaba

volando por un terraplén.

Durante un segundo, creyó ver un camino, y que conseguiría llegar.

Pero entonces, ya demasiado tarde, vio el tronco caído. No había nada que hacer.

El Chrysler todavía iba a unos ochenta kilómetros por hora cuando se estampó contra el tronco. Ben chocó violentamente contra el airbag. La parte trasera del coche se elevó, con las ruedas todavía girando y el motor rugiendo. El Chrysler giró sobre la parte delantera y luego se desplomó sobre el techo.

El impacto lo aturdió por un instante. Le pitaban los oídos y saboreó la sangre

de los labios. Estaba cabeza abajo, inmovilizado contra el volante con el techo combado presionándole fuerte el hombro.

Pasos corriendo, un crujido de ramas. Voces. Un grito:

—¡Ahí abajo!

Le dio una patada al salpicadero, para ayudarse a salir por la ventanilla torcida. Consiguió darse la vuelta y salió a rastras del coche destrozado. Luego metió la mano por la ventanilla para coger su bolsa y el Linebaugh vacío. Aunque estuviera descargado, era mejor que ir con las manos vacías.

Estaba rodeado de densos matorrales, marañas de espinos se

extendían por todas partes, como bobinas de alambre de púas, y le arañaban las manos y la cara al luchar por escapar. Consiguió liberarse, se puso de pie tambaleándose y echó un vistazo alrededor, respirando con dificultad, con el corazón palpitando, esforzándose por concentrarse a pesar del atontamiento que le había causado el choque. Los árboles y los arbustos le tapaban la visión en todas direcciones. Le llegaban voces desde la pantalla de árboles que tenía detrás. Se colgó la bolsa al hombro y echó a correr, arañándose al pasar por los matorrales y cruzando como una flecha los estrechos huecos entre los árboles.

Apartó una rama baja y, de pronto, tenía delante a un agente, con el arma levantada. Ben no se detuvo. Se tiró al suelo y se deslizó con la pierna derecha estirada hacia delante. Le dio una patada en la rodilla y lo derribó. La 9 mm que sujetaba se disparó, la bala no dio en el blanco. Entonces Ben se echó encima de él y le golpeó fuertemente en la cabeza con la culata del revólver vacío. El agente se quedó tirado en el suelo, con la pistola todavía en la mano. Ben tiró el revólver de caza a los matorrales y cogió la 9 mm de aquel tipo. La recámara estaba llena. El tacto del peligroso acero negro era reconfortante.

Pero ahora el eco del disparo por

encima de las copas había atraído a los demás. Podía escuchar las voces dirigiéndose hacia él, y los crujidos y chasquidos al acercarse corriendo por los matorrales. Estaban cerca.

Echó a correr. La tierra roja y espesa se convirtió en barro resbaladizo al encontrarse con un arroyo. Saltó sobre las rocas y llegó gateando a la otra orilla, rastrillando el suelo con los dedos.

El bosque allí era más denso. Sorteó árboles caídos y pasó por grandes matorrales de espinos. Luego el follaje se abrió y pudo ver una colina con hierba delante. Se dirigió hacia allí, alejándose de las voces. Todavía le

quedaba una oportunidad de escapar.

Los fuertes latidos de su corazón se unieron al ruido ensordecedor de las palas de rotor. Un helicóptero irrumpió desde lo alto del montículo, ladeándose muchísimo, a solo cinco metros del suelo. Se dirigía hacia él rugiendo como un ave de rapiña, con el morro hacia abajo y la cola hacia arriba, el viento de las palas le tiraba del pelo y la ropa y allanaba un amplio círculo en la hierba. Por los laterales abiertos se asomaban dos tiradores, bien asegurados, apuntándole con fusiles automáticos. Los disparos revolviéron la tierra a sus pies. Se dio la vuelta y corrió en la dirección contraria, se tiró detrás de un árbol

caído y disparó dos tiros seguidos tres veces al helicóptero que retumbaba por encima de su cabeza hasta perforar una línea de agujeros en el fuselaje negro. La ráfaga de aire de los rotores levantaba polvo, arrancaba restos de vegetación y hacía que le lloraran los ojos. El helicóptero giró, se elevó bruscamente para evitar una fila de árboles y empezó a ladearse para entrar por otro paso.

Una pistola de 9 mm no suponía ninguna defensa contra fusiles y un helicóptero, pero era lo único que Ben tenía. Ajustó la mira en el helicóptero que avanzaba y disparó cinco veces más. No ocurrió nada. El helicóptero

seguía acercándose. Los tiradores volvían a apuntarle con sus armas. Vio el punto rojo de una mira con láser arrastrándose por su pierna, se apartó de un salto justo a tiempo. Una ráfaga de astillas salió volando del tronco incluso antes de que escuchara los disparos. Se puso de pie con gran esfuerzo y corrió a cubrirse entre los arbustos mientras las balas levantaban la tierra tras él. El helicóptero pasó por encima de su cabeza. Corrió rápido y a ciegas por los matorrales, sorteando las rocas y los surcos. Se tropezó dos veces y casi se cae. Los espinos le arañaban las manos al apartarlos para abrirse paso y entonces, de pronto, llegó a un claro.

Pero no estaba solo. Dos agentes lo habían adelantado. Estaban a cinco metros, gritándole que se detuviera; un revólver y una escopeta de calibre doce le apuntaban directamente a la cabeza.

Por un instante, aquello se convirtió en un callejón sin salida. Ben continuó apuntándoles, moviendo el arma de uno a otro. Estaba pensando a toda velocidad. Disparar primero al de la escopeta. El tipo de revólver seguramente dispararía, pero una sola bala era más probable de esquivar que la devastadora lluvia de perdigones de una escopeta de cañón corto a esa distancia.

Pero un segundo después, las

probabilidades fueron aumentando rápidamente al ir apareciendo más agentes de entre los arbustos. La mujer estaba a su derecha, a las tres en punto. Jones estaba a las diez en punto. Luego apareció otro tipo detrás de los dos primeros. Cinco contra uno. Con un círculo de pistolas apuntándole, no había escapatoria ni más opciones.

Tiró el arma y subió las manos.

La mujer lo miraba con el ceño fruncido por encima del cañón de su pistola. Sus ojos parecían decirle que había hecho lo peor para él al escapar. Y parecía preocupada por eso. Ben no entendía por qué, pero de algún modo sabía que ella no quería estar allí y que

deseaba que aquello no estuviera pasando.

Los ojos de Jones ardían de furia entre la sangre de su rostro. Dio una orden confusa y dos de los agentes agarraron a Ben por los brazos y lo lanzaron al suelo lleno de hojas. Sintió el pellizco de un cable de plástico alrededor de las muñecas. Una rodilla en la espalda y el duro acero de una pistola contra la cabeza. Luego un pinchazo cuando alguien le clavó una aguja.

—Vas a dormir como un tronco durante un buen rato, cabrón —escuchó que decía Jones con los labios destrozados.

A continuación, Ben se fue sumergiendo en un oscuro pozo y las voces se convirtieron en un eco que poco a poco se apagó hasta desaparecer.

TRAS lo que pareció un milenio vagando a la deriva en un universo de pesadillas y sueños inconexos, Ben se despertó bruscamente por el sonido de unas voces. Se incorporó de golpe y de lo primero que se percató fue de que estaba tumbado en un colchón sin sábanas arrinconado en una sombría habitación. Lo siguiente de lo que se dio cuenta fue de que tenía las muñecas encadenadas a la pared. Miró las esposas de acero que le pellizcaban la carne. Siguió con la mirada las largas

cadenas desde la muñeca izquierda, subiendo por la pared llena de marcas y rodeando la robusta tubería de metal, hasta acabar en la muñeca derecha. Tiró de la cadena. La tubería era sólida.

Su reloj marcaba las ocho y treinta y seis de la tarde. Cinco horas y media desde que lo atraparon. ¿Dónde coño estaba?

Empezó a orientarse conforme se iba despejando. Estaba prisionero en lo que parecía una especie de cámara frigorífica para guardar carne. No había ventanas, solo una puerta con una placa de aluminio remachada. Daba la impresión de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que se había

utilizado para almacenar algo. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y de las paredes colgaban telarañas. Aquel lugar estaba impregnado del olor a humedad y ratas característico de un edificio que ha permanecido vacío durante años.

Las voces que llegaban de afuera se oían cada vez más alto. Pasos. Sombras en la raya de luz bajo la puerta de metal. Se escuchó el sonido de un candado, luego la puerta se abrió con un ruido metálico y dos grandullones entraron a grandes zancadas. Uno era delgado y fuerte, se le marcaban las venas de las manos, que parecían garras, y llevaba el pelo canoso cortado al rape. El otro

parecía un levantador de pesas fracasado que se hubiera pasado el mismo tiempo comiendo hamburguesas con queso que levantando pesas, ciento treinta y cinco kilos de músculo mantecoso coronado por una minúscula cabeza calva con una perilla oscura.

Ambos vestían traje oscuro, camisa blanca y una sombría corbata. No iban a correr ningún riesgo. El enjuto y fuerte se quedó de pie a unos metros de distancia y apuntó a la cabeza de Ben con su pistola mientras el musculoso se acercaba a él, se agachaba con cuidado y abría la esposa de la muñeca izquierda.

—El servicio de habitaciones de

este sitio es horrible —dijo Ben.

El tipo fornido mostró una leve sonrisa de satisfacción. Sin decir ni una palabra, le quitó la esposa de un fuerte tirón y la sacó por el extremo de la cadena a través del hueco entre la pared y la tubería.

Ben los observó. Sus movimientos eran enérgicos, expertos, profesionales. Con las manos libres, durante un instante, estuvo tentado de hacer un movimiento contra ellos. El mantecoso, lo suficientemente cerca de Ben como para que pudiera oler la grasa en su aliento, no supondría ningún problema. Pero por el modo en que el enjuto y fuerte le apuntaba con la pistola, muy

concentrado en su objetivo, con las yemas de los dedos blancas presionando el negro acero, supo que cualquier movimiento que hiciera sería también el último.

El grandote lo agarró de la muñeca que tenía libre y volvió a ponerle la esposa, tan apretada que le dolió. Luego estiró el brazo, agarró a Ben de la camisa con la mano rolliza y lo levantó de un tirón.

—Andando —dijo con voz profunda. Ben lo miró a los ojos. Tenía la mirada vacía—. Andando —repitió, empujándolo con su enorme mano.

La pistola no dejaba de apuntarle mientras salía de la cámara frigorífica y,

de pronto, se encontró rodeado de utensilios de cocina industriales.

Al igual que la cámara, la cocina parecía descuidada y abandonada. Las bolsas de basura apiladas en los rincones habían sido destrozadas hacía mucho tiempo por las ratas y ratones, la basura estaba esparcida por las baldosas polvorientas. Había más basura apilada en las encimeras y en los fregaderos, que no habían visto el agua en años. La batería de cocina y la cristalería estaban colocadas en las estanterías cubiertas de telarañas. Había un cuchillo clavado en una vieja tabla de cortar llena de moho.

Estaba en un restaurante, o en un

hotel. Dondequiera que estuviera, aquel lugar había cerrado sus puertas muchísimo tiempo antes. Hacía frío y no solo por la humedad de las paredes. ¿Dónde estaba?

Los dos hombres lo empujaron por la cocina y abrieron unas puertas dobles que conducían a un tenebroso pasillo. En la penumbra se veía la puerta metálica de un viejo ascensor de servicio. El tipo musculoso pulsó el botón de la pared y la puerta se abrió por la mitad. Ben notó la pistola en la espalda y entró.

El ascensor tenía el mismo olor putrefacto que la cocina. Ben recorrió los tres pasos hasta el rincón del fondo, se dio la vuelta y se apoyó en la pared.

La pistola que sujetaba el enjuto y fuerte seguía apuntándole a la cara desde el otro lado del ascensor. El musculoso les siguió, su peso hizo que el suelo vibrara. Pulsó el botón. El ascensor emitió un zumbido y traqueteó bajo sus pies. Ninguno dijo nada. Al llegar a la planta baja, la puerta se abrió y Ben salió de un empujón a otro pasillo. Las paredes estaban salpicadas de moho negro y el hedor asilvestrado de ratones y ratas era incluso más intenso.

—Sigue andando —dijo el tipo musculoso, que iba delante.

Ben caminaba despacio, notando la pistola en la espalda, asimilando el entorno. Lo condujeron a un segundo

ascensor y lo llevaron a la primera planta, por otro sombrío pasillo. Pasaron varias puertas. Viejas habitaciones de hotel, con los números en placas de latón ennegrecidas por la falta de lustre. El tipo musculoso se paró en la habitación treinta y seis y llamó a la puerta. Una voz contestó desde el interior; Ben escuchó pasos y entonces, la puerta se abrió.

Un hombre alto y delgado con el pelo liso estaba de pie en la puerta.

—Te conozco —dijo Ben—. ¿Qué tal tus dientes?

Jones frunció el ceño, mostrando los huecos de la boca.

—Hacedlo entrar —les ordenó a los

otros dos.

Su voz se escuchaba húmeda y distorsionada por la hinchazón de los labios. Metieron a Ben a empellones y lo sentaron de un empujón en una silla. Se quedó allí tranquilamente, con la cadena en el regazo.

Estaba en un despacho improvisado. En la habitación no había muchos muebles, únicamente algunas sillas, un escritorio barato y una mesa con un reproductor de devedés y un monitor. Supuso que no lo habían llevado hasta allí para que viera una película.

Jones cerró la puerta y se colocó en medio de la habitación, frotándose los labios y la mandíbula, con la mirada

llena de odio. Ben no reconoció al otro hombre. Estaba sentado al escritorio, con una sonrisa burlona que mostraba una blanca dentadura en un gesto casi jovial. Seguramente le faltaba poco para llegar a los cuarenta, era delgado, no muy alto, vestía ropa cara y tenía el pelo de un vistoso color rojizo. Llevaba un grueso reloj de oro en la muñeca, con el bisel salpicado de diamantes. Tenía el aspecto de un hombre inteligente que no necesita utilizar la fuerza bruta para estar al mando pero que se encuentra muy acostumbrado a dar órdenes. De alguien que siempre va un paso por delante, que lo tiene todo bien calculado por adelantado. De alguien muy peligroso.

—Bonito lugar —dijo Ben.

El hombre amplió su sonrisa.

—¿De verdad lo crees?

Su voz era nasal y gesticulaba mucho al hablar.

—Lo digo porque siendo inglés... Personalmente, creo que es un agujero de mierda. Es increíble lo que me cuesta. En cuanto haya acabado aquí, uno de mis hombres me llevará volando los ciento treinta kilómetros que me separan de la civilización.

—Veo que te gusta hablar —dijo Ben.

—Tú también hablarás —contestó el hombre. Su sonrisa desapareció convirtiéndose en un simple surco.

—Creo que no nos conocemos.

—Me llamo Slater. Creo que ya conoces al agente Jones. —Slater se sacó una chocolatina del bolsillo y empezó a quitarle el envoltorio—. ¿Te gusta el chocolate, Hope?

Ben negó con la cabeza.

—Y creo que no deberías dejar que Jones coma. Su dentista no lo aprobaría.

Jones le lanzó una mirada feroz. Slater sonrió.

—Muy bien, me gusta que tengas sentido del humor, pero no he venido aquí para reírme. No lo pongas más difícil. Créeme, será mucho más agradable si no te andas con gilipollices.

—No vas a conseguir mucho de mí —dijo Ben.

—Bueno, yo creo que sí —contestó Slater—. Comandante.

—No soy comandante. Soy estudiante de teología.

—De acuerdo. —Slater se rió entre dientes—. Entonces, el Benedict Hope que aparece en el ordenador de la CIA tiene que ser otro, con tu misma cara.

—Es la verdad —dijo Ben—. Ahora soy un simple estudiante de teología.

—Un religioso normal y corriente.

—Intento serlo —dijo Ben—. Y vosotros me estorbáis.

—¿Estuviste hablando con Clayton Cleaver sobre teología?

—Se podría decir que sí.

Slater se puso serio de repente.

—¿Por qué estás trabajando con Zoë Bradbury?

—Estáis muy alejados de la verdad. Yo no estoy trabajando con ella. La estoy buscando, pero apenas la conozco. Hasta hace ocho días, no la habría reconocido por la calle.

—Así que dos tipos del SAS recorren un largo camino hasta una isla griega buscando a alguien que casi no conocen, simplemente es eso.

Ben se encogió de hombros. No había razón para mentir.

—Como ya he dicho, soy estudiante. Su padre es uno de mis tutores. Cuando

desapareció, me pidió que fuera a buscarla a Corfú. Le dije que no, y envié a un viejo colega que necesitaba trabajo. Se encontró con problemas, así que fui para ayudarle.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. —Ben le lanzó una dura mirada a Slater—. Y entonces alguien hizo que saltara por los aires. Pensé que había sido Clayton Cleaver. Por eso fui a hablar con él. Pero me equivoqué. Ahora tengo una teoría diferente. Creo que vosotros matasteis a Charlie, al igual que matasteis a Nikos Karapiperis y a todos los demás inocentes, porque queríais saber dónde puso Zoë los restos de los ostraca con

los que estaba chantajeando a Cleaver.

Ben hizo una pausa.

—Ahora que he respondido tus preguntas, contesta tú las mías. ¿Para qué queréis los ostraca? ¿Por qué hacéis todo esto? ¿Es que a la agencia le ha dado de repente por la religión?

—Eso no te importa —dijo Slater.

—Si queríais lo que tenía, tendríais que haber pensado en preguntarle dónde lo tenía antes de matarla.

Slater frunció la boca.

—¿Qué te hace pensar que la hemos matado?

—Si estuviera viva, no necesitaríais que yo os contara nada.

—Está viva —contestó Slater—. Y

no solo eso, sino que está justo aquí. La verás muy pronto.

Ben empezó a pensar frenéticamente. *Está viva*. Había una posibilidad. Las opciones rebosaban en su cabeza, pero no dejó que Slater intuyera lo que estaba pensando.

—¿La tenéis retenida dos semanas y no podéis hacer que hable? Pensaba que erais unos tipos duros.

Jones lo señaló con el dedo.

—Nos lo vas a contar tú, gilipollas.

—Deberías mantener la boca cerrada, Jones —dijo Ben—. No es que fuera una vista precisamente bonita antes de que te machacara los dientes, pero ahora es una monstruosidad. —Se giró

hacia Slater—. Creo que ya lo pillo. Ella no sabe nada, ¿verdad?

Slater se limitó a mirarlo sin inmutarse mientras masticaba la chocolatina.

—El escúter que alquiló en Corfú desapareció al mismo tiempo que ella —continuó Ben—. Así que supongo que iba de camino a encontrarse con Nikos Karapiperis cuando tus hombres intentaron atraparla. Expertos como aquí el señor Jones. Supongo que la asustaron, a ella le entró el pánico y tuvo un accidente. Y la razón por la que no os cuenta nada es porque no lo recuerda. Tiene amnesia por el golpe en la cabeza y teméis que no recupere la

memoria. Básicamente, estáis jodidos.

Slater se cruzó de brazos.

—Eres un hombre muy inteligente, eso es seguro. Es una pena que no podamos darte trabajo en nuestro equipo.

—Más inteligente que tú —dijo Ben—. Una jaula repleta de monos podría haberlo hecho mejor. Pero eso es lo que ocurre cuando contratas a un pedazo de mierda estúpido como Jones para que te haga el trabajo sucio.

—Un hombre en tu situación debería intentar contentarme —dijo Slater—. Y tú no lo estás haciendo.

—Ni siquiera he empezado —contestó Ben—. Estás perdiendo el

tiempo conmigo. Aunque supiera lo que quieres saber, no te lo contaría.

—Incluso los tipos inteligentes se pueden hundir en la mierda, y tú estás hasta el cuello. Podemos enterrarte para siempre. Has disparado a dos polis, para empezar.

—Ese fue Jones —dijo Ben—. Él es el tipo duro aquí.

—Tenemos a todo un grupo de testigos que te vieron matar a dos agentes a sangre fría —dijo Slater—. Y luego está el asunto de los dos agentes desaparecidos en Grecia. Supongo que también fuiste tú.

Ben no contestó.

Slater sonrió abiertamente.

—¿No te acuerdas? ¿Tú también te has dado un golpe en la cabeza? A ver si esto te refresca la memoria.

Le hizo un gesto a Jones, que apuntó con el mando a distancia hacia el monitor de pantalla plana que había en la mesa. Se encendió y Ben reconoció enseguida la escena. Eran imágenes nítidas en color de él y de Charlie sentados en la mesa de la cafetería en Corfú. No había sonido.

Slater lo dejó puesto durante unos segundos, y Ben se vio a sí mismo moviéndose en la silla mientras Charlie le explicaba la historia. Luego el niño con la pelota pasaba y, momentos después, vio como se levantaba de un

salto y salía corriendo hacia la carretera para salvarlo de la furgoneta que venía. Charlie estaba de pie. Era el momento exacto antes de la explosión.

—Vale, me has convencido —dijo Ben.

No quería que le recordaran ese momento. Ya lo había revivido bastante durante los últimos días.

Jones retiró los labios llenos de costras de los dientes rotos. Apuntó con el mando y puso en pausa el vídeo justo cuando la onda expansiva estallaba por la terraza de la cafetería y alcanzaba a Charlie, haciéndole trizas y convirtiéndolo en una nube roja borrosa. La imagen congelada. Jones la miró

fijamente con cierto gesto de satisfacción.

Ben miró la pantalla. Estaba viendo la explosión de una manera totalmente distinta. Cuando la bomba explotó, él estaba al otro lado de la carretera cubierto por la furgoneta, con la cabeza agachada mirando al suelo. No había visto casi nada.

Aquella imagen se tomó desde un ángulo completamente diferente. Mostraba la dirección de la explosión y le estaba diciendo a Ben dónde había estado la bomba exactamente. Los recuerdos lo inundaron. Se acordó del niño con la pelota. Del hombre en la mesa de al lado con el portátil. Recordó

el modo en que le había gritado al niño. Sobre todo, se acordó de la mirada feroz en los ojos de aquel hombre.

Nunca olvidaría su cara. Y desde ahora mucho menos.

No se había dado cuenta antes de que el hombre se había escabullido mientras Charlie y él habían estado inmersos en su conversación. Eso es lo que hace la gente en las cafeterías, se acaba su bebida y se va, cada mesa es un mundo independiente y privado. No había nada de raro en eso. Pero ahora deseaba haberse fijado más. Congelada en la pantalla, vista en el momento exacto en que se hacía añicos y arrojaba fuego y muerte por toda la terraza, la

funda del portátil era un borrón oscuro bajo la mesa vacía.

Ben apartó la vista de la pantalla y le clavó la mirada a Slater, luego a Jones.

—Entonces tenía razón. Vosotros pusisteis la bomba.

Slater hizo un gesto con la mano.

—Soy un hombre de negocios. Yo no pongo bombas. Simplemente pago a otra gente para que las ponga.

—Esta grabación fue lo último que me enviaron mis agentes antes de que desaparecieran del mapa —dijo Jones—. ¿Qué has hecho con ellos?

—Los dos están muertos, en la playa —contestó Ben—. Si te das prisa, quizá

los encuentros antes de que los cangrejos acaben con lo que queda de ellos.

Slater sonrió.

—Entonces has decidido ser franco con nosotros.

—Te diré algo más —dijo Ben—. Te voy a matar en breve.

—¿Es un hecho?

—Sí. Es un hecho. A Jones también. Ya tengo vuestras tumbas preparadas.

Se hizo un silencio. Slater se puso pálido y lo encubrió con una risa nerviosa.

—Esperaba que fueras razonable. Esto no te facilitará las cosas.

—Habéis dejado que os vea las

caras —dijo Ben—. De todas formas, no me dejaríais salir de aquí vivo. Aunque supiera dónde están los ostraca, que no lo sé, no os concedería el placer de decíroslo.

Slater tiró el envoltorio vacío de la chocolatina a la papelera.

—Está bien, pero hay maneras rápidas y simples de morir, y hay maneras lentas y horribles de sufrir.

—Tendré que decidir cuál te mereces —dijo Ben.

Slater suspiró.

—Dios mío, eres muy testarudo. Vale, te voy a enseñar algo más.

Volvió a hacerle un gesto a Jones. El agente pulsó otro botón y del interior del

reproductor de devedés se escuchó un ruido sordo y un zumbido al cambiar el disco. La imagen desapareció de la pantalla durante un instante, luego apareció otra. Un primer plano de un hombre demacrado y consumido con ropa mugrienta. Estaba en una celda asquerosa, o en una jaula, agarrado a los barrotes. Una luz brillante le enfocaba a la cara, mostrando las brillantes heridas recientes, los moratones en la mandíbula y en las mejillas y el ojo derecho amoratado e hinchado.

—Lo que estás viendo pertenece a los archivos secretos de la CIA —dijo Slater—. No hace falta que sepas de qué va el asunto. La misma historia de

siempre. Simplemente digamos que este tipo dispone de cierta información y que esos otros quieren sacársela. Es un cabrón duro, como tú. Ha resistido todo tipo de torturas. Cuando la cámara se aleja, se distingue la sangre que tiene a sus pies, donde le han arrancado los dedos. Aparecerá en cualquier momento... Ahí.

Ben observó las imágenes de la pantalla mientras Slater andaba de un lado a otro.

—Mira, yo soy un burócrata —dijo Slater—. Lo admito. Me gusta escuchar la verdad de la gente, pero no soy de los que se sienten cómodos rodeados de sangre y violencia, al menos a corta

distancia.

—Es diferente cuando simplemente haces una llamada telefónica, ¿verdad?

Slater ignoró el comentario.

—Ahora mismo te podría hacer picadillo —dijo—. Podría hacer que te cortaran los dedos y las orejas, que te arrancaran las pelotas, que te frieran con descargas eléctricas, que te remojaran en una cuba, que te colgaran de los pulgares, toda esa mierda. Con tus antecedentes, estoy seguro de que te haces una buena idea de lo que eso implica. Pero eso le va más a Jones. Personalmente, preferiría conseguir lo que quiero sin todo ese jaleo. Me gustan las cosas limpias e impecables. Si

tuviera que joder a alguien... —Slater sonrió—. Bueno, échale un vistazo a este tipo.

Ben estaba observando. Mientras Slater hablaba, los guardias con uniforme indefinido estaban obligando al prisionero de la pantalla a que se sentara en una silla. Un tercer agente entró en el plano y le clavó una jeringuilla en el cuello, empujó el émbolo hasta el final y sacó la aguja provocando que saliera un chorrito de sangre.

Slater se metió la mano en el bolsillo, sacó una botellita de color ámbar y la puso en el escritorio produciendo un ruido sordo. A

continuación, metió la mano en el otro bolsillo y sacó una pequeña funda de piel. Abrió la cremallera y la dejó abierta al lado de la botella. En el interior había una jeringuilla.

—¿Sabes para qué es esto?

Ben le echó un vistazo a la botella.

—Sí, lo sé. Pero pensaba que a Jones le molestaba que habláramos de su enfermedad.

—Ah, muy gracioso. Sabes lo que es.

—He oído hablar de ello.

—Eso pensaba yo. Lo mejor de su clase. Un clásico. Difícil de conseguir. Por desgracia, el buen doctor que lo suministra no podrá unirse a nosotros.

—Slater señaló la pantalla con un gesto—. Bueno, ese tipo es como tú. Afirmaba rotundamente que no sabía lo que queríamos de él. Chico, estaba muy seguro de sí mismo. Pero luego habló, menos mal. Solo necesitó una dosis. A la hora ya nos lo estaba contando todo, y luego más. Extraordinario. ¿Y sabes qué? No tuvieron que meterle ni una sola bala en la cabeza después, porque mira lo que ocurrió.

Jones volvió a pulsar un botón del mando, tres veces. La velocidad a la que pasaban las imágenes aumentó ocho veces y, de pronto, la imagen cambió: la cámara grababa desde otro ángulo, la iluminación era diferente. El mismo

hombre, pero también había cambiado. Había pasado de ser un prisionero hecho polvo y aterrorizado a ser un lunático que balbuceaba y gritaba tirando bruscamente de los barrotes de la jaula, con ojos de loco, enseñando los dientes y echando espumarajos. Estaba en otro planeta.

—Demencia total —dijo Slater—. El mismo tipo, solo seis horas después. Eso es lo que provoca esta mierda. Los efectos son irreversibles, permanentes. A veces, surte efecto a la hora o así. Los más fuertes aguantan bastante más, pero antes o después, todos acaban igual. Locos de remate hasta que se mueren. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Jones sonrió. Pausó la imagen de la pantalla, dejó el mando a distancia y cruzó los brazos con gesto de satisfacción.

—Lo entiendo —dijo Ben.

—Bien, porque quiero que pienses en ello.

—¿Pensar en que me vas a poner un combinado?

—Uno fuerte, no un simple chupito —dijo Slater—. Pero todavía no. Esto es lo que vamos a hacer. —Miró la hora en su reloj—. Son poco más de las nueve. Tienes hasta las diez para pensar en lo que te gustaría contarnos. Luego me reuniré contigo y con tu amiga Bradbury, y puedes observar mientras le

inyecto este suero. Veremos lo que tiene que contarnos. Puedes escuchar. Será divertido. Y luego, cuando vuelva aquí por la mañana, te dejaré que veas lo que le ha provocado antes de que te toque a ti. —Slater sonrió—. Yo estaré lejos, bebiéndome una copa de Krug, mientras tú estarás sentado en tu celda de la planta de abajo disfrutando de tus últimas horas de cordura. Poco después, cuando estés gritando en tu jaula como un animal, yo firmaré un papel para entregarte a un manicomio estatal donde vivirás el resto de tu miserable vida, golpeándote la cabeza contra una pared acolchada.

—¿Por qué malgastar el dinero de

los contribuyentes? —dijo Jones—. Deberíamos simplemente tirar su lunático culo en un callejón perdido.

—Me gusta la idea —dijo Slater con tono pensativo—. Ahora, basta de charlas. Jones, diles a tus hombres que entren.

Jones abrió la puerta. Los dos hombres que habían metido a Ben en el ascensor estaban en el pasillo.

—Llevaos a este gilipollas abajo y encerradlo —dijo. Señaló al musculoso—. Boyter, tú te quedarás fuera en la puerta. McKenzie, tú vuelve aquí lo antes posible.

—Tienes una hora —le dijo Slater a Ben.

Boyter agarró a Ben del brazo.

—Vamos, imbécil.

Ben se levantó, se sacudió de encima la mano rechoncha de Boyter y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo, se giró y miró a Slater a los ojos.

—Recuerda lo que te he dicho antes —dijo en voz baja. Luego se fue.

Jones observó con una sonrisa de satisfacción cómo Boyter y McKenzie llevaban al prisionero por el pasillo hacia el ascensor. Se giró hacia Slater, que parecía menos tranquilo que hacía un segundo.

—No te preocupes por él —dijo Jones—. Ya es historia.

SLATER andaba de un lado para otro mientras Jones fumaba. Pasaron cinco minutos, luego diez.

—Relájate —dijo Jones.

—Yo nunca me relajo. —Slater miró el reloj—. Esos cigarrillos apestan. ¿Por qué tarda tanto McKenzie? Pensaba que le habías dicho que volviera aquí lo antes posible.

—Estará a punto de volver —dijo Jones—. Seguramente habrá ido al servicio.

Slater negó con la cabeza. Tenía la mandíbula tensa. Se pasó la mano por el pelo.

—Algo va mal. Lo noto.

—Estás chalado. Hope está metido en un agujero más pequeño que el culo de un pez.

—Si es así, quiero verlo por mí mismo. Tengo un mal presentimiento.

—Tú y tus presentimientos —gruñó Jones—. Vale, vamos.

—Yo no bajo ahí solo contigo. ¿Cuánta gente tienes en el edificio?

—Incluyéndome a mí, hay una docena de agentes. No me estarás diciendo que...

—Eso es exactamente lo que te estoy

diciendo. Deja a dos con Bradbury. Quiero al resto conmigo.

Jones protestó con energía, pero Slater insistió. El agente cogió la radio.

—Fiorante, únete a Jorgensen en la puerta de la prisionera. Los demás, a mi despacho, ahora.

A los dos minutos, los siete agentes estaban en la puerta. Slater salió con cautela al pasillo. Jones iba delante, con gesto de exasperación.

—El ascensor no —dijo Slater—. Iremos por la escalera.

—Creo que ese tipo te ha afectado —se mofó Jones—. Estás asustado.

—Estoy siendo precavido —dijo Slater—. E inteligente.

Llegaron al final de la escalera, giraron y recorrieron un lúgubre pasillo, bajaron al trote otro tramo de escalera hacia la cocina del sótano.

—Sacad las armas —susurró Slater.

—Estás chalado —volvió a decir Jones—. No hay...

Abrió de un empujón la doble puerta que conducía a la cocina. Luego se paró en seco y se quedó con la boca abierta.

—Oh, mierda.

—Te lo dije —murmuró Slater.

—¿Qué coño ha pasado aquí?

Slater le lanzó una mirada de reojo.

—Creo que es bastante obvio, ¿no?

Había escombros por toda la cocina. En el centro, Boyter y McKenzie yacían

muerdos, los fluorescentes de neón se reflejaban en el gran charco de sangre que avanzaba lentamente por el suelo.

Slater miró a Boyter y se preguntó por un momento qué era el extraño objeto circular que tenía clavado en un lado de la cabeza. Entonces se dio cuenta. Tenía el pie roto de una copa de vino clavado en la sien. McKenzie yacía formando ángulo con su compañero, tenía la cara azul, la lengua colgando y un verdugón amoratado alrededor del cuello donde lo habían estrangulado hasta matarlo con una cadena de eslabones. Las esposas abiertas estaban tiradas en el suelo, al lado de una llave pequeña. Ambos llevaban las chaquetas

abiertas, las fundas de las pistolas estaban vacías.

Slater y Jones se quedaron mirándose el uno al otro.

—Hope anda suelto por el edificio —dijo Jones en voz baja.

—No me jodas. Y tú vas a encontrarlo.

—Lo encontraremos —afirmó Jones.

—Más te vale. Tú lo perdiste. Si no solucionas esto, estás muerto. ¿Entendido?

—Lo encontraremos —repitió Jones —. Tú vuelve al despacho.

—Ni hablar. Yo me voy de aquí. Este lugar no es seguro para mí.

—No es seguro para nadie.

—Tú eres prescindible. Yo no. —
Slater señaló con un movimiento brusco
a los agentes—. Tú, tú y tú. Escoltadme
para que pueda salir de este puto lugar.
—Comenzó a andar, luego se paró y se
dio la vuelta—. Una cosa, Jones.

—¿Qué?

—Cogedlo vivo. ¿Está claro?

—Lo cogeremos —dijo Jones.

Slater cruzó el pasillo casi
corriendo, acompañado de tres agentes
pegados a su espalda con las pistolas
levantadas. Abrió la puerta principal de
golpe, salió del edificio nervioso y
deprisa y corrió hacia el lustroso
helicóptero Bell que estaba en medio de
la zona de aparcamiento. El piloto lo vio

llegar, dejó a un lado su termo de café y puso en marcha el motor. La hélice comenzó a girar despacio mientras Slater abría la puerta de un tirón y entraba. Unos minutos después, el helicóptero se convirtió en un punto que desaparecía rápidamente sobre las copas de los árboles.

Ahora que Slater estaba fuera de su camino, Jones reunió a sus agentes.

—Bueno, equipo, él es un solo hombre. Ahora que McKenzie y Boyter no están, quedamos diez en el edificio. —Cogió la radio—. Jorgensen, ¿sigues ahí?

—Justo donde me puso —le dijo la voz al oído.

—¿Está Fiorante contigo?

—Sí, señor.

Jones asintió. Señaló a dos hombres con su pistola.

—Cash, Muntz, subid al último piso y uníos a ellos. Ahí es donde se dirigirá Hope. —Sonrió abiertamente—. Quiere coger a la chica.

Echó un vistazo rápido a su alrededor, planeando las tácticas. No había manera de que Hope pasara con cuatro hombres en la puerta. Mientras tanto, dos equipos de tres hombres podían registrar el lugar e interceptarlo.

—Bender, Simmons, vosotros conmigo. Kimble, Davis y Austin, iréis por el lado izquierdo del edificio.

Manteneos en contacto. Si lo veis, derribadlo. Es demasiado peligroso para mantenerlo con vida.

—Slater dijo que no lo matáramos —dijo Austin.

—Me importa una mierda lo que dijera Slater. —Jones se pasó la lengua por los dientes, notó los bordes mellados que le recordaban constantemente a aquel hombre—. Quiero a ese cabrón en una bolsa para cadáveres en los próximos diez minutos. Vamos.

BEN casi sentía lástima por los dos hombres muertos. No sabía con qué tipo de gente estaban acostumbrados a tratar, pero habían sido demasiado lentos. Ni siquiera lo habían visto venir.

Los había dejado en el mismo lugar donde habían caído; encontró la llave en el bolsillo del grandullón y cogió las dos Berettas con silenciador que llevaban en la mano. Ambas estaban totalmente cargadas. Hizo un gesto de asentimiento para sí mismo, se metió una pistola en el bolsillo derecho y la otra

en el bolsillo trasero. Echó un vistazo rápido a la cocina. Cogió el cuchillo que había clavado en la vieja tabla de cortar. El filo serrado de acero inoxidable todavía estaba afilado. Se lo puso con cuidado en el cinturón.

Ya había planeado el camino para la escapada. Se dirigió hacia una ventanilla cuadrada que había en la pared de la cocina, tiró hacia arriba para abrir la puerta metálica corredera y apareció el montaplatos. Al lado del agujero de menos de medio metro cuadrado había un viejo panel polvoriento con tres botones de plástico, dos de ellos con forma de flecha, una apuntando hacia arriba y otra hacia

abajo; en el de en medio la palabra «Stop» aparecía casi borrada.

Apretó el botón de arriba con la palma de la mano, con la esperanza de que aquella cosa funcionara después de tantos años. Se escuchó un ruido metálico sordo, el montaplatos dio una sacudida y subió un par de centímetros antes de que apretara el botón de «Stop».

Esto servirá, pensó. El espacio era lo bastante grande como para meterse dentro. Apestaba a grasa de años, a humedad y a excrementos de rata. Sacó el brazo, buscó con la mano la flecha que apuntaba hacia arriba y apretó el botón. Notó la sacudida del montaplatos

y la sensación de subir. Volvió a meter el brazo rápidamente mientras veía cómo descendía la pared. Una visión fugaz de ladrillos y luego oscuridad. El montaplatos ascendía, acompañado de mucho ruido y vibraciones. A oscuras, cogió una de las pistolas y volvió a revisarla. No sabía con qué podría encontrarse al llegar arriba.

De algún punto del techo llegó un chirrido como si los cables estuvieran a punto de romperse. Se preparó, pero no ocurrió nada. El montaplatos vibró y luego se paró. Estiró el brazo, empujó suavemente y abrió un par de puertas dobles de menos de medio metro cuadrado. No se había equivocado. Se

encontraba en el bar de un hotel, en una pequeña zona de servicio detrás de la barra. Salió por la ventanilla, agradecido de estar fuera de aquel espacio claustrofóbico, y se agachó en el polvoriento suelo de detrás de la barra.

Supuso que estaba en la planta baja. ¿Dónde tendrían retenida a Zoë? ¿En una de las habitaciones de arriba? Era una suposición, y muy imprecisa, pero era lo único que tenía. Por lo menos estaba cerca. Lo único que se interponía en su camino era una docena de pistolas. Ya se preocuparía de eso conforme fueran apareciendo.

Quitó el seguro de su arma y salió

sigilosamente por la puerta de la barra, moviendo la boca del arma de izquierda a derecha, inspeccionando la zona por la línea de tiro mientras recorría con cautela el oscuro pasillo. Se mantuvo oculto en la oscuridad, apoyado contra la pared, con los sentidos completamente alerta, la pistola delante de él, recurriendo a la habilidad para avanzar con el completo silencio que lo había hecho legendario en su antiguo regimiento. Podía escuchar los pasos corriendo y las voces que llegaban del vestíbulo. Se habían dividido para buscarlo. Quizá en grupos de dos o tres hombres, al menos dos grupos con quienes no tuvieran que vigilar la habitación de Zoë.

Más adelante, el pasillo formaba una ele y se abría a otro pasillo más ancho con puertas a ambos lados. Una de ellas estaba entreabierta y dejaba escapar un rayo de luz polvorienta de lo que una vez debió de ser una sala de televisión.

Se quedó totalmente quieto. Alguien se acercaba por el otro lado. Tres hombres corriendo. Retrocedió hacia la oscuridad; la luz de la puerta abierta creaba suficiente contraste para ocultarlo. Al pasar corriendo junto a él, pudo haberlos tocado con solo estirar el brazo, pero dejó que pasaran. Quitó el seguro de la pistola sin hacer ruido.

Cuando tuvo al tercer hombre a dos metros de distancia, dio un paso hacia el

pasillo, levantó la pistola y le disparó en la parte de atrás de la cabeza. El hombre se desplomó, cayó al suelo y el linóleo crujió por el peso del cuerpo muerto. Antes de que los otros dos pudieran darse cuenta de lo que había ocurrido, Ben disparó dos veces más, con tal rapidez que el disparo de la pistola con silenciador se escuchó más como un solo ruido sordo y prolongado que como dos disparos diferentes. Ambos cuerpos se sacudieron, chocaron el uno contra el otro y se desplomaron. Una pistola se deslizó por el polvoriento suelo.

Ben recogió las armas. Más Berettas, todas del mismo modelo. Sacó

los cartuchos de las tres pistolas y se los guardó en los bolsillos. Luego pasó por encima de los tres cadáveres y los observó desde arriba.

Nunca le había gustado el disparo de precaución en la cabeza. Era algo que le habían enseñado hacía mucho tiempo. Nunca había querido volver a hacerlo. Pero toda táctica militar desde tiempos remotos decía que era lo correcto para asegurar que el enemigo no se levantara una vez derribado. Era una matanza, pero tenía todo el sentido del mundo.

Tres disparos en la cabeza a quemarropa con una pistola de gran potencia ensucian mucho más que lo que se ve en las películas. Protegiéndose la

cara para que no le salpicara la sangre, hizo el trabajo rápidamente, pasando de un cuerpo inerte al siguiente. Las balas con punta hueca de 147 granos con envuelta parcial partieron en dos los cráneos y lanzaron sesos por toda la pared. El pasillo se llenó de un desagradable hedor a sangre y muerte.

Todavía quedaba más por venir. Continuó.

JONES recorrió a toda prisa el pasillo, sujetando el revólver firmemente delante de él, apuntando a todos los rincones y puertas. La mayoría de las bombillas parpadeaban o estaban rotas y proyectaban largos focos de oscuridad por todas partes. Se tropezó, sin dejar de maldecir, con un montón de viejas cajas de cartón y latas de pintura. Cogió su radio.

—Kimble. Informa.

Silencio.

—Mierda —dijo Jones—.

Jorgensen. ¿Sigues ahí?

—Recibido. Seguimos aquí arriba. Todavía no hay señales de él. ¿Y vosotros?

—Nada. El cabrón es como un fantasma. Vale. Corto.

Jones giró una esquina. El cobrizo olor acre a sangre fresca flotaba en el aire, mezclándose con el hedor a humedad y putrefacción. Vio tres siluetas oscuras tumbadas en la oscuridad delante de él. Les indicó a Bender y a Simmons, que iban detrás de él, que se detuvieran. Se quedaron mirando a los tres agentes muertos en el suelo.

—Con ellos, ya se ha cargado a

cinco de los nuestros sin más —dijo Bender—. Está jugando con nosotros.

—No creo que dividirnos fuera una gran idea —murmuró Simmons por encima de su hombro.

Jones apretó los dientes y casi grita del dolor. Se secó el sudor de los ojos.

—Necesitamos más gente. Mucha más gente.

—No tenemos más gente —dijo Bender.

—Puedo conseguir que vengan cien hombres y cojan a ese hijo de puta —espetó Jones—. Solo tengo que hacer una llamada.

Se quedó pensando un momento. Tardaría unas horas en conseguir

refuerzos. Primero tendría que pedir que le devolvieran varios favores, y el tipo de personal en el que estaba pensando requería tiempo para organizarse.

Se le ocurrió otra idea.

—Está bien, escuchadme. A la mierda. Vamos a subir al último piso y a reunirnos con los demás allí. Seremos siete. Me da igual lo bueno que sea ese tío, no hay manera de que pueda con siete de nosotros. —Sonrió abiertamente—. Y antes vamos a clavarle la jeringuilla a esa zorra de Bradbury. Ahora mismo. Ya estoy cansado de tanto esperar. Veamos lo que sabe.

—A Slater no le va a gustar.

—A la mierda ese cabrón cobarde.

Si quiere ser el jefe, debería haberse quedado aquí.

Pasaron por encima de los cadáveres y avanzaron corriendo por el pasillo. Jones llegó el primero al ascensor y aporreó el botón del primer piso. Se quedaron en silencio, con gesto abatido, mientras el ascensor subía rápidamente. A continuación, las puertas se abrieron deslizándose y Jones se dirigió como una flecha hacia la puerta de su despacho.

No estaba cerrada; estaba ligeramente entreabierta, un par de centímetros.

Se esforzó por recordar. No, no la había dejado abierta. La había cerrado

con llave.

Sacó la pistola. El miedo comenzó a anudarse en su estómago, y la pistola temblaba en su mano. *Contrólate*. Sostuvo la pistola delante de él y, vacilante, empujó un poco la puerta con la mano izquierda. Crujió. La abrió un poco más. Entró a la habitación, el corazón le palpitaba.

El despacho estaba vacío.

Y también lo estaba el escritorio. Y la bolsa de lona había desaparecido.

—Hope —dijo en voz baja—. Hope ha estado aquí.

Simmons estaba detrás de él, mirando fijamente con los ojos muy abiertos.

—La ha cogido —dijo Jones con voz entrecortada—. Joder, ha cogido la botella.

SE escuchó un grito fuera del despacho. Simmons y Jones se miraron fijamente durante medio segundo, luego Jones agarró el pomo de la puerta y los dos salieron rápidamente al pasillo. Afuera ya era de noche, y la oscuridad en el edificio era cada vez más profunda. Jones le dio a un interruptor. No pasó nada. Maldiciendo, trató de ver en la oscuridad.

—¿Bender? —lo llamó en voz baja.

No hubo respuesta.

El blanco de los ojos de Simmons

brillaba en la oscuridad.

—¿Dónde se habrá...?

No acabó la frase. Jones notó las húmedas gotas de sangre salpicándole la cara casi antes de percibir el ruido sordo del disparo. Simmons chocó contra él, emitiendo un horrible borboteo gutural y arañándole el brazo, y luego se desplomó en el suelo. Dio un par de patadas al aire y, a continuación, el borboteo se convirtió en un estertor de la muerte y dejó de moverse.

—¡Te mataré! —gritó Jones.

Levantó la pistola, apuntando hacia delante, y no dejó de disparar de un modo frenético hasta vaciar el cargador. Luego lo sacó, puso uno nuevo y disparó

otras quince veces más al pasillo, tan rápido como podía apretar el gatillo.

La pistola caliente volvió a vaciarse. Se quedó allí de pie, respirando con dificultad, jadeando. El pasillo se estaba oscureciendo rápidamente. Aparte de un rayo de luz gris y apagada que llegaba de una de las ventanas cubierta de telarañas, estaba del todo a oscuras. Se dio la vuelta, avanzando a tientas. Volvió a intentar encender el interruptor desesperadamente. Nada.

Entonces fue cuando sintió el frío acero del filo de un cuchillo en la garganta. Se quedó paralizado, con la mano todavía en el interruptor.

—Sabía que volverías aquí —dijo una voz justo detrás de él—. Por eso he quitado todas las bombillas del pasillo.

Jones quería tragar saliva, pero podía notar el borde del acero presionándole suavemente la tráquea.

—¿Hope? —susurró.

—Premio —dijo Ben—. Si vas a encerrar a un hombre en una cocina, no dejes cuchillos afilados a la vista. Alguien podría cortarse.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jones con voz temblorosa.

—Te voy a cortar la cabeza.

Jones se balanceó, mareado por el miedo.

—A no ser que me lleves donde está

Zoë —dijo Ben.

—La están vigilando —dijo Jones con voz entrecortada.

—Quizá pueda convencerte de que retires a tus hombres —dijo Ben—. Luego voy a sacarla de aquí y tú vas a venir con nosotros, así me cuentas lo que está pasando aquí.

—Yo solo obedezco órdenes. Slater es el tipo que quieres.

—Me encargaré de él en su momento —dijo Ben—. Pero creo que tú sabes bastante. Quizá probemos ese suero de la verdad contigo.

—Hope, estás muerto, cabrón.

—No antes que tú. Ahora, muévete.

—Ben lo empujó por el pasillo.

Ya en el ascensor, Jones apretó el botón para ir al segundo piso. Ben introdujo el cuchillo de cocina en su bolsa y mantuvo una de las Berettas apuntando directamente a la cabeza del agente.

Las puertas se abrieron rechinando. Ben cogió a Jones de la muñeca y le giró el brazo hacia atrás bruscamente. Lo sacó del ascensor a empujones, sin dejar de apuntarle con la pistola. Salieron a un pasillo blanco. El aire estaba impregnado de olor a pintura fresca. Toda la planta superior había sido redecorada, pero con prisas.

—¿Qué hay aquí arriba?

—Solo la chica —contestó Jones—.

Y veinte agentes. No tienes ni una puta oportunidad.

—He encontrado putas oportunidades durante toda mi vida — dijo Ben—. Cállate y anda.

Jones caminó despacio, respirando con dificultad y sudando por el dolor que sentía en el brazo que Ben le retorció a un milímetro de rompérselo. Más adelante, el pasillo avanzaba hacia la izquierda. Ben quitó el seguro de la pistola sin hacer ruido, tenía todos los músculos en tensión, no dejaba de observarlo todo. Notó que el agente se ponía tenso y supo que estaban cerca. Soltó a Jones y cogió la segunda Beretta.

Doblaron la esquina. A diez metros,

el pasillo acababa en la habitación treinta y seis. Entre la puerta y ellos había tres agentes: dos hombres y una mujer. Al verlo allí de pie con Jones, levantaron las pistolas. De pronto, el pasillo se colmó de gritos.

Ben los recordaba de antes, en especial a la mujer. Llevaba la melena pelirroja recogida en la espalda bajo una gorra de béisbol. La 9 mm que sujetaba parecía descomunal en sus pequeñas manos, pero se notaba que sabía manejarla. Tenía sus ojos azules clavados en los de Ben, que trató de leer su mirada.

Ben avanzó hacia ellos, utilizando el cuerpo de Jones a modo de escudo. Con

la pistola de la izquierda le presionaba fuertemente la base del cráneo y con la de la derecha apuntaba hacia el pasillo, hacia las tres pistolas que lo apuntaban a él.

—Solo quiero a Zoë —gritó—. Y luego se acabó.

Se movió despacio. Cinco metros. Sentía el pulso en las sienes. Los agentes tenían el rostro tenso, los nervios de punta. Los dedos en los gatillos, las bocas de fuego preparadas. Un desliz, un disparo, y nadie saldría vivo del frenético intercambio de balas a tan corta distancia.

—¡Apártate de él y suelta la pistola! —gritó uno de los hombres.

Ben vio el destello en sus ojos en el mismo instante en que sintió el repentino movimiento detrás de él. Reaccionó una milésima de segundo tarde. Todo ocurrió al mismo tiempo. Una mano le agarró con fuerza el brazo izquierdo y apartó la pistola de la cabeza de Jones. Al mismo tiempo, un puño le golpeó de lado en la oreja y su visión explotó en un destello de luz blanca. Jones se deshizo de él como pudo. Una descarga cerrada de disparos silenciados, balas atravesando el pasillo, por todas partes. Un impacto agudo en el hombro izquierdo al notar que una bala de 9 mm lo perforaba y se le metía en el deltoides.

Ya se preocuparía de eso más tarde. Disparó a quemarropa al agente que le había atacado por la retaguardia. El tipo se desplomó. Ben lo cogió al caer, le dio la vuelta y sintió el impacto cuando las balas aporrearon el cuerpo del hombre. Pero lo pillaron desprevenido y el agente muerto se cayó al suelo encima de él. El golpe hizo que se le escapara la pistola de la mano izquierda. Mientras luchaba por quitarse de encima el cadáver a patadas, vio que Jones corría por el pasillo en dirección al ascensor.

Los tres agentes estaban avanzando, apuntándole directamente con las pistolas. La mujer tenía el gesto muy

serio.

Cero probabilidades. Tres pistolas contra una. No había manera de que pudiera derribarlos a todos antes de que lo cogieran. Tumbado bocarriba, levantó la Beretta con una mano y disparó, derribando al hombre de la izquierda. Cambió la línea de tiro a ciegas.

Demasiado tarde. Pudo ver el dedo del otro hombre tensándose en el gatillo. Las balas atravesarían el aire. Estaba muerto.

Entonces todo cambió.

La mujer retrocedió un paso, se volvió y le metió una bala entre los omóplatos al agente que tenía al lado, que abrió la boca de golpe por el

impacto. Se le cayó el arma de las manos. Se desplomó bocabajo.

Luego silencio. Solo quedaban ellos dos vivos en el pasillo.

Ben se puso de pie, mirándola con recelo. Parpadeó para quitarse el sudor de los ojos y levantó la pistola con una mano en el mismo instante en que ella le apuntaba a él con la suya.

Caminaron en círculo durante unos segundos uno enfrente del otro, en un silencioso punto muerto, con las bocas de las pistolas casi rozándose. Ben era consciente de que la sangre le caía a borbotones por el brazo izquierdo y le goteaba entre los dedos. El suave sonido de las gotas chocando contra el suelo

era lo único que se escuchaba en el pasillo lleno de humo.

—Baja el arma —dijo él.

—Bájala tú primero —replicó ella con voz firme.

—Todos están muertos. Solo quedáis tú y Jones.

—¿Quién coño eres, Ben Hope?

—Simplemente alguien que está buscando a Zoë Bradbury.

—¿Quieres sacarla de aquí? Yo también.

—Demuéstramelo.

Ella se agachó, muy despacio, y dejó la pistola en el suelo. Luego dio un paso hacia atrás y se quedó mirándolo.

—¿Lo ves? Estoy de tu parte —dijo

ella—. Confía en mí.

Siguió apuntándola con el arma, con el ceño fruncido y confuso.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué estás haciendo esto?

—Me llamo Alex Fiorante, soy de la CIA. No soy uno de ellos.

—Y pretendes que me lo crea, Alex.

—Esta gente no pertenece oficialmente a la Agencia. Es una especie de unidad corrupta.

Ben se quedó callado unos segundos, respirando con dificultad, sin dejar de apuntarla con la pistola.

—¿Dónde está Zoë?

—Justo detrás de esa puerta — contestó señalando con el dedo—.

¿Quieres sacarla de aquí? Pues hagámoslo. No tenemos mucho tiempo.

—Quiero saber lo que está pasando —dijo él.

—Te contaré todo lo que sé, pero después.

Ben se agachó y recogió la pistola que ella había dejado. Cada movimiento del brazo izquierdo le provocaba un dolor atroz.

Alex observó cómo se guardaba su pistola en el cinturón.

—Puedes confiar en mí, te lo juro.

—Quizá lo haga —dijo él—. Pero creo que todavía no estamos en ese punto. Abre la puerta.

Alex se agachó junto a uno de los

agentes muertos y le dio la vuelta al pesado cadáver con un gruñido. Metió la mano en uno de los bolsillos traseros y sacó una llave, con los dedos manchados de la sangre del hombre. Se limpió en la ropa de él, recorrió los dos pasos que la separaban de la puerta y la abrió.

—Tú primero —dijo Ben.

Alex entró y él la siguió, apuntándole a la espalda y echando un vistazo a la celda de Zoë.

Estaba vacía.

ENTONCES escuchó el gemido de debajo de la cama. Puso a Alex contra la pared.

—No te muevas.

Se agachó y echó un vistazo debajo de la cama. Por primera vez en casi veinte años, por fin tenía delante a Zoë Bradbury. A diferencia de la joven feliz y sonriente de la foto, tenía la cara pálida y delgada por las casi dos semanas de encierro. La chica retrocedió, apartándose de él con una mirada de terror.

—Zoë, soy un amigo. —El dolor cada vez más atroz que sentía en el hombro le obligaba a luchar por mantener un tono de voz suave y tranquilizador—. Me llamo Ben Hope. He venido a rescatarte. Me han enviado tus padres.

Ella se apartó un poco más, se pegó a la pared.

—Sal de ahí —dijo él—. Te llevaré a casa. Todo ha terminado.

No iba a salir, y Ben no podía perder el tiempo con tonterías. Jones seguía en el edificio. Agarró el armazón metálico de la cama con ruedas y lo separó de la pared. Estiró la mano y la cogió del brazo. Ella chilló asustada.

—Mira, ya sé que has pasado por muchas cosas —dijo él—. Sé cómo te sientes, pero necesito que colabores.

La levantó y ella se quedó mirándolo desconcertada, pero entonces vio a Alex Fiorante al otro lado de la habitación y empezó a retorcerse para liberarse.

—¡Es una de ellos!

—Zoë, no pasa nada —dijo Alex con dulzura—. Ben y yo vamos a sacarte de aquí.

—¡No! ¡No! ¡Es una de ellos! —Zoë forcejeó con más fuerza, su voz aumentó a un grito.

Ben le propinó un golpe directo en la mandíbula.

La joven se cayó sin hacer ruido. La

recogió y se la echó al hombro derecho. El dolor era insoportable.

—Es un modo de hacerlo —dijo Alex.

—Vamos.

Ben abrió la puerta de un empujón e inspeccionó el pasillo. No había señal de Jones. Recorrieron con cautela el corredor, pasando por encima de los cadáveres. La sangre le goteaba del brazo izquierdo e iba dejando rastro. Llevaba la camisa empapada.

El ascensor no estaba en la planta. Ben pulsó el botón de la pared y lo oyó tambalearse y ponerse en marcha en el piso de abajo.

—Quédate atrás.

Apuntó con el arma hacia la puerta, preparándose para lo que pudiera pasar.

El ascensor estaba vacío. Bajaron hasta la planta baja y salieron sigilosamente al vestíbulo desierto. El cuerpo de Zoë se estaba convirtiendo en un peso muerto. Ben se secaba el sudor de los ojos y se esforzaba por mantenerse alerta.

Alex señaló.

—La entrada está por ahí.

Salieron rápidamente. De pronto, Ben sintió que se helaba hasta los huesos por el frío aire nocturno que le congelaba el sudor. Echó un vistazo alrededor, asimilando lo que le rodeaba por primera vez desde que lo atraparon

y lo llevaron allí.

El hotel abandonado se encontraba encaramado en lo alto de un montículo rocoso. Una carretera estrecha y tortuosa bajaba atravesando el bosque y desaparecía a lo lejos. El final del atardecer era un explosivo espectáculo rojo y dorado detrás de la escarpada línea de montañas. Al otro lado del cielo, la Luna ascendía. Estaban rodeados de kilómetros de vastas llanuras y bosques.

Se giró hacia Alex.

—¿Dónde estamos?

—A unos ochenta kilómetros al sur de Chinook, Montana. Una sola carretera de ida, una sola carretera de vuelta.

Estamos rodeados de cincuenta mil hectáreas de la más absoluta nada.

—¿Y qué coño hacemos en Montana?

—Salir de aquí, si tenemos sentido común.

Había unos cuantos coches aparcados fuera del hotel.

—Cogeremos ese —dijo Ben, señalando un todoterreno GMC que había aparcado enfrente.

Alex se dirigió corriendo hacia el vehículo, metió el brazo por la puerta del conductor y bajó el parasol. Una llave cayó en su mano.

—Yo conduzco.

Ben abrió la parte de atrás y acostó

a Zoë con delicadeza en el asiento. Ella se movió y gimió. Ben sentía lo que le había hecho, pero no había tiempo para preocuparse por eso ahora. Se sentó al lado de Alex mientras ella encendía el motor.

—Hay un botiquín de urgencia debajo del asiento —le dijo.

Ben abrió la caja y la examinó cuidadosamente. Vendas. Cinta quirúrgica y tijeras. Un tubo de pastillas de codeína. Se tragó dos y se recostó en el asiento, apretándose con fuerza la herida para detener la hemorragia.

Alex aceleró y salió del hotel. La carretera era estrecha y sinuosa, con bosque a ambos lados.

—No podemos quedarnos en la carretera —dijo Ben débilmente—. No quiero encontrarme cara a cara con cuarenta de tus amiguitos de la agencia, el FBI o cualquiera de esos. Si ves una especie de camino, cógelo.

—Estás loco. Nos perderemos en el monte.

—Esa es la idea.

Alex era una buena conductora, y el gran GMC parecía firme y sólido en aquella superficie irregular mientras ella mantenía el pie firmemente en el acelerador. Después de un par de kilómetros, apareció un hueco entre los árboles, y Ben vio un camino de tierra que se desviaba serpenteante a la

derecha.

—Por ahí.

Alex se metió con el coche, patinando en la curva. El coche se sacudió y retumbó por el camino irregular. Las ramas y los arbustos pasaban rozando bajo la luz de los faros, arañando el parabrisas. Ben apartó la tela ensangrentada de la camisa y sintió la herida. El agujero de bala estaba en la parte carnosa del hombro. No parecía haber tocado el hueso. La petaca de whisky todavía estaba por la mitad, así que bañó la herida con el líquido mientras Alex conducía, haciendo muecas por el escozor. Se quitó la camisa, desenrolló un trozo de venda y

empezó a venderse él mismo.

—¿Cómo está la herida? —preguntó ella, sin dejar de mirar hacia delante y levantado la voz por encima del ruido del motor.

—Bien —murmuró él. El dolor se iba aliviando conforme la codeína se introducía en su flujo sanguíneo.

—No está bien. Vamos a tener que sacarte la bala rápidamente.

—Tú sigue conduciendo —dijo él.

El camino se iba metiendo cada vez más en el campo. Después de unos diez kilómetros, había tantos arbustos que Alex conducía a ciegas mientras chocaba con densos matorrales. En el asiento de atrás, Zoë empezaba a

incorporarse medio atontada, restregándose la zona de la cara donde Ben la había golpeado y agarrándose al soporte por la violenta oscilación del GMC.

Alex miraba por el cristal, concentrada, y agarraba con fuerza el volante. Después de unos cuantos kilómetros más, se vio obligada a reducir la velocidad, y el camino se fue perdiendo hasta desaparecer. El GMC se abrió paso a través de un espino enorme, se liberó y, de pronto, estaban en campo abierto con un océano de oscura pradera que se extendía ante ellos. Se veían las estrellas parpadeando y las montañas dibujaban

una negra silueta dentada en el cielo.

—El Hi-Line de Montana —dijo Alex—. Donde las grandes llanuras se encuentran con las montañas Rocosas. Desierto.

Tras veinte brutales kilómetros más, el terreno se fue haciendo cada vez más escabroso y las rocas y los surcos los obligaron a coger un sendero agreste. Alex estaba agotada, sacudía la cabeza para mantenerse concentrada. Entonces, el GMC se tambaleó violentamente y se inclinó hacia la izquierda hasta casi volcar. Ben notó que se deslizaba en el asiento y se aseguró con las piernas. En la parte de atrás, Zoë gritó. El coche se paró en seco, algo chocó con la parte

delantera emitiendo un sonido sordo y metálico. Alex soltó una palabrota y pisó repetidamente el pedal del acelerador, pero las ruedas habían perdido tracción y giraban en la tierra. Volvió a soltar una palabrota.

Ben abrió la puerta y bajó de un salto, apretándose el hombro. La hemorragia se había detenido, pero la camisa y los vaqueros estaban negros por la sangre. Se tambaleó en la oscuridad, mareado por el dolor, con la frente empapada de sudor frío. El GMC estaba clavado en un surco lleno de piedras escondido entre los arbustos, imposible de ver con tanta oscuridad.

—Necesitamos un tractor que nos

remolque —dijo Ben—. Continuaremos andando.

Zoë se quedó con la boca abierta.

—Dios mío, ¿esa es tu idea de rescate? Yo no salgo de aquí andando.

—Muy bien —contestó Ben—. Pues te quedas aquí y te las arreglas tú solita, entre serpientes de cascabel y osos pardos. —Se giró hacia Alex—. Tenemos que ocultar el coche. Es muy fácil verlo desde el aire.

—¿Crees que vendrán en helicópteros?

Ben sonrió débilmente.

—¿Tú no?

Cogieron lo que pudieron del coche. Había un par de mantas en la parte de

atrás, agua embotellada, una linterna, algunas cerillas, unos prismáticos. Ben metió todas las cosas en su bolsa junto con el botiquín de urgencia. A continuación, Alex y él exploraron el valle arbolado que los rodeaba en busca de ramas y trozos de arbusto para hacer antorchas y amontonarlos encima del coche. Había cien mil preguntas que estaba deseando hacerle a Alex, pero en ese preciso momento había otras prioridades. Sentía que podía confiar en ella, aunque no sabía por qué.

Al cabo de unos minutos, el vehículo tenía el aspecto de una mata de arbustos bajo la luz de la luna. Ben hizo un gesto de asentimiento y levantó la pesada

bolsa para colgársela en el hombro sano. Comenzaron a caminar por el terreno pedregoso en fila india, la luna iluminaba el camino. Ben andaba al lado de Zoë, agarrándola del brazo para que continuara cuando se cayera. Se comportaba de manera hosca y poco dispuesta, y se quejaba enérgicamente cuando se tropezaba con una roca o la raíz de un árbol.

Ben la ignoraba y continuaba caminando. De vez en cuando miraba las estrellas para seguir hacia el norte. Alex había dicho que el hotel estaba a ochenta kilómetros al sur de Chinook. Se suponía que cuanto más cerca estuvieran de la civilización, más posibilidades

habría de encontrar una carretera o una granja donde poder pensar en el siguiente paso. Y Ben sabía que tarde o temprano necesitaría atención médica. Sin tratamiento, la herida empeoraría. Se alegró de haberse puesto la vacuna de recuerdo del tétanos recientemente, pero había visto lo rápido que podía actuar la gangrena incluso con heridas menos graves que la suya.

Mientras caminaba, sentía que poco a poco iba perdiendo la energía y que se agudizaba el dolor del hombro. Luchó contra el impulso de tomar otro analgésico. No podía permitirse malgastarlos. Todavía quedaba mucha distancia por recorrer y mucho dolor.

EL terreno que tenían por delante era muy empinado, se salía del valle arbolado, y el viento frío les silbaba en los oídos. Caminaron con cansancio y en silencio y, después de un rato, Zoë ya no tenía fuerzas ni para quejarse.

Al pie de una imponente montaña caliza, cincuenta metros por encima del valle, encontraron la entrada a una cueva protegida del viento por el borde saliente de una roca. Ben iluminó el interior con la linterna, en busca de señales de que habitara algún animal

salvaje. La cueva suponía una guarida ideal para un oso pardo o un león de montaña, pero no había ni rastro de excrementos ni restos de caza. Alex y una resentida Zoë recogieron ramas secas y hojas de helecho para poder acostarse sobre ellas mientras Ben encendía una hoguera en la parte de atrás de la cueva, colocada para que el humo subiera al techo y saliera por la entrada. Encendió la yesca con una cerilla y, en unos minutos, ya había conseguido un buen fuego. Exhausto por el dolor y empapado de sudor frío, se desplomó en el suelo cubierto de hojas. Alex hizo lo mismo, frunciendo el ceño por la preocupación mientras se colocaba junto a él. Le puso la mano en

la frente y le pasó los dedos por el pelo húmedo.

Zoë se dejó caer enfrente, ignorándolos. Se puso una manta como almohada y se acostó. Se durmió en cuestión de segundos.

Ben atizó el fuego con un palo.

—Es hora de que tú y yo hablemos.

—Te diré lo que sé —dijo Alex—.

Pero no hay mucho que contar.

—Háblame de Jones.

Alex suspiró.

—Me destinaron a su unidad hace seis meses. Nunca me gustó ese tipo. Es un lameculos de primera. Estaba a punto de pedir el traslado a otra unidad cuando las cosas empezaron a ponerse

raras. Yo formaba parte de un equipo de vigilancia a un tío llamado Cleaver. Escuchas telefónicas, interceptación de correos electrónicos, estrecha vigilancia, todo eso.

—Pero nadie te dijo por qué.

—En la mayoría de ocasiones, la agencia trabaja de un modo misterioso. Aceptas que no siempre se lo revelan todo a los agentes de campo. Pero esto era diferente. Jones era el único que veía las transcripciones de las llamadas. Los demás no sabíamos nada. Incluso empecé a escuchar detrás de las puertas, y así supe que habían enviado a algunos agentes a Grecia.

—Marisa Kaplan era una de ellos —

dijo—. ¿La conoces?

—No, pero vi su nombre en un informe. Pude haberme metido en un buen lío por leerlo. Es una exagente de la CIA. Ya no está en activo.

Y ahora menos, pensó Ben. Pero no dijo nada.

—Y entonces, hace diez días — continuó Alex—, ocurrió ese repentino arrebató de actividad. Jones estaba muy nervioso, se pasaba todo el día al teléfono, y se encontraba muy malhumorado. Lo siguiente fue que reunieron rápidamente un equipo y lo enviaron aquí, a Montana.

—Eso fue cuando trajeron a Zoë desde Grecia.

Ella asintió.

—La llevaron en un avión privado hasta Helena y luego la trajeron aquí en helicóptero. Nos dijeron que era una testigo esencial de una explosión terrorista en Grecia. Pero yo no me lo creí. La agencia no actúa de ese modo. Nunca he visto un centro de detención como ese. Creo que están utilizando recursos del Gobierno para sus asuntos extraoficiales. Estuve a punto de informar a los altos cargos. Pero no lo hice.

—¿Por qué no?

—Por lo que le ha pasado a Josh Greenberg. No lo conocía mucho, pero parecía un buen tipo. Jones le disparó en

la cara.

—Parece que a Jones le gusta dispararle a la gente en la cara —dijo Ben.

—Cuando ocurrió eso, me asusté demasiado como para pensar con claridad. Me sentía sola. Ojalá hubiera hecho algo.

—Conozco ese sentimiento.

—No sabía en quién podía confiar. Y entonces, de repente, nos comunican que todos regresamos a Georgia. Fue cuando te descubrieron. El resto ya lo sabes.

—Te recuerdo del día que me cogieron —dijo Ben—. Me acuerdo de tu mirada. Vi que eras diferente.

Alex lo miró.

—No debí dejar que te cogieran aquel día. Debí haber hecho algo.

—No había mucho que pudieras hacer. Habrías acabado como esos dos polis. Esa gente está matando a cualquiera que se ponga en su camino.

Alex miró fijamente, a través de la luz de la lumbre, la silueta durmiente de Zoë.

—No sé qué coño tiene que ansían tanto —dijo ella—. Pero lo quieren por encima de todo.

—Quizá incluso más de lo que tú crees —dijo Ben.

Se pasó los siguientes quince minutos contándole a Alex todo lo que

había ocurrido. Ella lo miraba pasmada por el horror mientras él le describía la explosión. Luego continuó. Un detalle incomprensible tras otro. Se lo explicó todo. Lo de Skid McClusky, Clayton Cleaver, los cien millones de Augusta Vale, el descubrimiento de Zoë, el chantaje.

Ella escuchó atentamente cada palabra. Para cuando Ben acabó, Alex lo miraba perpleja, tratando de comprender la gravedad del asunto.

—Es muy extraño —dijo ella en voz baja—. Nada tiene sentido. ¿Por qué querrán un trozo de cerámica? ¿Por qué es tan importante para ellos un oscuro asunto teológico?

—¿Durante cuánto tiempo ha estado vigilando tu equipo a Cleaver?

—Meses.

—Por eso descubrieron a Zoë. Captaron su llamada para chantajearlo. Entonces, cuando Skid McClusky fue al despacho de Cleaver para entregar la caja, ya estaban vigilando. Ellos son los que fueron a por McClusky. Y si su novia no hubiera aparecido, lo habrían torturado hasta la muerte.

Alex arrugó la frente, concentrándose.

—Entonces, lo que estás diciendo es que lo de Zoë es simplemente secundario.

—Cleaver es la clave —dijo Ben—.

Todo gira en torno a él, pero creo que él ni siquiera lo sabe. La pregunta es por qué lo vigilaban desde el primer momento.

Se quedaron callados mientras ambos trataban de comprender aquello.

—Están planeando algo —dijo ella—. Lo sé.

—¿Planeando qué?

—Ojalá lo supiera.

—¿Quién es Slater?

Alex lo miró con gesto inexpresivo.

—Estaba con Jones en el hotel. Es pelirrojo, bajo y llevaba un traje elegante. No parece ni un poli ni un agente. Está al mando. Jones sigue sus órdenes.

—Nunca he oído hablar de ningún Slater —dijo ella.

Ben tenía calambres en el hombro y trató de ponerse cómodo apoyándose en la dura pared de la cueva. Aquel dolor horroroso se le clavaba como un cuchillo, tenía escalofríos. De pronto, estaba agotado por el esfuerzo mental de tratar de resolver todo el asunto.

Alex lo miró preocupada.

—Te duele mucho, ¿verdad? Queda un poco de codeína.

—Guárdala para mañana —murmuró él.

—Deja que le eche un vistazo.

—Estoy bien —protestó él.

—No voy a dejar que te mueras

mientras estés conmigo, Ben. Te necesito tanto como tú me necesitas a mí.

Estiró el brazo y empezó a desabotonarle la camisa manchada de sangre. Él se resistió, pero luego cedió y se recostó mientras ella le quitaba la camisa y las vendas con mucho cuidado.

—Ya has hecho esto antes —dijo él débilmente.

—Tres años en la facultad de medicina, hasta que abandoné para vivir aventuras, para viajar por el mundo. Es lo más tonto que he hecho en mi vida. — Encendió la linterna y le alumbró el pecho y el hombro—. Y a ti ya te han disparado antes —añadió al ver las

cicatrices blancas en su torso.

—Dos veces. Esta es una herida de metralla.

—Bonita colección —dijo ella. Examinó la herida atentamente—. Creo que no hay hemorragia interna, Ben. Pero hay que sacar la bala. Deberías ir al hospital.

—Ni hablar —murmuró. Pero estaba demasiado débil para protestar.

Alex le puso una manta debajo de la cabeza y él se acostó mientras ella lo volvía a vendar, enrollando la gasa con habilidad hasta conseguir un vendaje tenso y seguro. Luego lo ayudó a ponerse la camisa y lo tapó con una manta.

—Deberíamos dormir un poco —
susurró ella.

Ben se quedó mirando la llama temblorosa de la lumbre mientras ella preparaba una cama de hojas de helecho y se acomodaba encima. Tras unos minutos, el continuo subir y bajar de su cuerpo bajo la manta le indicó que ya estaba dormida. Ben se quedó despierto un buen rato, escuchando los lejanos aullidos de los coyotes.

En algún momento de la noche se despertó y vio que Alex lo estaba mirando fijamente bajo el débil resplandor del fuego. Tenía la cabeza apoyada en las manos, el pelo le cubría el rostro. Las últimas llamas temblaban

en sus ojos.

—Estabas soñando —susurró ella
soñolienta—. Con alguien a quien amas.

Él no contestó.

—¿Estás casado? —murmuró—. ¿Te
espera alguien en casa?

Él dudó antes de contestar.

—No, no tengo a nadie
esperándome. ¿Y tú?

—Había alguien —contestó—.
Donde vivo, en Virginia. Se llamaba
Frank. Supongo que nunca tuvimos
mucho futuro. Se acabó hace un par de
años. No nos veíamos nunca, él tenía su
trabajo como veterinario y yo siempre
estaba en la sede o trabajando fuera en
alguna misión. Eso acabó con nosotros.

—Sonrió débilmente—. Supongo que le entregué mi corazón a la agencia.

—Yo lo hice una vez —dijo Ben—. Se lo di todo a una insignia. Y entonces, un día te das cuenta de lo poco que significa.

Se quedaron callados durante un rato.

—Jones dijo algo sobre ti — comentó ella en voz baja.

—¿Qué dijo?

—Dijo que eras uno de los hombres más peligrosos que siguen vivos.

Él negó con la cabeza.

—Los hombres como Jones son los peligrosos.

—He visto tu expediente.

—Eso es mi pasado, Alex. No soy yo.

Alex levantó un poco la cabeza y se apartó el pelo de la cara.

—Entonces, Ben Hope, ¿quién eres realmente?

—Todavía lo estoy averiguando — susurró. Luego se dio la vuelta y cerró los ojos.

*RESIDENCIA Richmond**Medianoche*

La primera reacción de Irving Slater, después de que Jones lo llamara avergonzado desde el hotel para contarle que Hope se había escapado con Bradbury y una agente, había sido quedarse callado por el asombro. Rápidamente, aquella conducta se convirtió en pura cólera, una superfuria feroz que había reducido a Jones hasta las lágrimas por teléfono.

Pero en aquel momento, un par de horas después, ya se había calmado. No lo suficiente como para poder estirarse en el enorme sofá enfrente de la pantalla de cincuenta pulgadas, pero sí para pensar con claridad y ver con otra perspectiva todo el asunto.

Había tomado una decisión, una a la que se había resistido durante meses, pero ahora se daba cuenta de que la había retrasado demasiado tiempo.

Cogió el teléfono y marcó. Esperó. Una voz contestó.

—Soy yo —dijo.

—Es tarde.

—Da igual. Escucha. Cambio de planes. Se nos está yendo de las manos.

He decidido llevar la estratagema por la vía rápida.

Se escuchó una brusca aspiración al otro lado del teléfono.

—¿Por qué ahora? —preguntó el socio.

—Ha surgido algo —dijo Slater—. Algo muy interesante que nos viene perfecto. —Se lo explicó.

—¿Estarán todos allí? ¿El presidente y los cuatro miembros del Consejo Supremo?

Slater sonrió.

—Todos bajo la misma cúpula. Y muchas más personalidades. Te hablo de darles un buen bofetón, ¿eh?

—Si podemos conseguir que...

—Llama a Herzog. Tendrá lugar en tres días. Dile que doblaré la cifra si puede hacerlo en esa fecha.

—¿Estás seguro? —dijo el socio con voz temblorosa—. Es un gran paso.

—Es un paso muy grande —añadió Slater—. Pero es el momento. O lo hacemos ahora o nunca. «No habrá más tiempo.» Apocalipsis. ¿Lo ves? Yo también leo la Biblia. Si esperamos más, estaremos jodidos.

—Este es un momento muy importante —murmuró el socio—. Ojalá no maldijeras así.

—No seas tan beato, joder. Qué aburrimiento.

—¿Richmond está preparado para

esto?

—Lo estará. Yo me aseguraré de eso. Tú preocúpate de lo tuyo. Hazlo ya.

Slater finalizó la llamada. Lleno de júbilo, se dirigió al mueble bar. Sacó la botella de Krug de la cubitera y se sirvió un buen vaso. Levantó el champán en un brindis silencioso consigo mismo y su momento de gloria. Se bebió el vaso de golpe.

El corazón le latía con fuerza. Lo había hecho. No más esperas. Rellenó el vaso y se recostó en el sofá, apenas podía contener los nervios. Apuntó con el mando a distancia al televisor gigante y apretó un par de botones. Su canal por satélite de porno favorito ocupó toda la

pantalla y disfrutó durante un rato mientras despachaba el Krug.

Entonces sonó el teléfono. Slater silenció los gemidos y jadeos que salían de los altavoces con sonido envolvente y lo cogió.

Era el socio.

—Ya está arreglado. Tres días.

—Dile a Herzog que es todo un profesional.

—Creo que ya lo sabe.

El socio colgó.

Slater se bebió el último trago de champán, se secó los labios con la manga de la camisa y marcó un número.

Jones contestó al tercer toque.

—Soy yo —dijo Slater.

—Ni rastro —dijo Jones, anticipándose a él—. Pero estamos buscando. Los cogeremos. Está controlado.

—Eso ya lo he escuchado antes. Y cuando los encuentres, los quiero muertos.

—¿A todos? ¿A Bradbury también?

—A Bradbury también.

—Pero los ostraca...

—Ya hemos pasado de eso — interrumpió Slater—. El plan ha cambiado. Jerusalén está en marcha.

—¡Santo Dios!

—Exacto. ¡Aleluya!

—¿Cuándo? —dijo Jones en voz baja.

—En tres días —contestó Slater—.

Así que encuéntralos. Y entiérralos.

—Con mucho gusto.

DECIMOSEXTO día

Al abrir los ojos, Ben recibió la luz matinal y percibió el olor a carne asada. Alex estaba agachada al lado del fuego. Lo había avivado y estaba cocinando un conejo con la ayuda de dos palos acabados en punta y un espetón.

—Hay algo que huele muy bien — dijo Ben.

La mujer miró hacia atrás al escuchar su voz; la calidez de su sonrisa

era auténtica. Estaba despeinada.

—Tienes hambre. Eso es buena señal.

Ben se apoyó en la pared de la cueva, observando cómo Alex mantenía el fuego para que no provocara mucho humo. Los jugos del conejo goteaban en las llamas, saltando y chisporroteando. Recorrió las curvas de su silueta con la mirada, percatándose por primera vez de su atractivo. Era alta y esbelta, y se movía con una elegancia atlética.

Posó la mirada en la culata de la Beretta que le sobresalía del bolsillo de atrás de los vaqueros.

Alex pareció leerle el pensamiento.

—Si quieres, te la devuelvo. Espero

que no te importe que la haya cogido mientras estabas durmiendo, pero Zoë tiene que comer. Y tú también. Estás pálido.

Ben se levantó despacio. Notaba como si alguien le estuviera cortando el brazo por el hombro con una sierra angular. Cogió la codeína y se metió dos pastillas en la boca.

—No me importa. Quédatela.

Ella sonrió.

—Entonces ya confías en mí.

—No tengo más opciones.

—La verdad es que no.

Clavó el cuchillo en la ijada del conejo y lo sacó del espetón, dejó la carne muerta asada en una piedra plana

y empezó a trincharla y a cortar trozos. Le ofreció uno a Zoë con la punta del cuchillo.

La chica puso cara de asco.

—No me voy a comer eso.

Alex frunció el ceño.

—Tienes que coger fuerzas. Vamos a tener que andar mucho hoy.

—Soy vegetariana.

—Mejor —dijo Ben—. Más para nosotros. Pero si crees que vamos a cargar contigo, estás muy equivocada.

Zoë señaló a Alex.

—No voy a ir a ninguna parte con ella. Gracias a ella mataron al doctor Greenberg.

—Yo no quería que ocurriera —dijo

Alex—. No pude hacer nada para impedirlo.

Zoë gruñó y se acurrucó en su rincón. Se quedó sentada, observándolos con mirada amenazante mientras comían.

—Que haga lo que quiera —dijo Ben—. Si quiere morirse de hambre, déjala. Está bueno.

—Nunca había disparado a un conejo con una 9 mm —contestó Alex—. Me daba miedo que no quedara nada.

Se limpió la boca, se levantó, se dirigió a la entrada de la cueva y sacó su teléfono.

—Guarda eso —dijo Ben—. Si aquí arriba hay señal, la encontrarán y nos

seguirán.

—Vale. Pero en cuanto encuentre una línea de tierra, voy a llamar.

—Ah, perfecto —soltó Zoë—. Los va a llamar.

—No, señorita —dijo Alex bruscamente—. Te voy a poner en detención preventiva hasta que solucionemos todo este asunto.

Ben negó con la cabeza.

—Ni hablar. Es mi responsabilidad. Ella no va a ninguna parte que tenga que ver con la CIA. Le prometí a su familia que la llevaría a casa sana y salva. Ese es mi objetivo.

—No tiene papeles. ¿Cómo coño vas a sacarla de los Estados Unidos?

—Entregándola al consulado británico más cercano. Sus padres pueden venir a recogerla.

—¿Y luego qué?

—Luego voy a ir a por los que empezaron todo esto.

—¿Tú solo? ¿Crees que esa es la solución? ¿Matar a más gente?

—No es lo que pretendía —contestó—. Quería una vida pacífica. No pedí volver a todo esto.

—Pero ahora estás dentro.

—Y pretendo acabar con ello.

Alex negó con la cabeza.

—No va a funcionar, Ben. Te buscan por matar a dos agentes de policía. Te cogerán antes de que puedas acercarte a

esa gente. Tienes que hacerlo a mi manera. Soy tu única coartada, recuerda.

—Tú estás tan metida en esta mierda como yo —dijo él—. Intenta explicarles a tus superiores por qué mataste a uno de tus compañeros y ayudaste a una fugitiva.

Alex no dijo nada.

Ben se giró hacia Zoë. Estaba apoyada en la pared, con gesto malhumorado, mirando fijamente al vacío.

—Y tú tienes muchas cosas que explicar —dijo Ben.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Dónde están los ostraca?

—No sé de qué estás hablando —

replicó enfadada.

—Pensaba que Greenberg había dicho que estabas progresando —dijo Alex—. ¿Todavía no recuerdas nada?

Zoë hizo una mueca y hundió la cabeza en las manos.

—Quiero irme a casa.

Ben la miró fijamente.

—¿Y por qué sabes que tienes una casa si no te acuerdas de nada?

Zoë levantó la cabeza y le lanzó una horrible mirada.

—¡Vete a la mierda! Déjame en paz.

—Ni te imaginas por todo lo que he pasado para encontrarte. Ha muerto gente por culpa de tus estúpidos jueguitos.

—No seas tan duro con ella, Ben — dijo Alex—. Para ella también ha sido difícil.

Ben se quedó callado durante un momento.

—Está bien. Lo siento. No pretendía ser tan duro contigo.

—Anoche casi me rompes la mandíbula —dijo Zoë mientras se la frotaba.

—También te pido perdón por eso.

Estiró el brazo y le puso una mano en el hombro. Aquel gesto le provocó un dolor agudo. Ella se apartó.

—Será mejor que nos movamos — dijo Alex—. Va a ser un día muy largo.

Apagaron el fuego, envolvieron lo

que quedaba del conejo en hojas limpias y lo guardaron en la bolsa de Ben. Después de empaquetar todos los bártulos, se turnaron para lavarse en el frío riachuelo que había al pie de la arbolada ladera. Luego dejaron atrás la cueva y se pusieron en marcha por el duro terreno. Para continuar dirigiéndose directamente hacia el norte, tenían que subir la montaña, así que rodearon su pie a través de kilómetros de bosques de abetos y píceas.

—Podríamos estar caminando durante semanas sin encontrar nada —dijo Alex jadeando—. Este es uno de los estados más grandes, con poblaciones de las más pequeñas.

Tendríamos que habernos quedado en la carretera.

Después de unos cuantos kilómetros más, Ben empezó a pensar que Alex tenía razón. Aparte de los ocasionales buitres, la única señal de vida que vieron durante horas fue el enorme alce que había salido de entre los árboles al verlos pasar; los había mirado fijamente durante un momento y luego había desaparecido como un fantasma.

Se detuvieron y descansaron un rato, luego continuaron la marcha. A Ben le daba vueltas la cabeza y el hombro estaba a punto de estallarle. A los pocos metros, tuvo que volver a descansar.

—Estás muy mal —dijo Alex—.

Escúchame. Yo puedo ir más rápido sola. Podría explorar lo que hay más adelante. Quizá encuentre una carretera o una granja. Volveré a por vosotros. Con suerte, solo tardaré un par de horas.

Ben sabía que no podía discutir.

—Ten cuidado.

Ella sonrió.

—Sé cuidar de mí misma. Volveré antes de que te des cuenta, ¿vale?

Alex revisó la pistola, bebió un buen trago de agua de la botella y se marchó sin decir ni una palabra.

De pronto, Ben se dio cuenta de que no le gustaba nada verla marchar.

—Volverá con Jones —dijo Zoë, observando cómo se alejaba Alex—.

Eres muy ingenuo, dejas que se vaya sola.

Ben la ignoró.

—Estará fuera durante un buen rato.

Tenemos que encontrar un lugar para descansar.

A los pocos minutos de buscar por todas partes, encontraron una píceca rota, con el tronco inclinado en ángulo recto. Ben agarró una rama.

—Ayúdame a bajarla —dijo.

—¿Qué estás haciendo?

—Un refugio. No podemos sentarnos al aire libre, así sin más, donde nos puedan ver desde el aire.

Ella frunció el ceño.

—Me estarán buscando, ¿verdad?

Él asintió. Zoë cogió otra rama del árbol inclinado, y juntos empujaron y tiraron hacia abajo. La madera del tronco cedió emitiendo un chasquido. El espeso manto de hojas se combó hacia el suelo, formando un espacio en el que podían introducirse a gatas para que no los vieran. Ben se instaló en la guarida llena de hojas, apoyado en su bolsa.

Zoë entró detrás de él y suspiró profundamente.

—Joder, estoy agotadísima —se quejó—. Los pies me están matando, y este lugar está plagado de insectos. Coño, ahora mismo daría lo que fuera por darme un buen baño de agua caliente.

Ben la ignoró. A los pocos minutos, cuando Zoë se dio cuenta de que él no iba a reaccionar a su enfado y sus resoplidos, se calló y se quedaron sentados en silencio durante un rato. El dolor del hombro se aliviaba por la codeína, pero todavía le dolía mucho. Ben se iba asomando, y el tiempo pasaba. Miró la hora. Alex se había marchado hacía más de treinta minutos.

—Tengo mucha hambre —gruñó Zoë.

Ben cogió la bolsa que estaba detrás de él, quitó las correas y buscó dentro el paquete hecho con hojas. Lo abrió y lo lanzó delante de ella.

—Come. Alex se esforzó mucho por

prepararte esto.

—No puedo comer cosas muertas.

—Entonces es que no tienes hambre.

—Me muero de hambre.

—Pues ahí tienes —dijo él.

Zoë miró el conejo con asco, después volvió a mirar a Ben, dudó, y a continuación cogió un trozo con los dedos y le dio un mordisco pequeño. Luego, otro más grande. Tras dos bocados más, ya masticaba felizmente, excepto cuando reparó en que él la estaba observando y fingió que le daba asco. Ben sonrió para sí mismo al verla. Cuando hubo acabado y se estaba chupando los dedos disimuladamente, Ben cogió la petaca y se la tiró.

—Sé lo desagradable que te ha resultado —le dijo—. Lávate con esto.

Zoë abrió el tapón y olió. Le dio un buen trago y luego se la devolvió. Él bebió un trago pequeño y se la volvió a pasar. Mientras ella bebía un poco más, Ben sacó los cigarrillos. Le ofreció uno, pero ella lo rechazó.

—El tabaco te mata lentamente —dijo ella.

—Bueno. No tengo prisa.

Ella soltó una risita.

—Hace semanas que no bebo —dijo ella—. Se me va a subir a la cabeza.

—Acábatela —le dijo mientras se encendía un cigarrillo.

Zoë se acabó el whisky de un trago,

cerró la petaca y se recostó, estirándose. Miró el cielo azul a través del manto de hojas.

—Es genial estar al aire libre —dijo en voz baja—. Es como si hubiera estado encerrada toda mi vida.

—Te llevaré a casa pronto —le prometió.

—Me salvaste. No te lo he agradecido.

—Ya me lo agradecerás cuando todo esto acabe. —Volvió a cerrar los ojos. Le invadían oleadas de frío y calor. Tenía que sacarse la bala.

—No lo entiendo —dijo inclinando la cabeza—. ¿De qué conoces a mis padres?

—Soy alumno de tu padre.

—¿Tú? ¿Eres estudiante de teología?

—Suele provocar esa reacción —dijo—. Antes era soldado, pero ahora estoy buscando un nuevo camino.

—¿La Iglesia?

—Quizá.

Ella sonrió.

—¡Qué desperdicio! Estás demasiado bueno para hacerte cura.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—¿Tienes novia?

Ben negó con la cabeza.

Ella volvió a sonreír.

—No serás gay, ¿verdad?

—Que yo sepa, no.

—Bien. —Se acercó un poco más a él. Se apartó un mechón de la cara—. Me pregunto cuánto tiempo estará fuera.

—¿Alex? Seguramente un buen rato.

—Me alegro de que podamos hablar así —dijo ella.

—Yo también.

—No te pareces en nada a los otros alumnos de mi padre que he conocido. Son todos unos flojos.

El sol ya estaba arriba, los rayos se filtraban por las ramas. Zoë entrecerró los ojos por la luz moteada de colores.

—Está empezando a hacer calor —comentó. Se quitó el grueso jersey y lo dejó en el suelo. Debajo llevaba una

camiseta fina. Se inclinó hacia delante y volvió a sonreír.

—Se te acaba de caer la pulsera — dijo Ben, señalando la pulsera de oro que había entre las hojas.

—Mierda, siempre me pasa lo mismo.

—Deberías tener cuidado —dijo—. Parece cara.

—Era de mi bisabuela.

Ben asintió pensativo y se quedó callado durante un momento.

—Es una pena lo de Whisky —dijo de repente.

—Sí, me ha relajado mucho — contestó ella—. Ojalá tuviéramos más. —Se rió tontamente.

Ben negó con la cabeza.

—No me refería a la bebida. Me refería a Whisky. Lo atropelló un coche. Está muerto.

Zoë abrió los ojos de par en par horrorizada. Se apartó de él, se quedó paralizada.

—¿Qué? ¿Cuándo ocurrió eso?

—Mientras estabas de fiesta en Corfú.

—Los cabrones no me lo contaron —dijo.

Y entonces se tapó la boca con la mano al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—No, no te lo contaron —dijo—. Porque no es verdad. Me lo acabo de

inventar. Tu perro está vivo. Y creo que te acabas de delatar, Zoë Bradbury. Has caído de pleno.

Se puso roja.

—No sé por qué lo he recordado. No me acuerdo de nada más.

La cogió de la muñeca y la sujetó con fuerza, ignorando el dolor del hombro.

—No, claro que no. Aparte del hecho de que tu padre es teólogo y todos sus alumnos son unos flojos. Que no comes carne. Que llevas la pulsera de tu bisabuela. Que hace un par de semanas estabas pasándotelo en grande en una isla griega. ¿Sabes lo que yo creo? Creo que sabes muchísimo más de lo que

finges saber.

La chica forcejeó para soltarse.

—¡Suéltame!

Él negó con la cabeza.

—De eso nada, Zoë. Por una vez en tu vida, vas a decir la verdad.

ZOË consiguió escapar de las manos de Ben y salió a gatas del refugio. Ben la siguió y la cogió por el tobillo. La chica pateó y le dio en el hombro que tenía herido. Ben gritó y se cayó al suelo mientras ella se arrastraba y echaba a correr.

—¿Adónde crees que vas? —le gritó Ben.

Zoë corrió entre los árboles, apartando las ramas al pasar.

Luego se paró y gritó. Una figura salió de los arbustos.

Era Alex, acalorada y con la cara roja por la caminata. Estaba despeinada y llena de hojas, y llevaba los vaqueros empapados hasta el muslo por haber andado por el agua.

—¿Zoë? ¿Adónde vas?

Ben llegó adonde estaban. Respiraba con dificultad y se apretaba el hombro. Le lanzó una mirada feroz a Zoë.

—Vale, hija de puta. Ahora sí que vas a hablar.

Alex se quedó perpleja.

—¿Qué está pasando aquí? Traigo buenas noticias. Hay una granja arriba en las montañas, a unos tres kilómetros.

—Lo que pasa es que Zoë ha recuperado la memoria —dijo Ben—.

No nos había dicho nada.

Zoë se echó a llorar y cayó de rodillas al suelo.

Alex miraba con incredulidad.

—¿Eso es verdad?

—Venga, suéltalo —dijo Ben—. ¿Dónde están los ostraca? ¿De qué va todo este asunto? ¿Por qué los quieren Jones y Slater?

—No lo sé —dijo Zoë sollozando.

—No te moverás de aquí hasta que nos cuentes la verdad —dijo Ben.

—¡Va en serio! —le dijo gritando—. No sé por qué los quieren. ¡Solo los estaba utilizando para chantajear a Cleaver!

—Pues dime dónde están —dijo

Ben, intentando con todas sus fuerzas dominar la furia de su voz—. Y entonces quizá podamos salir de esta. Podemos utilizarlos contra ellos.

Zoë movía la cabeza bruscamente, tenía la cara llena de lágrimas y polvo.

—No os puedo decir dónde están — dijo sollozando.

—¿Por qué no?

—Porque... porque... No lo puedo decir. —Volvió a echarse a llorar y a pasarse los dedos temblorosos por la cara.

Alex se acercó a ella y la cogió del brazo.

—No tengas miedo. Intentamos ayudarte. Cuéntanoslo. Luego iremos a

la granja. Pronto se acabará todo.

Zoë se secó las lágrimas y miró a Ben asustada. Sorbió, agachó la cabeza.

—¿Y bien? —preguntó el hombre.

—No os lo puedo contar porque... no existen. —Bajó los hombros—. Ya está. Ya lo he dicho. ¿Contentos?

Ben se quedó pasmado, callado, durante unos segundos.

—¿Qué? —dijo en voz baja.

Zoë se puso de pie, con las piernas separadas.

—Era todo un farol —susurró—. Todo era mentira, ¿vale? No hay pruebas. Me lo inventé todo.

Ben trató de darle sentido a lo que estaba diciendo.

—Pero el trozo que le enviaste a Cleaver, el que le diste a Skid McClusky para que se lo entregara... Era real. Cleaver lo verificó.

Zoë negó con la cabeza llorando.

—Lo dató por radiocarbono, eso es todo. El fragmento era de la época correcta. ¿Por qué creéis que lo escogí? Pero la inscripción no tenía sentido. Nadie podría haberla identificado. Solo encontré un par de fragmentos. Por lo que yo sé, era una especie de antiguo recetario de cocina hebreo o una hoja de cuentas. No había lo suficiente como para darle sentido.

Ben se quedó mirándola fijamente, cada vez más enfadado. El dolor del

hombro había desaparecido.

—Un recetario de cocina —repitió.

—Ni siquiera estaba segura de que Cleaver se lo tragara —soltó—. Fue una idea alocada que se me ocurrió un día en una excavación en Turquía. No tuve que inventarme los detalles porque sabía que podía engañarlos. Pensé que sería un buen modo de vengarme de ese cabrón, de alterarlo un poco. Ese estúpido libro. ¿A quién quiere engañar? —Se puso roja—. ¿Y por qué tenía que quedarse con todo el dinero de Augusta? Era mi amiga primero. Debería ser yo quien se lo quedara.

—¿Y esa es la verdad? —dijo Ben—. ¿Nunca hubo ninguna prueba sobre

san Juan y el Apocalipsis?

—Si la hay —dijo Zoë sorbiendo—, sigue enterrada en algún sitio.

Ben empezó a temblar conforme lo iba asimilando. Pensó en Charlie. En su cabeza se estaba reproduciendo el momento en que su amigo había volado en pedazos.

—Supongo que no te sentirás en absoluto culpable si te hablo de las vidas que has destrozado con tu pequeño plan —dijo—. No importa que tu familia se haya vuelto loca de preocupación. Que Nikos esté muerto. ¿Lo sabías? ¿Te importa? —El dolor volvía a aparecer, como un trozo de hierro fundido en la carne.

Zoë lo miró asustada, luego cerró los ojos y no dijo nada.

—Por no mencionar las víctimas de la bomba en Corfú, de la que no sabes nada —dijo Ben—, pero que causaste tú. Y del doctor que arriesgó su vida para ayudarte y murió en el intento. Y de tu amigo Skid McClusky, que está escondido en un motel asqueroso con las piernas destrozadas. Y todo gracias a ti, a tu estúpida bromita. —Le costaba respirar por el dolor. Contuvo las ganas de agarrarla del pelo y estamparle la cara contra el suelo—. Siempre he tratado a las mujeres del mismo modo que a los hombres, pero... Si fueras un hombre, Zoë, te juro que hoy sería tu

último día. No sabes lo que has hecho.

Se hizo un largo silencio, lo único que se escuchaba era el suave sollozo de Zoë, el susurro de las hojas movidas por la brisa y la llamada de un buitre en las alturas.

Alex fue la única que rompió el silencio.

—¿Y eso en qué punto nos deja?

Ninguno respondió.

A Ben le entraron náuseas, como si tuviera fiebre. Notó que algo le goteaba en el pie y miró hacia abajo. Tenía la mano izquierda llena de sangre que se escurría entre los dedos manchando la tierra. Alex también lo vio y en su mirada se reflejó la preocupación.

Y entonces se escuchó el fuerte ruido de las palas de un rotor a lo lejos. Ben miró hacia arriba. El helicóptero era simplemente un punto en el cielo, pero se hacía cada vez más grande.

—Tenemos compañía —murmuró Alex.

—A cubierto —dijo Ben—. Ya. —Cogió a Zoë del brazo y la arrastró bruscamente, luego la lanzó entre unos arbustos. Alex se agachó y se colocó detrás de ella, y Ben se puso en cuclillas a su lado. Podía oler el pelo de Alex, su piel caliente. A pesar del dolor, sentía un extraño hormigueo por la sensación de proximidad.

El helicóptero se acercaba, el rugido

sordo se escuchaba por todas partes. Luego pasó por encima del valle arbolado, sacudiendo los árboles, y se marchó.

Alex soltó el aire que había estado conteniendo.

—¿Crees que han encontrado el coche?

Ben negó con la cabeza.

—Están inspeccionando toda la zona. Eso es lo que yo haría. Jones debe de haber pedido todos los recursos que haya podido reunir. —Se puso de pie mientras se oía el zumbido del helicóptero al alejarse—. Es hora de irse.

AQUELLOS tres kilómetros largos y agotadores parecían ser los últimos que Ben iba a recorrer en su vida. Sentía que se le iban agotando las fuerzas en cada paso. Alex iba delante, cargaba con la bolsa, y se paraba con frecuencia para ayudarlo a caminar por el complicado terreno. Zoë los seguía en silencio, unos treinta metros por detrás, con la cara pálida, evitando la mirada de Ben mientras se abrían paso entre los pinos y bajaban una larga pendiente rocosa hacia el río.

—Tenemos que cruzar —dijo Alex—. La corriente de agua es rápida, pero no es profunda.

Cogió a Ben de la mano y entraron en el agua. Él se tropezó y se cayó, y el impacto del agua helada hizo que su cuerpo sufriera un espasmo con escalofríos. Alex lo ayudó a levantarse.

—Solo un poco más —dijo ella, e intentó sonreír de un modo tranquilizador.

Ben apretó los dientes y contuvo el mareo. Paso a paso, consiguió cruzar el río y, acto seguido, se derrumbó en la orilla rocosa. Zoë los alcanzó a los pocos minutos, y luego el herido consiguió seguir andando. Había una

gran pendiente desde el río. Entonces, al llegar a lo alto de la siguiente subida, Alex cogió los prismáticos de la bolsa y se sentó en una roca para inspeccionar el valle que había más abajo.

—Ahí está —dijo contenta.

A pesar del dolor y el agotamiento, Ben se percató de la espectacular vista que tenían desde allí. Las llanuras abiertas se extendían kilómetros ante ellos y el temprano sol vespertino brillaba al reflejarse en la nieve de los lejanos picos de las montañas. Alex le pasó los prismáticos y él los dirigió hacia el laberinto de casas de campo que había a un kilómetro, cruzando la ondeante pradera. El lugar parecía una

típica granja de montaña, con varias cuadras y caballos pastando detrás de las vallas pintadas de blanco.

—No veo a nadie por ahí —dijo Ben—. Pero sale humo de la chimenea.

—Bajemos y echemos un vistazo —contestó Alex.

Les costó otros cuarenta y cinco minutos de penosa bajada llegar a la granja. Entraron por la verja y recorrieron un camino polvoriento entre destartalados cobertizos de madera hacia la casa. Ben descansó apoyándose en el poste de una valla mientras Zoë rondaba indecisa por detrás y Alex se acercaba a la vivienda. Una de las ventanas se había cubierto con tablas y

los escalones del porche estaban carcomidos y apoyados en ladrillos.

Alex llamó a la puerta.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

No hubo respuesta. Se alejó de la casa con la vista puesta en las ventanas, y se encogió de hombros mirando a Ben.

El sol estaba alto y calentaba, y Ben tuvo que cubrirse los ojos con la mano para echarle un vistazo a la granja.

Y entonces vio el cuerpo.

El anciano yacía sobre la hierba a unos cien metros de uno de los cercados para caballos. Ben y Alex se acercaron corriendo. Alex se arrodilló al lado del cuerpo tirado con vaqueros desgastados y camisa roja a cuadros y comprobó si

tenía pulso.

—Está vivo —informó.

Ben trajo una jarra de agua del cercado más cercano y le tiró un poco en la cara. El hombre gruñó, parpadeó e intentó incorporarse. Tenía el pelo y la barba largos, y la cara muy bronceada. Hizo una mueca de dolor y se agarró el tobillo. Ben se dio cuenta de que lo tenía muy hinchado.

—Ese maldito potro me ha tirado —dijo el anciano, señalando. En el cercado, un joven caballo castaño los miraba fijamente desde su pasto, arrastrando la cuerda de entrenamiento del cabestro.

—Intente no hablar —le dijo Alex al

anciano—. Lo llevaremos adentro, a la sombra.

Ayudaron al anciano a que subiera los escalones del porche y a que entrara en la casa. Dentro hacía frío y olía ligeramente a humedad. Al final de un oscuro pasillo había una sala con el papel colgando de las paredes y un sofá bajo que parecía llevar ahí desde los años cincuenta. Lo tumbaron. Ben se secó el sudor de los ojos y le subió con cuidado la pernera del pantalón.

—Parece que solo es una torcedura —dijo Alex al echarle un vistazo.

—Estoy enormemente agradecido de que hayáis aparecido, amigos —dijo el anciano—. No vienen muchos visitantes

por aquí. —Entrecerró los ojos al ver la camisa manchada de sangre de Ben, pero no dijo nada. Alargó la mano—. Riley Tarson, así me llamo.

—Ben Hope. Y ella es Alex.

Zoë había entrado en la casa, y se había quedado de pie sin hacer nada, observando de lejos.

—¿Y la señorita? —preguntó Riley—. ¿Tiene nombre?

—Sí —dijo Ben—. Problema. —Le quitó la bota y luego se volvió hacia Alex—. Creo que he visto una consuela en el patio. ¿Sabes hacer una decocción? Ayudaría a bajar la hinchazón.

—No hace falta —dijo Riley—. Ira tiene un tarro de una de esas pociones

indias en el estante de la cocina.

—¿Ira?

—Me echa una mano con la granja. Pero no está aquí. Se fue hace dos días para buscar un novillo que se había perdido. No ha vuelto desde entonces.

—Voy a ver si encuentro el tarro — dijo Alex. Zoë la siguió.

Riley miró a Ben atentamente.

—Se ha desviado un poco de su camino, señor. Me da la impresión de que no son viajeros normales.

—Lleva razón —dijo Ben.

—Y creo que ese helicóptero de antes os estaba buscando. ¿También llevo razón en eso?

Ben no contestó.

Riley arrugó la cara en una mueca.

—Sé de dónde viene ese helicóptero. No me gustan nada los agentes del Gobierno.

—Son de la CIA —dijo Ben en voz baja—. Nos están buscando.

—Yo no tengo problema con eso, hijo. Si tuvierais la intención de hacerme daño o de robarme, ya lo habríais hecho. No sé nada de vuestros asuntos, y cuanto menos sepa, menos tendré para contar. Las acciones de un hombre son lo único que me importa. —Riley gruñó—. Como el cabrón del helicóptero, que descendió cuando estaba tirado en el suelo. Me vio, y lo único que hizo fue sonreír y marcharse.

Si no hubierais aparecido, no habría llegado a la mañana. Así que si me pides que escoja un bando, no escogeré el suyo, eso seguro.

Alex volvió a la sala, con un gran tarro lleno de loción verdosa. Ben lo examinó.

—Esto es consuelo, muy bien —dijo—. Ayudará.

Se la untó en el tobillo hinchado, luego le inmovilizó el pie con la funda del cojín, enrollándola con cuidado y sujetándola con cinta.

—Necesita descansar un rato —le aconsejó.

—Tú tampoco pareces estar muy bien —dijo el anciano—. Ya he visto

heridas de bala antes.

De pronto, Ben volvió a sentirse mareado. Los labios del anciano se movían, pero lo único que oía era el eco sordo en sus oídos. La sala empezó a dar vueltas, y luego fue vagamente consciente del grito de Alex cuando se cayó al suelo.

LA consciencia iba y venía. Como un efecto estroboscópico ralentizado, había periodos de oscuridad en los que vagaba y flotaba durante lo que parecía una eternidad. Entremedias había ráfagas de sonido y luz y actividad. Fue vagamente consciente de que subía la escalera, con un brazo rodeando el cuello de Alex mientras esta lo sujetaba. Luego una habitación. Una cama. El crujir de las sábanas al rozarle. Sangre en el algodón blanco. Alex inclinada sobre él, con preocupación en la mirada. Volvió a

perder el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, la luz roja del amanecer se deslizaba por el suelo de madera de la extraña habitación. Parpadeó y trató de levantar la cabeza de la almohada. Tenía el hombro recién vendado. Le dolía, pero de un modo diferente.

Se tocó el cuello buscando la alianza. No estaba.

Miró a su alrededor. Se encontraba en una habitación grande, sencilla y tradicional. En brutal contraste con la planta de abajo, la habitación estaba limpia y ordenada, como si nunca se utilizara. Estaba en una cama doble con estructura de latón, cubierto con un

edredón de retales de colores. Había una palangana para lavarse en el rincón y al lado de la cama, una mecedora de madera con ropa limpia, una camisa vaquera azul y unos pantalones vaqueros limpios, perfectamente doblados. Bien puesta encima de la ropa estaba la alianza de oro con la cinta de cuero.

Alex estaba a su lado, desplomada en la cama, con el pelo despeinado sobre el edredón y un brazo sobre sus piernas. Ben se preguntó cuánto tiempo le habría estado velando antes de quedarse dormida.

Alex se movió y abrió los ojos, mirándolo directamente. Parecía tener esa habilidad, que Ben solo había visto

en animales salvajes y soldados instruidos, de pasar del sueño profundo a un perfecto estado de alerta, sin necesidad de las diferentes etapas de despertar, bostezar y tener los ojos hinchados. La mujer sonrió y se sentó en la cama. Se había cambiado el jersey de lana y ahora llevaba una camisa a cuadros de granjera que le quedaba grande y a la que le había hecho un nudo a la altura de la cintura.

—Bienvenido al mundo de los vivos —dijo.

—¿Lo has hecho?

Ella asintió.

—Estaba muy profunda, pero ha salido limpiamente. No ha tocado hueso.

Se alisó un poco, pero no se llegó a romper. Sin fragmentación.

Cogió una taza de hojalata que había en la mesilla de noche y la agitó. Ben vio la bala arrugada que se movía en el fondo de la taza. Ahora parecía pequeña e inofensiva.

—Me has salvado la vida —dijo—. Ya van dos veces. Tengo que ponerme al día.

Le cogió la taza y le tocó suavemente la frente con los dedos fríos.

—Todavía estás muy caliente. Descansa.

Ben se recostó sobre la almohada.

—Tenemos que continuar.

—Durante un par de días no. Riley

dice que nos podemos quedar el tiempo que haga falta.

—¿Cómo está?

—Ahora está durmiendo. Se pondrá bien. —Sonrió—. Piensa que tú y yo somos pareja.

—¿Dónde está Zoë?

—En una habitación, abajo. Está cansada, Ben. Tienes que calmarte un poco con ella.

—La habría matado.

—Se siente mal.

—Ya puede.

Alex le acarició la frente y le apartó un mechón de los ojos. Afuera, la luz del amanecer brillaba. Ben podía oír a los caballos relinchando a lo lejos y a un

perro ladrar.

—Debería ir a ver los caballos —
dijo Alex—. Riley no se levantará hasta
dentro de un rato.

—Quédate un minuto.

Ella volvió a sonreír.

—Vale.

Se quedaron allí en silencio durante
unos minutos.

—Soñaste mucho —dijo ella—.
Anoche. Tuviste fiebre durante un rato.

—¿Sí?

Ella asintió.

—Volviste a hablar en sueños.

Él no contestó.

—Estabas hablando con Dios.

—No tengo mucho que decirle.

—Le pedías que te perdonara, Ben. Parecías muy arrepentido. ¿Qué ocurrió? ¿Qué has hecho que quieres que te perdone?

Ben se dio la vuelta y se apartó de ella.

—Quiero ayudarte —dijo ella.

Volvió a mirarla.

—¿Por qué?

—No lo sé. Porque sí. —Sonrió—.

Es como si te conociera. Te he desnudado y te he metido en la cama. He metido la mano en tu hombro para sacarte la bala. Tengo sangre tuya por todas partes. Te he curado y vendado la herida. Te he bañado y me he quedado aquí sentada la mitad de la noche

secándote el sudor. Así que, ¿por qué no me dejas ayudarte? Hablar es bueno.

—Han ocurrido cosas malas —dijo Ben—. Cosas de las que no quiero hablar.

—A todo el mundo le pasan cosas malas.

—Ya lo sé.

—No es culpa tuya que Charlie muriera —dijo Alex—. Sé que te echas la culpa, pero no es justo. Tú no sabías lo iba a pasar. Tú solo intentabas ayudar a un amigo.

Ben estuvo a punto de contestar, pero cerró la boca.

—¿Qué?

—Nada —murmuró él—. Quizá

deberías ir ya a ver los caballos. No te quedes mucho tiempo ahí fuera. El helicóptero podría volver.

Ella sonrió.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Quizá tengas razón —dijo—. Con lo de Charlie. Quizá no sea culpa mía.

—Hay algo más, ¿verdad?

Ben cerró los ojos.

—Cuéntamelo.

Tras una larga pausa, Ben dijo en voz baja:

—No puedo.

CONFORME pasaba la mañana, Ben notaba que poco a poco iba recuperando fuerzas y su impaciencia iba aumentando. Estaba tumbado sobre las sábanas arrugadas leyendo la Biblia, pensando en todo lo que había pasado.

No podía dejar de pensar en Slater. ¿Quién era? No era un agente. No era un poli. No era un guerrero como Jones. Era un líder, un organizador, un cabecilla. Obviamente, un hombre con un poder considerable. Uno de los motores principales. Un político, quizá,

pero no una figura destacada; Alex nunca había oído hablar de él. Quizá alguien que prefería quedarse en un segundo plano, trabajando en la sombra. Y alguien que, por alguna razón que continuaba siendo un misterio, estaba interesado políticamente en Clayton Cleaver y, por extensión, amenazado políticamente por los ostraca que había descubierto Zoë.

Religión y política. Cleaver pretendía llegar al Gobierno, pero todavía no era lo suficientemente importante. ¿Y si había alguien más, alguien en una posición mucho más alta, alguien con mucho más que ganar o perder, interesado también en esto? Los

votos y el poder suponían una gran motivación, algo por lo que merecía la pena matar.

Pero una voz interior le decía a Ben que había algo más. La sola ambición política no explicaba por qué Slater, o las fuerzas que representaba, eran aparentemente capaces de utilizar los recursos de la CIA para llevar a cabo sus planes. Había algo más grande detrás de todo aquello.

Y mientras Ben pasaba las hojas de la Biblia que tenía apoyada en la almohada, aquella idea seguía volviéndole a la cabeza y helándole la sangre.

Después de un rato, ya no podía

soportar más la inactividad. Justo después de mediodía se levantó, sintiéndose un poco mareado, pero más fuerte. Solo llevaba unos pantalones cortos. El vendaje que le había hecho Alex estaba bien sujeto alrededor del pecho y el hombro.

Cogió la alianza y se la volvió a colgar al cuello. Se acercó a la ventana y observó las casas de la granja y los cercados, la extensa llanura y las montañas al fondo.

Algo le llamó la atención. En una de las cuadras, entre viejas herramientas de campo y trastos, vio la carcasa oxidada de una antigua camioneta Ford. Se quedó mirándola durante un momento, luego

asintió para sí mismo.

Se acercó a la palangana y se echó agua fría en la cara, después volvió a la cama y se puso los vaqueros que le habían dejado. Le quedaban bien y se preguntó de quién serían. No eran de Riley, no con una cintura de ochenta centímetros. Se acordó de que el viejo había nombrado a un ayudante, Ira. Se puso la camisa que también le habían dejado.

El aroma a café llegaba flotando del piso de abajo y oyó que alguien se estaba moviendo por allí.

Ben se peinó un poco ante el espejo y se dirigió hacia la amplia escalera de madera.

En la gran cocina, encontró a Alex con una sartén abollada, friendo lonchas de beicon en unos viejos fogones de gas. Se dio la vuelta sorprendida cuando Ben entró.

—Estaba a punto de llevarte algo para comer.

—¿Qué otra figura política estadounidense utiliza la Biblia como parte de su programa de campaña? —preguntó.

Alex se quedó mirándolo durante un momento.

—¿Te refieres a alguien que no sea un presidente que dijo que Dios le había dicho que fuera a la guerra con Iraq?

—Alguien de menor grado —dijo—.

Alguien que se esté esforzando mucho para llegar a lo más alto.

—Hay cientos de aspirantes políticos evangélicos —contestó ella—. Algunos son más importantes que otros, pero no puedo decirte un nombre en concreto. ¿Por qué me preguntas eso así, de repente?

—Por nada. Solo estaba pensando. Seguramente no acierte ni de lejos.

—No deberías haberte levantado tan pronto.

—Me siento más fuerte.

—Lo pareces, pero tampoco estás como para ir dando saltos por ahí. Deberías descansar un rato más.

—No voy a volver a la cama. Hay

una camioneta ahí fuera. Parece vieja, pero quizá nos saque de aquí. Le daré a Riley el doble de lo que vale, para que pueda reemplazarla por una mejor.

—Buena idea —dijo ella—. Pero no vamos a llegar a ninguna parte con ella, por lo menos todavía no. Ya la he probado. La batería está bien, pero parece que le falta el motor de arranque.

—Además de doctora, mecánica —dijo Ben.

—Y también hago un café muy bueno. ¿Quieres un poco?

—Me encantaría. —Aceptó agradecido un tazón y le dio un sorbo.

—También he hecho tostadas francesas. Y un poco de beicon y

alubias. —Alex se rió por la expresión de Ben—. ¿Es que vosotros no coméis tostadas francesas?

—Yo solo conozco las tostadas irlandesas —dijo él—. Son tostadas normales, mojadas en Guinness.

—Prueba una. Es pan frito con azúcar.

Se sentó a la mesa y comió.

—¿Dónde se encuentra su majestad esta mañana?

Alex levantó el pulgar.

—No va a salir de su habitación.

—¿Y Riley?

—Es un testarudo, como tú —dijo Alex—. Está cojeando por ahí, ocupándose de los animales. Es un viejo

tozudo. Me dijo que fue marine.

—¿En Vietnam?

—Corea —dijo una voz áspera.

Se giraron. La puerta se abrió con un crujido y Riley entró cojeando en la cocina, agarrando un palo con la mano retorcida.

—Algo huele muy bien.

Se sentó muy erguido en su silla presidiendo la mesa. Alex le pasó un plato abundante y él murmuró unas palabras para bendecir la mesa antes de hincarle el diente. Los tres comieron en silencio durante un rato, luego Ben mencionó la vieja camioneta del establo.

—Si consigues que funcione, es tuya —dijo el viejo—. Te diré algo, si

buscas en lo más profundo de ese viejo establo, encontrarás otra camioneta tapada con una lona. El motor se paró hace años, pero su motor de arranque creo que todavía está en buena forma. Quizá merezca la pena intentarlo.

—Lo miraremos.

Riley alargó el brazo y cogió una botella de un armario cercano. Estaba llena de un líquido transparente.

—Siempre me tomo un trago después de las comidas. ¿Queréis acompañarme?

Le quitó el corcho y echó un poco en los tres tazones. Cogió el suyo y deslizó los otros dos por la mesa.

—Es buenísimo —dijo—. Lo destilo

yo mismo.

Ben le dio un sorbo. Era el doble de fuerte que el whisky.

—Me recuerda al aguardiente irlandés.

—Conocí a un tipo que conducía un Dodge Charger del 69 hasta arriba de esto —murmuró Riley.

Ben lo observó agradecido. Era un viejo testarudo, pero con buen corazón.

—Quería darle las gracias por permitir que nos quedemos aquí. No tenía por qué dejarme su habitación. Habría estado perfectamente en el establo.

Riley se rascó la barba canosa de las mejillas y sonrió con tristeza.

—Esa era la habitación de Maddie. No entro mucho ahí. Ella habría querido que tú y tu mujer la utilizarais.

Ben y Alex intercambiaron una mirada y no contestaron. Entonces, la puerta se abrió con un crujido y todos se giraron para ver a Zoë allí de pie, indecisa.

—Siéntese, señorita —dijo Riley.

Alex se levantó y fue a coger la sartén de la cocina y un plato limpio.

—Ven y come algo, Zoë.

La chica parecía apagada cuando se sentó a la mesa y cogió la comida que Alex le había puesto delante. Ben la ignoró. Riley se acabó su comida, rebañó el plato con entusiasmo y se

acabó lo que le quedaba de licor.

—Estaba riquísimo, caray.

Se recostó en la silla y sacó un paquete arrugado de Lucky Strike. Ben aceptó uno y los encendieron.

Zoë le echó un vistazo al barato teléfono de plástico que había colgado en la pared, en un rincón de la cocina.

—Ben —dijo tímidamente—, ¿crees que podría llamar a mis padres?

Ben estaba a punto de decir que no, pero antes de que pudiera articular una palabra, Riley lo interrumpió.

—El teléfono no funciona, señorita —dijo—. Lleva cogiendo polvo desde hace dos años. Dejé de pagar las facturas. Maddie lo utilizaba para llamar

a su hermana de vez en cuando, pero a mí nunca me gustó hablar por esa cosa. A mí me gusta mirar a las personas a los ojos cuando hablo con ellas. —Señaló con el pulgar por detrás de su hombro—. El teléfono más cercano está en casa de los Herman, a unos quince kilómetros al oeste por las montañas.

Zoë se giró hacia Alex.

—¿Y tu móvil?

—Aquí no hay cobertura —comentó Riley—. Tal vez haya en casa de los Herman.

—Bueno, entonces iré a casa de los Herman —dijo Zoë—. ¿Puedo coger algún caballo?

—Tú no vas a ningún sitio —le

advirtió Ben.

Y en ese preciso instante, el ruido de cascos en el patio hizo que se giraran para mirar por la ventana. A través del polvoriento cristal, vieron a un joven bronceado con el pelo negro y brillante y una cazadora vaquera que desmontaba un caballo gris y alto y lo ataba a una valla.

—Ese es Ira —señaló Riley—. Debe de haber encontrado el novillo.

Se levantó de la mesa y salió cojeando para reunirse con el joven.

Zoë estaba mirando fijamente por la ventana. Ben siguió su mirada y supo lo que estaba pensando. Ira parecía tener sangre de nativo americano. Era guapo y

estaba en forma, debía de tener unos veintitrés años.

—Recuerda lo que te he dicho — dijo Ben—. Te quedarás aquí dentro. Ahí fuera nos están buscando.

Ella no contestó.

—Bueno —continuó Ben—. Ahora vamos a ver si podemos arrancar esa camioneta.

—AL final vas a estropear la cabeza de la tuerca —estaba diciendo Alex—. Y ya no podrás aflojarla.

El sol se filtraba por los agujeros de las tablillas de madera del gran establo, arrojando brillantes franjas sobre el suelo polvoriento y los trastos agrícolas esparcidos por todas partes: montones de postes de valla, herramientas apiladas, bidones de gasolina, sacos de abono. Algunas gallinas escarbaban y cloqueaban en el granero que había arriba.

Ben asomó por debajo del chasis de la aún más antigua camioneta que habían descubierto al fondo del establo. Tenía la cara salpicada de motas rojas del óxido, por haber estado quitando los tornillos que sostenían el motor de arranque.

—Será mejor que uses la llave de cadena. —Alex se la pasó.

Ben dejó la llave de tuercas que había estado utilizando y cogió la de cadena. Al mirar a Alex desde abajo, quedó impactado durante un momento fugaz por su atractivo. No era la primera vez que lo dejaba sin aliento. Llevaba la melena pelirroja recogida hacia atrás, con mechones sueltos y despeinados,

muy sexis. En el establo hacía calor y se había enrollado las mangas hasta el hombro. Tenía una mancha de aceite en el brillante y bronceado bíceps. Llevaba un buen trozo de la camisa de cuadros desabotonada por debajo. Se apartó un mechón de los ojos.

—¿Aprendiste de mecánica en la CIA?

Alex le sonrió.

—Esto es lo que pasa cuando tienes cuatro hermanos mayores fanáticos de los coches.

Ben rodeó con la llave de cadena la cabeza del tornillo que se resistía y lo aflojó con un crujido. No tardó en soltar el motor de arranque y salir de debajo

de la furgoneta. Se puso de pie, con una mueca.

Alex le tocó el hombro. Ben sintió la suavidad y calidez de su tacto a través de la camisa vaquera.

—Deberías tomártelo con calma —dijo ella—. Puedo hacerlo yo.

—Ya has hecho bastante.

Alex miró el motor de arranque que sujetaba Ben. Era un simple trozo de óxido muy pesado y con cables colgando.

—¿Crees que funcionará?

—¡Quién sabe!

Alex lo cogió. El roce de sus dedos duró un poquito más de lo necesario, fue casi una caricia. Ella levantó la mirada.

—La verdad es que, a pesar de todo, me alegro.

—¿De qué te alegras?

—A pesar de todo lo que ha ocurrido, de todo lo está ocurriendo, me alegro de haberte conocido. Me alegro de que estés bien. Me alegro de estar así, aquí contigo. Lo único que me asusta es que no vaya a estar contigo durante más tiempo.

Ben no contestó. Se quedaron allí de pie durante unos momentos. Ella lo miró fijamente con sus ojos azules, manteniendo su mirada, dejando que él viera más allá. Tenía los labios ligeramente separados.

—Estás solo, ¿verdad? —murmuró

ella. Volvió a tocarle la mano, con más firmeza y durante más tiempo, entrelazando sus dedos con los de él—. Lo sé. Lo veo porque así es como yo me siento. Sola. Con la necesidad de tener a alguien a mi lado.

Ben sintió que el corazón le daba un vuelco y le acarició el brazo desnudo. Su piel era cálida y suave. Le acarició el pelo y la mejilla. Recorrió la comisura de sus labios con el pulgar y ella inclinó la cabeza para besarlo con ternura. Se acercaron el uno al otro. Ella le apretó la mano más fuerte, casi con urgencia.

Llegó el beso, y fue ansioso y voraz. Ben la acercó más a él, explorando,

sintiendo sus brazos en la espalda, el calor de su cuerpo, su pelo en la cara.

Luego se apartó, con gran esfuerzo.

—No puedo.

—¿Por qué te asusta besarme? —le dijo buscando su mirada—. Los dos lo deseamos, ¿no?

—Sí —dijo él—. Yo lo deseo, pero esto no puede pasar.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué luchar contra ello? No tenemos mucho tiempo para estar juntos.

Ben no encontraba las palabras. Nunca había sido capaz de encontrarlas, ni siquiera cuando pensaba a solas, ni siquiera en los peores momentos.

—Perdí a alguien —susurró—. A

alguien muy cercano. Más cercano que cualquiera que haya conocido nunca. No hace mucho tiempo.

Alex se mordió el labio y suspiró. Se pasó la mano por el pelo.

—He visto la alianza.

Ben cerró los ojos. Asintió muy despacio.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ella murió —dijo él.

—¿Cómo se llamaba?

—Leigh.

—¿Qué ocurrió?

Ben levantó la mirada.

—La asesinaron.

Al oír aquello, lo irreversible del asunto, volvió a inundarle el horror. De

pronto, volvía a revivirlo todo en su cabeza, como una pesadilla que no acabaría nunca.

Vio el oscuro filo del cuchillo. Introduciéndose.

Clavándose en lo más profundo de su cuerpo, quitándole la vida.

La última mirada en sus ojos. Lo que había dicho mientras yacía muriendo, palabras que Ben recordaría hasta el fin de sus días.

Suspiró larga y profundamente, muy despacio.

—Yo tuve la culpa. El hombre que la mató era alguien de quien se suponía que tenía que protegerla. Y fallé. Regresó, y me la arrebató.

Se quedó callado durante un buen rato. Luego susurró:

—La echo de menos. La echo mucho de menos.

Alex le puso una mano en el brazo. Su tacto era cálido y tranquilizador.

—Tú no la mataste, Ben. No tienes que cargar con esa culpa.

Él negó con la cabeza, sintiendo que el dolor aumentaba. Lo ignoró.

—Quizá sí —dijo—. Todos los días le pido a Dios que me perdone por permitir que aquello ocurriera. Pero no creo que Dios me escuche. De hecho, no creo que lo haya hecho nunca, ni una vez en toda mi vida. Me abandonó hace mucho tiempo.

—No hablas en serio.

Ben le cogió la mano y la apretó con ternura.

—Busca un hombre mejor que yo, Alex. Yo no soy lo que necesitas.

—Sí lo eres —dijo ella—. Apenas te conozco, pero ya lo puedo ver.

Él no dijo nada.

Y en ese instante, escucharon el rítmico sonido de los rotores; los disparos perturbaron el silencio del exterior y Zoë gritó.

ZOË había estado deambulando por la casa, sin nada que hacer, aburrida, apática. Después de haber estado encerrada durante tanto tiempo, se sentía llena de energía contenida y no soportaba estar sin hacer nada.

Por la ventana podía ver a Ira en el cercado, a menos de un kilómetro de la casa. Estaba entrenando a un caballo joven, al potro que había tirado a Riley, por el que se había torcido el tobillo. El cielo estaba azul y despejado, y la brisa mecía suavemente la hierba de la

pradera. De pronto, estaba desesperada por salir, por encontrarse al aire libre hablando con Ira. Era muy atractivo. Le encantaba la soltura y la calma con la que se movía; era atlético, ágil y fuerte. Sonrió, imaginándose el tacto de su piel.

Ben le había dicho que se quedara en la casa, lo recordaba bien. *Que le den.* ¿Qué se pensaba? ¿Que era tonta? Oiría el ruido del helicóptero mucho antes de verlo o de que la vieran. Ya estaba cansada de que la trataran como a una niña.

Se dirigió hacia el cercado, sintiendo el sol en la cara y la brisa en el pelo. Ira la vio a lo lejos, y ella se acercó con una cálida sonrisa.

—Hola, soy Zoë. Tú debes de ser Ira.

El chico bajó de un salto del potro, se limpió las manos y se acercó a la valla del cercado, donde estaba ella.

—Encantado de conocerte, Zoë — dijo.

A ella siempre le había gustado coquetear y sabía que se le daba bien. Ira respondió de inmediato. Zoë sabía perfectamente que no todos los días se le ponían delante chicas guapas y rubias como ella. A los pocos minutos, ya estaban riéndose y bromeando cómodamente, con muchas miradas y muchos roces, la mayoría por parte de ella. Ira estaba un poco abrumado por

tanta atención, pero por su mirada, ella intuyó que quizá toda la agitación de los últimos días tendría su recompensa.

—¿Te gusta montar? —preguntó él.

—Sí, monto a caballo. Aunque nunca he utilizado una silla americana.

—Es fácil —dijo él—. Es como un sillón grande. ¿Quieres probar?

—¿Me ayudas a levantar la pierna?

Subió por la verja y disfrutó del tacto de sus fuertes dedos en la pierna mientras la ayudaba a subir a la silla. Ira había hecho un buen trabajo domando al potro y notó que la miraba con atención mientras ella lo montaba por el cercado, atento a sus movimientos. Luego lo puso al trote.

—No te levantes —le gritó—. Mantén el culo en la silla. Sigue el ritmo.

Zoë lo dominó enseguida, luego lanzó el cabo suelto de la rienda a izquierda y derecha para hacer que el potro fuera a medio galope. Ira estaba de pie en medio de la cerca y ella daba vueltas a su alrededor, con el pelo ondeando y levantando tierra por los cascos del potro.

Zoë estaba a punto de decir que aquello le parecía genial, pero la mirada en el rostro de Ira hizo que se callara y se diera la vuelta para mirar. Lo que vio la asustó tanto que la dejó boquiabierta. El potro giró, desestabilizándola en la

silla.

La sombra pasó por encima de ella.

El helicóptero pasó rugiendo por delante del sol, con el morro hacia abajo y la cola levantada.

El potro se encabritó y Zoë salió despedida. Se cayó al suelo. Ira corría hacia ella, con los ojos muy abiertos por el sobresalto. El helicóptero negro se estaba acercando, como un tiburón, mientras emitía un ruido ensordecedor y provocaba remolinos de polvo y tierra con las ráfagas de aire. Zoë se levantó con dificultad. El punto rojo de un visor láser le recorrió el cuerpo. Gritó. El potro estaba encabritado y corcoveaba como un loco por el pánico.

Entonces, de repente, los disparos automáticos azotaron el suelo.

Ira tenía a Zoë agarrada del brazo y la estaba sacando a rastras del cercado para meterla en la casa. Un hombre con un fusil, asomado por el lateral del helicóptero y con un pie en el patín, disparó otra larga ráfaga que levantó las piedras que Zoë iba dejando atrás mientras corría a toda velocidad y se tropezaba. Miró hacia atrás horrorizada y sus ojos se encontraron con los del hombre que había deseado no volver a ver jamás.

Jones le sonrió por encima del M-16. Volvió a disparar, saboreando el momento, con el fusil golpeándole los

brazos. El corazón le dio un pequeño vuelco cuando la zorra se tambaleó y cayó. Pero entonces, el indio la levantó y se dio cuenta de que solo se había tropezado.

Le gritó al piloto que mantuviera el helicóptero estable y volvió a apuntar con el arma. Pero los objetivos habían conseguido llegar a la casa, habían entrado tambaleándose y habían cerrado la puerta de un portazo. Soltó un taco y disparó una larga descarga que ametralló el porche. Las ventanas reventaron y las astillas volaron por todas partes mientras las balas atravesaban la estructura de la casa.

En el interior, Ira arrastraba a Zoë

por el suelo, cubriéndola con su cuerpo. Los fragmentos de cristal volaban por todas partes. Las cortinas se movían, hechas trizas por los disparos que perforaban las paredes y hacían temblar el suelo el suelo. Zoë no paraba de gritar.

Ben y Alex llegaron corriendo desde el establo y vieron el helicóptero planeando sobre el patio, a tan solo cinco metros del suelo. Ben sacó la Beretta del bolsillo trasero de sus vaqueros y la levantó mientras el helicóptero cambiaba de dirección hacia ellos, más despacio, con los patines casi en el suelo.

Ben había reconocido la figura con

el fusil de inmediato. No dudó en disparar. Jones se retiró y desapareció rápidamente cuando Ben disparó una serie de tiros dobles que agujerearon el fuselaje. A continuación, el helicóptero cambió de dirección y se alejó de repente, se elevó, con el morro inclinado, y se quedó arriba, retumbando. Ben le metió un par de tiros más en la panza, pero la munición de 9 mm no era suficiente para causar daños graves. Soltó un taco.

Fueron corriendo hacia la casa mientras el helicóptero escapaba. Ben subió la escalera del porche pesadamente y abrió la puerta de un empujón. Vio a Ira dentro, tumbado en el

suelo, protegiendo a Zoë.

—¿Hay alguien herido? —gritó.

Ira negó con la cabeza, aturdido, mientras se ponía de pie y la ayudaba a ella a levantarse. Riley entró tropezándose en la habitación, con los ojos desorbitados por el horror. Llevaba agarrada una vieja escopeta Ithaca.

El polvo comenzaba a asentarse y el silencio invadió toda la casa tras el ataque. Ira ayudó a una Zoë llorosa a subir al piso de arriba mientras Riley andaba de un lado a otro por la cocina destrozada, sin soltar la escopeta y sin parar de gritar palabrotas.

Alex siguió a Ben afuera. Él se quedó en la escalera del porche y

examinó el horizonte pensativo, con los ojos entrecerrados por la luz del sol.

—Era Jones. Y volverá.

—Y traerá a todo un ejército con él —dijo Alex—. En unas horas, como mucho. Tenemos que salir de aquí.

—Mira a ver si puedes trasplantar el motor de arranque.

—¿Adónde vas tú?

Pero Ben ya se dirigía hacia la casa.

—Riley, necesito saber si tienes algún tipo de rifle por aquí.

El viejo se quedó mirándolo durante un segundo. Hubo un destello en su mirada, un fuego que parecía reavivarse después haber estado apagado durante mucho tiempo. Gruñó y le hizo una seña

para que lo siguiera. Cruzó cojeando un pasillo y abrió una puerta que daba a una escalera de madera por la que se bajaba a un sucio y viejo sótano. En la pared había un estante hecho a mano con un rifle. Era delgado y compacto, de nogal, y pavonado. El viejo lo bajó y se lo pasó a Ben sin decir ni una palabra.

Ben lo examinó. Era un Marlin de palanca inferior de calibre 22. No estaba en posición de rechazarlo, pero más bien se trataba de un rifle para cazar conejos o ardillas.

Riley vio el gesto de Ben y sonrió.

—Ya sé lo que estás pensando, hijo. Tú quieres hierro pesado.

Ben no dijo nada.

—Te voy a enseñar algo.

El viejo cruzó cojeando el sótano y se metió entre las sombras, donde había cajones de embalaje y muebles rotos apilados, polvorientos y cubiertos de telarañas. Empezó a apartar cosas, jadeando por el esfuerzo. Se agachó despacio y arrastró algo pesado por el suelo. Ben miró hacia abajo. Era un viejo baúl.

—No lo he abierto desde que volví de Corea —dijo Riley—. Creo que una parte de mí no quería volver a verlo. Pero si eso del destino es cierto, quizá ahora sepa por qué cargué con esta maldita cosa por medio mundo. —Sopló para quitarle el polvo y lo abrió.

Dentro del baúl había un montón de material de embalaje viejo. Riley lo sacó y lo tiró al suelo. Debajo había una tela de arpillera. Estaba manchada de grasa y desprendía un olor muy fuerte a aceite para armas. Riley agarró un extremo y la levantó.

—Aquí está —dijo—. Ahora apenas podría levantarlo, pero en aquel entonces estaba acostumbrado. —Se apartó un poco para que Ben lo viera.

Ben parpadeó.

—No me lo puedo creer. Es un BAR.

Un rifle automático Browning. Era un modelo que solo había visto una vez en su vida, una enorme ametralladora

ligera americana que se había utilizado desde la primera guerra mundial y que había sido retirada durante los años sesenta. El tipo de arma que se encuentra en un museo militar, pero esta parecía completamente nueva. Cañón de bronce gris, madera engrasada y visores de combate de hierro; el tipo de cosas que solía haber antes de la época del plástico y los polímeros, los láseres y los visores ópticos.

Ben metió la mano en el baúl y levantó el arma. Era pesada y estaba grasienta. La revisó. El rifle estaba en perfecto estado, el calibre limpio y el mecanismo impecable. Incluso la lona del portarrifle estaba nueva. El cargador

era largo y curvado, y había cinco más como ese al fondo del baúl.

Riley sonrió.

—Un modelo antiaéreo de alta capacidad especial. Solíamos derribar aviones con estos pequeños.

Avanzó hacia el fondo del sótano y apartó algunos trastos más. Se agachó gruñendo, arrastró una pesada caja metálica de munición y la dejó en medio del sótano. Era de color verde oliva, con los bordes oxidados y letras amarillentas medio borradas en el lateral.

Riley abrió las cerraduras metálicas y la tapa se levantó con un crujido. El viejo metal brillaba débilmente en el

interior. Cartuchos abotellados perfectamente amontonados, más de mil. Eran del calibre 308, militares, bien conservados, ligeramente engrasados. Pese a tener más de medio siglo, los iniciadores todavía brillaban.

—Todo lo necesario para empezar una maldita guerra, hijo.

—Y aquí es donde va a ocurrir — dijo Ben. Quitó el cargador y empezó a meter cartuchos.

El viejo lo observó y asintió para sí mismo.

—Tienes toda la pinta de ser un soldado. Dime que tengo razón.

Ben asintió.

—Una vez lo fui.

—¿Unidad?

—Ejército británico. Servicio Especial Aéreo.

—He oído hablar de esa gente. Operaciones oscuras. La embajada iraní sitiada en Londres, ¿verdad?

—Diez años antes de mi época —dijo Ben—. Yo serví en el Golfo. Afganistán. África. La mayoría fueron operaciones secretas. Cosas que preferiría no saber, créame, al igual que yo.

Riley resopló.

—Mierda confidencial.

—Hacer el trabajo sucio a hombres con traje para que ellos se llenen los bolsillos. Nunca más.

—Los mismos hombres con traje que han tratado con nosotros hoy.

—Casi de la misma especie —dijo Ben—. Pero es conmigo con quien tienen que tratar. Esta no es su guerra, Riley. Le agradecería que se mantuviera al margen.

Riley escupió.

—Eso ya lo veremos, hijo. He estado en guerra con el maldito Gobierno durante cincuenta años. Tú me has salvado el culo. Lo menos que puedo hacer es devolverte el favor.

—Son mala gente.

—Yo tampoco soy lo que se dice un ángel, hijito. Soy viejo, pero todavía puedo patear culos cuando tengo que

hacerlo.

Ben asintió agradecido.

—Hay otras cosas que voy a necesitar —dijo.

BEN volvió a la zona de los cobertizos. Alex estaba apartándose un poco de la más nueva de las dos camionetas viejas, limpiándose la grasa y el óxido de las manos con un trapo. Tenía una mancha de aceite en la mejilla. Parecía preocupada, pero sonrió al ver que Ben se acercaba.

—¿Lo has conseguido?

Alex rodeó la camioneta hasta la puerta del conductor, la abrió con un crujido y se sentó en la cabina.

—Es el momento de la verdad.

El vehículo se puso en marcha produciendo un rugido y una nube de humo azul. En su cara se dibujó una enorme sonrisa de triunfo al encenderse el motor. Salió de un salto de la cabina, fue corriendo hacia él, radiante de satisfacción, y lo abrazó.

—Y ahora, salgamos de aquí —dijo ella.

Él no dijo nada.

—¿Qué?

—No es tan sencillo, Alex.

—¿Qué estás diciendo?

—Marchaos vosotras. Dirigíos quince kilómetros al oeste por las montañas hasta llegar a casa de los Herman. Es el momento de llamar a tu

gente. Ellos cuidarán de Zoë.

Ella lo miró alarmada. Negó rotundamente con la cabeza.

—Nos vamos todos. Todavía hay tiempo.

Ben le puso la mano en el hombro, le acarició la cálida piel del cuello con el pulgar.

—No lo conseguiremos en campo abierto. Nos alcanzarían enseguida. Y si dejamos a Riley y a Ira aquí solos, los matarán. No puedo cargar con eso en mi conciencia. Alguien tiene que parar a esa gente. Marchaos vosotras. Deja que yo me quede aquí y me encuentre con ellos.

—Si tú te quedas, yo también.

Él volvió a negar con la cabeza.

—Quiero que estés en un lugar seguro —dijo—. No podría soportar...

—Se le fue la voz.

—Yo tampoco podría soportar que te pasara algo —susurró ella.

—Confía en mí. No me pasará nada.

—No sabes a qué te vas a enfrentar.

—Me hago una ligera idea —dijo él.

Ella suspiró. Se le entrecortó la respiración. Le acarició la mano. Bien vio que tenía una lágrima en las pestañas, sonrió y la secó. Ella sonrió llorando.

—Esto es una locura —dijo sorbiendo—. Nunca pensé que pudiera pasarme algo así.

Se quedó mirándolo fijamente a los ojos durante un segundo, luego le dio un fuerte abrazo. Él sintió la urgencia, el ansia, por el modo en que lo rodeaba con sus brazos.

Durante un breve instante, se dejó llevar, sintiendo su cuerpo, el aroma de su pelo. Cerró los ojos. Una parte de él deseaba desesperadamente poder detener ese momento. Que aquello pudiera ser fácil y tener más opciones.

Pero no era así, y aquella situación era cualquier cosa menos fácil. Nunca llegaría el momento.

La agarró de los brazos y la apartó con dulzura.

—Ahora tienes que irte —dijo.

Alex asintió con pesar.

—Está bien. Me iré.

Llevaron la camioneta a la parte delantera de la casa, revisaron el aceite, los neumáticos y la correa del ventilador. Todo parecía estar bien. Ben fue a buscar a Zoë a su habitación y le explicó que debía irse. Ella asintió con calma y lo siguió al piso de abajo, subió a la camioneta y se sentó en silencio.

Resultaba duro ver partir a Alex, pero Ben se alegraba de que ella y Zoë se fueran de allí para ponerse a salvo. Trató de que su cara no reflejara sus sentimientos al ver que ella encendía el motor y se marchaba diciendo adiós por última vez con la mano. Se tapó los ojos

para protegerse del sol y observó al vehículo alejarse tambaleándose por el camino irregular hacia la verja.

Entonces se paró en seco. La puerta del conductor se abrió y Alex bajó de un salto. Corrió hacia él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó.

—Cuídate, Ben Hope. Es una orden.

—Esto no es un adiós —dijo él—.

Ahora, vete. Sal de aquí.

Volvió corriendo al camión, con lágrimas en los ojos. Se sentó en el asiento del conductor y pisó a fondo, haciendo que las ruedas derraparan en la gravilla.

Esta vez, siguió conduciendo. Ben se quedó allí observando cómo el camión

se alejaba dando tumbos por el terreno baldío hasta llegar al tortuoso camino rural que serpenteaba hacia las lejanas montañas.

Luego Alex y Zoë desaparecieron.

Ahora tenía trabajo que hacer.

La siguiente hora fue un periodo de preparación sudoroso y polvoriento. Estudió la distribución de la granja, ideó el plan de ataque, pensó en cómo iba a hacerlo.

Sería un hombre contra muchos. Vendrían con muchas armas y eran profesionales, el ataque sería contundente y rápido. Pero era posible. Casi posible. Tenía una ventaja. La mayor de todas las ventajas.

Encontró lo que necesitaba y lo amontonó todo en un lateral del establo. Algunas cosas pesaban mucho, así que desempolvó una vieja carretilla y la utilizó para transportar las cosas de un lado a otro. El estado de Riley era demasiado delicado como para participar en los preparativos, pero Ira era un ayudante ágil y voluntarioso.

Mientras él y Ben cargaban la carretilla, el joven se paró y levantó la mirada.

—Van a venir un montón, ¿verdad?
—Parecía que le gustaba la idea.

—Esta vez no se van a arriesgar — contestó Ben—. Quieren acabar de una vez por todas. Pero quiero que Riley y

tú os mantengáis alejados, ¿entendido?

—Soy un indio pies negros. —El tono de Ira era suave, pero lleno de orgullo—. Yo lo veo de la siguiente manera: esa gente desciende de los hombres que sacaron a mi pueblo de sus tierras y lo metieron en la reserva. Se llevaron nuestro patrimonio sagrado. —Asintió seriamente—. Si ahora es el momento de recuperar algo de ellos, tío, no podrás impedírmelo ni con diez caballos cimarrones salvajes. —Luego se rió—. De todas formas, quiero verlo.

Ben lo miró.

—No fantasees con la guerra. Lo que vas a ver hoy será lo peor que presencias en tu vida.

Cuando todo estuvo en su sitio, Ben ayudó a Ira a llevar la manada de caballos a un lugar seguro, a un cercado alejado, a medio kilómetro por la ondulada pradera. El sol caía a plomo de un modo brutal y el hombro le daba punzadas. Cuando el último caballo entró al trote por la puerta del cercado y fue a reunirse con los demás entre el rico pasto, Ben miró la hora. Eran poco más de las cuatro de la tarde.

Justo a tiempo.

Y al mirar el cielo azul sobre la cumbre de la montaña, vio que su instinto no le había fallado.

Ya venían.

HABÍA tres; tres puntos negros en el cielo volando en formación de uve. El volumen de los golpes de rotor aumentaba conforme se acercaban, rápidamente.

Ben le dijo a Ira que fuera a toda prisa al sótano de la casa y se asegurara de que Riley se quedaba allí con él hasta que hubiera acabado la pelea. Ira dudó tan solo un segundo antes de correr hacia la casa y Ben se dirigió hacia un almacén hecho de piedra. Allí había colocado el BAR en su bípode, junto a

una de las ventanas del piso superior. Echó el cerrojo al entrar, subió la inestable escalera y se colocó detrás del arma. Junto a él, en el suelo, estaba su bolsa, repleta de cargadores de reserva para el rifle y la Beretta.

Los helicópteros se acercaron en poco tiempo y planearon sobre la granja, con su ensordecedor ruido, aplanando la hierba con las ráfagas de aire y asustando a los caballos en las alejadas cercas.

Desde su estratégico escondite en el almacén, Ben miró por el visor del rifle y observó cómo los helicópteros descendían manteniendo la formación, uno delante y dos detrás. Por los

laterales abiertos del primer helicóptero comenzaron a salir hombres vestidos de negro que se deslizaban rápidamente por las cuerdas, como arañas por hebras de seda, cayendo al suelo uno tras otro. Eran seis, tres por cada lado, con chalecos antibalas, gafas, cascos y fusiles automáticos. Un impecable despliegue de poder intimidante que garantizaba provocar el miedo y sobrecoger cualquier corazón.

Era el momento de que Ben hiciera uso de su ventaja. No era el BAR, ahora cargado, amartillado y listo para expandir un amplio campo de fuego por toda la granja; no eran sus años de exhaustiva instrucción militar. Era algo

innato, algo que le había ayudado a convertirse en el soldado que una vez fue.

No le gustaba matar, pero sabía que tenía un don para ello. Su instinto, desde el principio de su carrera militar, había sido ir directamente a por ellos. Atacarlos con todo. Rapidez. Agresividad. Sorpresa. Impacto máximo. Si venían buscando guerra, les iba a dar una que no habían visto en toda su vida. Si no salía de esta, al menos dejaría huella.

Así que, antes de que los seis soldados pisaran tierra firme, él ya estaba quitando el seguro del BAR y disparando contra el helicóptero que

tenía encima de él. Fue a por los depósitos de gasolina. Donde el débil cartucho de una pistola no tiene oportunidad de penetrar, novecientos cartuchos encamisados por minuto del calibre 308 de alta velocidad equivalen a un filo caliente cortando un trozo de mantequilla. Los depósitos se rompieron con un chirrido emitido por el desgarramiento del metal y la fibra de vidrio, y provocaron una explosión ensordecedora al tiempo que el helicóptero estallaba en llamas y chocaba contra el suelo. La bola de fuego que se propagaba se tragó a los soldados, que no tuvieron escapatoria.

Sin clemencia, sin piedad. No las

tienes porque no las recibes del enemigo. Ben disparó a las llamas, el BAR se movía violentamente en sus brazos como un martillo neumático. Los casquillos rodaban por el suelo y el olor a cordita impregnaba el aire. Vio cómo los hombres que ardían luchaban por levantarse, agitando los brazos, tambaleándose hacia atrás, descendiendo a los infiernos.

Una segunda explosión partió el helicóptero en dos. Un gigantesco champiñón de fuego que se expandía hacia arriba. Una enorme columna de humo negro. Los restos en llamas llovían sobre la granja.

Uno derribado.

Los dos que quedaban se retiraron. Los pilotos hicieron ascender los helicópteros para huir. Rugieron sobre la granja y se ladearon en un arco paralelo. Luego volvieron rápidamente hacia los cobertizos. Los hombres vestidos con equipo táctico negro estaban colgando de los laterales, empuñando sus armas.

Ben siguió la trayectoria del que volaba delante. Los cartuchos gastados chorreaban de la recámara caliente del BAR mientras él lanzaba una descarga tras otra contra el fuselaje. Una fila desordenada de agujeros perforó el armazón. Pudo ver el destello fugaz de

la salpicadura de llovizna rosa cuando alguien fue herido dentro. Vio plexiglás haciéndose añicos y arrugándose bajo un intenso fuego.

El helicóptero cambió de dirección de un modo peligroso, perdió altura y descendió en picado. El ruido del batir de los rotores se convirtió en golpes arrítmicos que levantaban oleadas de polvo al girar fuera de control. Durante un instante, pareció que iba a estrellarse contra el suelo justo delante de la casa, pero entonces, las paletas dieron contra el borde del viejo techo del establo y el helicóptero sacudió la vieja estructura de madera, provocando que tablas, astillas y hierro corrugado giraran en

todas direcciones.

Dos derribados; solo queda uno.

Escuchaba el ruido sordo del tercer helicóptero en lo alto, mientras se elevaba para evitar los escombros que saltaban y volaban por los aires.

Unos segundos después, lo que quedaba de los soldados de negro del segundo helicóptero que se había estrellado salía en avalancha de la puerta del establo, con las armas preparadas para atacar. Ben los puso en su línea de tiro y los cosió a balazos de izquierda a derecha.

Demasiado fácil.

Entonces, de pronto, ya no lo fue.

Las largas y modernas armas militares estaban equipadas con apagallamas para ocultar el fogonazo de los observadores enemigos. El BAR pertenecía a una generación anterior a ese tipo de perfeccionamiento. Así que, cuando el torrente de disparos atravesó el techo del almacén y rajó de arriba abajo la edificación que lo protegía, Ben supo que el brillante destello amarillento que latía en el cañón del pesado rifle había revelado su posición al piloto del tercer helicóptero.

Los fragmentos de tejas y vigas del techo roto llovían sobre él. Las ventanas explotaron y los escombros volaban mientras el tercer helicóptero planeaba

sobre el almacén y dejaba caer el fuego conjunto de al menos dos o tres fusiles de asalto.

Ben rodó, agarrando el gran Browning y arrastrando su bolsa con los cargadores de reserva por el suelo. Puso el arma en posición vertical y disparó hacia arriba y hacia atrás a través del techo a la panza del helicóptero. El polvo le bañó la cara.

El helicóptero se alejó cambiando de dirección y giró hacia la casa. Ben se levantó y se colgó la bolsa, bajó con dificultad la desvencijada escalera y salió del almacén. La repentina luz lo cegó.

Estaba en el camino cubierto de

trastos entre el almacén y el establo en ruinas. A treinta metros a su izquierda, estaba el armazón destrozado de un tractor roto. Quince metros más cerca, apoyados contra las paredes de las edificaciones que tenía a ambos lados, había dos montones sin forma definida cubiertos con una lona. Diversos despojos agrícolas estaban apilados alrededor.

A su derecha, más allá del hueco entre las edificaciones, el tercer helicóptero planeaba sobre la granja. Cuando Ben lo miró, seis hombres estaban saliendo de ambos lados y tomaban tierra. Se echó contra la pared. Los hombres no lo vieron cuando se

dispersaron entre los cobertizos haciéndose señas.

Pero el piloto lo había visto. El morro de la máquina se inclinó hacia abajo y avanzó, siguiendo la pista entre las edificaciones, cogiendo velocidad, con las puntas delanteras de los patines casi rozando el suelo.

Ben corrió a refugiarse en el tractor roto. Los disparos traqueteaban tras él mientras corría a toda velocidad entre los dos montones cubiertos con una lona a ambos lados del camino. Corrió más rápido. Se tiró detrás del tractor mientras las balas levantaban una estela de tierra y polvo.

Levantó el rifle. El helicóptero se le

estaba echando encima, estaba a tan solo unos metros, lanzando una violenta tormenta de tierra.

Ya estaba entre los dos montones cubiertos con lonas.

Justo donde él quería que estuviera.

Ben disparó. Pero no al helicóptero, sino al montón de la izquierda. Luego disparó al de la derecha. Vacío el cargador formando una guadaña de fuego. Luego dejó el rifle vacío y se tumbó en el suelo detrás del tractor.

El cegador destello de luz lo arrasó todo.

Había encontrado los altos cilindros de gas propano en el establo, los recambios para la vieja cocina. Junto a

ellos estaban los sacos de clavos de diez centímetros que había unido firmemente a los cilindros con cinta adhesiva, uno a uno, mientras Ira los sujetaba. Escondidos bajo las sucias lonas, eran una versión gigantesca y rudimentaria de una bomba de metralla.

Solo había un problema: no pensaba estar tan cerca cuando estallaran.

En el espacio cerrado entre las edificaciones, el efecto fue devastador. La explosión masiva impactó directamente contra la parte delantera del helicóptero.

Fue como si hubiera chocado contra un muro. Cayó al suelo como el juguete de un niño, combándose y arrugándose.

Las ventanillas reventaron hacia dentro. Las palas del rotor se hicieron añicos. A continuación, la bola de fuego de los cilindros de gas hizo estallar los bidones y bombas de gasolina que había colocado a lo largo de ambas paredes, escondidos detrás de los trastos de la granja. Una cortina de fuego rodeó el helicóptero, entrando a raudales por los laterales abiertos como si fuera líquido, lavándolo todo, incinerando cualquier cosa con vida que hubiera en el interior. Los hombres que se quemaban salieron dando saltos; gritaron, se agitaron, se derrumbaron, murieron.

Ben mantuvo la cara contra el suelo mientras la bola de fuego pasaba sobre

él. El calor que desprendía le chamuscó la espalda y por un terrible instante pensó que iba a quemarse. Pero entonces, la caliente ráfaga de llamas se alejó y pudo ponerse de pie tambaleándose.

Todo lo que le rodeaba había quedado destrozado. Los cobertizos hechos añicos estaban ardiendo. Los cadáveres aparecían tirados por el suelo y el hedor a carne carbonizada impregnaba el aire. El helicóptero era una simple estructura ardiendo.

Ben salió de detrás del tractor. El rifle estaba en el suelo a unos metros de distancia. Fue a cogerlo y entonces vio que un trozo de metralla había aplastado

el cajón de mecanismos. Soltó una palabrota, cogió la pistola de su bolsa y sacó los cargadores del BAR.

Entonces, de repente, los soldados que habían tomado tierra desde el tercer helicóptero volvieron. Los seis salieron como flechas de entre el armazón del helicóptero ardiendo y los cobertizos destrozados, con las armas levantadas y el reflejo del fuego en sus gafas.

Y en ese momento, Ben se quedó paralizado al darse cuenta de que estaba metido en un buen lío. Más hombres llegaban por el otro lado. En el rostro de su jefe se dibujó una amplia sonrisa.

Jones. Debía de haber aterrizado un cuarto helicóptero en algún lugar entre

los árboles. Seguro que había usado los tres primeros como distracción. Había cinco soldados con él, todos vestidos con equipamiento de combate táctico, todos apuntando con los mismos fusiles de asalto M-16.

Eran doce en total. Unos trescientos cincuenta cartuchos de alta velocidad, todos para él. Y estaba atrapado justo en el medio, sin tiempo para ponerse a cubierto.

—Ya te tengo —gritó Jones—. Estás solo.

CUANDO Ben escuchó el siguiente disparo, su cuerpo se puso en tensión involuntariamente, como un boxeador antes de recibir un puñetazo. En ese lapso de tiempo de animación suspendida, que es lo único de lo que dispone un hombre para prepararse ante una muerte súbita, esperó el impacto de la bala que lo mataría.

Sin embargo, lo que ocurrió fue que uno de los soldados se desplomó de repente, como si alguien lo hubiera enganchado con un cable a un tren a toda

velocidad. Aterrizó espatarrado en el suelo, el fusil se le cayó ruidosamente de las manos. El estruendo del disparo resonó por toda la granja.

—No está tan solo —gritó una voz.

De repente, se hizo el caos. Los tiros parecían llegar de todas direcciones. El chasquido de un rifle de pequeño calibre y otro soldado derribado, agarrándose la cabeza. Los demás se dispersaron, arrojándose al suelo detrás de cualquier despojo de maquinaria agrícola, bidones oxidados, pilas de neumáticos de tractor, todo lo que les ofreciera protección.

Quienquiera que estuviera disparando se movía de un lugar seguro

a otro. Tenía que ser alguien que conociera la distribución de la granja con los ojos cerrados. Otra fuerte explosión y el grito de un soldado cuando su muslo se abrió, salpicando sangre. Otro disparo rápido y el hombre que había junto a Jones cayó hacia delante sin hacer ruido.

Dos armas. El Marlin 22 y la escopeta Ithaca. Ira y Riley se habían unido a la fiesta.

Ben volvió a ponerse a cubierto detrás del tractor. A su izquierda, cuatro soldados estaban atrapados pero a cubierto cerca del helicóptero en llamas. A su derecha estaban Jones y su equipo, agachados detrás de una pila de leños.

Disparaban esporádicamente a la nada, demostrando pánico en cada movimiento. Ben levantó la pistola y apretó el gatillo. El disparo de respuesta rebotó en el guardabarros del tractor. Dio un tiro más. Hizo blanco en otro hombre.

Pero entonces, vio algo que le paró el corazón. Al final del camino entre el almacén y el establo destrozado en llamas, a diez metros de Jones y los hombres que quedaban, Ira se estaba poniendo al descubierto con el Marlin 22 en las manos. Tenía la barbilla levantada y había un destello de orgullo en su mirada. El viejo Riley Tarson salió cojeando detrás de él, agarrando

firmermente su escopeta, con gesto amenazador.

—No tenéis derecho a estar aquí — gritó.

Jones dirigió su fusil hacia los dos hombres. Ben disparó cuatro cartuchos rápidos por el camino y Jones volvió a arrojarse al suelo detrás de la pila de leños.

Entonces hubo un caos de disparos de acá para allá en un salvaje triángulo de fuego. Ira cayó, con un gesto de dolor. Riley se mantuvo firme, disparando repetidamente su vieja Ithaca, un tiro tras otro. La Beretta reculó y retumbó en las manos de Ben hasta que se vació.

El tiroteo acabó tan rápidamente como había empezado. Un extraño silencio envolvió la granja. El camino estaba repleto de cadáveres.

Jones era el único intruso que quedaba con vida. Salió de su refugio, tiró el fusil vacío y corrió como alma que lleva el diablo, protegiéndose la cara con el brazo mientras pasaba tropezándose por el helicóptero en llamas y desaparecía entre los cobertizos.

Riley tiró la escopeta y se agachó al lado de Ira. El joven indio se apretaba la pierna, gimiendo por el dolor y con sangre entre los dedos.

El anciano levantó la mirada cuando

Ben se acercó.

—Pensamos que quizá querrías un poco de ayuda —dijo el viejo granjero.

Ben asintió.

—Os debo una.

Ira le sonrió débilmente.

—Les hemos dado una buena, ¿eh?

Ben se agachó y examinó la herida.

—Solo es un rasguño —dijo—.

Riley, será mejor que lo saques de aquí.

Podrían venir más.

—¿Adónde vas? —dijo Riley.

—A coger a Jones.

Ben se dio la vuelta y empezó a caminar deprisa. Sacó el cargador vacío de la pistola y lo dejó caer al suelo polvoriento mientras metía otro.

El fuego ascendía crepitando por el lateral del establo, bloqueándole el camino. Se agachó y entró en el almacén destrozado, se abrió paso entre las llamas y salió corriendo por la entrada delantera hacia el patio, justo a tiempo de ver a Jones entrando a trompicones en el establo grande. Se movía con torpeza, impedido por el equipamiento táctico. Ben cruzó el patio y entró también en el establo. Era una de las pocas edificaciones que no se habían incendiado.

El interior estaba oscuro y hacía frío. Ben echó un vistazo a su alrededor.

Entonces Jones salió repentinamente de las sombras y los dientes de una

horca se abalanzaron contra el pecho de Ben.

Esquivó la horca, que acabó clavada en la pared de madera.

Jones se apartó tambaleándose, con odio en la mirada. Se agachó y tiró del velcro que cerraba la funda del cuchillo de combate que llevaba en la pierna. Sacó el arma y se agachó un poco más, como un animal a punto de atacar.

—No tendrías que haber venido aquí —dijo Ben tranquilamente—. Ha sido un gran error.

Jones gritó enfurecido y se lanzó sobre él. Blandió el cuchillo rozando la garganta de Ben, pero este entró en el arco de movimiento, le agarró la muñeca

y la retorció. El cuchillo salió volando.

El agente de la CIA lanzó un grito. Se apartó doblándose por el dolor y retrocedió hacia las sombras del establo, en dirección a la escalera de mano que conducía al granero, buscando con mirada feroz algo que pudiera utilizar como arma. Se tropezó con un bidón vacío y tiró un montón de estacas. Cogió una de ellas. Medía metro y medio, era de pino grueso y acababa en una tosca y afilada punta. Intentó arrojarla como si fuera una lanza, pero pesaba demasiado y se estrelló contra la oxidada caja de una gran sierra circular, con la punta clavada hacia arriba formando un ángulo.

Ben continuó acercándose. Jones ya no tenía hacia dónde correr.

—Ahora estás en mi terreno —dijo Ben—. Eres débil y vas desarmado, estás acabado. No debiste haberte puesto en mi camino.

Jones emitió un sonido entrecortado y subió con dificultad la tambaleante escalera. Ben lo siguió hasta la plataforma elevada a diez metros, donde pilas de balas de heno cubiertas de telarañas se amontonaban bajo la polvorienta luz que entraba a raudales por una ventana bajo el hastial. Levantó la pistola y apuntó a la cabeza de Jones.

El agente cayó de rodillas en el heno, con la cara retorcida.

—No me mates, por favor.

Ben bajó el arma y se la guardó en el cinturón.

—No —dijo—. No voy a matarte.
—Metió la mano en su bolsa.

Jones gritó de miedo cuando Ben sacó la botella y la jeringuilla. Se descolgó la bolsa, la tiró y se dirigió hacia el agente de la CIA. Clavó la aguja en el tapón de la botella y tiró del émbolo. Jones trató de alejarse revolviéndose. Ahora lloriqueaba aterrorizado. Ben lo agarró, lo lanzó al heno y le clavó la aguja en el cuello. Empujó el émbolo hasta el final.

Jones volvió a gritar, mostrando los dientes rotos y farfullando de miedo.

—¿Qué me has hecho?

Ben dio un paso atrás. Tiró la jeringuilla vacía a las sombras.

Y entonces presenció cómo el pánico se apoderaba de Jones. Se golpeó la cabeza contra el suelo. Se tiró de los pelos. Se metió los dedos en la garganta en un intento desesperado de vomitar la droga. Tenía el rostro bañado en lágrimas.

—Cuéntame qué se siente —dijo Ben—. Pensar que en unas horas estarás tan loco como el pobre cabrón del vídeo.

—Mátame —sollozó el hombre, con trozos de heno pegados en el húmedo rostro—. Por favor, mátame.

—Ni hablar —dijo Ben—. Me lo vas a contar todo.

Se apoyó en las balas de heno y observó los efectos de la droga circulando por sus venas. Después de más o menos un minuto, el frenesí de Jones disminuyó y pareció relajarse. Se desplomó en el heno.

La transformación fue extraña. Tardó unos minutos más en empezar a soltarse. Su gesto era inexpresivo, como si tuviera los músculos anestesiados. Tenía los ojos en blanco. Luego empezó a hablar, con voz aturdida.

Ben sabía lo que tenía que hacer. Se encontraba al final de un camino kilométrico repleto de policías y agentes

del gobierno muertos. A eso había que añadir algunos de los peores problemas en los que se había metido nunca, e iban a hacer falta muchas pruebas, y muy convincentes, para salir de esta. Solo esperaba que Jones estuviera a punto de proporcionárselas.

Volvió a meter la mano en la bolsa y palpó la silueta rectangular de su teléfono. Lo sacó, lo encendió y activó la función de cámara de vídeo. Enfocó a Jones con el teléfono.

Habló alto y claro.

—Cuéntale a la cámara quién eres.

El agente parpadeó.

—Me llamo Alban Hainsworth Jones —murmuró sin vacilar—. Trabajo

para la CIA.

Ben asintió. Al parecer, aquella cosa funcionaba. Era el momento de continuar.

—Dile a la cámara cómo se llama la persona que fue secuestrada en Corfú por los exagentes del Gobierno Kaplan y Hudson, confabulados con miembros en activo de la CIA.

Los ojos de Jones iban de un lado a otro. Apretaba las manos, tenía los dedos crispados, como si se estuviera librando una desesperada batalla interior para contener la verdad a pesar de las señales químicas que inundaban su cerebro.

—Zoë Bradbury —masculló—. Zoë

Bradbury fue secuestrada por agentes estadounidenses y trasladada a un centro de seguridad no autorizado en una zona rural de Montana para ser interrogada.

—¿Cuál era tu función en este asunto, agente Jones?

—Obtener información de ella utilizando la violencia y la tortura si era necesario —dijo Jones—. Y eliminar cualquier resistencia, razón por la que maté al doctor Joshua Greenberg y a dos agentes de policía de Georgia.

Le goteaba sudor de la cara. Tenía el gesto retorcido y las venas de la frente se le marcaban formando una i griega amoratada. Su conflicto interior parecía estar destrozándolo.

Ben acercó la cámara.

—¿Por qué es tan importante la información de Zoë Bradbury?

—Por Jerusalén.

—Explícate.

Jones puso los ojos en blanco. Los labios se le metieron para adentro, mostrando los dientes rotos. Parecía un zombi. A Ben le produjo un escalofrío.

—Ya es demasiado tarde para detenerlo —murmuró Jones—. Ya está en marcha. Es inevitable. Ocurrirá en menos de veinticuatro horas.

—¿Demasiado tarde para detener qué?

—Nunca se trató de la chica. Se trataba de la guerra.

—¿Qué guerra?

Jones volvió a centrar la mirada y la fijó en Ben. Sonrió de manera extraña.

—La guerra de la Biblia —dijo.

Ben procesó sus palabras, que recibió como una bofetada en la cara. No las asimilaba.

—Sigue hablando.

El sudor le goteaba por la nariz. Le salía a chorros, sin parar. Ben nunca había visto algo así. Se le acumulaba en el hueco de la base de la garganta, empapándole rápidamente la ropa. Parecía estar ardiendo. Ponía los ojos en blanco y volvía a fijar la mirada de forma alarmante.

—El fin del mundo —dijo con voz

ronca—. El fin de los tiempos. La batalla del Armagedón. La están empezando. Van a hacer que ocurra. Comenzando por Jerusalén.

—¿Qué van a hacer?

—Algo masivo —dijo Jones—. Y no hay nada que ni tú ni nadie pueda hacer para detenerlo.

Ben estaba pasmado, era casi incapaz de pensar con claridad mientras trataba rápidamente de dar sentido a todo aquello.

—¿Slater está al mando? ¿Quién es?

Jones mantenía la sonrisa fija y desquiciada. Estaba empezando a moverse de forma violenta. Masculló algo incomprensible.

—Habla claro —le ordenó Ben.

Jones lo miró fijamente. Tenía los ojos inyectados en sangre.

—Voy a volverme loco —susurró.

—Sí, te vas a volver loco. Y ahora, responde mi pregunta.

Pudo haber sido por el efecto de la droga o quizá, simplemente, por el horror que le producía saber que se iba a pasar el resto de su vida como un lunático balbuceante. Pero algo estalló en la cabeza de Jones. Ben lo leyó en su mirada, pero no reaccionó a tiempo.

Jones se levantó de repente. Ben alargó el brazo para volver a sentarlo, pero gracias a una especie de fuerza desenfrenada, consiguió pasar.

Antes de que Ben pudiera detenerlo, Jones había recorrido los diez pasos hasta el borde de la plataforma del granero. No había barandilla ni barrera para detenerlo. No redujo la marcha. Se arrojó al vacío y voló, girando en el aire. Ben vislumbró un destello de locura en la mirada de Jones mientras caía.

No chocó contra el suelo.

Su caída la paró la estaca que había intentado clavarle a Ben antes. Se le incrustó entre los omóplatos y el peso de la caída hizo que lo atravesara, que le atravesara los órganos y el tórax y le saliera por el pecho. La punta de madera sobresalía de una manera grotesca,

manchada de sangre.

Jones miraba fijamente hacia arriba, a Ben. Tenía la cabeza inclinada hacia atrás en un ángulo forzado. La hoja de una vieja sierra circular estaba clavada en el cráneo. La sangre y los fluidos craneales rezumaban, goteando sobre el oxidado disco de acero y la caja de la máquina hasta el suelo polvoriento.

Ben apagó el teléfono, se lo guardó en el bolsillo. Cogió su bolsa y bajó por la escalera. Seguía dándole vueltas a lo que había dicho Jones.

Habían secuestrado a Zoë para comenzar la batalla del Armagedón.

Parecía una locura y, por un momento, se preguntó si lo que había

escuchado era la verdad o los efectos de una droga que derrite cerebros y vuelve locas a las personas.

Pero no. Había visto algo en la mirada de Jones, incluso cuando la cordura lo abandonaba. Estaba contando la verdad.

Ben se quedó mirando el cadáver del agente de la CIA, intentando comprender lo que había querido decir.

Y entonces, se puso en tensión, alertado por el sonido que llegaba de afuera. Corrió hacia la puerta del establo y salió a la luz del día. Los escombros del patio y el camino seguían ardiendo, notaba el calor en la cara. A través de la reluciente nube caliente y la

cortina de humo que ascendía lentamente, vio helicópteros aterrizando al otro lado de la verja de la granja. Había cuatro, de un verde oscuro casi negro, con las letras «FBI» en blanco en los laterales.

El primero en tocar tierra fue el gran Boeing bimotor. Ben no había visto ninguno desde su época en el ejército. Se abrieron las puertas. Salió un hombre. No llevaba el equipo táctico, sino un traje gris. La ráfaga de aire de los rotores le azotaba el pelo rubio mientras corría por el césped con la cabeza agachada.

Detrás de él estaba Alex. Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa al ver

la devastación de la granja, los cobertizos ardiendo, los helicópteros destruidos. Entonces vio a Ben y se le iluminó la cara.

El exsoldado se alejó de aquella carnicería y se dirigió hacia ellos. Cogió la Beretta del cinturón y la tiró al suelo.

Conforme iban aterrizando, más personal salía en avalancha de los helicópteros. El hombre con traje gris llegó a grandes zancadas y con determinación hasta Ben. Se metió la mano en la chaqueta y sacó una placa. Varios agentes armados se arremolinaron a ambos lados, apuntando con sus pistolas a Ben.

Este levantó las manos con cansancio.

—Soy el agente especial Callaghan —dijo el hombre del traje gris—. Está detenido.

DESPUÉS de cachearlo, aquellos grandullones silenciosos con trajes negros y gafas oscuras metieron a Ben a empujones en uno de los helicópteros. Por la ventanilla, vio que Callaghan conducía a Zoë y a Alex al segundo helicóptero y subía a bordo con ellas.

El vuelo duró mucho tiempo, y ya era de noche cuando los helicópteros aterrizaron en una pista privada donde esperaban varios todoterrenos negros y hombres armados. Condujeron a Ben por la pista hacia un reluciente avión. Los

guardias lo mantuvieron alejado de Alex y Zoë.

Un tiempo después, el avión aterrizó en lo que parecía un campo de aviación militar. Más coches negros los esperaban. Llevaron a Ben hasta uno de ellos; la puerta de atrás ya estaba abierta y dos agentes se sentaron junto a él, uno a cada lado. Callaghan ocupó el asiento del copiloto y el coche se puso en marcha a gran velocidad, encabezando una procesión de vehículos. Nadie hablaba.

Pero Ben podía adivinar adónde lo llevaban.

A Langley, Virginia, a la sede de la CIA. Cuando el desfile de coches se

acercó a la vasta extensión de edificios, comprobó que no se había equivocado. Había personal de seguridad armado vigilando las altas verjas con el sello del águila y la estrella de la Agencia Central de Inteligencia. Al entrar, Callaghan hizo alarde de una tarjeta y las verjas se abrieron deslizándose ante ellos. Pasaron por complejos de edificios con miles de ventanas, iluminados como naves estelares en la oscuridad; pasaron por jardines alumbrados con focos donde la brisa hacía ondear hileras de banderas estadounidenses. Todo estaba impecable; un monumento al inquebrantable orgullo nacional y a la superioridad serena.

Luego el coche se paró y condujeron a Ben hasta el interior de un edificio. El lugar era un hervidero de actividad, había más seguridad por la que pasar y cientos de trabajadores pululando por los amplios pasillos. Callaghan andaba con paso enérgico y Ben lo seguía, consciente de que tenía a los hombres con traje negro justo a su espalda. Miró por encima de su hombro y vio que Alex estaba detrás, a unos quince metros. La acompañaban más de los mismos hombres oscuros y taciturnos. Ella le sonrió, pero era una sonrisa nerviosa. A Zoë no se la veía por ninguna parte.

Ben siguió a Callaghan por un laberinto diáfano de salas de

operaciones, repletas de escritorios y terminales informáticos, plagadas de empleados y personal de seguridad. Aquel sitio parecía la Bolsa de Londres. Había filas de relojes que mostraban las horas de diferentes países, cientos de monitores que brillaban y parpadeaban, pantallas gigantes en las paredes difundiendo las noticias de todo el mundo. Mapas políticos del mundo, electrónicos e intensamente iluminados, animados para mostrar los movimientos y los cambios que Ben solo era capaz de adivinar al pasar al lado de ellos. Mirara donde mirara, había montones de personas pegadas a las pantallas como si la seguridad nacional estadounidense fuera a sufrir un colapso y dar paso a la

anarquía si apartaban la mirada un solo instante.

Al fondo de la última sala de operaciones por la que pasaron había varias puertas correderas de cristal que conducían a otra sala oculta tras unas persianas verticales. Un guardia de seguridad se levantó de detrás de una mesa cuando se acercaron. Callaghan le pasó una tarjeta. Las puertas se deslizaron emitiendo un sonido impecable y Ben siguió a Callaghan al interior de una larga sala de conferencias.

En mitad de la sala había una mesa reluciente, rodeada de sillas tapizadas de cuero. Tres de las paredes estaban

revestidas con madera y la cuarta era una gran cristalera flanqueada por un par de banderas, las barras y las estrellas de los Estados Unidos a la izquierda y el emblema de la CIA a la derecha, con bordados blancos y dorados. El techo era bajo y estaba salpicado de focos.

Los silenciosos agentes hicieron pasar a Alex a la sala y se marcharon. Las puertas volvieron a deslizarse y se cerraron. Alex lanzó una mirada a Ben; obviamente, tenía mil cosas que decirle, pero se sentía obligada a quedarse callada. Ben mantuvo su mirada durante un segundo, transmitiéndole confianza.

La presidencia de la mesa de conferencias estaba ocupada por un

hombre negro, corpulento y ancho de espaldas de unos sesenta años, con traje sombrío y corbata azul marino. Lo envolvía cierto aire de superioridad, como si fuera un juez. Callaghan rodeó la mesa y se sentó a su derecha, se puso bien la corbata y lo miró a la espera de que él tomara la palabra. Era obvio quién estaba al mando allí.

—Mi nombre es Murdoch —dijo el grandullón. Tenía la voz grave y meliflua. Ben percibió una clara inteligencia en su mirada. Señaló hacia las sillas que había a su izquierda, con gesto lento y calmado.

—Por favor, siéntense.

El arrestado se sentó, y Alex hizo lo

mismo a un metro de él. Tosió nerviosa.

Ben estaba decidido a tomar la iniciativa. Aquel lugar estaba diseñado para intimidar. Pero eso no iba a pasar.

—¿Dónde está Zoë? —preguntó.

—La señorita Bradbury está en buenas manos —contestó Murdoch con calma—. El agente Callaghan se encarga de su protección.

—¿Está bajo custodia de la CIA?

—Está a salvo —dijo Murdoch—. Eso es todo lo que necesita saber. —Frunció los labios mientras formulaba sus pensamientos. Se apoyó pesadamente en la mesa y miró fijamente a Ben con ojos penetrantes—. Esta situación es muy desagradable. Para

todos —añadió de manera significativa. A continuación, su mirada cambió radicalmente de dirección y recayó en Alex—. Agente Fiorante, se habrá dado cuenta de que está metida en un buen lío. Antes de que empecemos, ¿tiene algo que decir?

Ben podía sentir la tensión en ella, como si algo eléctrico chisporroteara a su lado. Ella sabía perfectamente lo que Ben ya había adivinado, que al otro lado de la ventana espejada había gente observando y escuchando, grabando y transcribiendo cada palabra que se estaba diciendo en la sala.

—Nada que no haya declarado ya de camino hacia aquí —dijo con sangre fría.

—Vamos a repasarlo otra vez, para que quede constancia —dijo Murdoch.

Callaghan sonrió con frialdad.

Alex habló con cautela, midiendo cada palabra.

—Formaba parte del equipo de Jones, con la impresión de que participábamos en operaciones oficiales. Sin embargo, durante ese tiempo, presencié una serie de incidentes que encontré sumamente sospechosos, por no decir otra cosa. Soy testigo de que Jones en persona disparó a los dos agentes de policía de Georgia, así como al doctor Greenberg en el centro cercano a Chinook, Montana. Todo ocurrió justo delante de mí.

Además, declararé que Jones y sus socios estaba utilizando el centro de Montana para retener a Zoë Bradbury y, si no hubiéramos intervenido, la hubieran torturado y asesinado.

—Y en ese momento no pensó en informar a sus superiores —la interrumpió Callaghan desde el otro lado de la mesa, mirándola con agresividad.

—Señor, el agente Jones era mi superior inmediato. Y me preocupaba mi seguridad. Sin embargo, me arrepiento de mis actos.

Murdoch tenía el rostro impassible. Asintió con gravedad.

—Este asunto lo podemos abordar

más tarde. —Se giró hacia Ben—. Hablemos de usted. He visto su informe militar. Sabemos perfectamente quién es. Así que no tiene sentido que finja.

Ben mantuvo su mirada fija.

—No tenía intención de ocultarles nada.

—Fue contratado por la familia de la señorita Bradbury para localizarla.

Ben negó con la cabeza.

—Estaba ayudando a un amigo. No tenía ninguna implicación profesional.

—Lo que usted diga, pero el recuento de cadáveres hace que esto empiece a parecer una de sus viejas operaciones militares. Primero en Grecia. Después en Georgia. Luego en

Montana. Nuestro equipo de investigación todavía está sacando muertos del hotel Mountain View. Tanto exagentes del Gobierno como agentes en activo. La granja donde lo encontramos parece una zona de guerra. Por lo que puedo ver, comandante Hope, ha dejado una estela de caos y devastación tras usted.

—Solo cuando alguien se interponía en mi camino —dijo Ben—. Y puede llamarme señor Hope.

—Correcto. Veo que está retirado.

—Soy estudiante de teología.

Los labios de Murdoch se curvaron en la más leve de las sonrisas.

—Entonces, ¿le importaría contarme

lo que ha ocurrido exactamente con el secuestro de Bradbury?

—En realidad no tenía nada que ver con Zoë Bradbury —dijo Ben—. Ella es una parte secundaria de todo. Se trata de algo más grande. Mucho más grande.

—¿Como qué?

—Como la guerra —dijo Ben—. La guerra para acabar con todas las guerras.

—No le encuentro el sentido. —La voz de Murdoch retumbó—. Vayamos a lo último. Está afirmando que el agente especial Jones formaba parte de una especie de organización fantasma que operaba desde dentro de la agencia.

—Justo delante de sus narices. Él y

sus socios han estado utilizando sus recursos para su objetivo.

—¿Qué es?

—Me llevó un tiempo entenderlo —dijo Ben—. Pero, como ya le he dicho, estudio la Biblia. Todo está ahí. Ha estado ahí durante miles de años, en las escrituras proféticas.

Callaghan negó con la cabeza, estaba confundido.

—El Apocalipsis —explicó Ben.

—Denos un respiro —se mofó Callaghan—. ¿La profecía? ¿El número de la bestia?

—¿Puede hacer que este imbécil se calle? —le pidió Ben a Murdoch.

—Cállese, Callaghan —dijo el

grandullón sin dejar de mirar a Ben—. Señor Hope, le agradecería que me lo explicara con claridad.

—La organización es una célula cristiana evangélica militante. Su objetivo es dar un golpe terrorista en Jerusalén.

Callaghan se echó a reír. Murdoch le lanzó una mirada, mientras mantenía la expresión seria.

—Si no me cree a mí —dijo Ben—, quizá crea a uno de los suyos. Ustedes me quitaron el teléfono en la granja. Déjemelo.

—¿A quién quiere llamar? —dijo Callaghan riéndose—. ¿A su abogado o a su sacerdote?

—Dele el teléfono —dijo Murdoch.

Callaghan hizo un gesto exagerado de rendición, metió la mano en su maletín y sacó una bolsa de plástico transparente. La volcó y sacó el teléfono. Ben lo cogió, lo encendió y buscó en el menú. A continuación, colocó el teléfono encima de la mesa con la pantalla mirando hacia los dos hombres y puso el vídeo que había grabado.

Jones apareció en la diminuta pantalla. Habló. Ambos observaron y escucharon. Callaghan se aflojó la corbata y se removi6 inc6modo en la silla. La expresi6n pesarosa de Murdoch se oscureci6. La reproducci6n finaliz6

con la imagen de Jones saliendo de plano y el sonido del poste de madera atravesándole el cuerpo al precipitarse hacia la muerte. Ben cogió el teléfono y lo apagó.

—Se habrá dado cuenta de que esta confesión se obtuvo de manera ilegal —le advirtió Murdoch—. No constituye ninguna prueba.

—No hay mucho de legal en todo este asunto —dijo Ben—. Le inyecté el suero de la verdad que el agente especial Jones iba a administrarle a Zoë Bradbury. Y no tenían precisamente receta médica.

Murdoch lo miró de un modo feroz.

—Siga hablando.

Ben les informó de lo que sabía. Empezó por el principio y fue avanzando hasta el final, sin dejarse nada. Para cuando terminó, supo que había captado toda la atención de Murdoch. En su frente se dibujaban profundos surcos.

Pero Callaghan lo miraba con escepticismo.

—Ese tal Slater, el tipo del que dice que Jones seguía órdenes... Es una lástima que no mencionara su nombre durante su declaración.

—Es cierto —interrumpió Alex, mirando nerviosamente a Ben.

—¿Conoció personalmente a ese hombre? —le preguntó Callaghan con

voz áspera.

Vaciló un instante, luego negó con la cabeza.

—No, señor, personalmente no.

Callaghan sonrió y señaló a Ben.

—Entonces solo tenemos su palabra.

—¿Sabe su nombre de pila? — preguntó Murdoch.

—No tuve oportunidad de preguntárselo —contestó Ben—. No llegamos a intimar tanto.

—Entonces, básicamente, no tiene ni idea de quién es —dijo Callaghan.

—Puedo describirlo —dijo Ben—. Es más o menos de mi edad, caucásico, norteamericano, pelirrojo, de constitución delgada, uno metro setenta y

cinco más o menos, profesional, adinerado, reloj caro.

—No es que sean unos datos muy concretos —soltó Callaghan.

—Aun así, me gustaría saber más sobre él —interrumpió Murdoch—. Si ese tipo existe, está en nuestra base de datos. —Apoyó las manos en la mesa, frunció los labios, concentrado—. Dejemos eso a un lado. No entiendo lo que me está contando. ¿Por qué quiere empezar una guerra un grupo cristiano?

—Lo diré de una manera sencilla —dijo Ben—. Alguien está organizando un atentado para obligar a que se cumpla la profecía bíblica. Quizá porque creen que va a ocurrir. Quizá porque están

cansados de esperar a que Dios haga el primer movimiento. O quizá sea un truco, para conseguir que parezca como si estuviera a punto de hacerse realidad y engañar así a millones de creyentes para que piensen que el fin de los tiempos está a punto de comenzar. De todos modos, yo creo que el motivo es, en gran parte, político.

—¿A quién implica? —preguntó Murdoch con calma—. ¿Y a qué escala?

—No lo sé, pero a gran escala. Sean quienes sean, tienen mucho que ganar al conducir al mundo hacia la guerra y generar el pánico colectivo, o la euforia colectiva, entre un núcleo de más de cincuenta millones de votantes

americanos.

—Eso es absurdo —espetó Callaghan—. Una locura. Una simple especulación.

Murdoch lo ignoró, mientras observaba a Ben con una mirada que decía que ahora se lo estaba tomando muy en serio.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Piense en Jerusalén desde un punto de vista estratégico —dijo Ben—. Tiene los puntos más sagrados del judaísmo y el islamismo uno al lado del otro en la misma ciudad. Un lugar de ira y frustración. Un polvorín político, esperando que una chispa lo haga

estallar. Y es la zona cero para el movimiento del fin de los tiempos. Cincuenta millones de pares de ojos clavados en ella, que interpretarán cada incidente que tenga lugar allí y cada cambio en política mundial como algo estricta y exclusivamente vinculado a la profecía del día del Juicio Final de la Biblia.

Murdoch asintió.

—Vale, estoy de acuerdo. Continúe.

—La profecía dice que la guerra comenzará con un ataque contra el pueblo elegido de Israel —dijo Ben—. Ahora, ¿qué haría si quisiera poner en marcha algo así?

Murdoch se quedó pensando durante

un momento.

—Aprovecharía la tensión religiosa en Jerusalén. Buscaría un modo de incitar a los líderes musulmanes a que quisieran atacar a los judíos; todo un éxito.

—Entonces el primer golpe tendría que ir dirigido a los musulmanes —dijo Ben—, con el convencimiento de que el mundo islámico querría lanzar una fuerte represalia contra sus enemigos.

—Por lo tanto, estamos considerando un ataque inicial contra el islam.

Ben asintió.

—Correcto. Algo que afectara de un modo considerable al mundo islámico.

Algo concebido para asustarlos y provocarlos como nunca se ha hecho antes y que garantizaría conseguir ese tipo de respuesta radical por su parte.

Murdoch levantó las cejas.

—¿Concretamente?

—Solo es una suposición —dijo Ben—: Un acto terrorista. Un asesinato a gran escala. Muy arriesgado y muy ofensivo para ellos.

Murdoch chasqueó la lengua.

—Un terreno demasiado amplio. No tenemos idea de lo que han planeado ni de quién sería responsable. No sabemos por dónde empezar.

—Sabemos dos cosas —dijo Ben—. Uno, que va a ocurrir, más o menos, en

las próximas veinticuatro horas. Y dos, que se va a culpar a un operativo judío.

Callaghan hizo una mueca y dio una palmada en la mesa.

—Eso es ridículo.

Murdoch no le prestó atención.

—Les voy a contar por qué me preocupa todo esto —dijo. Se volvió hacia la ventana espejada y Ben se dio cuenta de que había estado en lo cierto. El grandullón hizo un gesto—. Detened la grabación, parad la transcripción.

A continuación, se volvió a girar hacia Ben y Alex. Frunció el ceño.

—Lo que voy a contarles no saldrá de esta sala. Hace tres meses, un agente israelí del Mossad, un asesino

profesional conocido en la CIA como Salomón, desapareció repentinamente. En teoría, estaba muerto. No se encontró el cadáver y nadie ha dado un paso adelante para reivindicar su asesinato, en caso de que se hubiera perpetrado. Esto es especular demasiado, pero no creo que resulte muy difícil unir la desaparición de Salomón con lo que me ha contado.

—No me sorprendería que encontrara sus huellas en el arma del crimen —dijo Ben—. Y su cartera repleta de tarjetas de crédito cerca. —Sonrió—. Como las que por casualidad encontraron entre los escombros carbonizados del 11-S, con los carnés

de identidad de los terroristas dentro.

Murdoch entrecerró los ojos.

—Voy a ignorar ese comentario.

—Lo sé todo sobre guerra sucia — dijo Ben—. Nunca te acostumbras, eres un mero instrumento que no sabe cómo funciona el juego.

Callaghan se dejó caer en el respaldo de la silla, mirando fija y seriamente a su colega.

—No se irá a tomar en serio a este hombre, ¿verdad, señor? Es una bomba de relojería. Un anarquista.

Murdoch se giró lentamente y le lanzó una mirada de odio.

—De hecho, me tomo esto muy en serio —dijo con gran estruendo—. Y,

Callaghan, si no tiene nada constructivo que decir, le sugiero que no diga nada en absoluto.

Callaghan se quedó callado.

Murdoch se apoyó en la mesa. Se pellizcó el caballete de la nariz, luego espiró sonoramente.

—Vale —dijo—. Voy a tener que aclarar todo esto con mis superiores. Pero para cuando oigan lo que tengo que decirles, es muy probable que usted, señor Hope, esté volando rumbo a Israel.

—¿Para hacer qué?

—Para tratar de impedir que ocurra esta catástrofe, en el caso de que sea lo que se está planeando. Se le

proporcionará todo lo que necesite una vez haya aterrizado en Jerusalén. Callaghan le pondrá en contacto con la gente que tenemos allí.

Ben negó con la cabeza.

—No trabajo para usted.

—Considérese reclutado.

Extraoficialmente, por supuesto.

—Ya le he dado la información — dijo Ben—. He cumplido con mi parte. Ahora quiero irme a casa. Es su problema.

Los surcos de la frente de Murdoch se hicieron más profundos.

—Creo que si tiene razón en esto, la tercera guerra mundial será un problema de todos. Y, aparentemente, no

disponemos de mucho tiempo para encontrar una solución. —Chasqueó la lengua con aire pensativo—. No puedo enviar a nuestros agentes para esto. Es el tipo de situación en la que un extraño me resulta más útil. Alguien que no los conduzca hasta nosotros.

—Se refiere a si me ocurriera algo —dijo Ben—. Daños colaterales. Fácil de esconder.

—Considérelo como un favor hacia nosotros —dijo Murdoch—. Y, por supuesto, le mostraremos nuestro agradecimiento olvidando el incidente de Georgia. Quizá podamos encontrar a algún delincuente con otros asesinatos a sus espaldas al que poder colocarle el

de los policías. ¿Me entiende?

—Señor, le recuerdo que soy testigo del hecho de que el agente Jones asesinó a esos dos oficiales —protestó Alex.

—Creo que debería mantener la boca cerrada, agente Fiorante. También está el tema de su implicación en todo este asunto. Usted admite haber disparado a un compañero. Eso no es algo que podamos pasar por alto. —Murdoch se acomodó en la silla y cruzó las manos sobre el estómago—. Usted dirá, señor Hope. O coopera con nosotros en este asunto, o se le acusará del asesinato de dos agentes de policía y de varios agentes del Gobierno. Y la agente Fiorante se pasará los siguientes

diez años en una prisión federal por sus propias acciones. Usted elige.

—¿Qué le hace pensar que soy el hombre adecuado para el trabajo?

—Dejémonos de tonterías, comandante. El tiempo corre. Si resulta ser una situación de francotirador contra francotirador, tengo pruebas que me demuestran que usted es casi el mejor del mundo para realizar este trabajo.

Murdoch se metió la mano en el bolsillo y sacó una caja de cerillas. Abrió la cajita deslizándola con el dedo. Sacó una cerilla gastada y la tiró a la mesa.

—¿Le suena?

Ben se quedó mirándola.

—Digamos que acepto. Tengo algunas condiciones.

Murdoch asintió.

—Soy un hombre razonable. Le escucho.

—Quiero que Zoë Bradbury vuelva a casa con su familia.

—No es una opción —interrumpió Callaghan—. Es una testigo.

—También es una víctima —dijo Ben—. Una víctima del hecho de que su agencia sea corrupta y la gente que está dentro esté abusando de su poder. Así que, a no ser que quiera que esa información salga de aquí, ordenará que la lleven a casa con vigilancia estricta y que tenga protección policial de máxima

prioridad en el Reino Unido hasta que atrapen a esa gente.

Murdoch lo pensó durante un momento.

—Vale, de acuerdo. Pero tendrá que volver para declarar, si hiciera falta.

—Y quiero que me garantice que, a cambio de mi cooperación, se retirarán todos los cargos de los que se acusa a la agente Fiorante.

Murdoch asintió despacio.

—¿Algo más?

—He dejado en Grecia una situación complicada. Hay un comisario de policía en Corfú llamado Stephanides al que seguramente le gustaría volver a saber de mí.

Murdoch hizo un gesto con la mano.

—Podemos encargarnos de eso. Como si nunca hubiera oído hablar de usted. ¿Algo más?

—Eso es todo.

—Entonces, tenemos un trato —dijo Murdoch—. Ya está de camino a Jerusalén.

ERAN poco más de la diez de la noche cuando Ben y Alex salieron de la sala de conferencias. La oficina de operaciones continuaba tan animada y frenética como antes. Murdoch los condujo por un pasillo y a través de varias puertas hasta un laboratorio informático que estaba tan atestado de equipos que casi no quedaba espacio para la media docena de personas que los manejaban.

Callaghan estaba encorvado sobre un terminal con uno de los técnicos. Levantó la mirada cuando Murdoch se

acercó a él.

—Hay alrededor de veintidós mil hombres llamados Slater entre los treinta y cinco y cuarenta y cinco años en los Estados Unidos —dijo.

Murdoch se apoyó en la mesa.

—¿Puede restringir la lista? Color de pelo, altura, constitución, profesión.

—Llevará un rato incluir ese tipo de parámetros —contestó Callaghan con irritación.

—Que no sea mucho. Nos queda poco tiempo.

A continuación, dejaron a Ben y a Alex solos en un silencioso pasillo mientras Murdoch se iba a hacer algunas llamadas.

—Gracias por lo de antes —dijo ella—. No es justo lo que te están haciendo.

—Prométeme dos cosas —dijo Ben. Ella asintió.

—Dime.

—Lo primero, te asegurarás de que Zoë vuelve con familia sin sufrir ningún percance.

—Por supuesto que lo haré. ¿Cuál es la otra promesa?

—Que te cuidarás. Lleva una buena vida, ¿de acuerdo?

Ella sonrió con timidez.

—¿Esa es tu manera de despedirte?

—Quizá. No sé qué va a pasar.

—¿Puedo llamarte alguna vez?

—Me encantaría —contestó él. Le dijo el número de su teléfono móvil. Ella lo repitió.

Se abrió una puerta y volvió a aparecer Murdoch.

—Ya está —le dijo a Ben—. Su avión parte hacia Israel a medianoche.

—¿Qué ocurrirá cuando llegue allí?
Murdoch frunció el ceño.

—Comprenderá que estamos improvisando en sumo grado. Espero saber más para cuando aterrice en Jerusalén. Nuestros agentes de allí estarán calculando los probables objetivos. Contactaremos con usted. —Miró la hora en su reloj e hizo una mueca. Se volvió hacia Alex—. Ahora

trabaja para el agente Callaghan. Vamos a entregarle a la señorita Bradbury para que la proteja. Ella la conoce, se sentirá segura con usted. Está un poco nerviosa y quizá usted pueda ayudar a que se calme.

—No hay problema —dijo Alex—. Puede quedarse a dormir en mi casa.

Por primera vez en toda la noche, Murdoch pareció contento, su mirada era cálida.

—Gracias, Alex. Habrá tres agentes en la puerta, aunque tengo la impresión de que la señorita Bradbury ya no está en peligro. —Señaló la puerta, mirando a la mujer con expectación.

Ella dudó, le lanzó una mirada a

Ben.

—Pues ya está —le dijo Ben.

—Eso creo —contestó ella—. Ya nos veremos entonces.

—Alguna vez —dijo él.

Alex le tocó la mano. Sus dedos se entrelazaron durante un breve instante, luego se separaron. Murdoch se percató y apartó la mirada.

—Cuídate —murmuró Alex y, a continuación, se dio la vuelta y Ben observó cómo se marchaba y desaparecía por la puerta.

—Ahora veamos si usted y Callaghan pueden encontrar a ese tal Slater —dijo Murdoch.

Ben se pasó los siguientes veinte

minutos solo con Callaghan en una sala oscura repleta de pantallas, mientras examinaba cuidadosamente las cientos de fotografías de identificación que el agente y el técnico del laboratorio informático habían seleccionado de los primeros miles de expedientes. Cuando acabaron de repasarlas todas, Ben se recostó en la silla y negó con la cabeza.

Callaghan entrecerró los ojos.

—¿Está seguro?

—Totalmente seguro —dijo Ben—.

Nunca olvido una cara.

—Entonces le dio un nombre falso. Algo que yo ya sabía. No sé cómo Murdoch no se da cuenta. Es obvio. Y eso nos deja con un enorme y redondo

cero. Una pérdida de tiempo.

Ben no dijo nada.

Callaghan se levantó la manga para mirar la hora.

—Vamos, tengo que llevarle a que coja el avión.

*SHADY Oak, condado de Fairfax
(Virginia)
11.30 p. m.*

El coche de personal de la CIA se paró ante la casita de madera blanca de Alex, en un tranquilo pueblo a pocos kilómetros de la sede en Langley. Alex y Zoë salieron por las puertas de atrás y dos agentes las acompañaron por el camino que atravesaba un jardincito hasta la puerta de entrada. La calle estaba vacía y tranquila. La mujer abrió

la puerta y los guardias revisaron toda la casa. Todo estaba bien. Volvieron al coche. En unas horas llegarían otros para relevarlos.

Alex le enseñó a Zoë el interior de la sala de estar diáfana.

—Como si estuvieras en tu casa —le dijo mientras encendía las luces.

Alex se dio cuenta de que hacía un poco de frío en la casa, como si allí no viviera nadie, así que se dirigió a la chimenea y encendió la lumbre de gas, consiguiendo unas llamas instantáneas. Revisó el contestador automático. No había mensajes. *Así es la vida en la agencia.*

Zoë se dejó caer en un sofá de piel blanco, frotándose los ojos.

—Pareces agotada —dijo Alex—. Creo que deberíamos tomarnos una copa. ¿Qué te parece?

Se dirigió a la ordenada cocina y cogió una botella de vino tinto del botellero, la abrió y sirvió un buen vaso para cada una. Zoë aceptó el suyo agradecida.

—Bueno, aquí estamos —dijo Alex. Zoë sonrió.

—Aquí estamos.

—Menudo infierno, ¿eh?

Zoë asintió.

—No quiero pensar en eso. Resulta muy extraño estar aquí. Estoy deseando

llegar a casa.

—Tus padres se pondrán muy contentos cuando te vean.

—Los llamé desde Langley.

—¿Y qué tal?

—Lloraron.

—Y más llorarán cuando llegues — dijo Alex.

—Seguramente.

—Voy a preparar algo para cenar.

¿Te gusta la pizza?

—Cualquier cosa.

—Acabo de recordar que eres vegetariana. Lleva *pepperoni* y anchoas.

¿Quieres que los quite?

—Déjalos —contestó Zoë—. Me comería hasta un buey.

Justo en ese momento, sonó el teléfono y Alex puso el manos libres.

—Todo arreglado —dijo la voz profunda de Murdoch—. La señorita Bradbury tiene una reserva en un vuelo comercial a Londres desde Arlington para mañana por la mañana. Callaghan estará en su casa antes de las diez para recogerla y escoltarla hasta el aeropuerto.

—Recibido —dijo Alex.

—Después, quiero que se tome unos días de permiso —dijo Murdoch—. Ha pasado por muchas cosas.

La mujer se lo agradeció y la llamada finalizó.

Zoë empezaba a parecer más

cómoda y relajada en el sofá de piel delante de la chimenea. Se quitó el jersey y lo tiró al suelo.

—Así que estás de vacaciones.

—No me vendrán mal, créeme.

Alex volvió a la cocina y sacó la pizza del congelador. La metió en el microondas y, a los pocos minutos, las dos estaban sentadas en la barra de desayuno de madera de arce engullendo la pizza con la ayuda de más vino.

—Tienes una casa muy acogedora —dijo Zoë con la boca llena.

—Hace su papel. Es práctica y funcional. Casi nunca estoy aquí, así que me viene perfecta.

—¿Vives sola?

—Yo solita.

—¿No tienes novio?

—No tengo tiempo.

Zoë vació su vaso de un trago y lo dejó en la barra, con una sonrisa bailándole en los labios.

—Pero te gusta Ben.

Alex estaba levantando la botella para rellenar los vasos. Se quedó paralizada.

—¿Es tan obvio?

—Bastante obvio.

Alex suspiró. Levantó las cejas.

—No soy tan buena agente secreta.

—Sirvió el vino.

—A él también le gustas.

Alex no contestó.

—Pero creo que yo no le gusto mucho —dijo Zoë frunciendo el ceño mientras daba otro sorbo.

—No creo que eso sea verdad —mintió Alex.

—No le culpo. He sido una gilipollas con él. De hecho, he sido una gilipollas con mucha gente.

—Estabas bajo mucha presión.

Zoë negó con la cabeza.

—No hay excusas. Quiero que sepas que siento muchísimo todo lo que hice y todos los problemas que eso ha causado.

Alex sonrió y le dio una palmadita en el brazo.

—Ya se ha acabado —dijo. *Solo queda el asuntillo de la tercera guerra*

mundial que está a punto de comenzar, estaba pensado—. Por lo menos, en lo que a ti respecta.

—¿Volverás a ver a Ben?

—No lo sé. Eso espero. Quizá.

—Si lo ves, ¿le dirás algo de mi parte?

—Claro.

—Dile que nunca tuve la intención de que su amigo... lo que le ocurrió a su amigo. Yo nunca quise que nadie resultara herido. Solo fue un estúpido engaño. No lo pensé.

—Se lo diré, no te preocupes. — Alex sonrió calurosamente.

Zoë se quedó mirando fijamente al vacío durante un rato.

—Siento tanto lo de Nikos —susurró—. Está muerto. Y es por mi culpa. —Sorbió—. Y Skid. Sus pobres piernas. No se merecía eso.

—No, supongo que no.

—Voy a cambiar —dijo Zoë—. Desde ahora las cosas van a ser diferentes. Es hora de que madure.

—¿Por qué no abrimos otra botella de vino? —propuso Alex.

AEROPUERTO internacional Ben Gurion, 50 km al oeste de Jerusalén
Decimoctavo día
3.50 p. m. (hora israelí)

El calor abrasador del sol golpeó a Ben al salir del avión. Cogió un taxi en la puerta del aeropuerto y se recostó en el caliente asiento de plástico. Mientras el abollado Mercedes lo conducía como un rayo hacia su destino, deseaba tener a mano su petaca de whisky y trataba de

no preguntarse por qué coño estaba allí.

Jerusalén. La ciudad que el Talmud describía como aquella a la que Dios había otorgado nueve partes de toda la belleza del mundo, así como nueve partes de todo el sufrimiento.

El horizonte se dibujaba blanco bajo el despejado cielo azul y el sol abrasador. En muchos sentidos, era como cualquier otra ciudad de Oriente Próximo o del norte de África, repleta de humo, ruido y excitación, como un nido de hormigas; una multitud sofocante de miles de coches y autobuses y ciudadanos y turistas, todos apelotonados en unos pocos kilómetros cuadrados donde lo moderno trataba de

hacerse un hueco entre lo antiguo, donde las torres de pisos rodeaban la arquitectura de dos mil años de historia religiosa dando lugar a un fuerte contraste. Nombres como la colina de la Munición y la calle de los Paracaidistas eran un duro recordatorio de la sangrienta historia de la ciudad.

Jerusalén había pasado por más manos que la mayoría de ciudades de su época, y todo había dejado huella, con arquitectura cristiana, judía y musulmana disputándose el dominio. Aquello, según pensó Ben, reflejaba perfectamente el tenso papel político que ese lugar había desempeñado durante tanto tiempo. Un papel que quizá ahora estuviera a punto

de alcanzar un escalofriante apogeo, si lo que había dicho Jones era cierto.

A las 4.30 p. m. ya se había registrado en el hotel, un antro gris y tranquilo a las afueras de la ciudad, desde donde se podía oír a los oradores ululantes vociferando en una mezquita cercana. Su habitación era sencilla y funcional, pero le habría importado un bledo que hubiera estado plagada de cucarachas.

¿Qué coño iba a hacer? Estaba rabiando de frustración. Parecía una locura enviarlo allí con tan poco en lo que basarse. El tiempo corría y no había nada que él pudiera hacer.

Se duchó y se cambió, estudió el

mapa de la ciudad durante unos minutos y luego anduvo impaciente de un lado a otro de la habitación, con el teléfono en la mano, esperando la llamada que Murdoch le había prometido. Pero no pasó nada.

Joder. Salió como un huracán de la habitación y se dirigió al bar del hotel. No había nadie, excepto un arrugado camarero. Ben se sentó en un taburete y encendió el primero de los cigarrillos que había comprado en el aeropuerto. Una cerveza grande y fría tenía más sentido con aquel calor asfixiante que un whisky doble. Se apoyó en la barra, tomando a sorbos su bebida y observando el movimiento de la espiral

de humo. Todavía le dolía el hombro. Montana parecía estar a millones de kilómetros. Y Alex también.

Pasaban dos minutos de las cinco cuando por fin sonó el teléfono.

—Hope, aquí Callaghan. Apunte.

Ben sacó una pequeña libreta y un lápiz del bolsillo.

—Le escucho.

Callaghan le deletreó una dirección de Jerusalén.

—Está en la Ciudad Vieja, en la zona sudoeste del barrio judío —dijo—. El encuentro será a las 18.30.

—¿Con quién?

—Con alguien que tiene información. Le proporcionarán todo lo

que necesite.

—¿Es alguien de los suyos?

—Digamos que se trata de una casa de operaciones.

—¿Un agente durmiente?

—Llamémosle un recurso.

—¿Y qué tiene su recurso para mí?

—Al parecer llevaba usted razón — dijo Callaghan—. Hay cierta información confidencial y vital que comunicar. Algo grande está a punto de ocurrir. Creemos que le dirá cuál es el objetivo. Lo mejor es que se lo cuente nuestro hombre.

—Qué rapidez.

—Sí, bueno, ahora las cosas están yendo muy rápido. Gracias a su

aportación —añadió de mala gana.

—¿Cómo se llama?

—Eso no es relevante. Le está esperando. —Callaghan parecía impaciente—. Ya sé que esto es poco ortodoxo, pero no hará falta que le diga que el tiempo es primordial. Así que vaya para allá. Dependemos de usted.

—¿Qué hay de Slater?

—Seguimos trabajando en ello. Déjenos ese asunto a nosotros. Ya no está en sus manos, ¿de acuerdo?

—¿Y Zoë?

—Un trato es un trato. Estoy de camino a casa de Fiorante para recogerla y meterla en el avión hacia Inglaterra.

—Me aseguraré de que llega.

—Hágalo, amigo. Una cosa más,

Hope.

—¿Qué?

—Buena suerte. —Callaghan colgó.

Ben se guardó el teléfono y se quedó sentado un minuto sorbiendo su bebida. Al parecer, su tortuosa persecución por el mundo estaba entrando en la última fase. Solo esperaba que fuera importante lo que el contacto de Callaghan le contara.

Se marchó del hotel, salió al calor abrasador y cogió un taxi que le llevara a toda velocidad hacia la antigua Jerusalén. El tiempo pasaba rápidamente y no tenía nada en que ocuparse hasta

que llegara la hora de reunirse con el recurso de la CIA.

Entró en la Ciudad Vieja por la puerta de Damasco, un tumulto frenético de compradores, turistas, vendedores ambulantes, gente que cambiaba dinero, mendigos y vendedores callejeros. Paseó por puestos callejeros apiñados donde se vendía de todo, desde comida, periódicos y latas de cola israelí enfriada en bloques de hielo hasta falsificaciones de Levi's y artilugios eléctricos. Un pelotón de soldados israelíes andaba con paso decidido y arrogante entre la multitud. Uniformes caqui con el cuello abierto. Gafas oscuras. Fusiles de asalto Galil con

lanzagranadas, amartillados y asegurados. Bienvenidos a Jerusalén.

Pasó el rato visitando el antiguo corazón de la ciudad, inmerso en sus pensamientos. Aquel lugar era un laberinto sombreado y tortuoso de calles y plazas descoloridas por el sol; en cada recodo se escuchaba el eco de algún fragmento de su larga y tumultuosa historia.

Ben continuó paseando y, de pronto, se dio cuenta de que estaba siguiendo los pasos a un millón de peregrinos cristianos mientras recorría la Vía Dolorosa, el camino del dolor, por donde Cristo había arrastrado la cruz de camino a su crucifixión. La ruta sagrada

le condujo al corazón del barrio cristiano en la Ciudad Vieja. Se detuvo y retrocedió para mirar un edificio altísimo, tapándose los ojos para protegerse de la luz deslumbradora del sol. Lo reconoció por sus estudios de teología.

La iglesia del Santo Sepulcro. Era uno de los lugares más venerados por la cristiandad, ya que señalaba el punto del enterramiento y resurrección de Cristo. La piedra picada conservaba las antiquísimas marcas de pintadas religiosas esculpidas por los peregrinos que durante años habían cruzado medio mundo para rezar allí.

La vieja iglesia continuaba

atrayendo visitantes. Un flujo constante de turistas occidentales entraba y salía por la puerta abovedada, una procesión infinita de camisetas y pantalones de colores vivos, cámaras y guías de viaje, todos observando con asombro la arquitectura de hacía dos mil años que los rodeaba. El aroma a protector solar flotaba en el aire y el torrente de voces ininteligibles, la mayoría americanas, retumbaba en las altas paredes de piedra.

Ben los observó y se quedó pensando. ¿Por qué estaban allí? ¿Eran personas normales y corrientes que habían viajado miles de kilómetros para visitar y fotografiar un viejo edificio?

¿O algunos lo hacían por una profunda motivación religiosa? ¿Cuántos habían viajado hasta allí para reflexionar y maravillarse por los acontecimientos apocalípticos que ellos creían que iban a suceder en el mundo y que iban a vivir? ¿Cuántos habían acudido para rendir homenaje al punto donde todo había empezado y todo iba a llegar a su fin?

Aunque así fuera, eso no los convertía en belicistas sin sentido. Quizá esos millones de creyentes evangélicos cuyo apoyo colectivo podría ayudar a que hombres como Clayton Cleaver sacaran provecho, o proporcionar el incentivo para que

fuerzas políticas más siniestras provocaran guerras, no tuvieran ni idea de que su devoción religiosa podría ser pervertida y mal empleada. Ni de que la profecía bíblica podía ser manipulada como una forma de poder o para destruir vidas.

¿O sí? Ben repasó mentalmente la historia de la humanidad. ¿Tan sorprendente era que unos cuantos hombres poderosos y cínicos se aprovecharan de la fe inocente de una mayoría? ¿No era eso lo que habían estado haciendo los hombres poderosos desde el principio de las civilizaciones, jugar a ser Dios, el juego más peligroso de todos?

Miró la hora en su reloj. Eran casi las seis y cuarto. Hora de moverse. Sacó del bolsillo el papel con la dirección que había anotado. En una calle cercana encontró otro taxi abollado de la marca Mercedes. Le mostró la dirección al barbudo conductor. El tipo asintió, Ben se subió y el coche se puso en marcha.

En pocos minutos sabría lo que estaba ocurriendo.

Y lo único que tenía que hacer era encontrar un modo de pararlo.

*SHADY Oak, Virginia**10.05 a. m. (hora estadounidense)*

Alex abrió la puerta y se encontró a Callaghan en el umbral, a merced del sol y el viento, con dos agentes más. Entraron en la casa.

—¿Está preparada? —dijo Callaghan.

Zoë estaba bajando la escalera.

—Aquí estoy.

—¿Lo llevas todo? —le preguntó

Alex.

—No traje mucha cosa. —Zoë le sonrió a Alex—. Bueno, entonces, esto es una despedida. Supongo que no te volveré a ver, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Buen viaje, Zoë. Cuídate.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí. —La chica le cogió la mano a Alex y se la apretó—. No lo olvidaré.

Alex observó cómo se dirigía al GMC negro y se subía en el asiento de atrás. Los agentes subieron con ella. Callaghan se sentó en el asiento del copiloto.

La mujer le dijo adiós a Zoë con la mano, cerró la puerta y volvió al interior

de la casa.

—Ya está —murmuró para sí misma.

Entonces, algo atrajo su mirada. Un destello dorado en el suelo de madera debajo de la mesita de café. Se acercó y lo cogió. Era la valiosa y antigua pulsera de Zoë. Se le debía de haber caído al quitarse el jersey.

—Mierda —resopló.

Zoë había pasado por muchas cosas con esa pulsera, debía de estar muy unida a ella. Alex se mordió el labio durante un instante, mientras decidía qué hacer. Miró por la ventana. El GMC se estaba alejando por la calle. Se encendieron las luces de freno rojas, se

desvió a la izquierda y desapareció.

Alex no se lo pensó dos veces y decidió seguirlo. El aeropuerto estaba a tan solo unos kilómetros; los alcanzaría y le devolvería la pulsera a Zoë.

Su Volkswagen Beetle estaba aparcado a unos metros de la casa. Cogió la llave del colgador al lado de la puerta y salió corriendo.

Encendió el motor, arrancó y ya iba calle abajo cuando pensó en llamar a Callaghan a su móvil. *Mierda*. Se había dejado el teléfono en casa. Demasiado tarde para volver por él. No importaba.

Alex condujo el Beetle a toda velocidad entre hileras de tranquilas casas de clase media, viró a la izquierda

y aceleró para salir de la ciudad y entrar en la autopista. El tráfico era más denso. Divisó el gran GMC negro delante de ella, a unos ocho o nueve coches de distancia. Sin perderlo de vista, siguió la ruta que le era tan familiar. Puso un cedé de Creedence Clearwater Revival mientras conducía a una velocidad constante de noventa.

A los pocos minutos, ya estaban acercándose a la salida del aeropuerto. Alex miró por el espejo y se preparó para encender el intermitente y cambiar de carril.

Pero el GMC no cambió de carril.

Continuó por la autopista.

Alex frunció el ceño mientras

continuaba a toda velocidad. Las señales del aeropuerto pasaban como un rayo y se iban quedando atrás. Era muy extraño. ¿No había ordenado Murdoch que trasladaran a Zoë directamente al aeropuerto? ¿Adónde la llevaban?

Siguió conduciendo. El tiempo iba pasando. Se escuchó la última canción del cedé y se acabó. No se había dado apenas cuenta. El cielo se había nublado y la lluvia empezaba a salpicar el parabrisas.

Ahora el GMC estaba saliendo de la autopista para meterse por una carretera más pequeña. La vegetación pasaba a toda velocidad y el tráfico empezaba a disminuir. Cada vez se alejaban más de

Langley y Washington D. C., hacia Dios sabe dónde. Algo le dijo a Alex que se quedara atrás y pisó el freno para aumentar la distancia entre su coche y el de Callaghan.

Cada vez se adentraban más en el campo. La lluvia golpeaba el cristal, los limpiaparabrisas seguían el compás. Ahora, la carretera era estrecha y tortuosa, y se quedó atrás para poder seguir viendo el GMC sin que la descubrieran.

Ahora sí que estaba confusa de verdad. ¿Qué estaba pasando? Ojalá pudiera llamar a Murdoch a la agencia. Menuda idiota, ¿cómo se había podido dejar el teléfono en casa?

El reloj del salpicadero del Beetle estaba a punto de marcar las once y la aguja del indicador de gasolina empezaba a acercarse a la luz roja de un modo preocupante cuando el GMC por fin salió de la carretera. A unos cincuenta metros de distancia, Alex vio que se encendían las luces de freno mientras entraba tambaleándose en un camino cubierto de vegetación, salpicando al pasar por los charcos que había. Lo siguió con cautela.

El GMC recorrió el camino a trompicones y rebotando, hasta llegar a un par de altas verjas de hierro medio ocultas detrás de unos helechos. La lluvia caía con mucha fuerza.

Alex apagó el motor del Beetle, recorrió en punto muerto los últimos metros y detuvo el coche con cuidado detrás de unos arbustos. Salió al aguacero y se escondió a un lado del camino; observó que uno de los agentes salía del coche, se dirigía hacia las verjas y quitaba el candado. Las cadenas se soltaron ruidosamente. El agente abrió la puerta y el coche pasó.

Unos segundos después, oyó los gritos.

Era la voz de Zoë.

No tenía su teléfono, no tenía su arma. Alex no se había sentido nunca tan desprotegida. Avanzó unos metros arrastrándose por los matorrales, con

mucho cuidado de no quebrar ninguna ramita. La lluvia ya le había empapado el pelo y la ropa, y se le pegaba a la piel. Echó un vistazo a través de las hojas. Al otro lado de la verja se extendía una enorme casa. Parecía una especie de pabellón de caza, lujoso y apartado. El jardín estaba lleno de malas hierbas, como si aquel lugar solo se utilizara de vez en cuando.

Los hombres de Callaghan estaban sacando a Zoë del GMC y llevándola a rastras hacia la casa. Callaghan iba delante. Abrió la puerta y los hombres hicieron entrar a empujones a Zoë, que no paraba de gritar y patalear. Luego la puerta se cerró.

Alex se le salía el corazón del pecho. Miró la hora. Eran las once y nueve. Intentó adivinar dónde estaban.

Entró con mucho cuidado por la verja abierta y se movió rápidamente por el descuidado jardín, pasando con cautela por los árboles y arbustos para evitar que la vieran desde alguna de las muchas ventanas emplomadas de la mansión.

Se dirigió con mucho cuidado hacia la casa. Tenía el corazón en la garganta. Se paró a escuchar. Nada.

Y entonces oyó el piñoneo del percutor de una pistola siendo amartillada, y sintió el duro metal en la parte de atrás de la cabeza.

—Qué descuidada —dijo una voz masculina que nunca había oído—. Tú los estabas siguiendo a ellos, pero yo te estaba siguiendo a ti.

Se arriesgó a echar un vistazo detrás de ella. El hombre que sujetaba la pistola era de constitución delgada, vestía una larga gabardina negra sobre un traje caro. Tenía el pelo rojizo. Había un toque de humor en su mirada. La lluvia salpicaba desde su paraguas.

—Tú eres Slater —dijo Alex.

—Y tú debes de ser la agente Fiorante. He oído hablar mucho de ti.

El descubrimiento la dejó aturdida. *Callaghan y Slater*. Habían estado juntos todo el tiempo.

Movió el cañón de la pistola.

—Muévete. Y mantén las manos arriba. Si las bajas, estás muerta.

Alex caminó. La empujó para entrar en la casa. Era un lugar sombrío. Los paneles de madera oscura brillaban débilmente en la penumbra. Había una chimenea de piedra llena de ceniza vieja y leños calcinados. Los trofeos de cabezas de animales miraban fijamente desde las paredes, con los ojos vidriosos y las cornamentas puntiagudas y retorcidas que proyectaban extrañas sombras. Alex sintió un escalofrío, el agua goteaba en las baldosas.

Se oyeron pasos por el pasillo y una puerta se abrió de golpe. Callaghan

entró a grandes zancadas. Tenía el rostro retorcido por la furia. Había tres hombres más en la puerta detrás de él, con las pistolas en la mano.

—Una visita sorpresa —dijo Slater. Callaghan la miró fijamente.

—Muy inteligente por tu parte, Fiorante. Pero hay una línea muy delgada entre lo inteligente y lo estúpido, y tú la has cruzado. —Les hizo una seña a sus hombres—. Cacheadla.

La registraron de un modo brusco pero meticuloso.

—Está limpia.

Alex se apartó el pelo mojado de la cara y le lanzó una mirada desafiante a Callaghan.

—¿Qué habéis hecho con Zoë?

El agente sonrió.

—¿Quieres ir con ella? Serás mi invitada.

Los agentes arrastraron a Alex por un pasillo oscuro y serpenteante, con Callaghan y Slater a la cabeza. En un hueco al final del pasillo había una pesada puerta tachonada de hierro, bajando un par de escalones. Callaghan sacó una larga llave de hierro del bolsillo y la abrió. Empujó la puerta y los agentes metieron a Alex dentro. Se tropezó, cayó por un tramo de escalera de piedra y aterrizó en el suelo de hormigón de un sótano. Al levantarse, saboreó sangre en sus labios.

Slater comenzó a bajar la escalera hacia ella, con aire despreocupado y ese brillo en su mirada. Se detuvo a mitad de camino y se apoyó en el pasamanos de hierro.

—Es una lástima —dijo mirándola de arriba abajo—. Está muy buena.

Alex escuchó un sollozo detrás de ella. Se dio la vuelta. Zoë estaba sentada en el suelo, apoyada en la pared, envuelta en sombras. Tenía la cara llena de lágrimas y un corte encima del ojo. Alex fue hacia ella y la abrazó.

—Cabrones —les dijo siseando.

Callaghan bajó la escalera y se puso al lado de Slater.

—Me temo que aquí es donde nos

separamos, señoritas. —Se metió la mano en el abrigo y sacó una Glock de 9 mm. Apuntó a Zoë, luego movió el arma para apuntar a Alex. La mujer se negó a estremecerse. De ningún modo iba a mostrar miedo.

Zoë gimió, apretándole la mano.

—Que te jodan —dijo Alex.

—De verdad que me gusta esta mujer —dijo Slater—. Es peleona. Una lástima que no la pueda conocer mejor.

—Es la peste. Y la peste hay que erradicarla. —Callaghan entornó los ojos para apuntar, preparándose para disparar.

—Espera —dijo Slater.

Callaghan bajó la pistola con

impaciencia.

—¿Qué?

—No dispares.

—¿Qué?

—Que no dispares. Tengo una idea mejor. —Slater sonrió abiertamente—. ¿Con qué frecuencia vienes aquí?

—No tanto como me gustaría —contestó Callaghan—. Ya sabes cómo va esto.

—¿Digamos que una vez cada cuatro o cinco meses?

—En un año tranquilo, sí.

—¿Y este es un año tranquilo?

—Este es un año de locos.

—Bueno, ¿qué te parece si simplemente dejamos a estas dos

encerradas aquí abajo y volvemos en unos seis meses para ver cómo van?

Callaghan hizo una mueca.

—Esto va a apestar.

Slater negó con la cabeza.

—Nunca te he contado lo de mi perro, ¿verdad? Tenía un labrador, cuando era pequeño. Durante un tiempo estuvo bien, pero luego me cansé de toda esa mierda, así que lo encerré en un sótano para ver lo que pasaba. Tardó bastante en morir, la verdad. Pero te aseguro que el hedor desaparece con el tiempo, cuando las ratas ya se han comido casi toda la carne. Los gusanos se llevan su parte, luego los fluidos corporales se secan. Te quedas con una

especie de cáscara seca.

—Eres un cabrón enfermo —dijo Alex.

—Me gusta —dijo Callaghan—. ¿Qué piensan ustedes, señoritas? Os damos más tiempo para que os conozcáis mejor. Incluso podéis intentar excavar para salir de aquí. Lo que pasa es que los cimientos son muy profundos y nos encontramos sobre un sólido lecho de roca.

—Así tendréis algo que hacer mientras morís —dijo Slater con una sonrisa. Miró la hora—. Será mejor que nos movamos. El avión del senador me está esperando.

Alex lo miró con el ceño fruncido.

—¿El senador?

La sonrisa de Slater se hizo más amplia.

—¿Quién te crees que está financiando todo esto, el Ejército de Salvación?

Alex parpadeó con incredulidad.

—¿Un senador de los Estados Unidos está detrás de todo eso?

—Bueno, él ni siquiera es consciente de ello —dijo Slater—. Pero Richmond es un necio evangelista con mucho dinero que no sabe ni en qué día estamos. Yo firmo los cheques, no él. Puede que él sea al que se está poniendo al frente de los fieles, pero esta es mi operación.

—¿Qué coño vais a hacer? —les gritó Alex.

Slater se encogió de hombros.

—Detesto la idea de que una mujer guapa como tú muera en la ignorancia. Estamos a punto de subir el telón del mayor espectáculo del mundo; aunque, desgraciadamente, no estarás aquí para presenciarlo. Aspirábamos a algo grande y estamos empezando algo grande. Algo que hará que la bomba de Corfú parezca un simple petardo.

A continuación le contó de qué se trataba, mientras mostraba su satisfacción por la mirada horrorizada de Alex al escucharle.

—Estáis locos —dijo en voz baja—.

Estáis totalmente locos.

—Solo estamos adelantando los acontecimientos, agente Fiorante —dijo Callaghan—. No pienses en ello como si fuera algo nuestro. Es el plan de Dios. Si dicho plan conduce a la guerra, pues que sea lo que Dios quiera.

—Aunque, en realidad, te puedes ahorrar toda la parte de Dios —añadió Slater—. Callaghan es el chalado religioso aquí.

El agente de la CIA le lanzó una mirada seria.

—No os saldréis con la vuestra —protestó Alex—. Están esperando a Zoë en Inglaterra. Cuando vean que no regresa, sonará la alarma.

Callaghan sonrió y negó con la cabeza.

—Vuelves a equivocarte. Ya no la están esperando.

—Me obligaron a llamar a mis padres desde el coche —dijo Zoë sollozando—. Me obligaron a decirles que había conocido a alguien y que no volvería en un tiempo.

—Ya están bastante acostumbrados a ese tipo de cosas, ¿verdad? —añadió Callaghan.

—Pero Murdoch se dará cuenta de que he desaparecido —dijo Alex—. De un modo u otro, esto se volverá en vuestra contra.

—Escucha, cielo —interrumpió

Slater—. Para cuando alguien caiga en la cuenta de algo, el mundo será un lugar diferente. Tendrán cosas más importantes de las que preocuparse que vosotras dos.

—Nos puedes matar —dijo Alex sin alterarse—. Pero Ben Hope irá a por vosotros.

Slater y Callaghan intercambiaron una mirada divertida.

—Muy oportuno, agente Fiorante —dijo Callaghan—. Porque justo ahora están a punto de dar las once y veinticinco. En Israel son las seis y veinticinco. Tu amiguito está a punto de caer en una trampa, justo ahora, mientras estamos hablando. En cinco minutos,

estará muerto.

Slater soltó una risilla.

—Que lo paséis bien, chicas.

Los dos hombres se dieron la vuelta y subieron la escalera del sótano. Luego, la pesada puerta se cerró de golpe y Alex y Zoë se quedaron a oscuras.

*B*ARRIO judío, Jerusalén*6.29 p. m. (hora israelí)*

Ben encontró el viejo edificio de apartamentos a punto de desmoronarse al final de un estrecho callejón empedrado. La calle estaba tranquila. Una mujer con el tocado tradicional lo vio acercarse y retrocedió rápidamente para desaparecer tras una puerta. Ben miró la hora. La hora exacta.

Volvió a revisar la libreta mientras

se introducía en la fría sombra del edificio de apartamentos. Sus pasos resonaban por el suelo y las paredes de piedra mientras subía la escalera, sin dejar de mirar los números de las puertas.

Era un domicilio muy normal. Un durmiente que trabaja para una agencia como la CIA tiene que fusionarse con el entorno, ser indistinguible en su modo de vida de cualquier otro miembro de la comunidad. Algunas veces, sus cónyuges estaban al margen de sus dobles vidas. Por lo general, era gente de familia modesta, que nunca atraería la atención de la policía o de cualquier otra autoridad. Su papel era reunir

información de poca importancia, a veces actuar como mensajeros o ayudar a otros agentes de mayor rango en misiones dentro de su zona.

Ben llegó al número del apartamento que le habían dado y llamó a la puerta. Se quedó escuchando. Dentro no se oía nada. Miró la hora. Llegaba puntual a la cita. Volvió a llamar.

La puerta se abrió. El hombre que había en la entrada era delgado y aguileño, con el pelo oscuro cortado al rape y barba espesa, e iba vestido de manera informal con unos pantalones vaqueros y una camisa blanca. Tenía los ojos oscuros y una mirada intensa.

—¿El señor Hope?

Ben asintió.

—Por aquí —dijo el hombre, indicándole con un gesto que entrara.

Ben lo siguió a la sala de estar. El lugar era pequeño y había pocos muebles, las blancas paredes estaban desnudas. No cabía duda de que lo estaban esperando. En la mesa había una fina carpeta de cartulina, de la que sobresalían los bordes de unos cuantos papeles. Al lado de la carpeta había una pistola Heckler & Koch de 9 mm, con el seguro quitado y un cargador lleno. En un sofá cercano había un rifle de francotirador desmontado con silenciador y visor.

«Si resulta ser una situación de

francotirador contra francotirador...»,
había dicho Murdoch.

—Callaghan me dijo que tenía algo
para mí —dijo Ben.

—Correcto —contestó el hombre
con una sonrisa misteriosa—. Algo
importante. Pero primero, ¿quiere un
café?

—No tengo tiempo para un café.

El hombre volvió a sonreír.

—Lleva razón. No lo tiene.

El movimiento fue repentino y
violento. Ben sintió el aliento del
agresor detrás de él antes de tener
oportunidad de reaccionar. Algo brilló
delante de su cara. Levantó las manos
para protegerse de manera instintiva. El

alambre se le clavó justo entre los dedos. Ben trató desesperadamente de quitárselo de encima, pero el agresor era fuerte y lo arrastró tirando de él hacia atrás. El alambre le cortaba la mano. Ben pataleó y luchó por liberarse.

El hombre de la barba estaba sonriendo. Estiró lentamente el brazo para coger la pistola que había en la mesa.

Ben luchaba por su vida. El agresor no paraba de girar y cortar con el fino cable. Por el rabillo del ojo, Ben vio una puerta abierta. Otro hombre entró, con un cuchillo largo y curvado.

La trampa había funcionado. Callaghan lo había conducido hacia su

muerte.

Entonces, moriría luchando. Se tiró al suelo. El estrangulador cayó con él, apretando más fuerte el alambre. Ben sentía que se asfixiaba. Levantó el pie y dio una patada formando un amplio arco sobre su cuerpo. Acabó en la cara del tipo. De pronto, el alambre se aflojó un poco.

El tío del cuchillo se acercaba.

Ben rodó por el suelo y lanzó una patada lateral a la rodilla del tío del cuchillo. Le dio en la articulación con una fuerza brutal y sintió el crujido. El tipo gritó y el cuchillo cayó al suelo.

Entonces Ben se levantó. Agarró al estrangulador del pelo y le estampó la

rodilla en la cara con fuerza. Se volvió rápidamente y, con el filo de la mano, golpeó al hombre del cuchillo en la garganta, machacándole la tráquea. Luego volvió a girarse hacia el estrangulador poniendo todo el impulso en un codazo hacia atrás que le golpeó fuerte en la cara y le aplastó los dientes hacia la garganta. El tipo cayó de espaldas. Ben se dejó caer encima de su cuello. La sangre le chorreaba de la boca.

El hombre de la barba manejaba con torpeza la pistola, metiendo a golpes el cargador y preparando el primer cartucho de la recámara. Levantó el arma y disparó. El estallido fue

ensordecedor dentro de la pequeña habitación. Ben sintió la onda de expansión de la bala. El yeso lo hirió en la mejilla cuando el disparo impactó contra la pared a quince centímetros de su cabeza. Ben arrancó un cuadro enmarcado de la pared y lo arrojó. Este recorrió la habitación girando de lado y le dio al hombre en la muñeca. El cristal se hizo añicos. El hombre gritó y soltó el arma. Ben se lanzó hacia él, pegando puñetazos y arañando. El hombre fue rápido. Lo agarró de la muñeca, le hizo un giro y Ben acabó volando por los aires. Aterrizó encima de la mesita de café y se estrelló contra el cristal. Entonces el hombre se echó encima de él, inmovilizándolo con una rodilla en el

pecho y dando puñetazos a diestro y siniestro. Ben pataleó y le dio en el plexo solar, lanzándolo hacia atrás. Pero el hombre consiguió ponerse de pie dando una voltereta hacia atrás y volvió a acercarse a él.

La lucha era rápida y violenta. Golpe, bloqueo, golpe, bloqueo; un nubarrón de puños. Ben le propinó un fuerte puñetazo en la garganta. El hombre se tambaleó y dio un paso hacia atrás, pero tenía agarrado a su contrincante del brazo muy fuerte y aprovechó para lanzarlo contra una rinconera. Ben se estampó contra ella y cayó encima. Los libros, los cristales y trozos rotos saltaron por todas partes.

Ben cogió un libro de tapa dura y se levantó de un salto.

El hombre venía corriendo hacia él, imparable. Ben le embistió con el borde del libro en la cara. La sangre salpicó de los labios partidos. Continuó la paliza con un codazo, sintió el fuerte impacto. El hombre gritó, tenía la cara llena de sangre. Se cayó. Ben fue directo a él. Lo agarró del pelo y le estampó la cara contra el suelo. Y otra vez. Y otra vez.

De pronto, Ben notó la vibración del móvil en el bolsillo. La distracción le hizo dudar durante un cuarto de segundo demasiado largo. El hombre se dio la vuelta para estar bocarriba y se defendió

como un animal, arañando y aporreando salvajemente. Ambos rodaron por el suelo, luchando encarnizadamente. A continuación, el hombre comenzó a rebuscar con la mano hasta encontrar el arma que se había caído. El cañón oscilaba apuntando hacia arriba, el pequeño ojo negro miraba directamente a Ben. La agarró desesperadamente, clavando los dedos en el frío acero. La boca giró y se apartó. Ahora todo se reducía a una competición de fuerza, cualquiera de los dos podía tomar el control del arma.

Y entonces, el disparo resonó por la destrozada habitación.

ALEX estaba registrando el sótano en busca de una salida, cualquier cosa. La puerta era sólida. La linterna que encontró en una estantería cubierta de telarañas arrojaba un débil foco de luz amarillenta en los recovecos del oscuro espacio. Esperaba encontrar una trampilla, una rampa para el carbón.

Nada. Estaban atrapadas. Se sentó en la dura escalera de piedra, con la cabeza entre las manos. Solo podía pensar en una cosa.

Ben. Era una trampa. Quería llegar a él,

advertirle, hacer algo. Pero seguramente era demasiado tarde. No se habrían arriesgado con él. Seguro que ya estaba muerto. Notó que le manaban lágrimas.

—¿Alex? —susurró Zoë desde las sombras—. Ya se habrán ido. Salgamos de aquí.

—No bromees.

—No lo hago. Salgamos de aquí.

—Zoë, estamos atrapadas. No podemos salir de aquí.

Pero al mirar hacia las sombras, Alex vio que se iluminaba una pequeña pantalla y el corazón le dio un vuelco. Encendió la linterna.

—¿De dónde has sacado un teléfono?

—Se lo quité al neandertal que estaba sentado a mi lado en el coche. No se dio cuenta.

Alex se rió sorprendida.

—Un movimiento inteligente.

—Fui una buena ladronzuela a los quince años —dijo Zoë—. Hay cosas que nunca se olvidan. ¿Y sabes qué? He grabado todo lo que han dicho esos cabrones. Pensé que sería útil.

—Hagamos una llamada —dijo Alex.

Zoë se levantó de un salto, moviendo el teléfono de un lado a otro.

—Hay muy poca cobertura. Espera. He conseguido una barra de cobertura. ¿Cuál es el número de la policía aquí?

¿El 911?

—No llames a la policía. Dámelo.

Alex se acercó corriendo y le cogió el teléfono. La recepción era dudosa. La única barra parpadeó y desapareció, luego volvió a aparecer. Trató con todas sus fuerzas de recordar el número que Ben le había dado. Le vino de repente. Pulsó las teclas tan rápido como pudo.

Daba señal. Escuchó, en tensión. Seguía sonando y sonando.

—Ay, Dios. Creo que han cogido a Ben.

En la otra punta del mundo, Ben se levantó tambaleándose y miró desde arriba el cadáver de su agresor. La mitad de la cara le había volado por los

aires; había sangre, carne, trozos de cráneo y mandíbula esparcidos por el suelo por el disparo a quemarropa.

A Ben le costaba respirar por el subidón de adrenalina. La sangre que tenía en la cara era una mezcla de la suya y la de los tres hombres que yacían muertos en el apartamento destrozado.

El teléfono seguía vibrando en su bolsillo. ¿Debía contestar?

Lo sacó con los dedos ensangrentados y se quedó mirándolo durante un segundo. Luego pulsó el botón de contestar y se lo acercó al oído.

—¿Ben? ¿Eres tú?

—¿Alex? —Se sobresaltó al

escuchar su voz. Por su tono, supo al instante que algo iba mal.

—Estás bien. Gracias a Dios.

—Él no ha ayudado mucho.

—Callaghan es uno de ellos —le informó Alex.

—Me acabo de dar cuenta, y no de un modo muy agradable. ¿Dónde estás?

—Estoy con Zoë. Estamos encerradas en el sótano de Callaghan.

Se lo contó todo rápidamente, que había seguido el coche del agente, que Slater la había pillado y lo que le había contado sobre el senador cristiano.

—Pero Richmond no sabe lo que está pasando —dijo ella. Las palabras le salían en avalancha—. Lo utilizan

como una especie de testafarro.

—Está bien, escúchame —dijo Ben pensando rápido—. Esto es lo que vamos a hacer. No llames a la policía. ¿Puedes confiar en tu amigo Frank, el veterinario?

—Completamente.

—Entonces llámalo. Indícale cómo llegaste allí para que te pueda encontrar.

—Creo que más o menos sé dónde estamos.

—Bien. Tiene que haber algún modo de que os saque de ahí. Invéntate lo que quieras, pero no puede decir ni una palabra de este asunto. Luego, Zoë y tú tenéis que esconderos en un lugar seguro. Me pondré en contacto contigo.

—Hay algo más —dijo Alex—. Sé lo que van a hacer. Va a tener lugar un importante sermón islámico en una mezquita de Jerusalén. El presidente y cuatro miembros del Consejo Supremo Musulmán estarán allí. Van a volarla por los aires.

A Ben se le subió el corazón a la garganta.

—¿Qué mezquita?

—Es en el monte del Templo —dijo Alex.

—¿Cuándo va a ocurrir?

—A las siete en punto, hora israelí.

Ben miró la hora.

—Pero solo quedan veinte minutos.

—Corre, Ben. Tienes que impedirlo.

—Entonces Alex finalizó la llamada y Ben se quedó mirando el teléfono.

Era como si hubieran aspirado todo el aire de la habitación. Miles de pensamientos cruzaban la mente de Ben al mismo tiempo a toda velocidad.

La gravedad del asunto le había cortado la respiración. Había sido un imbécil, había estado ciego y no lo había visto venir. A su horrible y terrible modo, era una decisión estratégica absolutamente perfecta.

El monte del Templo, situado en el centro de la Ciudad Vieja, era uno de los puntos de la ciudad más disputados en la historia religiosa y política. Para los cristianos, era el punto donde Dios

había creado la Tierra y el lugar de su Juicio Final; la tradición islámica lo llamaba el Noble Santuario, donde el profeta Mahoma había ascendido al Cielo. En su momento había sido la cuna del más grande y sagrado templo judío de todos los tiempos, hasta que los romanos lo destruyeron en el año 70 después de Cristo.

Construido sobre las ruinas del gran templo, se encontraba el punto más sagrado del mundo islámico después de la Meca y Medina. El Qubbat al-Sakhra. La Cúpula de la Roca, una enorme e impresionante mezquita octogonal coronada con una cúpula dorada que podía verse desde cualquier punto de la

ciudad. Era el epicentro de dos milenios de sangriento pasado religioso de Jerusalén, por el que habían luchado docenas de naciones en su momento y en la actualidad, desde que el gobierno israelí había cedido a regañadientes la administración del templo a los musulmanes en 1967, el mayor símbolo de la lucha entre el judaísmo y el islamismo.

Y destruir la Cúpula de la Roca, profanar un lugar tan sagrado y culpar a los judíos de dicha atrocidad sería encender una mecha de combustión rápida que haría que se cumpliera la profecía del día del Juicio Final de la Biblia. Israel y el mundo musulmán

estarían en guerra. Los Estados Unidos se verían inevitablemente involucrados, como aliados de Israel que eran. La llamada a las armas se escucharía por todo el mundo islámico. La gran yihad que los musulmanes fundamentalistas habían estado esperando habría comenzado al fin. Conflicto global.

En un mundo que se estaba desgarrando en sangre y caos, decenas de millones de cristianos evangélicos se acercarían en avalancha a los únicos líderes en los que sentían que podían confiar. Mientras tanto, sucesos como el 11-S se convertirían en hechos cotidianos. Y cosas peores, mucho peores. Ben recordó la predicción de

Clayton Cleaver sobre la guerra nuclear y un frío hormigueo le recorrió la espalda.

Era el escenario del día del Juicio Final. El tiempo corría más rápido de lo que él podía pensar, había que detenerlo y dependía completamente de él.

BEN bajó la escalera como un rayo, salió repentinamente al ardiente sol y echó a correr por la calle. Los transeúntes lo veían venir, un loco cubierto de sangre corriendo como el viento, y se apartaban de su camino. Sus pasos retumbaban por las estrechas calles.

Mientras corría, echó un vistazo al reloj. Las seis y cuarenta y dos.

Dieciocho minutos.

Siguió corriendo, la respiración le raspaba la garganta al recorrer a toda velocidad un tortuoso camino hacia el norte, a través de callejones y calles empedradas, apartando a la gente a su paso. Dobló una esquina, miró a su alrededor para orientarse. Más adelante, la calle estaba repleta de puestos callejeros y tiendas y multitud de visitantes y gente de la zona. Los taxis y los coches tocaban la bocina para abrirse paso entre el bullicio. El conductor de una moto de motocross BMW aceleró el motor con impaciencia mientras esperaba a que un grupo de turistas se apartara de su camino.

Ben corrió detrás de la moto. El

conductor llevaba una mochila. Ben agarró uno de los tirantes y tiró al motorista al suelo. Antes de que la BMW se cayera de lado, Ben cogió el manillar, pasó la pierna por encima del sillín, puso primera y aceleró. La BMW salió hacia delante con un estruendo agresivo y la multitud se retiró para dejarlo pasar. Recorrió a toda velocidad la tortuosa calle del mercado, ladeando el vehículo, deslizándose entre los puestos y los transeúntes sobresaltados.

Mentalmente, contaba los segundos y calculaba distancias. La Ciudad Vieja era una zona pequeña de Jerusalén; sus cuatro barrios se apelotonaban en un espacio de solo dos kilómetros de ancho

en su punto más amplio. La Cúpula de la Roca estaba situada a tan solo quinientos metros de la iglesia del Santo Sepulcro, donde había estado antes.

Ben continuó a toda velocidad, pasando como un loco por los mercados y los coches, traqueteando sobre los adoquines. De repente, se oyó una sirena de policía detrás de él. La luz se reflejaba en los espejos de la moto. Había un muro bajo bordeando a calle a su derecha. Un hueco en el muro. Un empinado tramo de escalera de piedra que subía entre antiguas casas escarpadas. Hizo que la moto patinara girando el manillar. La rueda delantera chocó contra la escalera provocando un

golpe con vibración que casi lo tira. El atormentado motor rugió al subir la moto a golpes por la escalera.

El coche de la policía había desaparecido del espejo, pero todavía oía las sirenas a lo lejos, por lo menos dos o tres, mientras se dirigían hacia él.

Vio pasar una señal que indicaba la calle Batei Mahase. Iba por el camino correcto. Pero entonces, miró por el espejo y vio más luces. Dos coches de policía, acercándose rápidamente.

De pronto, un grupo de niños salió corriendo de un portal y se pusieron delante de él. Viró bruscamente para esquivarlos, perdió el control y la BMW chocó contra la fachada de una tienda.

Se cayó despatarrado al suelo. Los coches de policía patinaron y pararon. Los policías salieron en tropel y corrieron hacia él. Se levantó tambaleándose, le dio un puñetazo al que tenía más cerca y lo tiró al suelo. Un segundo policía lo cogió del brazo. Ben le dio una patada en la ingle. Antes incluso de que el tipo empezara a gritar, él ya estaba corriendo.

Las seis y cuarenta y nueve.

Once minutos.

Pero ya se estaba acercando. Más adelante, podía ver la entrada a la enorme explanada que conducía al Muro de las Lamentaciones, en los límites del

barrio judío. La espectacular Cúpula de la Roca se alzaba más allá, su techo dorado reflejaba los rayos de sol.

Detrás de él se escuchaban las voces y las sirenas. Echó un vistazo atrás mientras corría. Más policías le estaban persiguiendo. Llegó al Muro de las Lamentaciones y corrió a toda velocidad por uno de los laterales, dispersando un grupo de clérigos con túnica.

Más adelante estaba la puerta de los Magrebíes, el único punto de acceso al monte del Templo para los no musulmanes. Ben la atravesó corriendo y pasó de largo la taquilla, abriéndose paso a empujones entre la multitud de turistas. La gente le gritaba, pero luego

se echaban hacia atrás al ver la sangre en su ropa. Ahora corría a toda velocidad por la vasta explanada pavimentada del monte del Templo, hacia la Cúpula de la Roca. Los pulmones le quemaban y notaba como si las piernas le fueran a fallar en cualquier momento. Logró seguir corriendo.

El enorme edificio apareció ante él, con sus paredes octogonales revestidas de mármol azul y magníficas ilustraciones e inscripciones coránicas. Una multitud de fieles musulmanes se congregaba fuera de la inmensa mezquita, un rumor de veneración excitada flotaba en el aire.

Detrás de él, Ben oyó los gritos de la policía al abrirse paso entre el gentío. Se escabulló entre la multitud que le daba empujones. Estaba pensando a toda velocidad, el corazón le palpitaba rápidamente. La muchedumbre de fieles entraba poco a poco en el edificio. Estaba a punto de empezar. Los dignatarios musulmanes se encontraban en el interior.

Cuatro minutos.

Se volvió rápidamente, mirando con cara de espanto en todas direcciones. La bomba podía estar en cualquier parte. Podía estar sujeta al cuerpo de cualquiera de las miles de personas que

había por allí. Podían haberla colocado hacía semanas, para hacerla estallar por control remoto.

Se imaginó el espléndido edificio partiéndose repentinamente en dos por el explosivo de gran potencia. Su magna cúpula dorada arrojando llamas y escombros mientras el interior se hacía pedazos. La bola de fuego ascendiendo hacia el cielo azul sobre Jerusalén. La torre de humo negro indicando a kilómetros que acababa de ocurrir un cataclismo.

Tres minutos.

Y entonces fue cuando vio el rostro en la multitud. Era el de un occidental,

un hombre pequeño con una chaqueta de entretiempo y pantalones informales. Una bolsa de piel colgada al hombro. Podría haber sido cualquiera entre un millón de turistas.

Pero Ben nunca olvidaba una cara y aquella se le había quedado marcada en la memoria desde Corfú.

En su mente se dibujó un recuerdo borroso. El hombre del portátil en la terraza. Los mismos rasgos marcados. La misma mirada vacía e impasible. Era él. El terrorista. El asesino de Charlie.

Ben se dirigió hacia él abriéndose paso a empujones. Tenía a la policía detrás, a veinte metros. Echó a correr. Una mujer gritó.

El terrorista lo vio. Entrecerró los ojos durante un instante y, a continuación, huyó entre la gente que lo arrastraba.

Dos minutos.

Ben corría como nunca en su vida, pasando por cúpulas y antiguos edificios más pequeños. Bajó un tramo de escalera de piedra lisa e irregular que conducía a un laberinto de enormes pilares y arcos. Delante de él, el terrorista era una simple figura en movimiento que atravesaba como una flecha arcos y pasadizos con claustros, girando a derecha e izquierda; la gente se apartaba de un salto mientras él

seguía corriendo.

Pero Ben lo estaba alcanzando. El ruido de sus pasos retumbaba en las antiguas piedras.

Un minuto.

Entonces vio que el hombre estaba buscando algo en la bolsa de piel. Tenía algo en la mano. Algo rectangular, negro y pequeño. Un detonador a distancia. Estaba pulsando los botones mientras corría.

Estaba introduciendo un código numérico.

A Ben se le heló la sangre en las venas. Buscó en el bolsillo trasero de sus vaqueros y, de debajo de la

ensangrentada camisa, sacó la pistola del asesino con barba. Disparó. El terrorista se agachó. La bala silbó y rebotó en una pared de piedra picada. La gente chilló y gritó alarmada.

El terrorista corría como una flecha por otro callejón, pasadizos abovedados que llevaban a todas direcciones. Ben lo seguía con la mirada, aunque por los pelos. No podía perderlo de vista, ni por un instante, o podría acabar de introducir el código. Entonces solo tendría que pulsar el botón «Enviar» y todo acabaría.

Cientos de personas morirían, quizá miles. Y luego más, muchas más.

Eran las siete en punto.

Lejos de allí, Irving Slater viajaba a toda velocidad en la parte de atrás de una limusina y observaba la manecilla del reloj de oro que contaba los segundos restantes para alcanzar la gloria. Se reclinó en el respaldo de piel y sonrió.

—Es la hora del espectáculo —dijo en voz alta.

EL terrorista se agachó y pasó bajo un arco de piedra casi en ruinas, corriendo a toda pastilla y con el dispositivo en la mano.

Entonces, de pronto, dio una voltereta en el aire gritando de dolor y sorpresa cuando el ciclomotor que venía del otro lado lo golpeó en los pies.

Ben se deslizó por el pasaje abovedado justo a tiempo para ver que el terrorista se derrumbaba en la estrecha calle en una maraña de brazos y piernas. El escúter volcó y se deslizó

salpicando una lluvia de chispas. El conductor se cayó y rodó por el suelo. El dispositivo de detonación negro rebotó por los adoquines.

El terrorista tenía sangre en la cara. Enseñaba los dientes por el dolor y por la concentración necesaria para arrastrarse hacia el dispositivo que se le había caído. Ben observaba horrorizado, a diez metros de distancia, cómo intentaba alcanzar con la mano temblorosa el diminuto teclado numérico. Entonces envolvió el dispositivo con los dedos y lo arrastró hacia él.

Ben se lanzó en picado encima de él y le dio un fuerte puñetazo en la cabeza.

Después otro. El terrorista se quedó con la cabeza colgando, escupiendo sangre. Ben le agarró los dedos e intentó arrebatárselo.

Se escuchó un fuerte grito por detrás. Ben se dio la vuelta. Un joven policía estaba de pie a tres metros, respirando con dificultad, moviendo la pistola, con la cara empapada de sudor. Hizo una señal con la pistola. Ben pudo ver el miedo en su mirada. Estaba asustado, pero iba en serio. Gritó una orden en hebreo.

Ben levantó las manos mientras se levantaba despacio.

El joven policía apuntó al terrorista con la pistola.

Pero este solo sonrió. Se incorporó y puso el dedo pulgar sobre el botón «Enviar».

La secuencia se completaba. Al pulsar el botón, el mundo cambiaría irrevocablemente.

Ben hizo el movimiento más rápido de su vida. Le dio un codazo en la cara al joven policía al tiempo que ya estaba agarrando la pistola. El disparo fue instintivo. No apuntó.

La bala impactó en la mano del terrorista, destrozándole la mitad de los dedos y salpicando una lluvia roja. El detonador cayó destrozado al suelo.

El terrorista se arrodilló, agarrándose y apretándose la mano

herida, mirando fijamente a Ben con la boca abierta.

—¿Quién eres? —dijo con voz ronca.

—Nadie —dijo Ben. Entonces le disparó en la cabeza.

—ENTONCES se acabó —dijo Murdoch—. Ha cumplido con su parte del trato.

Ben estaba sentado en el borde de la cama, en el hotel de Jerusalén, tratando de encontrar una parte de su cuerpo que no le doliera.

—Y ahora usted cumplirá la suya —dijo. No quería mencionarle los nombres de Callaghan y Slater a Murdoch. Ya tenía sus propios planes para ellos.

—Siempre cumplo mi palabra —

dijo Murdoch—. Nos encargaremos de todo. En cuanto a usted, es un hombre libre. Nunca estuvo aquí. Nunca he oído hablar de usted.

La siguiente llamada fue a Alex. Ben marcó el número con el que le había llamado desde casa de Callaghan. Rezó para que contestara, para que estuviera bien.

Tras una docena de tonos, se sobresaltó al escuchar su voz.

Cuando ella lo escuchó, se echó a llorar.

—Voy a regresar —le dijo Ben—. Reúnete conmigo mañana en el Lincoln Memorial en Washington D. C., a la una en punto.

Estuvo un buen rato bajo el chorro de agua caliente de la ducha, eliminando la sangre, la mugre y los recuerdos de aquel día. Luego recogió sus cosas y se marchó del hotel. Llegó al aeropuerto en cuarenta minutos y, en un par de horas, esperaba estar embarcando en un vuelo a Washington D. C.

Pero aún no había terminado.

Washington D. C.

Decimonoveno día

A mediodía ya estaba de vuelta en suelo estadounidense. Se dirigió al centro de la ciudad y se sentó en las cálidas escaleras de piedra a los pies del monumento a Lincoln. El sol bailaba en la clara superficie del lago

ornamental que se extendía frente a él. Al otro lado, se alzaba el obelisco del Washington Memorial, y más allá, en línea recta, la cúpula del Capitolio y sede del Senado de los Estados Unidos.

No había señal de Alex. Sacó el teléfono, pensando en las dos llamadas que tenía que hacer. La primera fue a Augusta Vale.

Parecía contenta de escucharlo.

—Perdone por haber desaparecido así —le dijo—. Surgió algo.

—Todavía me llaman periodistas preguntándome por el misterioso tirador que se llevó el premio y se desvaneció a continuación.

—Solo quería agradecerle su

hospitalidad.

—No hay de qué, Benedict. Cuando vengas a Savannah, no dudes en llamarme. Siempre serás bienvenido en mi casa. Y si hay cualquier cosa que pueda hacer por ti...

—Hay una cosa. ¿Tiene el número del pastor Cleaver? Quiero pedirle algunos ejemplares de su libro.

—Claro, seguro que estará encantado de volver a hablar contigo — dijo.

Ben marcó el número que le dio. Cleaver parecía nervioso cuando su secretaria le pasó la llamada.

—¿Cómo estás, Clayton?

—Bien —contestó Cleaver con

recelo.

—Y cien millones de dólares más rico, ¿no?

—El dinero me llegó hace dos días —dijo Cleaver desconcertado—. ¿Cómo lo sabes?

—Intuición —dijo Ben—. Te llamo para proponerte un trato.

Cleaver tragó saliva sonoramente.

—¿Un trato? ¿Qué clase de trato?

—No te asustes, Clayton. No te voy a quitar tu dinero. Al menos, no todo.

—Muy generoso por tu parte.

—Sí, la verdad es que sí. Bueno, estas son las condiciones. Y no son negociables. ¿Preparado?

—Te escucho.

—En primer lugar, vas a donar un cuarto de ese dinero a la Fundación Vale, para la nueva ala infantil.

—Por supuesto, ya había pensado en... —Cleaver resopló—. Pero ¿el veinticinco por ciento?

—Ese es el trato —dijo Ben—. Aquí viene la siguiente parte. Supongo que, una vez les hayas pagado a los usureros, querrás redecorar tu casa. ¿Sigues teniendo las paredes vacías?

—S... s... sí —tartamudeó Cleaver—. Pero ¿qué...?

—Hay una joven pintora de arte moderno con mucho talento en Oxford, Inglaterra. Se llama Lucy Wilde. Quiero que visites su página web.

—¿Qué coño tiene eso que ver conmigo?

—Estás a punto de convertirte en mecenas, Clayton. Le vas a comprar hasta la última obra de arte que tenga a la venta, y le vas a ofrecer una cuantiosa comisión por más. Y me encargaré de comprobarlo, por si tu definición de «cuantiosa» fuera demasiado diferente de la mía.

—Eso es una locura —protestó Cleaver—. Ni siquiera me gusta el arte moderno.

—Le cogerás el gusto —dijo Ben—. Y ahora, la tercera parte. Un granjero de Montana necesita un dinerillo extra para renovar su propiedad. Alguien la cosió a

balazos. También necesita una o dos camionetas nuevas. Te mandaré la dirección y el número de una cuenta bancaria donde ingresar el dinero.

—¿Cuánto dinero extra? —preguntó Cleaver con desconfianza.

—Un número con bastantes cifras —dijo Ben—. Digamos, un millón de dólares.

Se escuchó un sibilante grito ahogado al otro lado.

—Me estás matando.

—Pensé en esa opción, pero prefiero este modo. ¿Estás preparado para la siguiente parte de las condiciones?

—Adelante —dijo Cleaver con

cansancio.

—Bien. Hay cierto abogado en Georgia que necesita que le operen las piernas.

Cleaver explotó.

—¿McClusky? ¿Quieres que le pague a McClusky?

—Correcto —dijo Ben—. Y algo de dinero para establecerse tampoco sería mala idea, para ayudarlo a abrir un nuevo despacho y volver a empezar. ¿Qué te parece trescientos mil dólares? Espera, mejor quinientos mil.

Silencio al otro lado.

—Hay una cosa más que quiero de ti —dijo Ben. Hizo una pausa. Era la parte que más le importaba—. Quiero que

crees un fondo fiduciario. Un millón de libras esterlinas.

—¿Para quién? —bufó Cleaver—. ¿Para ti?

—Para un bebé —dijo Ben—. Uno que todavía no ha nacido, pero que significa mucho para mí. El dinero se mantendrá en fideicomiso hasta que cumpla los dieciocho años y entonces, se le entregará. Se pondrá en contacto contigo un abogado de Londres que se encargará de todo. Tú solo tienes que firmar en la línea de puntos.

Le había dado muchas vueltas. Sabía que no había manera de que Rhonda lo perdonara por lo que había ocurrido, no había manera de que pudiera explicarle

las cosas. ¿Qué podía hacer? ¿Poner excusas, escribirle una carta? Al menos podía hacer aquello por el hijo de Charlie.

—Espero haberme explicado con claridad —dijo Ben.

—Desde luego —murmuró Cleaver—. Pero ¿y si no me apetece aceptar este generoso trato que me ofreces?

—Te estaré observando, Clayton. Te darás cuenta de que no soy tan compasivo como esos usureros. No me gustaría tener que echar por tierra la impresión que la señorita Vale tiene de ti, pero si veo que no haces lo que quiero, ten por seguro que le haré saber el tipo de charlatán que eres en realidad.

Y no solo eso, cogeré el primer vuelo hasta allí y para cuando haya terminado, ya no serás capaz de articular una palabra en tu defensa. Y yo siempre cumplo mis promesas.

—Ahora supongo que me dirás que tengo que aflojar otros diez millones a esa maldita Zoë Bradbury —gruñó Cleaver.

—No, te puedes quedar ese dinero. No creo que Zoë Bradbury se merezca un céntimo más de ti ni de nadie.

Hubo un largo silencio mientras Cleaver reflexionaba sobre las condiciones.

—No me dejas mucha libertad de acción, ¿verdad?

—Ni un pelo.

Cleaver soltó un profundo suspiro de derrota.

—Está bien. Tú ganas. Es un trato.

Cuando Ben guardó el teléfono, Alex apareció. Llevaba unos pantalones negros y una chaqueta de piel de tono borgoña que resaltaba el color de su pelo. Desde el instante en que lo vio, no dejó de sonreír. Bajó la escalera corriendo y le dio un fuerte abrazo.

—Pensaba que no volvería a verte.

Se quedaron abrazados durante un momento, luego se separaron.

—¿Os sacó Frank? —preguntó Ben.

Ella asintió.

—Zoë y yo nos quedamos en su

casa. Nos escondimos como tú dijiste. Ella sigue allí.

—Bien. No debería salir hasta que todo haya acabado. No estará segura hasta que se solucione lo de Slater y Callaghan. Y tú tampoco, cuando Callaghan se dé cuenta de que sigues viva y has sido testigo de todo.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Ahora voy a ir a ver al senador Bud Richmond.

—No sin mí —dijo Alex.

*MONTANA**10 a. m.**Vigésimo día*

El elegante Porsche 959 corría por la carretera de montaña. Las grandes ruedas se agarraron al asfalto al tomar una curva a toda velocidad.

Frenó con un chirrido cuando el conductor vio el Ford averiado que bloqueaba el camino, colocado en ángulo con el capó abierto.

Bud Richmond salió del coche, sonriendo a la atractiva pelirroja que se agachaba bajo el capó para manejar la varilla del aceite torpemente y con gesto angustiado.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—Sí puede, senador. —Ben salió de detrás del coche. Apuntó a Richmond a la cara con su pistola. Alex cerró el capó muy seria.

—¿De qué va esto? —preguntó Richmond.

—De Irving Slater —dijo Ben—. Vamos a dar una vuelta.

Cuarenta minutos después, el senador estaba sentado con la cara pálida en la parte de atrás del Ford

después de escuchar la información que Ben le había dado sobre el plan de Slater. Alex le había puesto la grabación que había hecho Zoë con el teléfono en el sótano.

—No me puedo creer lo que acabo de escuchar —dijo Richmond con tono de derrota.

—Usted era la parte más importante del plan de Slater —le dijo Ben—. Le ha estado utilizando todo este tiempo.

—A veces se comportaba de un modo extraño —reflexionó Richmond—. Todas esas pequeñas reuniones furtivas en el teleférico. Siempre me dio que pensar.

—Ahora ya lo sabe.

Richmond apretó los puños.

—Sabía que tenía sus métodos. Sabía que no tenía una gran opinión de mí, me llamaba necio a mis espaldas. Pero ni por un momento pensé que se rebajaría a... tal abominación. —La voz le temblaba de ira—. Dios mío, pensar que he dejado entrar a asesinos entre los míos. Agentes de Satanás. —Miró a Ben—. Estoy escandalizado. ¿Qué puedo decir? Slater tiene que ser juzgado. —Luego se giró hacia Alex—. ¿Ha informado ya a sus superiores?

—Nadie sabe nada excepto usted —contestó.

Richmond se mordió el labio.

—Callaghan y Slater deben ser

detenidos. Dejen que haga una llamada.

Ben negó con la cabeza.

—Ese no es el plan.

Richmond frunció el ceño, confuso.

—¿Y cuál es el plan?

—Hábleme de ese teleférico —dijo

Ben.

HOTEL Bellagio, Las Vegas

Irving Slater se había tomado unas repentinas vacaciones al enterarse de que la Cúpula de la Roca seguía intacta. Estaba escondido de incógnito en su suite del Bellagio, bebiendo whisky, comiendo chocolate y hablando durante horas por teléfono con su corredor de bolsa sobre sus acciones.

En el peor de los casos, podría salir del país en un par de horas. Había estado mirando mapas de Sudamérica en

internet. Le gustaba la idea de Brasil. Las playas de Río, rebosantes de chicas sexis. Allí podría ser feliz y si liquidaba suficientes activos, podía ser rico durante mucho tiempo. Era una vía de escape tentadora, si se armaba la gorda.

Pero conforme pasaba el tiempo, su pánico inicial había ido disminuyendo. No había ocurrido nada terrible. No había salido nada en las noticias. Había podido reflexionar y poner sus ideas en orden. Sí, Hope seguía vivo, la trampa había fallado. Pero ¿y qué? Hope no tenía nada sólido en lo que basarse. No quedaba nadie vivo que le hubiera visto en el centro de Montana. No había pruebas que lo relacionaran con

Callaghan, y este había borrado bien sus huellas. Hope podía volver de Jerusalén e irle a Murdoch con acusaciones de que lo habían engañado, pero no podía probar una mierda. Las únicas testigos de verdad eran las dos zorras que había en el sótano de Callaghan. Y ellas no hablarían con nadie. Podía respirar tranquilo.

A última hora de la mañana siguiente, recibió una llamada de Richmond. El senador parecía inquieto pero contento. Le dijo que había recibido un comunicado de la Casa Blanca. Lo habían invitado a una cena para discutir la política religiosa en Oriente Próximo. Era una noticia

estupenda. Necesitaba que Slater volviera enseguida de sus vacaciones para ayudarlo con el discurso.

—Nos veremos en el chalé de montaña —dijo Richmond—. Esta noche, a las ocho.

Slater echó un vistazo al reloj, frunciendo el ceño.

—Podría llegar si salgo ya. Pero ¿por qué en el chalé?

—Nos dieron un soplo —dijo Richmond—. Han puesto micrófonos en la casa. En mi despacho, por todas partes. Lo estamos solucionando, pero mientras tanto, tenemos que hablar en un sitio privado.

Slater estaba asombrado por las

novedades. Quizá aquello fuera una oportunidad. Quizá pudiera utilizarlo de algún modo para conseguir que su plan volviera a funcionar después de todo. Mientras paseaba por la habitación y bebía, estaba que echaba chispas por lo de los micrófonos. ¿Quién coño los habría puesto? Ya no importaba.

Tras un vuelo apresurado y un viaje aturdidor en limusina, Slater llegó a la residencia de montaña de Richmond. Tenía calor y necesitaba una ducha. Le dolía el culo de tantas horas de viaje.

El viejo chalé de montaña estaba al otro lado del valle, en línea recta con la casa; únicamente se podía acceder a él en teleférico. Slater subió corriendo la

escalera de madera que conducía a la sala de control, contigua a la casa. Entró en la cabina y apuntó con el mando a distancia desde dentro al panel de control. Estaba a punto de activarlo cuando escuchó una voz.

—Espera.

Era Callaghan, andando con cautela hacia el teleférico.

Slater lo miró fijamente.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Richmond me convocó a una reunión aquí. Algo sobre la Casa Blanca.

—¿Y para qué te necesita Richmond?

—No lo sé. Me dijo que era

importante. ¿Dónde está?

—Allí —dijo Slater señalando al otro lado del valle—. En el chalé de montaña.

Callaghan palideció ligeramente.

—¿No podemos reunirnos con él en la casa?

—En la casa hay micrófonos.

—Qué raro —comentó Callaghan—. Vale, si así es como él lo quiere, acabemos de una vez.

Slater apuntó con el mando y pulsó el botón. Nada. Lo agitó y volvió a pulsar. Esta vez se escuchó un fuerte sonido metálico sobre sus cabezas y la cabina empezó a deslizarse suavemente, alejándose de la casa hacia el vacío.

En mitad del abismo, se paró repentinamente, sin previo aviso.

—¿Qué coño...? —Slater volvió a pulsar el mando.

No respondía.

—Se habrán acabado las pilas —murmuró. Pero la luz verde funcionaba bien. El corazón le dio un pequeño vuelco.

—Si ese chisme no funciona —dijo Callaghan con un toque de pánico en su voz—, ¿cómo vamos a volver?

Y entonces fue cuando sonó el teléfono que Slater llevaba en el bolsillo.

Ben se encontraba a trescientos metros de distancia en el recodo de una

roca, y desde ahí el teleférico parecía un pequeño cubo en el cielo. Se guardó el mando a distancia que Richmond le había dado después de cambiarlo por el de juguete que Slater estaba intentando utilizar.

El hombre contestó el teléfono.

—Senador, ¿es usted? —Su tono era crispado y tenso, con un matiz de preocupación.

—Te vuelves a equivocar, Slater —dijo Ben a través del auricular del dispositivo *bluetooth*.

Silencio en la línea.

—¿Quién es?

—Mira a tu izquierda —dijo Ben—. Si tienes buena vista, me verás. Soy el

punto en la montaña.

—¿Hope?

—Seguramente te estarás preguntando cómo ha ocurrido esto —dijo Ben—. A decir verdad, me da pereza explicártelo. Es mera necesidad de saber. Y los muertos no necesitan saber nada.

—No lo hagas —dijo Slater tartamudeando—. Tengo mucho dinero. Te haré rico.

—No era un mal plan —dijo Ben—. Eres un tío listo. Y Callaghan también. Y fue un movimiento inteligente por su parte borrarle de la base de datos de la CIA. —Mientras hablaba, iba desatando las correas de la funda acolchada de

rifle que tenía al lado. Sacó el arma. Era el Remington que Bud Richmond había recibido como regalo de su padre al cumplir veintiún años. Nunca lo habían disparado. Abrió la cremallera del compartimento de la munición y sacó cinco cartuchos largos y puntiagudos del calibre 308. Los metió uno a uno en el cargador, luego activó el cerrojo. Se colocó en posición de tiro. Por el visor, podía distinguir claramente el sistema de poleas y los cables en el techo del teleférico.

Slater debió de escuchar los ruidos metálicos por el teléfono.

—Trabajo para un senador de los Estados Unidos —protestó presa del

pánico—. No puedes matarme.

—Tengo un mensaje para ti de parte del necio —dijo Ben.

—¿Qué? ¿Qué coño...?

—Estás despedido.

Quitó el seguro y apuntó, ignorando los gritos de pánico que salían de los auriculares.

Ni siquiera notó que el gatillo cedía. La culata del arma le golpeó en el hombro.

A trescientos metros de distancia, el cable se partió. Los extremos se hicieron polvo. Las poleas giraron. La cabina se tambaleó y cayó tres metros, pero lo que quedaba del cable la paró de un tirón.

En el interior, Slater y Callaghan gritaban y golpeaban como locos las ventanillas, buscando desesperadamente una salida en el techo inclinado.

Ben activó el cerrojo con tranquilidad, buscó el blanco y volvió a disparar. El eco del disparo retumbó por todo el valle.

La cabina pareció flotar en el aire durante un instante mientras el cable cedía. Luego cayó como una piedra. Descendió unos treinta metros antes de chocar contra el primer peñasco. Se partió por la mitad. Los restos se desplomaron en la ladera de la montaña. En algún lugar entre los escombros, los cuerpos de Slater y Callaghan rebotaban

como diminutos palillos mientras caían gritando hacia las rocas que los esperaban unos metros más abajo.

Para cuando los cuerpos chocaron contra el fondo, Ben ya había guardado el rifle. Se colgó la funda al hombro y comenzó a bajar por la ladera de la montaña.

ALEX estaba esperando abajo en el coche. Ben se subió al asiento del copiloto. Ella puso el coche en marcha y comenzó a recorrer la polvorienta y vacía carretera. Se quedaron callados durante un rato.

—Me habría gustado conocerte más —dijo ella en voz baja.

—Podría haber sido diferente —contestó él.

—Pero no lo es, ¿verdad?

—No —dijo él—. No lo es.

—¿No vas a cambiar de opinión? Quédate conmigo un tiempo. Veamos cómo van las cosas.

Él no dijo nada.

—Sé cómo te sientes —dijo ella—. Pero la vida tiene que continuar, ¿no?

—No estoy preparado, Alex. Lo siento. Las cosas son así.

Pasó el tiempo. Pasaron kilómetros antes de que volvieran a hablar.

—¿Qué harás ahora? —preguntó ella.

—Volver a casa.

—¿De vuelta a la teología?

Durante un momento, Ben no dijo nada. Entonces, bajó la ventanilla. El viento lo despeinó. Cogió su bolsa y

sacó la Biblia. Se quedó mirándola fijamente durante unos segundos. Aquel libro no significaba lo que una vez había sido para él. Ya no.

La tiró por la ventanilla abierta.

Golpeó contra la ráfaga de viento a ciento diez kilómetros por hora y se abrió de golpe, con un revuelo de las páginas. Luego se desplomó en el terraplén al borde la carretera y se quedó muy atrás de ellos.

—Me da la impresión de que no —
dijo ella.

—¿Y tú qué?

Lo miró.

—¿Que qué voy a hacer? Lo mismo que tú, Ben. Hacer balance de las cosas.

Buscar un nuevo rumbo. Quizá la agencia no esté hecha para mí después de todo. Me metí porque quería ayudar a la gente. Supongo que hay mejores maneras para mí de hacerlo. Así que he estado pensando que debería volver a la facultad de Medicina.

Él asintió.

—Es una buena decisión. Serás una doctora brillante.

Alex estiró el brazo y le apretó la mano.

—Voy a echarte de menos, Ben Hope —dijo.

—Yo también te echaré de menos.

—¿Estarás bien?

—Estaré bien —contestó.

—¿De verdad?

Él sonrió.

—De verdad.

—Mantén el contacto.

Él no contestó.

—Sé que no lo harás —dijo ella suspirando.

Tras unos cuantos kilómetros más, apareció una indicación de un pueblo. Ben le señaló un lugar donde podía dejarlo y ella paró en el borde cubierto de hierba.

Alex no dijo nada cuando él salió del coche. Ben se echó la chaqueta al hombro y observó cómo Alex se marchaba.

El coche se hizo cada vez más

pequeño, hasta convertirse en una simple nube de polvo lejana.

Se estaba poniendo el sol. Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia el pueblo.

Nota del autor

AUNQUE *La profecía del día del Juicio Final* sea una obra de ficción, es un hecho que muchos millones de personas en el mundo, la mayoría de ellos cristianos evangélicos americanos, creen firmemente en la posibilidad de que en cualquier momento nos veamos sumidos en los acontecimientos apocalípticos del fin de los tiempos que, según ellos afirman, se predicen en la Biblia. Ninguna de las referencias bíblicas de este libro se ha inventado; todo está en la Biblia, para aquellos que

deseen estudiarla. En lo que a esos millones de personas respecta, el escenario de horror profetizado es real, se está acercando, es imparable y aquellos que no se encuentren preparados están condenados a un espantoso destino.

Al ser el estudio de la Biblia una materia vasta y compleja, a la hora de escribir *La profecía del día del Juicio Final* inevitablemente se han asumido algunas libertades por razones dramáticas y, hasta cierto punto, fue necesario simplificar. Los auténticos creyentes de la profecía del fin de los tiempos suelen tomar un poco de aquí y un poco de allá de varias partes de la

Biblia para darle sentido en general, en lugar de copiar ideas elaboradas de una sola fuente como parecen hacer los personajes de la novela. Esa es la razón por la que, en la vida real, las profecías del fin de los tiempos pueden diferir en su interpretación: algunos creen que el éxtasis tendrá lugar antes de la tribulación, lo que se conoce como la creencia de la pretribulación; otros creen que tendrá lugar en algún momento después del comienzo de la tribulación, lo que significa que todos nosotros, tanto los fieles como los no creyentes, tendríamos que resistir juntos un larguísimo periodo de maldad incalificable antes de que los más afortunados fueran llevados

repentinamente hacia la salvación. Esta última postura «mediotribulacionista» es la que he atribuido a Clayton Cleaver y a los conspiradores del fin de los tiempos en la obra.

El Apocalipsis, que en esta historia representa la base de los creyentes del fin de los tiempos, en la vida real es solo uno de los muchos textos proféticos de la Biblia (hay quien incluye el Libro de Ezequiel del Antiguo Testamento), pero es con mucho el más intrigante, con elementos como la clásica referencia 666 que ya está totalmente introducida en la cultura popular. Los entusiastas de la Biblia se darán cuenta de que he copiado algunas citas de Ezequiel, de

Daniel y de otros libros. A este respecto, soy culpable de algún que otro juego de manos bíblico. Mis disculpas a los puristas, después de todo, *La profecía del día del Juicio Final* es ficción...

Aunque, bien pensado, ¿es del todo ficción? Mientras me documentaba para escribir el libro, me sorprendió la cantidad de acontecimientos extraños y «señales» obvias que aparecían ante mí conforme profundizaba en el tema. A mitad de la escritura del texto, una noche me despertó lo que resultó ser un terremoto, un acontecimiento extremadamente raro y poco frecuente en la parte del mundo en la que vivo.

Posteriores investigaciones pusieron de manifiesto todo tipo de extraños acontecimientos globales que, desde cierto punto de vista, podrían interpretarse como señales de que el dado del fin de los tiempos está a punto de lanzarse: anomalías atmosféricas, plagas de langostas africanas en Francia, brotes de extrañas enfermedades, caos social creciente, aumento de las tensiones en Oriente Próximo. A mayor escala, los astrónomos están encontrando pruebas de colisiones entre galaxias enteras, lo que supone un inquietante eco de las previsiones en el Apocalipsis: «Cuerpos celestes colisionarán». Cuanto más leía, más convincentes empezaba a encontrar las

alarmantes predicciones de Clayton Cleaver.

¿Realmente va a ocurrir? Tan solo tenemos que esperar para saberlo.

Finalmente, me gustaría subrayar que la descripción negativa de ciertos creyentes del fin de los tiempos ficticios en la obra no es, de ningún modo, un reflejo de los cristianos en la vida real, sea cual sea su interpretación de la profecía bíblica. Ben Hope es un héroe de ficción, ¡y los héroes no pueden existir sin villanos!

Los lectores están invitados a encontrar la pista del día del Juicio Final dentro de esta nota del autor. Un ejemplar firmado gratuito del libro para

los primeros cinco lectores que contacten conmigo mediante mi página web con la respuesta correcta.

Espero que hayan disfrutado leyendo *La profecía del día del Juicio Final* tanto como yo he disfrutado escribiéndola. Ben Hope volverá.

NOTAS

¹ *N. de la t.:* El Servicio Especial Aéreo (*Special Air Service*) forma parte de las Fuerzas Especiales del Ejército británico.

² *N. de la t.:* En inglés, *skid* significa «derrape»; y *skid row* se refiere a la zona donde se refugian borrachos, drogadictos y gente sin hogar.